

**DAVE
EGGERS**

**Ahora
sabréis
lo que es
correr**



Lectulandia

Una historia conmovedora, asombrosa y genial, para escribir una aventura disparatada y quijotesca.

Un golpe de suerte. Ochenta mil dólares. Dos amigos, Will y Hand, dos personajes quijotescos y disparatados. Un mundo por delante y una idea: repartir ese dinero entre los más necesitados. Prostíbulos, carreras, sobornos, amenazas, lecciones aprendidas, y bajo este manto de aventuras se detecta el enfrentamiento entre la principal potencia mundial y el Tercer Mundo, y el sentimiento de culpa del hombre blanco occidental.

Lectulandia

Dave Eggers

Ahora sabréis lo que es correr

ePub r1.0

Titivillus 05.02.2019

Título original: *You Shall Know Our Velocity*

Dave Eggers, 2002

Traducción: Victoria Alonso Blanco

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a Beth

TODO LO QUE SIGUE EN EL INTERIOR SUCEDIÓ TRAS LA MUERTE DE JACK Y ANTES DE QUE MI MADRE Y YO NOS AHOGÁRAMOS EN UN TRANSBORDADOR EN LLAMAS QUE NAVEGABA POR LAS FRESCAS Y TURBIAS AGUAS DEL RÍO GUAVIARE, EN LA ZONA CENTRO ORIENTAL DE COLOMBIA, JUNTO CON CUARENTA Y DOS LUGAREÑOS A LOS QUE NI SIQUIERA CONOCÍAMOS. ERA UN DÍA CLARO DE CIELO AZUL, COMO LO HABÍA SIDO AQUEL DÍA DE ENERO, UNOS AÑOS ANTES, CUANDO COMENZÓ ESTA HISTORIA, EN EL NORTH SIDE DE CHICAGO, A LA OPULENTE SOMBRA DEL ESTADIO WRIGLEY Y BAJO EL AZOTE DEL VIENTO RASO Y PENETRANTE QUE LLEGABA DESDE LA QUEBRADA SUPERFICIE DEL LAGO MEDIO HELADO. YO ESTABA EN CASA, AL ABRIGO DEL FRÍO, PASEANDO DE UNA HABITACIÓN A OTRA.

Hablaba por teléfono con Hand, uno de mis dos mejores amigos, el que aún vive, y con el que planeaba emprender un viaje. Por aquel entonces había días buenos, semanas buenas incluso, cuando tanto él como yo fingíamos que la existencia de Jack nos parecía admisible, que su vida, aun truncada, había tenido sentido. Aquel no era uno de esos días. Al otro lado del auricular Hand percibía mi deambular nervioso y comprendía sus motivos. Así solía moverme cuando pensaba o planeaba algo: me frotaba los nudillos, una mano contra la otra, hacía crujir las articulaciones de los dedos con suavidad, sin ritmo, y rondaba del lado oeste del piso, donde corría y descorría el cerrojo de la puerta de la calle, al lado este, a la puerta corredera de cristal que daba a la terraza trasera, me asomaba rápidamente y volvía a cerrar. Hand oía sin hacer comentarios el traqueteo de la puerta rodando una y otra vez por el riel. Era un viernes por la tarde de un día glacial, y yo llevaba puestos los pantalones del pijama nuevo de franela azul, que por aquel entonces acostumbraba vestir a todas horas, tanto dentro como fuera de casa. Un alocado pajarillo de feculento color revoloteó hasta el comedero colgado del balcón de la terraza y picoteó el inmundo alpiste que yo mismo, en un acto irreflexivo del que empezaba a arrepentirme, había vertido en su interior; a aquellas aves apenas les quedaban días de vida y no me apetecía lo más mínimo ver cómo echaban a volar, y tampoco ser testigo de su muerte. La calefacción no se repartía por el edificio de modo uniforme ni equitativo, y a mi piso, en la esquina superior izquierda de la fachada trasera, apenas si llegaba el calor y, cuando lo hacía, era a ráfagas. Jack había muerto cinco meses atrás, con veintiséis años, y Hand y yo planeábamos emprender un viaje. Dos semanas antes, me habían propinado una brutal paliza en un guardamuebles de Oconomowoc —a decir verdad, la tunda no había tenido que ver con Jack ni con nada, o tal vez sí, tal vez de forma indirecta fuera culpa de Jack, y muy directa de Hand— y deseábamos poner tierra por medio. Yo tenía la cara y la espalda cubiertas de costras, un abrupto chichón en forma de pera en la coronilla y una importante suma de dinero que repartir, por eso nos íbamos. En el interior de la iglesia en ruinas que entonces era mi cabeza revoloteaban bandadas de murciélagos; sin embargo, solo de pensar en el viaje saltaba de la pesadumbre a la euforia.

—¿Cuándo? —preguntó Hand.

—De hoy en una semana —respondí.

—¿El diecisiete?

—Sí.

—Este diecisiete.

—Exacto.

—Joder.

—¿Puedes cogerte la semana de vacaciones?

—No lo sé —respondió Hand—. ¿Me dejas que te haga una pregunta tonta?

—¿Qué?

—¿Por qué no en verano?

—Porque no.

—O el otoño que viene.

—Venga, hombre.

—¿Qué?

—Si vamos ahora, pago yo —respondí.

Sabía que Hand diría que sí; en los últimos cinco meses ninguno de los dos se había negado a nada. Nos habían encargado recados bien difíciles, pero los habíamos cumplido todos.

—Además, me debes una —agregué.

—¿Qué? Por lo de... Hay que joderse. Está bien, tú ganas.

—Así me gusta.

—¿Y por cuántos días dices? —preguntó.

—¿Cuántos podrías cogerte?

—Una semana, creo.

Sabía que aceptaría. Si no hubiese conseguido esa semana de permiso, habría renunciado a su empleo. Hand se ganaba la vida con un trabajo medianamente decente como jefe de seguridad en un casino junto al río, bajo el Gateway Arch, aunque hubo un tiempo, cuando estudiábamos en el instituto y Hand ostentaba el título de segundo mejor nadador de todo Wisconsin, en que él daba por sentado que la gloria le acompañaría de por vida. Nunca volvió a vérselo tan centrado como en aquella época, pero luego empezó a picar en toda una serie de trabajos aquí y allá y aprendió algo de sonido, otro poco de alarmas de coches, del mercado de futuros relacionados con la meteorología (no miento, pero es una larga historia), de carpintería (de hecho, un trabajillo al alimón conmigo: el porche de una enorme mansión, un caserón de ensueño en el lago Geneva); puestos de trabajo de los que él se despedía en cuanto dejaba de aprender o veía su dignidad comprometida en lo más mínimo. O al menos eso decía.

—Pues una semana, entonces. Habrá que aprovecharla al máximo.

Yo residía en Chicago y Hand en Saint Louis, aunque ambos éramos originarios de Milwaukee o alrededores. En esa ciudad nacimos, con tres meses de diferencia; y nuestros padres jugaron juntos al béisbol, antes de que el mío se fuera de casa la primera vez y al suyo le diera por tocar la batería y vestirse con chalecos de cuero. Pero de nuestros padres nunca hablábamos.

Telefoneamos a las compañías aéreas que ofrecían billetes sencillos sin restricciones de kilometraje ni límite de escalas. Tales billetes te permitían viajar a todos los países que desearas siempre que los vuelos se efectuaran en una única dirección; incluso se podía dar la vuelta al mundo. Por lo general sueles disponer de doce meses para completar el circuito, pero Hand y yo tendríamos que conformarnos con una semana. Los billetes costaban tres mil dólares cada uno, cantidad fuera del alcance de personas como nosotros en circunstancias normales, pero haría cosa de un año, de la forma más inopinada, había caído en mis manos una importante suma de

dinero por la que me sentía tan agradecido como sumido en un mar de confusión. Una confusión total y absoluta. Aunque en breve iba a desprenderme de aquel dinero, o de gran parte de él, convencido de que con esa purga vendría la claridad de juicio y de que el mejor modo de llevarla a cabo era un viaje relámpago alrededor del globo; dicho sea de paso, no sé qué me llevaría a asociar una cosa con otra. El caso es que calculamos poder dar la vuelta completa en una semana, saliendo desde Chicago, desde donde volaríamos primero, a ser posible, a Saskatchewan, luego a Mongolia, Yemen, Ruanda, Madagascar —estos dos últimos países quizá intercambiados—, y después Siberia, Groenlandia y vuelta a casa.

—Qué bien lo vamos a pasar —dijo Hand.

—De verdad.

—¿Cuánto dices que te quieres quitar de encima?

—Unos treinta y ocho mil dólares.

—¿Incluidos billetes de avión?

—Sí.

—O sea que en total soltaremos unos... ¿treinta y dos mil?

—Más o menos —respondí.

—¿Cómo piensas llevar el dinero? ¿En metálico?

—En cheques de viaje.

—¿Y quiénes serán los afortunados? —preguntó.

—Aún no lo sé. Una vez allí estará claro, supongo.

Volando siempre rumbo oeste, apenas perderíamos horas por el camino. Daríamos la vuelta al mundo en una semana sin problemas, con cinco paradas a lo largo del recorrido; la pérdida de horas quedaría en parte compensada a medida que atravesáramos, siempre en dirección oeste, los distintos husos horarios. Según nuestros cálculos, si volábamos sobre el círculo polar ártico, de Saskatchewan a Mongolia se perdían dos o tres horas a lo sumo. Viajaríamos en dirección contraria al movimiento de la Tierra, evitando las puestas de sol.

El itinerario sufrió continuas modificaciones a lo largo de los cuatro días que restaban para tomar la decisión final, tiempo durante el cual Hand y yo mantuvimos un continuo contacto telefónico, yo pertrechado con mi atlas de bolsillo plastificado y Hand con su globo terráqueo, un cachivache enorme, tamaño balón de playa, que dominaba la sala de estar de su casa y giraba dislocado sobre el eje desde que una madrugada Hand chocara contra él y este perdiera para siempre su esfericidad.

Este sería nuestro primer itinerario:

Chicago-Saskatchewan-Mongolia

Mongolia-Qatar

Qatar-Yemen

Yemen-Madagascar

Madagascar-Ruanda

Ruanda-San Francisco-Chicago.

Nos pareció el más interesante. Pero íbamos a pasar demasiado calor, parecía demasiado concentrado en una única latitud. El segundo itinerario, tras las modificaciones pertinentes:

Chicago-San Francisco-Mongolia

Mongolia-Yemen

Yemen-Madagascar

Madagascar-Groenlandia

Groenlandia-Saskatchewan

Saskatchewan-San Francisco-Chicago.

Así quedaba resuelto el problema del calor, si bien nos excedíamos por el otro lado. Aun manteniendo siempre rumbo oeste, necesitábamos más contrastes, más saltos atrás y adelante, y arriba y abajo.

Tercer itinerario:

Chicago-San Francisco-Micronesia

Micronesia-Mongolia

Mongolia-Madagascar

Madagascar-Ruanda

Ruanda-Groenlandia

Groenlandia-San Francisco-Chicago.

Este lo tenía todo: interés político, amplia oferta climatológica. Desde sendos domicilios, ambos nos dedicamos a recabar información sobre los diversos destinos en las páginas de internet que ofrecían la relación de vuelos y horarios.

Hand llamó por teléfono.

—¿Qué?

—La hemos cagado.

Había surgido un problema imprevisto con los horarios. Al introducir los destinos Hand reparó en que saliendo de San Francisco —la escala allí era obligatoria si partíamos de Chicago— llegaríamos a Mongolia no solo unas horas, sino dos días más tarde.

—¿Y eso cómo puede ser?

—Yo, que me he dado cuenta —respondió Hand.

—¿De qué?

—¿A que no sabes a qué se debe?

—No, ¿a qué?

—Yo te lo explico.

—Suéltalo de una vez.

—¿Preparado?

—Vete a la mierda.

—Se debe a la línea internacional de cambio de fecha —explicó Hand.

—No.

—Sí.

—¡La línea internacional de cambio de fecha!

—Sí.

—¡Pues que le den por culo a la línea! —exclamé.

—¿Así de fácil? —contestó Hand.

—Yo qué sé. ¿Qué línea es esa?

—A ver si te lo explico: Nueva Zelanda es el punto más extremo del planeta en cuanto a husos horarios. Ellos son los primeros en ver el inicio del año nuevo. Por esa razón, si al salir de Chicago tomamos rumbo oeste, nos ahorramos un montón de horas durante el trayecto. Sin embargo, una vez pasada Nueva Zelanda, lo que hacemos es ganar un día entero. ¡Veinticuatro horas!

—Lo que significa perder todo un día.

—Si saliéramos en miércoles, aterrizaríamos en viernes.

—Y aunque fuéramos rumbo oeste, no serviría de nada —observé.

—No, más bien de poco. Bueno, la verdad es que de nada.

Telefoneamos a una agencia de viajes. La chica nos tomó por imbéciles. Para dar la vuelta al mundo en una semana, rezongó, tendríamos que pasar el setenta por ciento del viaje en el aire. Por mucho que siguiéramos la trayectoria del sol, la hemorragia horaria a través del Pacífico no nos la quitaba nadie.

—Hay que ir dirección este —propuso Hand.

—O al este primero y luego al oeste —repuse.

—No se puede. Para que nos apliquen la tarifa, hay que volar siempre en la misma dirección.

Nuevo itinerario:

Chicago-Nueva York-Groenlandia

Groenlandia-Ruanda

Ruanda-Madagascar

Madagascar-Mongolia

Mongolia-Saskatchewan

Saskatchewan-Nueva York-Chicago.

—Pero entonces perdemos horas en todos los vuelos —observé—. Así vamos a tardar el doble en cada uno.

—Coño, es verdad.

—Quizá habrá que conformarse solo con cuatro países. O pasar menos tiempo en cada uno.

—Vaya rollo —replicó Hand—. Teniendo una semana entera como tenemos, sería de tontos no ir a Mongolia. Vaya mierda. ¿Desde cuándo son tan lentos los aviones?

Siguiente itinerario:

Chicago-Nueva York-Groenlandia

Groenlandia-Ruanda

Ruanda-Madagascar

Madagascar-Qatar

Qatar-Yemen

Yemen-Los Ángeles-Chicago.

Inconveniente: que entre Groenlandia y Ruanda no había conexión. Ni entre Ruanda y Madagascar.

—¡Qué mierda! —exclamé.

—Eso digo yo.

Y tampoco entre Madagascar y Qatar. En cambio, de Saskatchewan a Nueva York sí había servicio. Y de Mongolia a Saskatchewan también. Pero de Groenlandia a Ruanda, nada. Qué fastidio. ¿Por qué no había conexión entre Groenlandia y Ruanda? Casi todos los vuelos, incluido el de Ruanda a Madagascar, hacían escala en grandes urbes como París o Londres, ciudades en las que no teníamos ningún interés en detenernos. Tampoco en Pekín, escala obligatoria camino de Mongolia.

—Esto parece la Edad Media —observó Hand.

—Hay que ver lo que se aprende —convine.

Teníamos que reducir de nuevo el número de destinos. Vuelta a empezar.

—Mira, vámonos y punto —propuso Hand—. Compramos el billete general y ya iremos viendo sobre la marcha. No tenemos por qué organizarlo todo con antelación.

—Tienes razón.

Pero no pudo ser. La compañía aérea exigía que pusiéramos en su conocimiento todos los aeropuertos donde teníamos previsto detenernos. No precisaban fecha u hora exactas, pero sí conocer de antemano esos destinos a fin de calcular las tasas correspondientes.

—¿Tasas? —preguntó Hand.

—Ahora me entero.

Decidimos descartar la idea de comprar todos los billetes antes de emprender el viaje. Ya veríamos una vez en Mongolia. Cuando estuviéramos en el país correspondiente y quisiéramos marcharnos, iríamos directamente al aeropuerto. O mejor aún, nada más aterrizar, antes de abandonar la terminal, adquiriríamos el siguiente billete. El nuevo plan sonaba bien, al menos sintonizaba mejor con el propósito general del viaje, con la idea de mantener un movimiento sin tregua, de atender a nuestros impulsos, cualesquiera que fuesen. Ya escogeríamos destino en Mongolia según disponibilidad. No saldría mucho más caro, pensamos. ¿Cuánto podría costar? No teníamos ni idea. Yo solo quería dar la vuelta al mundo en una semana, recalar en Mongolia en algún momento del trayecto y estar de regreso en Ciudad de México al cabo de ocho días para asistir a la boda. Jeff, un amigo nuestro del instituto, contraía matrimonio con Lupe —solo él la llamaba Guad—, cuya familia residía en Cuernavaca, y, según tenía entendido, iba a ser una boda por todo lo alto.

—Ah, ¿te han invitado? —preguntó Hand.

—¿A ti no? —dije.

No me explicaba por qué no le habían invitado. ¿Y si me lo llevaba de acompañante? Quizá no. Ya se nos había ocurrido en una ocasión, cuando la boda de otro amigo nuestro, en Columbus —pensamos que habían extraviado las señas de Hand—, y hasta que llegamos allí no comprendimos por qué la familia lo tenía por persona *non grata*. Hand era un muchacho alto y rubio, con los ojos oscuros, tiernos incluso, que gozaba de gran éxito entre las mujeres y, para mal o para bien, poseía una insaciable curiosidad cuya libérrima red abarcaba un amplio espectro de intereses, desde las ciencias hasta las más sensibles e inocentes criaturas del sexo opuesto. Es decir, que se había acostado con demasiadas; entre ellas Sheila, hermana de la novia, una chica de vencidas espaldas y naturaleza romántica con la que vivió una historia que tuvo mal final, pero Hand, que es como es, había olvidado por completo el parentesco que unía a Sheila con la novia, por lo que nuestra presencia en aquella boda no solo resultó violenta, muy violenta, sino también desconsiderada. Fue culpa mía entonces y sigue siéndolo que, por alguna misteriosa razón, la pasión de Hand —por las mujeres, el esoterismo, las conspiraciones, los viajes espaciales y el mundo en general—, unida a una estupidez animal pura y dura, termine conduciéndonos sin remedio por el camino de la ruina y la perdición.

Pero ¿quién decía que hubiera que dar la vuelta al mundo? No era necesario. Veríamos lo que pudiéramos en seis días, seis días y medio, y vuelta a casa. Aún no estaba del todo decidido cuál sería el punto de partida —nos inclinábamos por Qatar—, pero Hand sabía perfectamente dónde deseaba terminar el viaje.

—En El Cairo —afirmó arrastrando la primera sílaba, la «a» llena de ilusión y melancolía.

—¿Por qué?

—Hay que terminar en lo alto de la pirámide de Keops —insistió.

—¿No estaba prohibido subir a las pirámides?

—Se llega al amanecer o a la caída de la tarde y se soborna a un guardia. Lo he leído en alguna parte. En Gizeh se soborna a cualquiera.

—De acuerdo —accedí—. Hecho, pues. Fin de viaje en las pirámides.

—Jo, tío —añadió Hand con un hilo de voz—. Toda mi vida he deseado verme ante esa pirámide. Es que no me lo puedo creer.

Llamé por teléfono a Cathy Wambat, una amiga de juventud de mi madre que, además de tener un apellido de marsupial que se prestaba al pitorreo, se ganaba la vida como agente de viajes. Se habían criado en Colorado, mi madre y ella, en Fort Collins, ciudad que yo no conocía en persona pero que siempre imaginaba con un fuerte auténtico, rodeado de bosques, con pioneros e indios a sendos lados de las murallas. Cathy Wambat se había mudado a Hawai, al parecer residencia oficial de todo agente de viajes que se preciara de serlo. Cuando le dimos a conocer el plan, también ella nos tomó por imbéciles, si bien es cierto que con afabilidad, y nos

gestionó las reservas: dos pasajes sencillos desde El Cairo, con escala en Nueva York, el de Hand con final de trayecto en Saint Louis y el mío en México D. F.

Aún no habíamos decidido dónde iniciar el viaje. Hand me llamó por teléfono de nuevo.

—Somos idiotas.

—¿Qué pasa?

—Los visados —contestó.

—Ah.

—Los visados —repitió, con rabia esta vez.

—Mierda.

La mitad de las paradas de nuestro itinerario quedaban descartadas. Saskatchewan no planteaba problemas, pero Ruanda y Yemen exigían visado. ¿En qué se diferenciaba un pasaporte de un visado? No estaba del todo seguro, pero sí sabía que un visado comportaba esperar —tres días, una semana incluso—, y ese era un tiempo del que no disponíamos. Mongolia también exigía visado. Qatar, en un desmedido alarde de soberbia para un país con forma y tamaño de uña, exigía un visado cuya gestión se demoraba una semana. Faltaban tan solo tres días para que diera comienzo el permiso por vacaciones de Hand.

Recibí una nueva llamada suya.

—Groenlandia no pide visado.

—Pues no se hable más —respondí—. Desde allí empezamos.

Los billetes nos salieron tirados de precio, unos cuatrocientos dólares cada uno desde el aeropuerto de O'Hare. Tarifa de invierno, explicó la representante de GreenlandAir. Reservamos asientos y comenzamos los preparativos. Hand vendría en coche desde Saint Louis el viernes y el domingo emprenderíamos viaje, rumbo a una ciudad que no lográbamos localizar en ningún atlas o diccionario. El vuelo hacía escala primero en Ottawa, después en Iqaluit, una población de Tierra de Baffin, para aterrizar finalmente en Kangerlussuaq alrededor de medianoche. Acordamos reducir el equipaje a una bolsa cada uno: sin facturación no habría esperas ni extravíos posibles. Bastaría con unas mochilas pequeñas, no las típicas de trotamundos, sino normales, de las que se utilizan para llevar libros o toallas de playa.

—¿Ropa de abrigo? —preguntó Hand.

—No —respondí—. Capas.

Aquel enero, el frío en Chicago era una presencia corpórea, un ser vivo y rapaz, por lo que haríamos viaje al aeropuerto con toda la ropa del equipaje puesta. Ropa barata de usar y tirar, de modo que si llegábamos a Madagascar pudiéramos desprendernos de ella. Y continuar viaje hasta El Cairo en camiseta y con la mochila vacía.

—Bueno —dijo Hand—. ¿Seguro que quieres correr con todos los gastos?

—Sí. Quiero ver cómo ese dinero desaparece.

—Seguro.

—Seguro.

—A ver si luego resulta que lo haces por un rollo expiatorio o una cosa de esas raras. Esto no tiene que ver con nada de...

—No.

—Bien.

—Hasta mañana.

Colgué el auricular exultante, me lancé contra la pared y fingí que me electrocutaba. Es mi costumbre cuando estoy eufórico.

El sábado había prometido cuidar de las hijas de mi primo Jerry, Mo y Thor, hermanas gemelas de ocho años de edad. Jerry era mi único pariente en Chicago. Mi madre había abandonado Colorado para casarse con mi padre, dejando atrás a sus propios padres, ya difuntos, y a tres hermanas y cuatro hermanos, residentes todos en Fort Collins o alrededores. Y cuando mi hermano Tommy, que me llevaba seis años y poseía ya garaje y bigote propios, creció, mi madre se trasladó a Memphis con la intención de estar cerca de unos amigos suyos de toda la vida y matricularse en un curso de antropología. Jerry, el hijo de mi tía Terry, el tercero de cinco hermanos, era el primer abogado de la familia, con foto en las páginas amarillas, y estaba casado con Melora, cuya severidad —más que hablar, bufaba— quedaba disimulada por la menudez de su cuerpo, propia de un chaval de catorce años.

Jerry y Melora sabían que yo apenas salía de Chicago y solía estar disponible, por eso habían recurrido a mí, de modo que Hand, las niñas y yo tendríamos que salir juntos a comprar la ropa y demás artículos para el viaje. La refinada esposa de Jerry detestaba los apodos que yo había asignado a las pequeñas, pero me negaba a llamar a aquellas chiquillas de apenas ocho años, revoltosas y parlanchinas, que echaban a correr por delante de ti en la acera y no hacían ascos a los revolcones, con nombres tan ridículos como Persephone y Penelope.

La madre las dejó frente a mi casa con un bocinazo. Hand y yo bajamos al portal a recibirlas. Las gemelas habían coincidido con él en tres ocasiones anteriores, pero no lo recordaban.

—Ya no tienes tan mala cara —me dijo Mo, engullida por el abrigo rosa de plumas. Le bajé la cremallera unos centímetros y exhaló un suspiro.

—Va mejorando —repuse.

—Ahora tienes los ojos azules —observó Thor, cuando mis ojos siempre habían sido marrones y lo seguían siendo. Vino hacia mí y me arrodillé frente a ella—. Y esto antes no lo tenías —añadió tocándome la nariz, la sinuosa franja roja que me recorría el caballete de arriba abajo.

—¡Claro que lo tenía, idiota! —replicó Mo.

—No, señora —insistió Thor.

—Lo tenía, sí —intervine intentando poner paz—, pero ahora la cicatriz se ve más oscura. Las dos tenéis razón.

Nos acercamos a pie hasta una moderna tienda de deportes, con profusión de nailon, velcro, barritas calóricas y mosquetones de alpinista, además de una pared de escalada que nadie usaba. Hand y yo necesitábamos pantalones de viaje que fuesen lo más multiuso posible: para el calor, para el frío, transpirables, intranspirables, con bolsillos por doquier. Yo compré unos de militar normales, pero con montones de bolsillos, al estilo fotógrafo de safari, con dos grandes bolsillos rectangulares con cremallera y velcro en cada pierna. Hand salió de repente del probador con un silbante frufú: lucía un pantalón de pata ancha, brillante y sintético, de color gris plata.

—Parece que vas a hacer footing —observé.

—Son cómodos —repuso.

—¡Lo que parece es que se ha cagado en los pantalones! —exclamó Mo.

—Vale —dijo Hand, e introdujo un dedo mojado en saliva en la oreja de la niña —, pero me hacen sentir veloz.

Las gemelas camparon a sus anchas y a nosotros toda la mercancía expuesta se nos antojó imprescindible. Una linterna minúscula y ultraligera para enganchar en el llavero. Cecina de ternera envasada. Un kit de primeros auxilios. Faltriqueras secretas en las que guardar dinero y pasaportes. Fulars. Ventiladores en miniatura. Repelente contra los mosquitos. Yo apartaba la vista para ahorrar a los clientes el mal trago de verme la cara. Su aspecto no resultaba tan lastimoso como semanas atrás, pero seguía magullada y el caballete de la nariz proyectaba sombras amoratadas en las cuencas de los ojos, lo que me otorgaba un aire entre estrábico y ciclópeo. Ofrecía el aspecto de lo que era: un desgraciado al que tres individuos habían vapuleado en el interior de un guardamuebles con paredes de acero.

—Aún cojeas —advirtió Hand.

—Ya.

—No mucho —aclaró—. Pero te da un aire un tanto siniestro.

Hand sostenía en la mano diez fulares, cinco para cada uno. Según él, todo viajero regresaba de sus andanzas arrepentido de no haber hecho acopio de más.

—Ya me lo agradecerás —aseguró.

Esa era una frase habitual en Hand: «Ya me lo agradecerás». Francamente, no recuerdo haber tenido tanto que agradecerle en la vida.

Las gemelas regresaron de la expedición, el flequillo pegado a la frente, los jerséis anudados a la cintura. Querían irse de allí.

—¿Quién quiere irse? —pregunté a Thor—. ¿Tú, Mo?

—Yo soy Thor —respondió Thor.

—¿Quién es Thor? —pregunté.

—¡Yo! —exclamó Thor.

—Perdona —me disculpé—. No os distingo.

—¡Pero si somos gemelas bivitelinas! —replicó.

—¿Cómo dices?

Mo alzó los ojos al cielo.

—¡Bivitelinas! Ya lo sabes, tonto.

Me froté el mentón en ademán pensativo.

—Sí, algo había oído, pero nunca pensé que fuera cierto. Supongo que no quería creerlo.

—¿De qué estás hablando? —rezongó Mo. Qué fácil de exasperar era, la cara fruncida como una pasa.

—Escuchadme bien —dije agachándome frente a ambas—. Hacedme un favor. No permitáis que nadie os venga a decir que sois unos bichos raros. No consintáis que ningún científico, que ningún experto institucional os señale con el dedo y os haga sentir como monstruos de feria solo porque sois gemelas y no os parecéis. Dios cometió un error, sí, estamos de acuerdo, un error de bulto, porque ya me diréis a santo de qué crear unas gemelas que no se parecen. O peor aún, unas gemelas como vosotras, como simios sumergidos en ácido...

Thor me estampó un guantazo en la frente.

—Eso por hablar tan rápido —aclaró.

Nos fuimos con ellas a Walgreen's. Necesitábamos provisiones para el viaje. Lo cierto es que eran las gemelas menos gemelas que había visto en mi vida, y solo Thor parecía hija de sus padres, ambos rubios y de tez clara. Thor era aria y esbelta, mientras que Mo —morena, pelo liso, ojos oscuros con pestañas largas y negras— guardaba más parecido conmigo. El oscuro color de mis pestañas y su forma de alas de murciélago hacen pensar que me pinto los ojos, y el favor que ello pueda haberme deparado alguna vez no tiene parangón con las bromas, las miraditas y las constantes comparaciones con Robert Smith, el cantante de The Cure. A Mo han llegado a tomarla por hija mía, con gran disgusto por su parte.

Compré un tubo de pasta dentífrica tamaño viaje, un vaso plegable, unas gafas de sol y dos sudaderas que costaron siete dólares cada una, una granate y la otra negra. Hand sostenía en las manos un bote familiar de desodorante y nos encontrábamos en la cola para pagar, esperando a las gemelas y observando a la señora de delante, que apilaba su montoncito de cupones sobre el mostrador. La mujer, menuda de constitución y con una ancha rozadura amoratada en el fino y delicado cuello, los llevaba sujetos con una pinza de plástico como las que se emplean para que no se reblandezcan las patatas fritas.

Yo aborrecía los cupones. Que hubiera necesidad de ellos. Sentí deseos de abonar la diferencia a la cajera. Con gusto habría regalado a la señora esos dos dólares y que empleara el tiempo en labores más gratas. «¿En qué?» Yo qué sé. «¿Y si ella disfruta recortándolos?» ¡Qué va a disfrutar! Desde que me veía con algo de dinero en las manos, la lucha era continua, siempre la misma frustración con la gente y sus cupones, con los desharrapados, con las familias salvadoreñas acogidas en el sótano

de la iglesia vecina —me cruzaba con una todas las mañanas, esperando en la parada del autobús con su hija, camino del colegio con su camisa blanca y la faldita de cuadros escoceses— a las que ardía en deseos de comprar cosas, aunque fuera solo algo de comer, y mi incapacidad, dada la infranqueable e imaginaria barrera que me separaba de aquellos extraños de manos toscas, para dirigirme a ellos y resolver sus problemas. Nunca quise un saldo positivo en el banco; me sentía mucho más cómodo sin cruzar el ecuador, con la cuenta justo por encima o por debajo del saldo cero, y creía poder desprenderme de algún modo de aquel dinero, un modo que guardaba relación con la señora de la cola y con sus cupones, pero la distancia se me hacía infinita, insalvable, no era yo persona extravertida en esas lides, me sentía incapaz de tender puentes semejantes, y la situación me provocaba un desasosiego espantoso.

—¿Nada más? —preguntó Hand.

Mo y Thor se encontraban ya en caja. Habían comprado tarjetas de San Valentín, un paquete de doce.

—No —respondió Mo.

—¿Venden sellos? —preguntó Thor a la cajera.

—No —respondió la chica.

—Pues deberían —opinó Thor.

—Veintitrés dólares con ochenta, por favor —anunció la cajera.

—¿Has comprado protector solar? —me preguntó Hand.

Yo estaba ausente.

—Will.

Oía mi nombre, pero no podía articular palabra. Había escuchado la conversación desde el principio, pero ajeno por completo a ella.

—Will.

Entré a rastras en mi cerebro de nuevo.

—¿Qué? —pregunté.

Dicen que hablo despacio. Soy lo que se suele decir lacónico en la expresión. Suena el teléfono, contesto, y al otro lado me preguntan si acabo de levantarme. A veces se me va el santo al cielo en mitad de una frase y dejo a mi interlocutor colgado en el vacío. Es algo que no puedo remediar. De pronto estoy hablando, interesado por la conversación, y alguien, estoy convencido de que eso es lo que sucede, alguien —ojalá conociera su identidad, porque le iba a decir cuatro cosas— se larga con mi cabeza un rato. Igual que uno coge las pilas de la calculadora un momento para activar el mando a distancia, siempre hay alguien que se lleva mi cabeza prestada un rato.

—Protector solar —repitió Hand.

—No —dije. Añadió un bote a mi pila de compra.

Una vez en el aparcamiento, vimos desfilar un trío de Ford Bronco  blanco lechoso que nos dejaron anonadados. Ya era malo que continuaran fabricándolos de ese color, pero ver pasar tres seguidos suponía un presagio nefasto.

Mo y Thor ni se inmutaron, lo cual tampoco me sorprendió. Era inútil intentar adivinar qué iba a impresionarlas. Unos meses antes, sin ir más lejos, se habían emocionado al ver a un señor mayor corriendo por la calle y farfullando en un idioma que parecía ruso, ataviado con un estrambótico disfraz de mariposa color azul. El trío de Bronco, en cambio, las dejaba frías.

Nos cruzamos con una pareja de adolescentes vestidos con chupas de cuero llenas de tachuelas. Ella lucía una cresta a lo mohicano; él, la cabeza rapada y el cráneo, cárdeno y abollado, cubierto de mensajes en tinta de color carne cruda.

Mo cogió carrerilla y gritó «¡HOOOLA!» a la vez que propinaba una patada en el muslo al rapado. El chaval se quedó horrorizado. A Hand y a mí no nos cogía por sorpresa. Las gemelas aprendían kárate en el colegio y les gustaba poner a prueba sus conocimientos siempre que se topaban con alguien de aspecto pendenciero.

—Me cago en... mocosa de mierda —masculló el rapado limpiándose la huella del zapatazo en los vaqueros.

Me disculpé y miré de reojo a Hand para indicarle que cerrara la boca.

—No están bien —pretextó.

El rapado me miró con un elocuente parpadeo que sugería agresión en potencia. Yo le sacaba unos cinco kilos; sería que el atuendo lo envalentonaba. No acababa de decidir si me apetecía pelea, si debía tomarlo a la tremenda y llegar abiertamente a las manos... quién sabe dónde podía acabar. Quizá en una trifulca en toda regla hallara cierta catarsis... parte de mí hervía en deseos de venganza, me sucedía desde hacía semanas o incluso meses, o más...

El rapado y su amiga simularon tomárselo a risa —mentira— y continuaron su camino. Dejé escapar un suspiro y los cuatro echamos a correr, serpenteando como un dragón chino hasta la manzana siguiente y cantando a grito pelado el estribillo de la canción de Bob Dylan «Froggie went a-courtin».

Dejamos a las gemelas en casa de Jerry tras una conversación con Melora que se limitó a cuatro gruñidos por nuestra parte y otros tantos bufidos con caída de párpados por la suya, y salimos corriendo hacia el hospital para vacunarnos. La enfermera, Glenda, una señora con cutis de secuoya que frisaría en los setenta años, fingió abroncarnos.

—¿Cuándo salís de viaje? —Deje áspero pero cadencioso, mitad urbano, mitad de pueblo.

—Mañana —respondimos.

—¿Y adónde vais?

—A Groenlandia.

—¿Groenlandia? ¡Si allí no hay malaria! ¿Para qué os vais a vacunar? ¿Y a ti qué te ha pasado en la cara, jovencito?

—Un accidente de tráfico —respondí.

—Quizá pasemos por Ruanda —aclaró Hand.

—¿Cómo? ¿En qué quedamos?

—¿Como que en qué quedamos?

—¿No termináis de decir que vais a Groenlandia?

—Ambas cosas.

—Ambas cosas, imposible. ¿Sois cooperantes o algo por el estilo?

Hand asintió con la cabeza.

—No —respondí yo.

—Estáis hechos un lío. ¿Qué edad tenéis?

—Veintisiete —respondí.

—¿Perteneceís a alguna mutua?

—Él sí —dije.

—¿Yo? ¡Qué va! —replicó Hand. Habría jurado que sí.

—Pues hoy no se os puede poner el Larium. Hay que pasar consulta. ¿A qué vienen tantas prisas?

—Tenemos poco tiempo —respondió Hand—. ¿La consulta no podría hacérsela a nosotros? Nos tiene aquí a los dos. Consúltenos.

—No, hijo, la consulta es con el médico. Dura una hora. Si os pasáis mañana, quizá se pueda hacer algo.

—Y sin consulta, ¿qué vacunas nos puede poner? —pregunté.

—Antitifoidea y hepatitis A, B y C.

—Pero malaria, no.

—No. Antes os tiene que visitar el médico. Como pilléis la malaria, os vais a arrepentir de tantas prisas.

—¿Es mortal? La malaria, me refiero —pregunté.

—Mortal de necesidad —intervino el listillo de Hand—. Mal rollo, tío.

—No siempre es mortal —corrigió Glenda.

—¿Cuándo no lo es? —pregunté.

—Cuando se llega a tiempo al hospital.

—Vale —dije—. Llegaremos.

—Sabemos conducir. Somos rápidos —intervino Hand.

—No salgáis al atardecer —nos advirtió Glenda mientras nos frotábamos los brazos—. En Ruanda os la podría contagiar cualquier mosquito.

Agradecemos a Glenda su atención. Desde su taburete metálico nos dijo adiós con las dos manos, como una niña explotando pompas de jabón en el aire.

Avanzaba por el vestíbulo del hospital siguiendo los pasos de Hand cuando, al doblar la esquina, me lo encontré charlando con una chica de bata blanca.

Era Pilar.

—Hola —saludé. Parecía muy poquita cosa.

—Hola —contestó.

Al abrazarnos detecté su característico olor canino, además de ciertos efluvios mentolados. La sentí muy menuda entre mis brazos, como una pluma. Cuando estudiábamos juntos en el instituto, Pilar era una chica robusta, deportista, con buenas espaldas; ahora, sin embargo, la veía escuálida, los ojos más grandes, los pómulos sobresaliendo con furia desde las orejas como pernos curvilíneos. Tiempo atrás había sido novia de Jack, pero me resistí a hacer conjeturas... «Tiene que ser eso.» No era fácil aceptar que la muerte de nuestro amigo hubiera provocado en ella tal transformación.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Le contamos lo de las vacunas, el viaje.

—Para Groenlandia no hace falta vacunarse.

Intentamos explicarle que habría otras escalas y demás.

—¿Y esa cara? —insistió.

—Me caí —contesté.

—Mentiroso.

—Y tú, ¿qué haces aquí? —preguntó Hand.

—Trabajando. En el laboratorio —respondió Pilar pasándose las manos por la bata para dirigir la atención de Hand hacia lo evidente.

—Ya —dijo él.

—¿Y por qué una semana? —preguntó Pilar—. ¿Por qué no hacéis el viaje como es debido y aprovecháis el verano o algo así? En una semana no veréis nada.

Despegué los labios, pero no supe qué responder. Alguien se había llevado mi cabeza prestada para poner en marcha una cafetera.

Hand alzó la vista hacia el techo, como si fingiera pensar, mientras silbaba sin emitir sonido alguno. La hermosa Pilar, de tez aceitunada, tan deseada en los tiempos del instituto, había tenido la gentileza de pasar una noche conmigo después de que Jack y ella lo dejaran, si bien ya entonces no me cupo duda de que seguía queriéndolo a él y yo no era más que un consuelo, un apaño. Entre Jack y Hand, más risueños ambos y de facciones —magulladas o no— más atractivas, había terminado por acostumbrarme a esa sensación.

—Porque solo tenemos una semana —contesté.

Pilar se llevó los dedos a las sienes como quien intenta contener una avalancha.

—¿Migraña? —inquirió Hand.

—No —contestó Pilar—. Bueno, sí.

—Qué alegría verte —dijo Hand rodeándola con los brazos.

Un segundo más tarde, Hand dio un paso atrás, yo di un paso adelante y la abracé y después los tres nos quedamos inmóviles un instante, como a la espera de que alguien nos indicara cómo proceder. Por megafonía anunciaron un nombre. «Doctor Costo», me pareció oír. Hand soltó una carcajada. Los tres nos echamos a reír.

—Es su nombre de verdad —explicó Pilar, ya recuperada. Aquel apellido la había devuelto a la realidad.

—Bueno —dijo Hand.

Pilar formó una V con las manos y encajó el mentón entre las palmas. Sus ojos se desplazaron velozmente de uno a otro y enseguida se anegaron en lágrimas.

—Qué pena veros.

Permanecemos despiertos hasta las cuatro de la madrugada, en la cocina de mi piso, planeando itinerarios distintos y leyendo la página oficial de Groenlandia en internet. El vuelo salía al cabo de ocho horas.

—Es la isla más grande del mundo —dijo Hand.

—El idioma oficial es el groenlandés —apunté.

—Groenlandés a secas no; groenlandés occidental. «El groenlandés occidental, tal como se habla en Sisimiut, Maniitsoq y la región de Nuuk, es el idioma oficial de todo el territorio de Groenlandia. El groenlandés oriental difiere notablemente del occidental, pero todos los habitantes del país son capaces de comprender su lengua oficial.»

—La población total del país es de cincuenta y tres millones de habitantes.

—El hielo cubre el ochenta y cinco por ciento de su tierra firme.

—Intentan potenciar el turismo a toda costa. El país recibe alrededor de ocho mil turistas al año, pero se aspira a alcanzar la cifra de sesenta mil.

—Aquí viene la relación de vientos. Mira: «En la zona oriental de Groenlandia sopla el frío viento catabático denominado *pitera*, fenómeno atmosférico tan conocido como temido. Las ráfagas de mayor intensidad registradas hasta la fecha en Ammassalik datan de mil novecientos setenta y dos y alcanzaron los ciento dieciséis kilómetros por segundo».

—¿Qué significa «catabático»?

—«Se informa a los visitantes de que las condiciones meteorológicas en la zona son susceptibles de cambios inesperados y pueden ocasionar problemas técnicos. Se recomienda, por tanto, consultar con GreenlandAir la noche anterior a la salida del vuelo, o a lo sumo el mismo día.»

—Problemas técnicos. ¿Se refieren al tiempo?

—Eso creo.

Nos quedamos dormidos en la sala de estar, Hand en el sofá y yo en el sillón abatible, y despertamos a las ocho, con dos horas para recogerlo todo y salir a toda prisa. Habíamos decidido no hacer el equipaje hasta la misma mañana, cosa que no resultó difícil de cumplir, pues la tarea en sí se reducía a meter dos camisas, ropa interior, neceser y atlas en miniatura en la mochila, y en total no se prolongó más de tres minutos. Pasaportes, billetes, los treinta y dos mil dólares en cheques de viaje, fulares. Hand había traído unos CD, su discman, un puñado de cintas para el coche de

alquiler, folletos con recomendaciones oficiales de viaje y una pila de hojas que había sacado impresas de la página web del Centro para el Control de Enfermedades, referidas al ébola en su mayoría. Hand podía perorar sin fin sobre esa epidemia. Introduje en la mochila la biografía de Churchill que estaba leyendo, pero al colgármela a la espalda y sentir el peso de sus mil doscientas páginas saqué el mamotreto, arranqué las primeras doscientas páginas y las trescientas últimas y embutí lo que quedaba del libro en la mochila.

Nos quedamos dormidos de nuevo en el sofá. A las diez y media, sobresaltados, volvimos a despertar...

MARTES

... salimos de casa y nos quedamos dormidos en el taxi, cada uno con la cabeza apoyada contra su ventanilla respectiva, como troncos; el taxista nos despertó ya con el vehículo estacionado bajo la marquesina de la terminal internacional de O'Hare. Las silenciosas puertas automáticas del aeropuerto se abrieron ante nosotros y enfilamos tan contentos el alto y diáfano vestíbulo en dirección al mostrador de la compañía, mientras Hand silbaba aquello de John Denver: «I'm leaving on a jet plane... don't know when I'll be back again», pero una vez allí nos anunciaron que el vuelo había sido cancelado; los fuertes vientos habían obligado a cerrar el aeropuerto de Kangerlussuaq.

—No puede ser —dije.

—Vientos catabáticos —apuntó Hand.

—Putada.

—Con una mierda de semana que tenemos nada más.

La azafata de tierra nos avisó que si queríamos hacer la mitad del camino podíamos coger un vuelo a Iqaluit y esperar allí.

¿Esperar cuánto?, preguntamos.

—¿Quién sabe? —respondió la azafata sin mirarme a la cara. En todo momento se había dirigido a Hand y de pronto caí en la cuenta del porqué: mi magullado rostro —. Esos pasajeros de ahí se encuentran en su misma situación. —Señaló a un grupo sentado en un banco de enfrente. Con aquellas parcas, mochilas y luengas barbas era evidente que se dirigían a Groenlandia. Hand y yo parecíamos llevar rumbo a un campeonato de balonmano.

—No podemos esperar —afirmé.

—Pero hay que ir —replicó Hand.

Groenlandia quedaba descartada. Mierda de catabáticos. A tomar por culo Groenlandia. Miré a Hand: ¿era consternación o asombro lo que traslucía su

expresión? La auxiliar de GreenlandAir sugirió que guardáramos los billetes para el vuelo del día siguiente. Creí que Hand montaba en cólera.

—Ya hemos perdido bastante tiempo —replicó.

—Si es solo mediodía —repuso ella.

—¡Mediodía! —exclamó Hand. No comprendí a qué se debía el arrebato. La dichosa idea había sido mía.

Salimos de la terminal y nos pusimos a deambular de acá para allá bajo el frío, contemplando las distintas posibilidades; Hand no dejaba de farfullar. A veces tiene la costumbre de taladrarte con la mirada cuando te está hablando, sin pestañear ni dejar de mover la mandíbula, y no sabes si tienes delante a un vehemente o al tonto del pueblo.

Un Ford Lincoln estacionó ante nosotros y de él descendió una familia negra vestida con llamativos *dashikis*. Enseguida hizo aparición un mozo que les ayudó con el equipaje. El padre le entregó dos billetes de propina, con sendos cabeceos al depositarlos en su palma abierta, y el mozo los recibió con un «Muchas gracias, caballero». Las silenciosas puertas automáticas se cerraron con parsimonia tras la familia africana mientras yo seguía con la mirada el cadencioso vaivén de sus vistosas túnicas hasta el mostrador de Air Afrique, a unos pasos del de GreenlandAir. Me adentré en el aeropuerto tras ellos, con Hand a mis espaldas.

En la vetusta pantallita, su vuelo aparecía en lista iluminado con una tenue luz verde: Air Afrique, 13. 50, destino: Dakar.

—¿Dónde está Dakar? —preguntó Hand.

Hurgué en la mochila y lo busqué en el atlas.

—En Senegal.

Los dos billetes nos costaron mil seiscientos dólares, solo la ida, suma que pagué dando por supuesto —erróneamente, como luego se demostraría— que el importe de los pasajes para Groenlandia nos sería devuelto. Nunca me había gastado tanto dinero de una sola vez. Ni siquiera los dos coches adquiridos a lo largo de mi vida habían costado tanto: ochocientos, y mil cuatrocientos dólares respectivamente, Corolla ambos. Pensé en la de personas que podrían vivir o alimentarse con semejante suma, no solo en la cantidad sino durante cuánto tiempo. Qué hijosdeputa estábamos hechos. Enterré mi vergüenza en lo más profundo de mi ser. Hice una hoguera con ella, bailé a su alrededor, salté sobre sus llamas. Nos dirigíamos a Senegal y yo había sacado dos pasajes de regreso a O'Hare desde El Cairo. Por tanto, volaríamos a Dakar y podríamos atravesar el continente africano y terminar el viaje en las pirámides sin necesidad de pasar dos veces por Dakar. Un lince.

Nos indicaron que aguardáramos a que se nos adjudicara puerta de embarque. El lugar se había llenado de senegaleses con sus *dashikis*, hombres la mayoría, negros todos, con gafas de montura plateada y aspecto de delegación de Naciones Unidas o de una especie de... de pandilla de hombres con el mismo estilo en el vestir. Quince minutos más tarde nos avisaron por megafonía: el vuelo, previsto para la 13. 50,

sufría retraso. Nos acercamos al mostrador. ¿Cuánto retraso?, preguntamos. La salida, respondió la azafata con absoluta seriedad, estaba prevista para las nueve de la noche. Hank cayó postrado de rodillas. Siempre fue muy dado al dramatismo. Aguardé a que se pusiera en pie, lo que hizo dando una palmada como colofón, y nos alejamos de allí.

—Esto es de risa —rezongó Hand.

—A los del *dashiki* no parece haberles sentado tan mal —observé señalando al corrillo de africanos ataviados con sus túnicas, parloteando. Parecían tan tranquilos, resignados.

Hand se empeñó en hacer un nuevo intento, por si nos devolvían el importe del billete o pillábamos otro. Togo, Franz Josef Land, lo que fuera. ¿Despegaba acaso algún avión de aquel aeropuerto? Con salir del continente nos bastaba, y cuanto antes. Preguntamos si sabían algo más sobre la hora de salida, qué posibilidades había. ¿Seguro que sería tanto el retraso? ¿Qué les hacía estar tan seguros?

La azafata de Air Afrique nos dio la respuesta:

—El avión no ha salido de Dakar todavía.

El avión de Chicago con destino a Dakar no había despegado aún de Dakar rumbo a Chicago.

Un autocar, cortesía de la compañía, trasladaría a los pasajeros al hotel Best Western, donde se nos proporcionaría una habitación a cada uno. Quedaban seis horas de espera. Un primer autocar lleno salió de la terminal y detrás de él llegó otro. Tomamos asiento junto a un chico joven y delgado que se sujetaba la cabeza entre las manos.

—Air Afrique. Siempre la misma historia —afirmó. Vestía un traje gris de raya diplomática. Calculé que tendría veinticuatro años, estudiante seguramente. Gafas de montura metálica. Senegalés, dedujimos por el acento.

—¿Es mala compañía aérea? —preguntó Hand. Yo quise preguntar a qué obedecía que todos los pasajeros con destino a Senegal lucieran las mismas gafas. ¿Acaso eran reglamentarias, como pueden serlo para los italianos los zapatos de punta?

—Su índice de siniestralidad no está mal —respondió—, pero se toman las cosas con calma. Siempre llevan retraso. Una vergüenza. A ellos les da lo mismo.

Junto a nosotros un hombre de raza blanca, vivo retrato de David Carradine en sus postrimerías como Kung Fu, charlaba con otro al que al parecer acababa de conocer. Pegamos el oído. Era inevitable: Carradine hablaba en voz alta y los teníamos sentados justo al lado. Su interlocutor era de Ghana y sería la primera vez que visitara Senegal. El motivo de su escala en Chicago no quedó claro, pero a nosotros quien nos interesaba de verdad era Carradine, con sus dientecillos inferiores, afilados como los de un tiburón, la cinta del pelo alrededor del cuello y las greñas

cubriéndole de grasa los hombros. Nos inclinamos hacia un lado y aguzamos el oído, pero solo pillábamos frases sueltas.

—Sí, Dios hizo el milagro de darme la vida...

El de Ghana escuchaba con cortesía.

—... no sé por qué ha hecho esto, qué he hecho yo para merecerlo... como no sea por mi bondad y honradez...

Por las trazas, Carradine se ganaba la vida vendiendo carteras de cáñamo hechas a mano en los mercadillos. Me sorprendió que Hand no hubiera metido baza todavía. Siempre acababa pegando la hebra con individuos como aquel. Poseía una gran colección de ellos y de historias, historias protagonizadas siempre por algún conocido de última hora con quien había trabado una inmediata amistad —hay quienes acostumbran tratar con extraños y quienes, como yo, solo tienen amistades de nacimiento— y a quien, por regla general, poco después acababa prestando dinero o, como sucedió en dos ocasiones, accedía a alojar en su garaje.

—Sí, vivo como un rey —decía Carradine, el hombre blanco— y me permito recibir en mi casa a viajeros del mundo entero... Claro que el inglés nunca se me ha dado bien. Fui tres años a clases de recuperación... los profesores no comprendían mi necesidad particular de expresión...

El autocar se detuvo frente al hotel. A trancas y barrancas Carradine acarreó sus cinco bultos: uno al hombro, dos en la mano izquierda y otros dos en la derecha. Hand se ofreció a ayudarle con dos, y el tipo bajó del autocar detrás de nosotros. Nada más poner pie en el suelo, nos dirigimos hacia el vestíbulo.

—¿Habéis estado alguna vez en Senegal? —preguntó a Hand.

Hand respondió que no.

—Pues vais a ver más mendigos y tullidos que en toda vuestra vida. —Me miró de refilón—. Te vas a sentir como en casa.

Nos adentramos en el vestíbulo. «¿Se estará cachondeando de mi cara?» Me dio la impresión de que sí. Pasamos a hacer cola, a la espera de que nos entregaran las llaves de la habitación. Carradine nos pasó revista, echó un vistazo primero al calzado y después a las mochilas calibrando su contenido.

—¿Qué —dijo—, a tocar el tambor por ahí, no?

Seguíamos en el mismo continente. En Schaumburg o Bensenville, o dondequiera que estuviera ubicado el hotel, recorriendo por el silencioso pasillo enmoquetado con espigas en color amarillo y violeta, en lugar de rumbo a Senegal, y yo —acababa de caer en la cuenta— no había metido calzoncillos en el equipaje, y no aterrizaríamos en Dakar hasta la mañana del día siguiente y ya habíamos desperdiciado el día. El primero de los siete.

Nos cruzamos con una pareja de mediana edad, con sendas chaquetas, idénticas.

«—Hagan el favor de cambiarse.

»—¿Qué? ¿Por qué? —oí que preguntaban, a mi cabeza, en mi cabeza.

»—Porque llevan la misma chaqueta.

»—Las compramos cuando estuvimos de vacaciones en Newport.

»—Que no les vea nadie.

»—Bien bonitas que son estas chaquetas.

»—Qué van a ser bonitas. Cámbiense, por el bien de la humanidad.»

Discutía con desconocidos a todas horas, aunque solo en el interior de mi turbulento cerebro; solía emplear para ello un tono admonitorio y hueco —herencia de mi abuela, supongo— que incluso a mí me resultaba insufrible. Mi mente hallaba entretenimiento en aquellas discusiones, si bien silenciosas, rotundas, polemizando con conocidos o con gente que me cruzaba mientras iba en coche.

«—Tú, el del Lexus.

»—¿Yo?

»—Sí, tú. Has despilfarrado el dinero.

»—¿Cómo?

»—Has despilfarrado el dinero y tu alma está en pecado.

»—Tienes razón. He cometido una falta, pero me arrepentiré.»

Ese pasatiempo me ayudaba a analizar los problemas, a resolver mis asuntos y a llegar a conclusiones definitivas, instructivas y, en ciertas ocasiones, incluso aceptables para ambas partes.

«—Tú, el de la moto.

»—Sí.

»—Tiempo al tiempo.

»—Lo sé.»

Podría haber sido un pasatiempo divertido, sí, de no tratarse de algo tan insistente y vociferante. No había forma de acallar esa voz y, para ser francos, tras años de disfrutar con esas polémicas estaba deseando ponerles fin. Acallar las voces, que mi mente pasara a un segundo plano. No quería más discusiones ni volver a oír la voz que surgía siempre a continuación para disculparse, en silencio también, con las víctimas de mis sermones y regañinas.

«¡Perdone! —exclamaba corriendo a la zaga de la primera voz, como un mendigo tras la posible alma caritativa—. ¡No volveré a hacerlo! ¡Tome usted este obsequio por las molestias!»

Había llegado el momento de la concordia, de la síntesis, de la verdad sin ambages, sin la ceremonia del debate. No quedaba nada que debatir, ninguna discusión encarnizada con trazas de conducir a una solución final. Ya solo deseaba la verdad, cuanto más sencilla mejor, la verdad pura y dura, no producto de la dialéctica sino per se: ¡la verdad y punto! Esa verdad que todos conocíamos, por mucho que nos empeñáramos en fingirnos en constante y profundo desacuerdo con el prójimo, como si de antemano existieran dos modos de ver las cosas, cuando era obvio que no; solo

había una forma de verlas, siempre; así como la Tierra es redonda, también la verdad, redonda, no con dos caras y...

Nos dieron a cada uno su habitación. Tumbado en la cama, sobre la colcha, cerré los ojos e intenté conciliar el sueño, pero tenía la sensación de que mi cabeza flotaba sobre la cama con sus múltiples y frenéticos ojos, y encima, con un humor de perros. «Es para matar a esos cabrones. Para matarlos.» Ya estábamos otra vez. Evitaba las discusiones, pero me habría liado a golpes a la primera de cambio. Cada día había momentos en que ardía en deseos de agarrar una metralleta y apuntar contra algo, lo que fuera, sentir los cartuchos repiquetear sobre mis zapatos, momentos en los que sentía cualquier conflicto mundial como algo propio...

Me incorporé y telefoneé a mi madre. No le había contado que me iba de viaje — la intención era llamarla desde Groenlandia—, pero esa demora, como ahora se verá, estaba perfectamente justificada.

—¿Con qué dinero?, ¿con el de la bombilla?

—Sí.

—¿Y Cathy qué opina?

—Nada, ¿qué va a opinar?

Sabía que estaba furiosa, más con Cathy que conmigo.

—Will, me parece una sandez.

—Pues...

—Estás dramatizando, hijo mío.

—Vaya, gracias por la inf...

—Ya sé que has pasado un mal año, pero...

—Mira...

—La verdad —añadió—, me tienes confundida.

Levanté la vista y me encontré con mi reflejo en el espejo frente a la cama: vi una cara tan ceñuda y maltrecha que enseguida desvié la mirada.

—A ver —dije armándome de una paciencia que ni yo mismo sabía que poseía—, tú dirás por qué, mamá. ¿Qué he hecho para tenerte tan confundida?

—¿No eras tú quien decía que viajar era una bobada? Cada vez que quería llevarte de viaje ponías el grito en el cielo, aunque fuera de excursión a Phelps o a un sitio por el estilo.

—Eso era distinto.

—Tú. Tú fuiste quien dijo una vez, sentado en el taburete de la cocina en nuestra primera casa, que no necesitaba viajar, que nunca lo necesitaría. Yo quería que hiciéramos un viaje exótico, y tú dijiste que podías viajar y pensar todo lo que hacía falta sin necesidad de salir del jardín de casa.

Suspiré con toda la potencia y ferocidad de que logré hacer acopio.

—¡Sí, señor, tú! —continuó—. Hand sí hacía planes, quería viajar al espacio y esas cosas, pero tú decías que eso de «viajjjar» era un pasatiempo para gente sin «imaginacióon». Muy conmovedor tu sermón, sí señor. Ojalá lo hubiera grabado.

Si le colgaba de golpe, ¿sonaría con la fuerza suficiente? Quizá fuera un teléfono con timbre en la base. De ser así, sonaría contundente. Descargaría el auricular con todas mis fuerzas y...

—¿Will?

—¿Qué?

—¿Por qué no vuelves a tu casa, me llamas esta noche y lo hablamos? Creo que estáis cometiendo un error. ¡Piensa en todo ese dinero! Déjame que hable con Hand. ¿Ha sido idea suya?

—Ya es tarde. Los billetes ya están comprados.

—¿Adónde dices que vais?

—A Senegal.

Rió con sorna.

—¡Si a Senegal no va nadie!

—Pues nosotros, sí.

—¡Pillaréis el sida!

Le colgué. ¿He mencionado que mi madre pudiera estar perdiendo la cabeza? La última vez que pasé unos días con ella en su nuevo piso de Memphis, descubrí que había estado lavándose las manos con suavizante pensando que era jabón. Tommy y yo temblamos al pensar que quizá nos aguarden veinte seniles años de chocheces y rabiets, como ocurrió con la abuela, a quien la mitad del tiempo deseabas mimar y cepillar su larga cabellera blanca y, la otra mitad, cuando la oías ladrar «¿Dónde está mi nenita? ¿Dónde habéis metido mi caballo? ¡Eso se ha roto porque tenía que romperse!», la habrías asfixiado con una almohada.

Intenté echar una siesta, pero tenía la mente alborotada, tan alborotada como un crío gateando en un salón repleto de invitados recién llegados. Venga a saltar, chillar y tirar los libros de las estanterías. Es cierto que hablando no puedo ser más lento, pero mi cabeza, cuando la llevo puesta, cuando no dormita ni se la ha llevado alguien prestada, es cualquier cosa menos lenta. Mi mente, es un hecho, tengo pruebas de ello, es capaz de mantenerse inmóvil sobre las alas de un colibrí. No solo de mantenerse, sino de girar en torno a ellas. Y cuando funciona a pleno rendimiento, no hay quien detenga esos giros. Las máquinas trabajan sin descanso, sus dispositivos rara vez se enfrían. Y aunque suelo olvidar todo lo que posee alguna importancia —razón por la que la gente me confía sus secretos—, mi mente goza de un prodigioso talento para el almacenamiento del dolor. Ningún tormento se pierde en el olvido, en ningún momento disminuye en color, intensidad o calidad de sonido. Fue archivado para estar a mano.

Imaginad un escritorio. Este escritorio ha sido ubicado en la cima de una frondosa montaña, a unos seis mil metros de un hermoso prado salpicado de tulipanes y de algo parecido al algodón. Serpentea por ese prado un arroyo de cauce estrecho y aguas rápidas que discurre con susurrante rumor. El escritorio goza de una vista espléndida; la temperatura, tanto en la cima como abajo, en el prado, ronda los

veintidós grados. Sopla una brisa cálida, agradable, y el cielo luce azul, sin llegar a resultar deslumbrante. En suma, se diría que nos encontramos ante el emplazamiento idóneo para un escritorio, un lugar desde el que contemplar el mundo y cumplir con el trabajo que sea. La única pega es que está instalado sobre un gran edificio cuya entrada está justo debajo, detrás del escritorio. Se trata de un inmueble de diez plantas. La estructura, excavada en el interior de la montaña, alberga una nutrida población de humanoides, seres grasientos, de tez pálida y sin pelo —son topos y lo parecen, con grandes palas amarillentas por dientes y bocas que arrojan llamaradas de fuego—, y todos esos seres se encargan del registro y de la recuperación del contenido del edificio, una miscelánea de documentos, expedientes, citas, archivos históricos, fragmentos, referencias culturales... los recuerdos más gloriosos, más crueles y más triviales.

Digamos que la existencia de ese edificio me enorgullece, que estimo su presencia, además de que accedo a él con suma facilidad. En cuanto deseo algo, cualquier expediente sobre un asunto en particular, no tengo más que solicitarlo y alguno de sus bibliotecarios, sin un solo pelo ellos tampoco, con ojos rojo rubí y vestidos de blanco, lo pone a mi disposición, por lo general sin demora. Digamos, por ejemplo, que estoy hablando por teléfono con Hand y este menciona la ocasión en que arrojamos a Darren Larson sobre el aspersor (éramos chavales fuertes, y gamberros) y se hizo polvo la espinilla y aquella cosa blanquecina le asomó por la pierna, y Darren corrió lloriqueando a esconderse tras el seto junto al lago, bajo la luz del crepúsculo; pues voy y solicito al bibliotecario que recabe, cuanto antes, toda la información disponible sobre el suceso para así poder seguir una conversación inteligente con Hand. Segundos más tarde, un solícito empleado, con ojos color rubí, sin un pelo en la cabeza, vestido de blanco y que emana un rancio perfume que apenas disimula su hedor a sulfuro, se persona ante mí con una flamante carpeta de papel de estraza que almacena en su interior todos los datos registrados en la biblioteca sobre tal día, pese a que, a lo largo de los años, la gestión no haya sido tan eficaz como debiera y se hayan producido numerosos incendios e inundaciones... ¿a quién culpar de las cuantiosas pérdidas?

No obstante, aun teniendo la eficiencia y el empuje profesional del personal bibliotecario en gran estima, venía observando con preocupación una irregularidad nueva en el sistema. Por lo general la misión de estos bibliotecarios es atender mis órdenes, cuando las doy, y mantener los archivos en regla. En virtud de un acuerdo tácito, en ningún momento deben decidir motu proprio qué información proporcionarme. Sin embargo, de un tiempo a esa parte, cuando me hallaba sentado ante mi escritorio, bien intentando trabajar o contemplando el paisaje y meditando sobre el arroyo, sobre qué movía sus aguas, si llevarían o no peces y, si así era, cómo se denominarían y si secretamente se hablaban en el idioma de los peces y qué se estarían diciendo, de pronto descubría a una bibliotecaria a mi vera, una mano posada en mi hombro, mientras la otra señalaba el expediente que acababa de traer, abierto

sobre mi escritorio, y yo seguía su dedo y, al ver lo que este señalaba, ahogaba un grito.

No deseo volver a ver ese puto recorte de prensa en la vida. Me indigné con mi madre por haberlo guardado. ¡Se necesita ser morbosa! No vino ella a enseñármelo personalmente, pero allí estaba, en el cajón donde solemos guardar las tijeras, los sobres y recortes. En una foto extraída del periódico local se mostraba el vehículo aplastado con el siguiente pie: JOVEN FALLECE ARROLLADO POR UN CAMIÓN. Nunca pensé que mis ojos verían una imagen del accidente. Ni siquiera sabía que hubiera quedado constancia gráfica. Habían transcurrido tres meses del siniestro, por fin había recuperado el sueño habitual y me encontraba de paso en Memphis, en casa de mi madre, cuando tropecé con el recorte. Al empezar a leer el artículo, no recortado, sino arrancado del periódico y doblado luego a lo largo, ni se me pasó por la cabeza que pudiera tratarse de Jack. Leyendo los primeros párrafos pensé que era un suceso patético, espeluznante: un pobre desgraciado había perdido la vida por conducir demasiado despacio. Un camión que circulaba con exceso de velocidad se le había echado encima y le había arrollado en cuestión de segundos. Era una imagen nítida, el camión empotrado en el guardabarros trasero del coche, si bien más que un coche parecía una abstracción, un garabato furioso, y cuando despliego el recorte me encuentro con Jack, en el retrato del anuario escolar al término de la secundaria, con la americana colgada del hombro derecho, su foto junto a la del conductor del camión, como en un tándem: el delantero que marcó el gol de la victoria y el jugador que le pasó la pelota.

«—Pensé —me dice la bibliotecaria con tono adusto y oficioso— que le interesaría echarle un vistazo.»

Conozco el dichoso expediente, pero en ese momento no tengo ninguna necesidad de verlo. No he pedido que me lo trajeran. Así se lo hago saber.

«—Ya —contesta ella—, pero sigo pensando que debería echarle un vistazo de nuevo. Opinamos que debe examinar el archivo cuanto antes y recordar el episodio en las próximas horas.»

Ojeo el expediente y su contenido me asalta con el clamor de miles de crímenes en casas impuras. Se lo devuelvo de malos modos.

«—Ya lo he ojeado. Gracias.»

La bibliotecaria se aleja. Me asomo al prado y veo una bandada de pájaros jugueteando en el aire. Alcanzo a ver hasta cinco mil metros.

Vuelven a tirarme de la manga. Es otro empleado de la biblioteca, un joven con ojos de animal en llamas. Se inclina sobre el escritorio con un expediente en las manos. Es el mismo de antes.

«—Acabo de ojearlo —le digo.

»—Sí, pero abajo opinamos que no le ha prestado la suficiente atención. Sobre todo a la sección en que aparece Nigel, el gilipollas de la funeraria, y el momento en

la terraza, con todos los amigos del instituto de Jack riendo y fumando, el mismo día del funeral.»

Me planteo lo que diría a aquellos imbéciles si me los cruzara de nuevo. Busco algo que les duela y les avergüence, pero sin armar escándalo. Que todo suceda en silencio. Con los años mi umbral de tolerancia al ruido disminuía, cada vez me sobresaltaban más cosas. El ruido constante en el trabajo, los taladros, las sierras... no aguanté más, el ruido se me había hecho insoportable. Antes de dejar el empleo solicité desempeñar funciones más silenciosas. Como pintar paredes y molduras o instalar puertas, sin despreciar ciertas tareas como la de arrancar techos —por lo general revestimientos de aislamiento acústico en oficinas— o levantar suelos. Me encantaba ejecutar ambas tareas. Suelos de madera de la mejor calidad, cubiertos por capas y más capas de pavimentos imperdonables: falso linóleo, contrachapados, caucho, moqueta, cemento, cualquier material. Me entusiasmaba escarbar y sacar a la luz el suelo original, dejar al descubierto las tablas paralelas de madera de abeto con su ensamblaje machihembrado, pasar mis ásperas manos por su suave superficie, lijarlas, volverlas a pulir, devolver al entarimado su aspecto original. Con los techos gozaba de idéntico modo, me encantaba arrancar del entramado de rejilla las horribles placas, punteadas como el negativo vulgar de un firmamento estrellado, y arrojarlas al suelo para verlas hacerse pedazos. Y tirar luego de la rejilla —con qué facilidad se desprendía— que sostenía el falso techo y ver la habitación crecer en altura, las enormes vigas de madera al descubierto, con toda su antigüedad, con las muescas y curvaturas que el paso del tiempo había impreso en ellas. Me entusiasmaba el efecto de ambos procedimientos en un mismo espacio: elevar los techos, bajar los suelos, sacar de nuevo a la luz tanto la madera de arriba como la de abajo, ver cómo crecía el espacio, cómo el espacio y el aire útiles se ensanchaban entre inamovibles paredes. Pensé en la copia de aquel Caillebotte que colgaba en la oficina de mi jefe, un calendario obsequio de su hija, los hombres encorvados sobre la tarima del suelo, iluminados por la luz del sol, hombres encorvados que lijan de rodillas el entarimado luminoso de una sala en un primer piso, a buen seguro parisino...

Mi mente discurre ya por alegres derroteros, conquistados no sin esfuerzo, cuando otra joven de tez pálida y cabeza pelada, con los ojos como tizones al rojo vivo, aparece al otro lado de mi escritorio. Me flanquean ya dos bibliotecarias, ambas señalando idéntico material. La recién llegada sostiene en las manos el mismo expediente —ARROLLADO POR UN CAMIÓN— que he ojeado momentos antes y conseguido olvidar. Mi zozobra no le pasa inadvertida.

«—¿Qué demonios es esto? —pregunto.

»—Hemos hecho copias —responde.»

Encendí el televisor. El estado de la Unión, retransmisión por cable. Pegué la oreja a la almohada. El presidente irrumpía en la sala para regocijo general de la concurrencia. Parecían eufóricos de verdad, todos ellos. El presidente se dirige a algunos en susurros, ¿qué les dirá? La mayoría se limita a aplaudir puesta en pie, pero

algunos tienen la suerte de que les susurre unas palabras, algo sin duda de suma importancia. Todos trajeados y encorbatados; ellas con sus vistosos trajes de chaqueta monocolor, esparcidas por la sala como un puñado de frutas y verduras gigantes. Pimientos rojos y verdes, manzanas, arándanos, todos con esas sonrisas forzadas, tan poco naturales, tan llenas de temor y resentimiento...

Me reprendí a mí mismo. No tenía ningún derecho a juzgar a personas que ni conocía ni conocería nunca, y tampoco a atribuir amargura o falsedad a sus sonrisas, cuando podía perfectamente tratarse de gente alegre y de buen corazón; el senador de Dakota del Norte, pongamos por caso, tal vez fuera un señor normal y corriente, risueño, una persona que sentía afecto por sus partidarios y hacía todo cuanto estaba en sus manos a favor de sus representados. Era muy posible que al distinguido senador de Oklahoma le doliera en el alma que las encuestas mostraran la escasa confianza y admiración que al electorado le inspiraban sus políticos. Sí, tal vez le doliera de verdad. Tal vez cuando se le mostraban esos datos se estremecía y vomitaba y corría a la ventana de su despacho en busca de aire y telefoneaba a su mamá, que aún vivía en la casa de su infancia y era viuda, y ella lo consolaba llamándole por su nombre y apellido, que le susurraba una y otra vez, y otra, y otra, y otra...

Ay, Jim

Ay, James

Ay, James cielo

Ay, Jimmy de mi vida

Ay, Jimmy Inhofe

Jimmy, hijo mío

Ay, Jimmy Inhofe

Jim-Jim

Jimmy Inhofe Jimmy Inhofe

... y al senador eso le sosegaba, sin que ninguno de los dos supiera bien por qué.

Estaba oscuro y sonaba el teléfono; la funda de la almohada, empapada bajo mi boca.

—¿Estás despierto?

Llevaba dos horas durmiendo. Para mí habían transcurrido apenas unos minutos.

Hand entró en mi habitación, pedimos una pizza y nos pusimos a ver *Vaya par de idiotas* en la tele. Con un cargo de conciencia monumental. Desaprovechábamos el poco tiempo del que disponíamos. Malgastábamos horas durmiendo, sin hacer nada. El propósito de la semana era sacar jugo a minutos y horas como esos, aferrarse a ellos, retenerlos, darles brillo, lanzarlos tan lejos como pudiéramos, y a las primeras de cambio, con tantas horas libres a nuestra entera disposición, nos cruzábamos de brazos.

Podríamos haber hecho autostop. Haber llamado a alguna puerta, incluso del mismo hotel, y entablado conversación o incluso magreado a alguien nuevo. Pero no, nada de nada. Con los billetes de Senegal en el bolsillo, esperábamos la llegada de una pizza en un Best Western de O'Hare; queríamos tener algo que contar sobre cada una de las horas de esa semana, hacer durante cada una de ellas algo insólito o casi (al menos para gente como nosotros) y, en lugar de eso, nos entreteníamos viendo por la tele cómo una partida de matones introducía la mano de Woody Harrelson en el retornabolas de la bolera.

—Pensándolo bien —observó Hand mientras arrancaba un pedazo de pizza—, si nos atenemos al plan original, debíamos aterrizar en Dakar a la una de la noche, ya demasiado tarde para hacer nada. Así, llegaremos sobre las nueve. Más o menos es igual, con la diferencia de que ahora dormiremos en el avión.

Tenía razón. Hand era un fenómeno. Éramos felices otra vez.

No había transcurrido una hora cuando el teléfono sonó de nuevo; los autocares de enlace estaban al caer. Bajamos corriendo al vestíbulo, donde al menos cien dignatarios senegaleses pululaban de acá para allá y otros hacían cola. Entre los hombres, varias mujeres, un par de ellas de nuestra edad, de cutis tan terso y aterciopelado que se diría falso o tensado en exceso. Una mujer vestida de rojo, con el tono de la sangre fresca al sol de mediodía, me pilló admirando sus anchas y curvilíneas caderas.

Avisé a Hand con un codazo. Puso los ojos en blanco.

Él sabía que yo sentía predilección por las mujeres macizas, de curvas generosas, metro ochenta para arriba, tan altas como yo o más (debo de medir metro noventa aproximadamente) y con formas exuberantes, exageradas. Era un gusto desarrollado en los últimos años, a raíz de mi relación con Charlotte, cuya abundancia anatómica había hecho de mí un hombre nuevo. Charlotte era como una modelo de tallas especiales de arrolladora panorámica, que llamaba la atención en aceras y salones y tenía una risa dulcemente escandalosa, como el estrépito de grandes nubes blancas. Llevábamos juntos seis meses cuando anunció que se trasladaba a Los Ángeles por los motivos de rigor. Me invitó a acompañarla, pero decliné el ofrecimiento, lo cual no me pesa. Desde hacía un tiempo saltábamos a la mínima y nos dejábamos arrastrar por el tedio y el malhumor. «¿Cómo puedes decir eso cuando sabes que no sé silbar?» «¿Cómo puedes decir eso sabiendo que mi tía es diabética?» Por otra parte, yo había agotado las reservas de metáforas eróticas (y verosímiles), y en una relación como la nuestra, cimentada entre las cuatro paredes del dormitorio, tal sequía era mal síntoma. A Charlotte le excitaba el intercambio metafórico durante el coito. Yo: «¡Labro tus tierras! ¡Surco tus campos!». Ella: «¡Más rápido con ese arado! ¡Apúrate!». —Y exigía imágenes cada vez más originales y exóticas—: «¡Acoplamiento de la nave!» «¡Marchando relleno para su enchilada!» «¡Estoy hundiendo su... prieto, húmedo... acorazado!», hasta que llegó el punto en que me descubrí recurriendo a mis amigos en busca de ideas (la galáctica analogía del cohete y su acoplamiento se la debía a

Hand, aunque a Charlotte no le impresionó demasiado) y comprendí que aquello exigía un esfuerzo excesivo.

Aparté la vista de la senegalesa cuando un botones de edad mediana, tez blanca y bigotín lacio se dirigió a nosotros.

—¿Qué? ¿Han cenado bien?

—No ha estado mal —respondí. Tuve la desagradable sensación de que sus atenciones hacia nosotros obedecían a la sencilla razón de que solo había tres personas blancas en todo el vestíbulo, y Carradine entretenía la espera obsequiando a otros con su buena fortuna, su munífica hospitalidad y su escaso talento para la aritmética.

—¿Cómo que «no ha estado mal»? ¡Vamos! Si he visto entrar la pizza con mis propios ojos. ¡Se han puesto ustedes las botas!

Hand y yo sonreímos. El botones tenía las comisuras de la boca manchadas de (¡Dios lo quiera!) pasta de dientes.

«—Patán.

»—Lo siento, Will.

»—Límpiese esos salvajos de la boca.

»—Lo siento, Will.»

Le comuniqué que podía terminarse nuestras sobras si lo deseaba, que habíamos dejado la mitad de la pizza arriba, en la habitación. Respondió que igual aceptaba la oferta, siempre que Rose no se le hubiera adelantado. No indagué en la identidad de la tal Rose. «¿Dónde se había metido Hand?» De pronto se había esfumado.

—¿Así que van a África también?

Asentí con la cabeza.

—Pues mucho cuidadito, ¿eh? —advirtió el hombre—. Aquello es un desastre. Se la han repartido como si fuera una pizza. —Otra vez con la pizza. Debía de gustarle mucho. Se acercó a mí—. ¡Se pasan la vida matándose unos a otros! ¡Hermanos contra hermanos! ¿A qué país dice que van?

—A Senegal.

—Senegal. ¡Senegal! Pues ándense con ojo. Acuérdense de lo que le digo. —Me agarró del hombro—. Allí fue donde dispararon a aquel piloto americano y ¡lo arrastraron del pene!

Eso ocurrió en Somalia, dije. El botones negó enérgicamente con la cabeza, como si tuviera ante sí a un tonto de capirote. Hand ya estaba de vuelta.

—Yo antes enviaba donativos a África —siguió diciendo el botones—, pero luego me enteré de que se lo embolsaban todo los «señores de la guerra». Todo para ellos, y encima resulta que, cuando les mandamos paquetes, bajan los rusos con sus aviones y se los llevan. ¡Cargan con todo y andando!

—Tiene usted razón —intervino Hand apuntándole con el dedo—. Toda la razón. —No capté si hablaba en serio o no.

—¿A que no sabían eso? —dijo el botones—. Los rusos se apoderan de todo lo que mandamos, se lo compran directamente a los «señores de la guerra». —Le había tomado gusto a la palabreja—. ¡Habrás visto disparate! Yo ya no envío un duro.

Le estreché la mano y proferí un gemido. Había olvidado que la tenía medio rota. Hand se la estrechó también.

—¿Su nombre, caballero? —le preguntó.

—Robby. —El tipo rondaba los cincuenta, y aún se hacía llamar con un diminutivo.

—Robby, le estamos muy agradecidos. —Hand hizo una breve reverencia.

Subimos al autocar.

La sombra que la Tierra proyectaba sobre la luna era un fenómeno que alcanzaba a comprender. Sabía que nuestro planeta esa noche ocultaba al astro en su mayor parte, de ahí la delgada hoz blanca en el firmamento. Lo que me resultaba incomprendible era que apreciáramos la luna y su sombra con tanta nitidez, sus líneas tan límpidas. El sol nunca lo veíamos así; sus contornos siempre parecían borrosos, difusos. Aun sabiendo que el sol es gaseoso y la luna mineral, sigo sin explicarme a qué obedece que veamos la esfera de la luna con tanta claridad, sus contornos tan perfilados, recortados a tijera sobre una cartulina.

El viraje del avión dejó la luna a nuestras espaldas.

Por alguna razón que ignorábamos nos habían sentado en primera. Nos sentíamos violentos por el hecho de ser blancos y viajar en las primeras filas cuando los senegaleses, mejor vestidos, más cultos y probablemente con sangre aristocrática en las venas, iban atrás, en clase turista. Entre Hand y yo sumábamos tres años de estudios universitarios en la Universidad de Wisconsin-La Crosse y disponer de saldo en la cuenta del banco era una novedad para nosotros. Arrinconamos esa culpa en el cajón junto a las demás injusticias y dimos cuenta de la comida. La azafata nos pidió que bajáramos la cortinilla de la ventana; para no molestar a los habitantes de los pueblos que sobrevoláramos...

—¿De verdad ha dicho eso? —le pregunté a Hand.

—Eso creo —respondió...

... y luego se durmió. Yo no tardé en caer, pero despertaba a cada hora agarrotado —y hasta qué punto, aun viajando en primera—, como si me hubieran embutido serrín en el cuerpo. A eso de las tres di un respingo al acordarme de que aún no había firmado los cheques de viaje. En el banco me habían recomendado hacerlo antes de partir. Olvidé la instrucción al momento, hice un intento en casa, luego casi me acuerdo en el taxi, y después en el aeropuerto, hasta que por fin decidí que ya tendría tiempo durante el vuelo. Me volví hacia la ventanilla y, tapándome con la espalda y el brazo, me dispuse a firmar, ojo avizor, no fuera que alguien llegara a Dakar con el cuento de que en el avión viajaban unos turistas forrados de dinero —Dios, cómo

odiaba ese dinero; cambiaba mi persona y mi visión de la vida a los que había que robar, apuñalar y pasear por ahí arrastrándolos del pene...

No terminaba nunca de firmar. Había dejado al cajero del banco sin cheques de quinientos dólares tras los primeros seis talones, de modo que el resto eran todos de cien, doscientos noventa en total, distribuidos en sobres de diez. A medida que firmaba dejaba caer el cheque sobre mis rodillas; a cada diez, los recogía, los colocaba en orden, los apilaba primorosamente sobre la mesita abatible, clic-clic, y volvía a introducirlos en su sobre.

Desde mi ventanilla el ala del avión refulgía con el mismo brillo metálico con que lo habría hecho cincuenta años atrás, cuando transportara a gente más afable y sencilla. Todos fumando y charlando en voz alta, en cordial algarabía, tocados con sus distinguidos sombreros. ¿Desde cuándo se viajaba así? ¿Con esa displicencia? Ignoraba el dato. En cambio, Hand seguro que lo sabía. Él entendía de esas cosas, o fingía entender. Me venían a la mente innumerables preguntas. ¿Flotarían en el momento de la verdad los dispositivos de flotación? ¿Se sostendría el avión en el aire el tiempo suficiente para que los pasajeros saltáramos por las amarillas rampas hinchables, tan amplias y tan alegres? Y en otro orden de cosas, ¿qué sería más fácil, liquidar a una persona guapa o a una fea? ¿Y si te veías obligado a emplear tus propias manos, vacilantes sobre la víctima? Seguro que no era lo mismo. ¿Y por qué, cuando nos encontramos con el cristal medio roto de una ventana, deseamos cargárnoslo del todo? Vemos las esquirlas alzándose en el marco y nos entran ganas de partirlas, una tras otra, como si fueran dientes. Preguntas y más preguntas. ¿Había sufrido Vaclav Havel un enfisema o lo había soñado yo? ¿Quién había sido el del enfisema? Alguien de esa zona.

Mi intención era hacer el vuelo dormido. Con la cabeza desocupada demasiado tiempo, seguro que terminaba volviendo atrás. Hasta Oconomowoc o más atrás, hasta el gilipollas de la funeraria y lo que había hecho con Jack. Pues claro que un ataúd cerrado. ¡Cómo se os ocurre preguntar siquiera!

Mi firma en cada uno de los cheques de cien dólares los hacían míos. En el papel no constaba ninguna otra forma de identificación; las posibilidades de estafa o fraude parecían desorbitadas. Todo aquel papel en blanco, bien que bello, con sus soldados de Esparta pendientes de mi garabato, el color de mar del papel, de mar Mediterráneo, donde los bañistas se tumban sobre las rocas, qué fácilmente se prestaba a la ilegalidad. Firmando esos cheques, sin embargo, los hacía menos vulnerables. Firma... ¡mío! Sumas de dinero sin dueño, impersonales, hasta que me abatía sobre el papel y garabateaba mi nombre junto a la línea, ris, ras. Cien dólares, y otros cien más, y otros. El bolígrafo se deslizaba rápido y firme, y yo presionaba con fuerza para que la letra brotara clara y legible; ¡incluso oía mi cuerpo abatirse sobre el papel! Firma... ¡mío! Firma... ¡mío! Cada diez cheques, mil dólares, míos todos dentro del primoroso sobre. ¡Míos! Empezaba a sentir que el capital que durante tanto tiempo había permanecido inactivo en aquella extraña cuenta, el

dichoso fondo de inversión abierto por Cathy Wambat —que entretenía sus ratos de ocio con operaciones financieras de poca monta—, por una vez cobraba vida. Lo que durante tanto tiempo no había sido más que una cifra en un extracto que llegaba cada mes por correo aparecía en ese momento apilado sobre la mesita plegable de un avión, por fin convertido en realidad gracias a tantos cientos de nombres, todos míos, bajo la vigilante mirada de cientos de espartanos.

Hasta hartarme de mi propia firma. Ya no podía más; la había aborrecido. Llevaba noventa cheques firmados y me frotaba la mano dolorida como hacen en los anuncios televisivos contra la artritis. Hasta que poco a poco caí en la cuenta de que cada vez que utilizara o canjeara uno de los cheques tendría que volver a firmarlo en presencia de un cajero o empleado del banco. Quinientas ochenta y seis firmas más, una para cada reembolso. ¡Mío! ¡Mío! ¡Ris, ras! ¡Ris, ras! Aborrecía aquel dinero; deseaba verlo desaparecer.

Al otro lado del pasillo un señor, fornido torso bajo mantita azul, miró de refilón hacia mí, hacia los cheques, las ordenadas pilas de sobres y el trajín de mi bolígrafo, y puso los ojos en blanco. Era dinero que no me pertenecía y él lo sabía. Era un dinero perdido, perdido por alguien, un dinero que había escapado volando de su morada habitual para, absurdamente, ir a parar a mis manos.

Pues sí, había recibido ochenta mil dólares por colocar una bombilla. Así ocurrió, tal cual; dudo poder dar más realce al asunto por mucho que lo intente. Mi jefe suele publicar un folleto a doble página, maquetado por su propio hijo, en el que figuran la lista de servicios de la empresa, antiguos proyectos y fotos de obras anteriores. La última edición de dicho folleto, palabra de Dios, salió a la calle con una foto mía en la que aparecía subido a una escalera colocando una bombilla. No sé qué objetivo perseguiría West Side, Construcciones y Reformas, dando tanto bombo a ese servicio en particular, pero eso fue lo que ocurrió. ¿Acaso pretendían burlarse de mí, Will Chmielewski, de mi condición de polaco —perdón, polaco de mierda— y de mi destreza como tal para instalar bombillas? El jefe insistió en que me equivocaba de medio a medio. «¡Ni pensarlo! —exclamó—. Por Dios santo, Will, ¡ni mucho menos!», y acto seguido regresó a su barracón sofocando una carcajada. El caso es que poco después recibo una llamada telefónica de Leo Burnett, la agencia de publicidad de Chicago, ubicada en un impresionante rascacielos junto al río; la agencia desea saber si tendría inconveniente en ver mi imagen inmortalizada en los millones de paquetes de su nuevo producto, cierta bombilla que van a sacar al mercado.

Acabábamos de construir un invernadero en una casa de Orchard y resultó que el propietario de la vivienda trabajaba en dicha agencia, en calidad de creativo o algo por el estilo, y había encontrado el folleto de nuestra empresa tirado por casa. Cuando meditaba sobre distintas propuestas de logotipos para el fabricante de bombillas, se le ocurrió utilizar la silueta de mi persona subida a la escalera y tantear el efecto que

provocaba entre sus compañeros, que reaccionaron exclamando: «¡Ya está! ¡Ese es el hombre ideal para nuestras bombillas!».



Supe que mi madre se sentiría orgullosa y mi hermano Tommy soltaría una carcajada, así que acepté. Aquí tenéis el logotipo, si os interesa, justo a la derecha. En lugar de dinero en efectivo, querían ofrecerme acciones de la empresa fabricante de bombillas, acciones que, según ellos, con un *split* o dos, cuando vencieran producirían unos réditos en torno a los diez o doce millones de dólares, y eso en menos de dos años, aseguraron, tal era la confianza que depositaban en las nuevas bombillas. Geniales, les dije. Sus bombillas me parecían de puta madre. Y enseguida les pasé mi número de cuenta, para que me ingresaran los ochenta mil dólares en efectivo, oferta de la empresa y, al parecer, remuneración habitual por transformarte en silueta con fines comerciales. Por un instante sentí una falsa sensación de poder. ¡Mi imagen grabada en la mente de millones de personas! Pero enseguida bajé de las nubes, y con gran estrépito. No era más que una silueta, una imagen reduccionista de mi persona. Nada.

El año pasado fue el más extraño de los que me ha tocado vivir, el más cruel e incongruente: perdí a Jack, en mis manos cayó más dinero del que jamás había visto junto y sufrí más desvanecimientos, más caídas que nunca. Tenía las emociones a flor de piel; las lágrimas siempre a punto. Era capaz de pasar horas muertas flotando en una piscina. O tardes enteras sentado en una terraza contemplando una vista de la más absoluta vulgaridad. Las parejas felices me provocaban una alegría exultante. Cuando me enteraba de que alguien, por lo general gente a quien apenas conocía o que ni siquiera me caía bien, había encontrado su media naranja después de dar muchos bandazos por ahí, sentía una dicha inmensa. Cualquier minucia me deslumbraba. Estacionaba el coche a un lado en la carretera y apoyaba la cabeza contra la ventanilla intentando captar a qué obedecía la intensidad de lo verde. La música me convulsionaba, ciertas melodías me producían escozor de ojos y un nudo en la garganta, me llevaban al borde de las lágrimas sin provocarme catarsis de ninguna clase. Podía estar meneando la cabeza, anonadado por la belleza de una melodía, y, al momento, enfilar el coche hacia la tienda dispuesto a comprar un manual de piano para autodidactos, convencido de que era capaz de aprender por mi cuenta y, con mi

exquisito gusto, sacar un álbum al mercado, cuando de buenas a primeras daba la vuelta en redondo diciéndome: «¡Qué coño, lo que tengo que hacer es aprender a pilotar un avión!». Eso es lo que yo quiero de verdad. «Pilotar aviones.» Pero ser piloto me llevaría años; necesitaba algo más inmediato. Lo que me convenía era seguir un cursillo de derecho y ejercer la abogacía, sin pasar previamente por la facultad, por supuesto. Se podía hacer. O quizá mejor, abrir la tienda de artículos policiales que planeábamos en la secundaria o el almacén de artesanía en Nuevo México. Y casarme con una mujer policía; una mujerona fuerte que atendería al nombre de Heather y me querría con locura.

Me habían propinado una paliza brutal en un guardamuebles de Oconomowoc y, sentado en el avión, cuando habían transcurrido dos semanas completas de los estertores de tan nefasto año, aún me sentía desollado, despellejado y quemado vivo.

Aparté los cheques de viaje, eché una cabezada y soñé que caía una tromba de agua y las gotas eran del tamaño de los coches. Yo contemplaba la tormenta resguardado en un búnker, mientras alrededor todos morían, y sentía un tremendo remordimiento de conciencia porque todo me parecía muy hermoso, las gotas en su perfecta esfericidad reflejando y distorsionando el mundo a nuestros pies antes de estrellarse contra los que aguardaban ansiosos la benefactora lluvia.

MIÉRCOLES

La luz, intensa y salvaje, se filtraba por las ventanillas de la cabina reclamando atención y subí enseguida unos centímetros el párpado de la mía cuando ya entrábamos en África a una velocidad de quinientos kilómetros por hora; abajo el mar embestía con fiereza la costa de Dakar. La nítida sombra del avión se bamboleaba sobre el litoral y los edificios de la capital destellaban de blanco y ocre, y se erguían impertérritos ante el embate del viento y de las olas que arremetían contra ellos con toda la furia del mundo y luego morían. Nos hallábamos en un punto desconocido del planeta. ¿Qué hacíamos allí? Ni siquiera lo sabíamos. Hand había despertado.

—Senegal —apunté.

—Senegal —repitió.

Imaginábamos Senegal verde, pero se veía ocre.

—Será que África occidental es ocre —dijo Hand.

—Pues yo estaba convencido de que Senegal era verde.

No había pasarela cubierta que comunicara con la terminal, solo una escalerilla directa al asfalto. Se respiraba un aire cálido y también la brisa lo era; el cielo estaba despejado, de un azul desteñido, y el sol colgaba yerto, aburrido sin tener con quien competir. Los operarios encargados de bajar el equipaje de la bodega, con sus

rodilleras verdes y los ojos tras las gafas protectoras, nos miraban con las manos sobre la cabeza.

—Estamos en África —observó Hand.

Nos adentramos en la terminal.

—Y esto es un aeropuerto africano —añadió.

Era un edificio mínimo, abierto por todas partes. Parecía un centro comercial en miniatura. Nos sentamos en el fresco suelo de linóleo para rellenar el formulario de aduanas. Cuando terminé, vi a Hand con la cabeza apoyada contra la pared.

—Increíble que esté en África —afirmó.

—Cierto —respondí.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —se preguntó—. Acabamos de poner pie y ya estoy deseando quedarme para siempre. ¿Has notado qué aire? Es distinto. Es aire africano; como más mezclado con el sol. Para mí que el nuestro no se mezcla tan bien. Aquí les sale la combinación perfecta. Se percibe el sol en el viento, en el aliento cuando uno respira.

—Me alegro de que pudieras acompañarme.

Al pasar la aduana, los taxistas, viéndonos sin equipaje, ni se acercaron. Carradine charlaba con una joven blanca, puro encaje toda ella, Blanche Dubois de *tournée*, demasiado pálida y frágil tanto para viajar sola como para estar en su sano juicio. ¿Qué hacía en Senegal esa mujer? Su pelo pajizo y mortecino.

Una corpulenta senegalesa vestida de amarillo chillón apareció de pronto y preguntó algo.

—¿Qué?

—¿Que a qué hotel?

—El Independent —respondió Hand echando mano del primer nombre que vio en un enorme letrero iluminado en lo alto.

—Yo llevar —se ofreció la senegalesa apuntando al minibús aparcado justo enfrente. Preguntamos si antes podíamos sacar dinero—. Bueno —contestó malhumorada consultando su reloj. Ya le pertenecíamos, éramos sus criaturas y la estábamos entreteniendo.

Canjamos dos mil dólares en cheques de viaje —¡ris!, ¡ras!— y entramos un momento en los servicios para guardarlos en lugar seguro. Tendí a Hand la mitad del fajo, los dividió en cinco partes que guardó en cinco compartimientos distintos. Yo me los metí a puñados en el fondo de los bolsillos, de la mochila, en los calcetines y bajo las plantillas.

Subimos al minibús. Éramos sus únicos pasajeros. La senegalesa tomó asiento junto al conductor, que no despegó los labios en todo el trayecto.

El paisaje camino del centro era un erial polvoriento, color de pino sediento. La carretera se abría paso entre promontorios de arena y casas de adobe, bloques de

apartamentos junto a las chabolas, bloques con orejas formadas por cientos de pequeñas antenas parabólicas. Las vallas publicitarias con mensajes gubernamentales mostraban a ciudadanos senegaleses que torcían el gesto ante los que arrojaban basura al suelo u orinaban en la vía pública, o fomentaban el consumo de leche. Por la carretera circulaban montones de pequeños autocares azules y BMW. Dos policías montados en idénticos escúteres nos adelantaron.

Nuestro minibús se detuvo en un semáforo y una multitud de caras asomó por las ventanillas abiertas: madres con sus bebés que deambulaban por la mediana de la carretera apuntando a las minúsculas boquitas de sus criaturas.

—¡Bebbe! ¡Bebbe! —gritaban.

Entre sus piernas, unos niños voceaban las mercancías en venta: caramelos y teléfonos móviles. Nubes de moscas pululaban sobre los bebés. Todo fue muy rápido. Nos pilló por sorpresa.

—¡Dales algo! —exclamó Hand.

—¡Dáselo tú!

—¡No, tú!

Los coches circulaban a ochenta kilómetros por hora por el carril contrario. Teníamos dinero y voluntad de dárselo —«¡Para qué queremos, si no, todos esos cheques de viajero, imbécil!» ¡Ya lo sé!—, pero me atolondré, me preocupaba el tráfico, los niños al filo de la carretera, y apenas acerté a esbozar una sonrisa de disculpa, como el cerrajero que no consigue abrirte la puerta. Me aparté de la ventanilla y me senté en el pasillo del autobús, encogido.

—¡Bebbe! ¡Bebbe!

La senegalesa del minibús observaba nuestra turbación. ¿Por qué no decía que no les hiciéramos caso? Ese era su deber. Se supone que la misión de un guía turístico es espantar a sus compatriotas necesitados. El conductor no nos quitaba ojo de encima. Sonreí una vez más y procuré mostrar confusión, aturullamiento. ¡Era inocente! Hand aparentaba idéntico aturullamiento pero, medio adormilado como estaba, con el pelo aplastado de acabar de levantarse de la cama, parecía un mamarracho. Por fin el minibús arrancó con una brusca sacudida y seguimos adelante, hasta que la calzada se estrechó.

—¡Bebbe! ¡Bebbe!

—¡Míster! ¡Míster!

Un automóvil de carrocería dorada nos adelantó; su conductor hablaba por el móvil a la vez que gesticulaba con los puños. La carretera se estrechó enseguida y discurrió sinuosa por el centro de Dakar, las calles repletas de gente, grandes manchas de vistosos colores, vendiendo todo género de artículos. Unos cargaban con los neumáticos averiados de sus motocicletas, otros con sus carnicerías ambulantes, otros acarreaban sacos de naranjas que ofrecían a los automovilistas. Nadie sudaba ni se veía a nadie fumando. A las puertas de un recinto vallado un turista blanco con el pelo alborotado y una enorme camiseta de fútbol, marca Fubu, charlaba con dos

hombres uniformados y armados con fusiles de asalto, mientras un grupo de estudiantes italianos —Hand aseguraba que eran italianos—, con impoluta camisa blanca y pantalones y faldas negros algo polvorientos, pasaba relinchando en sus motos. Se diría que toda la población de Dakar, ciudad de pequeños favores y raudos recados, había saltado a las calles para vender sus mercancías o trasladarlas de un lado a otro.

El hotel, situado a la izquierda del centro de Dakar, era oscuro en su interior, con un vestíbulo de techo bajo, elegantes líneas y suaves superficies de mármol negro, todo él muy fresco, resguardado, impoluto. El esbelto y nervudo recepcionista lucía las mismas gafas de montura plateada que los dos altos y nervudos ayudantes con quienes compartía mostrador de recepción. Tras mofarse del francés de Hand, se dirigió a nosotros en inglés. Pedimos una habitación doble con dos camas y subimos a dejar el equipaje en el cuarto, cuyo luminoso ventanal se abría a los ocres y blancos de la urbe y, a la izquierda, al mar, todo violeta y azúcar.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las diez de la mañana.

—¿Cómo estás? —quiso saber Hand.

—Yo, bien. Y tú, ¿dispuesto?

—Hecho polvo, pero hay que salir.

Dejamos atrás el vestíbulo y salimos a la calle en busca de una agencia de viajes donde reservar el siguiente vuelo. Necesitábamos información exhaustiva sobre las salidas desde Senegal; había que estar en Madagascar o Ruanda al día siguiente. Arreglaríamos lo del billete cuanto antes y así podríamos dar una vuelta por la ciudad durante el día y parte de la noche, y emprender viaje de mañana. Nada más salir del hotel, justo enfrente del aparcamiento reservado, nos vimos asediados por un enjambre de hombres que corrieron hacia nosotros y se pusieron a caminar marcha atrás siguiéndonos el paso y acribillándonos a preguntas. «*English?*», espetó uno estrechando la mano de Hand. Y otro me preguntó mirándome: «*Spanish?*». Siempre me toman por español, será por lo del pelo oscuro y las pestañas.

—Americanos.

—AmeriCANos, ¡ah! *Welcome to Dakar!* ¡Tú, accidente! ¡Cara! ¡Necesita máscara! ¡Fantasma de la ópera, ja, ja! ¿Gustar Dakar? ¿Cuánto tiempo aquí?

—Veinte minutos.

—Ah, ja, ja. ¡Veinte minutos! ¡Muy bueno, chiste! *Welcome! Welcome!* ¿Querer taxi? ¿Tour? Mi...

Entramos rápidamente en una agencia de viajes.

Hand puso a prueba su francés con el primer empleado con que topamos, pero sin éxito. Esperaríamos a uno que hablara inglés.

—¿No decías que sabías francés? —pregunté.

—Y sé. Algo.

—Tu padre es francés, ¿no?

—Bueno, francés de Francia, no. No es de Francia.

—Pero ¿qué te has puesto?

—¿Eh?

Hand llevaba una camiseta con el lema: ORGULLOSO DE MI CULTURA NEGRA. Rubio como era, y con aquellos pantalones amariconados, le quedaba como a un santo dos pistolas.

—¿De dónde has sacado eso?

—De un mercadillo.

—Aquí no se va a entender el chiste. O lo que sea. Ni siquiera hay chiste.

—Si no se van a enterar. Y que sepas que no es chiste. A mí me gusta. ¿La has visto por detrás?

Asentí con un parsimonioso movimiento de la cabeza; vergüenza ajena sentía. En la espalda la camiseta rezaba: VOLEIBOL FEMENINO DE ROGERS PARK.

Llegó la empleada que hablaba inglés y tomó asiento frente a nosotros. Hand se inclinó sobre la mesa.

—Queríamos saber qué vuelos salen de Dakar esta noche y mañana.

—¿Adónde desean viajar? —preguntó la agente, una elegante señora vestida de azul eléctrico.

—Aún no estamos seguros —respondió Hand en inglés—. Quisiéramos saber antes qué opciones hay. ¿Podría in-formar-nos de todos los vuelos dis-po-ni-bles?

Ahí fue cuando Hand empezó a hablar inglés con acento senegalés, marcando las sílabas y espaciándolas. Le daba cierto deje británico, aunque en versión a cámara lenta y con un continuo cabeceo. «¿Como un británico de la época de las cavernas?» Sí, algo por el estilo. «¿Y por qué hace eso?» Ahora mismo se lo pregunto.

—Sí, señor, pero ¿adónde desea volar? —insistió ella. Otra que nos tomaba por idiotas.

—Queremos saber todas las opciones posibles y luego decidiremos —respondió Hand.

La senegalesa nos miró sin pestañear.

—Tienen que decirme adónde desean ir. —Inglés, impecable; frente, alta y serena.

—¿No puede informarnos antes de qué vuelos hay?

—No. No puedo.

Le dimos las gracias, salimos de allí...

—¡Hola! —nos saludó un desconocido—. Yo ver en hotel. Yo también estar en hotel. ¡Señor tenido accidente! —Se aproximó para examinarme de cerca, demasiado cerca, como un estudiante de medicina—. ¡Señor, hombre duro! ¡Vosotros chicos venir a juerga, juerga! ¡Cuánto tiempo en Dakar, yo saber!

... y regresamos al hotel, directos a uno de los dos mostradores de las empresas que alquilaban vehículos. Volveríamos al aeropuerto, reservaríamos el vuelo y luego daríamos una vueltecita en coche, por la tarde, para hacernos una idea general de Senegal. Atendía el mostrador un fornido caballero, muy sonriente. Pedimos un coche pequeño y envió a un empleado para que nos lo trajera.

En el mostrador de la otra compañía, en el extremo opuesto del delta del vestíbulo, un individuo vestido de tenista amonestaba a un empleado, este no tan corpulento. El tenista hablaba en voz alta, cigarro en mano, y se quejaba con grandes aspavientos de las escandalosas tarifas. Hablaba inglés, con acento americano, y parecía americano. Con calcetines blancos, doblados por debajo de la rodilla como Van Horn, el de la NBA. Ocultamos la cara tras las mochilas.

Hand se quedó esperando el coche, y mientras tanto yo me acerqué a la sala ejecutiva del hotel para entrar en internet y recabar información sobre los vuelos que salían de Dakar. Un enorme senegalés de mediana edad consultaba la pantalla, rodeado por tres mujeres que debían de esperar turno. En cuanto me vio me indicó que fuera hacia allí, que casi había terminado. Sonreí para hacerle entender, dado que no hablo francés, que continuara, que no corría prisa, ya volvería más tarde. Él agitó de nuevo la mano, insistente.

Me acerqué y sonreí, confiando en que hablara inglés. Se dirigió a mí en francés.

—Lo siento —me disculpé—. *No parlez pat francais. Mon frer...* —expliqué, gesticulando en dirección a la puerta, con lo que pretendía insinuar que tenía un amigo que hablaba francés, un viejo amigo, ¡un amigo de la guardería!, ¡de nacimiento!, que en ese instante aguardaba en recepción a que le entregaran un Taurus. No sé si quedó claro.

—Así que inglés —contestó efusivo—. Aquí mis esposas —añadió abarcando con un ademán de la mano a las tres mujeres que le rodeaban, las tres muy guapas, muy altas. Amagué una risita, queriendo encontrar el punto medio entre la incredulidad y la cortesía. ¿Suyas las tres? ¿De verdad? En mi azoramiento, traté de mostrar admiración ante él y respeto hacia ellas, sin partirme el cuello en el intento. Las esposas charlaban entre sí y se sonreían con complicidad. Las tres lucían magníficos trajes, una de color amarillo rosal, otra de intenso y suntuoso naranja y la tercera de azul crepuscular; tres reinas sentadas a unas mesitas plegables en torno a un Macintosh SE con ocho años de antigüedad sobre cuyas teclas trajinaba su marido, mucho mayor que ellas y empapado en sudor—. Será un momento —aclaró—. ¿De dónde es? Déjeme adivinar: Texas.

Mentí.

—¡Sí! ¿Cómo lo ha sabido? —pregunté con cierto deje gangoso.

—Ah, Texas. Me encanta Texas. He estado en Midland.

—Ah. ¿Y no conocerá a...?

—Disculpe —se excusó, no era momento de entrar en detalles—. Debo terminar esta nota. —Señaló la pantalla.

Y terminó al poco; se disculpó, me disculpé, le di las gracias y dejó la sala seguido de sus esposas, la última de las cuales, la de amarillo, dobló la esquina flotando tan etérea como un cura con sotana. Sentí deseos de salir tras de él y de su harén. ¿Y si nos invitaba a su magnífica mansión de estuco rosa, protegida por fuertes medidas de seguridad, y nos dejaba campar a nuestras anchas por sus posesiones y tumbarnos junto a la piscina, mientras sus esposas o doncellas nos agasajaban con refrescos y cremas solares? Podríamos jugar juntos a squash. O quizá prefiriera el paddle...

Hand entró en la sala con dos litros de agua, muy fría. Agarré la botella de plástico que me correspondía y emití un gorgoteo de voluptuoso placer.

—El co-che, ve-nir ha-cia a-quí —explicó Hand.

—Para de hacer eso.

—¿Qué quie-res que pa-re?

—Me saca de quicio, tío. No espacies tanto las sílabas, joder. Pareces un marciano.

Consultamos en internet qué vuelos salían del aeropuerto de Dakar. Ninguno, o casi ninguno, que no hiciera escala en París. Era imposible volar a Ruanda sin pasar por París. Y también a Yemen. A Madagascar sí había vuelo, aunque había que detenerse en Sudáfrica. Tardaríamos un día o más en llegar a cualquier sitio. Y había que sacar visados. Ni siquiera a Gambia, ese país incrustado como un pólipo en mitad de Senegal, se nos permitía cruzar sin visado en mano. Simplemente atravesar el continente, rumbo a El Cairo, podría llevarnos toda la semana. En Mauritania exigían visado, y en Malí igual. Además, en ninguno de los dos países aconsejaban desplazarse en vehículo particular.

—Joder —exclamé.

—La hemos cagado.

—¡Bien!

Ante el ordenador que había a nuestras espaldas, apagado en el momento en que yo entré, vimos a alguien sentado. Era el americano disfrazado de tenista que buscaba coche de alquiler. Ese «¡Bien!» había salido de sus labios. El arranque de entusiasmo pretendía despertar nuestra curiosidad por lo aparecido en su pantalla.

—Mi amigo participa en el París-Dakar —explicó.

—¿El superrally ese? —preguntó Hand.

—Sí. Va séptimo.

Detecté algo raro en su acento. Estaba consultando una clasificación.

—¡Uau! ¿Motos o coches? —quiso saber Hand. El tema le interesaba. Al parecer sabía de qué hablaba aquel tipo.

—Motos —respondió—. Es muy bueno.

Hand entendía de esas cosas, sabía el número anual de gorilas que la guerrilla mataba en el Congo y cuántas toneladas de cocaína se importaban semanalmente de Colombia, cómo se las ingeniaban para pasarla, cuál era su grado de pureza, si era de

calidad, quién estaba al frente de qué cártel, con la ayuda de qué organismos estadounidenses y desde cuándo. Como también sabía que Spinoza, de hecho, era autista —lo había leído recientemente en alguna parte, no recordaba dónde—, ¡pero era cierto! Habían analizado su ADN. Y también que el presidente estadounidense Herbert Hoover sentía atracción por los niños (de eso estaba seguro, aunque, pensándolo bien, tal vez se tratara de McKinley o de J. Edgar), y que era posible aumentar la estatura de los enanos colocándoles unos aparatos con aspecto de instrumentos de tortura medieval en la parte exterior de la pierna; «¡y funciona!», exclamaba entusiasmado; vio a un chico en un documental que había ganado más de treinta centímetros, aunque algunos enanos se lo reprocharon, y le acusaron de renegado o algo por el estilo... Y así una y otra vez, veinte años llevaba yo escuchando sus gansadas, desde el primer curso en el colegio, cuando me aseguró que si te tocabas el pene te salían lombrices (hasta los ocho años oriné protegiéndome las manos con bolsitas de plástico); y siempre descolgándose con la misma mezcla de verdades, medias verdades y cuentos espurios; se plantaba de repente en ese emporio de anécdotas como un borrachín furioso, pero siempre defendía cada una de sus historias con la misma inquebrantable firmeza, sin un ápice de duda ni la más mínima concesión hacia las tuyas. Si no sabías esas cosas, era por voluntad de mantenerte en la ignorancia, pero no todo estaba perdido. Sus vomitonas de datos siempre venían precedidas de un «Pues, quizá ya lo sepas, pero es lo que tiene extraer cinc, que...».

Mientras Hand conversaba con el tenista, seguí consultando varias páginas de compañías aéreas en internet. Dakar a Zaire: no. Dakar a Kenia: sí, pero a un precio desorbitado y con escala en París. Dakar a Polonia: no. Dakar a Mongolia: no. ¡Qué mierda era esa! ¿Por qué no había vuelos de Senegal a Mongolia? Siempre había tenido la impresión, vaga, eso sí, de que fuera de Estados Unidos se podía circular de forma fluida y constante entre países, que las demás naciones del planeta formaban piña, que intercambiaban información y lamentos varios, como los fumadores frente a las fachadas de los edificios donde está prohibido fumar.

—¿Cuándo llega el rally a Dakar? —preguntó Hand.

—Quizá mañana —respondió el tenista—. Ya han llegado algunos vehículos, los eliminados. Hay uno estacionado en el aparcamiento del hotel. ¿No lo habéis visto?

Lo habíamos visto al regresar de la expedición a la agencia de viajes. Una furgoneta japonesa pequeña, cubierta de pegatinas y barro.

Dakar a Congo: no. Sudán: no. Liberia: no. Uganda: no.

—¿De dónde eres? —preguntó Hand al tenista.

—De Chile.

—Hablas inglés con acento americano —observó Hand.

—Vivo en Fort Lauderdale —aclaró.

A Marruecos sí había vuelos. Y allí no exigían visado.

—Ah. Entonces estás aquí esperando a tu amigo, ¿no? —Hand.

El tipo empezaba a caerme bien. Chileno pero residente en Florida y de paso por Senegal a la espera de un amigo que venía en moto desde París; uno de los nuestros, me dije, fanfarroneando por mí y por Hand, otro trotamundos que desafiaba a Dios, que iba de acá para allá luchando contra el tiempo a bordo de aviones y coches de alquiler. Intenté buscar en su rostro la evidente fisonomía sudamericana, fingir que debería haberme dado cuenta. Moreno, cabello liso, ojos castaños, rostro ovalado, pelo corto y repeinado, dentadura sana, alto...

—Sí. Qué ilusión. Y vosotros, ¿habéis venido por el rally? —preguntó.

—No, en principio estamos aquí para... —empecé a decir, pero no sabía cómo explicarlo.

—Estamos aquí —intervino Hand enseguida— porque en Groenlandia soplaba mucho viento.

El chileno soltó una sonora carcajada, pero la risa se le cortó de repente.

—No lo entiendo.

—Queríamos ir a Groenlandia —expliqué—, pero cancelaron el vuelo a causa del viento.

Siguió un largo silencio.

—¿Y os quedáis hasta mañana para ver el rally? —preguntó.

—No lo sé —respondió Hand volviéndose hacia mí—. Puede. La verdad es que pensábamos irnos mañana, estábamos buscando vuelo.

—¿Adónde?

—No lo sabemos.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué irnos ya?

—No lo sé. Estamos un poco nerviosos. Es largo de explicar.

—¿Sois delincuentes? —preguntó. Había tanta seriedad como expectación en su voz.

Nos encogimos de hombros los dos. El chileno quedó conforme con tal respuesta. Nos presentamos. Se llamaba Raymond. Yo me presenté como Will, y Hand dijo llamarse Sven. Ambos intercambiaron información sobre sus respectivas profesiones; Hand le explicó que trabajaba en el mercado de futuros en cierto modo relacionados con la meteorología —«... sectores directamente afectados por factores climáticos, industrias energéticas, empresas de seguros, agricultura... cubrir riesgos... un sector desea lluvia, el otro no, así que comparten riesgos...»—, y mientras duró la extensa perorata, confié en que modificara la explicación de rigor, pero no ocurrió. De la meteorología pasaron al fútbol.

—Bueno —dijo Raymond por fin—, tengo que irme. Si queréis cenamos juntos. Dadme un toque si estáis por el hotel. Anoche descubrí un italiano fantaaástico y me gustaría volver.

Se levantó, nos estrechó la mano y...

—Will, Sven, encantado de conoceros.

Se fue.

Consultamos en el despacho de coches de alquiler; nuestro vehículo tardaría otros veinte minutos. Eran las once y no habíamos hecho nada. Aviones, visados, coches. ¡Esperar por un coche! Qué duro aceptar todo eso; la lentitud; la futilidad de los tiempos muertos. Fuera aguardaba Senegal, con su mar, su extensa planicie y sus manises —perdón, cacahuetes, ¿no?—, y Gambia un poco más allá, y el sol rozaba ya la cúspide de su arco, mientras nosotros seguíamos en el vestíbulo del hotel. ¡Siempre esperando! En toda ciudad del mundo el trayecto al aeropuerto, bordeado por las traseras de las viviendas más deplorables, siempre resulta feo, y todo vestíbulo de hotel acentúa la desidia y la condición mortal de la especie. Pero esa lentitud, esa inexorable lentitud que comportaba cualquier desplazamiento, era superior a mis fuerzas, no sabía cómo hacerle frente, cómo expresar la cólera que se fraguaba en mi interior. Desde luego, apreciaba la existencia de aviones y vehículos motorizados, y su capacidad para acortar el tiempo, pero una vez dentro, a bordo de ellos, todo volvía a ralentizarse, se ralentizaba incluso por partida doble en ciertas circunstancias. ¿Dónde coño estaba el teletransporte? ¿No iba siendo ya hora de llevarlo a la práctica? ¡Hacía años que venían prometiéndolo! La humanidad lo pedía a gritos: teletransporte. ¿Por qué gastábamos millonadas lanzando cápsulas espaciales a Marte pudiendo invertir en teletransporte, único adelanto científico capaz de librarnos por fin de esos interminables desplazamientos, capaz de trasladar de un lado a otro nuestros cachazudos y abotagados cuerpos a la velocidad que dictara la mente, es decir, a la que debiera ser, a la del pensamiento? ¡A la mierda los habituales medios de transporte! A la mierda automóviles, vehículos de alquiler, ruedas, artefactos de ingeniería y esas grandes máquinas de acero siempre tan ruidosas, que aún funcionan con ese absurdo carburante, como si no hubiéramos salido de la puta Edad Media...

—Vamos a dar aunque sea una vuelta —propuso Hand.

¡Eran las once ya! ¡No habíamos hecho nada!

—Bien —dije.

Hacía un día rabiosamente soleado y caluroso, parecía que respiraras a través de lana, por lo que tomamos un camino que salía de la parte trasera del hotel en dirección al mar, veinte peldaños más abajo, donde nos cruzamos con dos niños que subían cargados con un lagarto. El sendero atravesaba una calle en curva. A la derecha, entre la calle y la escalinata de piedra que bajaba a la playa, montaba guardia un vigilante que, tras inspeccionarnos de arriba abajo un segundo, entornó los ojos y nos franqueó el paso, suponemos que debido al blanco de nuestra tez. Abajo se divisaba un restaurante con terraza, junto a una piscina de azules y plácidas aguas en torno a la que una legión de europeos, en grupos de dos y tres personas, se bronceaba al sol en las tumbonas leyendo sus *best sellers* doblados por el lomo. Pasamos de largo, mochila a la espalda, en dirección a la cerca que separaba la terraza de la rocosa cala de abajo. No había acceso a la playa. Al otro lado de la cerca, a unos

doscientos metros a la derecha, dos pescadores senegaleses se bañaban en la orilla, la cala repleta de barquitos de pesca pintados en atrevidos y brillantes colores.

—No me importaría dedicarme a eso —afirmé.

—¿A qué? ¿A la pesca? Mentiroso —replicó Hand.

—Unos años sí.

—No aguantarías más de seis meses.

Hacía calor. Queríamos bañarnos, pero antes había que encontrar una playa. Y llevábamos prisa. El itinerario ya estaba preparado.

Primero bordearíamos la costa en coche, dirección sur, para ver los manglares y cocodrilos en el delta del Siné-Saloum, luego

incursión en Gambia (a la porra los visados), luego

seguir el curso del río Gambia hasta Georgetown, luego

vuelta otra vez a Senegal entrando por el sur y

regreso a Dakar justo a tiempo para coger el vuelo a última hora de la tarde en dirección, con un poco de suerte, a Moscú. Fácil.

Cuando llegamos al vestíbulo del hotel, el coche aún no había aparecido. Hand preguntó al empleado del mostrador, que ya era como un amigo, cuántas mujeres tenía.

—Una —respondió.

—¿Solo una? —inquirió Hand.

—Pronto, más. Pronto, dos. —Alzó dos rechonchos dedos, uno por cada una de ellas—. Después tres y cuatro —añadió ensanchando la sonrisa con cada dedo-esposa. Los dos rieron. Forcé una risita por cortesía. No tenía idea de que Senegal fuera de esa clase de países.

Observamos a la clientela que deambulaba por el vestíbulo, ejecutivos de raza blanca y potentados senegaleses, y también a los recepcionistas, todos trajeados de gris y con idénticas gafas. Llevábamos hora y media esperando. Estábamos ansiosos por agarrar el coche y salir de allí; primero la playa, después un baño; después el parque nacional con sus monos y cocodrilos, y luego carretera adelante, y vuelta al hotel por la noche para coger el avión. El objetivo de ese día era desprendernos de dos mil dólares en el trayecto.

Por fin llegó el coche y, en cuanto nos montamos en él, dos niños se ofrecieron a limpiarnos los cristales. Rechazamos el ofrecimiento; luego se brindaron a vigilarlo mientras estuviera aparcado. Les hicimos saber que no teníamos intención de estacionarlo, que salíamos en ese instante. Les hizo gracia y se rieron. Y nosotros con ellos.

—¿Y si les damos algo? —propuso Hand.

—Salgamos de aquí primero —contesté—. Primero vámonos de Dakar.

—Yo conduzco.

—No, mejor primero yo.

Ya estábamos en marcha, por fin. Era un placer verse al volante. Dimos cuatro vueltas a la plaza antes de decidir cuál de las aproximadamente doce calles que partían de ella tomar. Hand localizó una emisora americana en el dial, dejamos atrás el centro y buscamos la carretera principal. Minutos más tarde, estábamos perdidos por las atestadas callejuelas azafranadas de Dakar. La luz era blanca y polvorienta. A los pocos segundos nos encontramos embocando contra dirección una calle de tres carriles y sentido único, mientras docenas de transeúntes con sus largos e impolutos *dashikis* agitaban la mano para indicarnos que diéramos la vuelta —¡atrás, idiotas, atrás!—, y entonces va y se nos cala el coche, y yo vengo a girar el volante sudando y jadeando para hacer la maniobra de cambio de sentido en mitad de la calzada, bajo la atenta mirada de una mujer con una enorme tina en equilibrio sobre la cabeza, y de tantas otras mujeres que circulan con cosas semejantes cabalgando sobre sus cráneos, todos nos observan entre divertidos y desdeñosos, y el coche que se cala, arranca, da una sacudida, y otra vez se cala, arranca, da una sacudida, y los bocinazos que no cesan...

Hasta que de buenas a primeras nos pusimos en marcha otra vez —¡adelante!—; la carretera ya a la vista, ¡tan cerca! Todo Senegal y allende sus fronteras abriéndose ante nosotros, ¡Senegal!, mientras en la radio suena con claridad asombrosa la voz de Huey Lewis preguntando: «¿Cree usted en el amor?».

Minutos más tarde nos preparábamos para la otra vida. ¿Qué hacía aquel guardia en nuestro coche? ¿O sería militar? Nos conducía allí donde ejecutaban a los turistas. Si en Colombia ajusticiaban a las monjas, por qué no a nosotros en África. Por mucho que aquello fuera Senegal, país no señalado como especialmente peligroso, al menos según la breve consulta en internet que habíamos hecho antes de salir del hotel. Pero ¿qué sabíamos nosotros en realidad? Absolutamente nada. Que Senegal tenía aeropuerto. Éramos unos majaderos, camino del cadalso a bordo de un coche de alquiler. La voz de Janet Jackson tintineaba por los altavoces preguntando qué habíamos hecho por ella en los últimos tiempos.

El guardia iba sentado en el asiento trasero, inclinado entre ambos, dando instrucciones. Era alto y delgado, de unos cuarenta y cinco años más o menos, vestido con un uniforme color tabaco y gafas al estilo de la marca Foster Grant. Nos había dado el alto mientras dirigía el tráfico en mitad de la calle. Obedecimos, me hice a un lado con el coche y a través de mi ventanilla abierta Hand se dirigió a él en francés, sin demasiado éxito. Intentaba averiguar qué infracción habíamos cometido, pero no logró entenderse con él. Exasperado el urbano, abrió por fin la portezuela del coche y se coló en el asiento trasero.

Nos conducía por callejones cercanos al centro de la ciudad. Uno de los dos iba a terminar siendo arrastrado por el pene.

Teníamos que discurrir algo cuanto antes, y nos pusimos a hablar a velocidad de vértigo para que no nos entendiera, aunque dudábamos que supiera una palabra de inglés.

—Aquí viene cuando nos arrastran por el pene —apunté.

—No tiene gracia. ¿Y si probamos a sobornarlo?

—No aún no espera a ver.

Era un poli corrupto, seguro. En Senegal la policía no es de fiar. ¿Ah, no? O quizá esté pensando en Perú...

—No le quites ojo de encima. Y atención a las mochilas.

Ambas mochilas descansaban sobre el asiento trasero, abiertas, y el guardia en medio. Eché un vistazo atrás y lo pillé con toda la manaza dentro de mi bolsa, como si tal cosa. Me chocó verlo con la mano allí. Nadie había metido la mano en aquella mochila hasta ese momento.

Pasamos junto a varios recintos amurallados con entradas flanqueadas por centinelas armados.

—¿Crees que vamos a comisaría?

—Vete a saber.

Hand volvía la cabeza de vez en cuando y probaba a comunicarse con él en francés, buscando una explicación o intentando averiguar qué nos deparaba el futuro. Recé para que no se le escapara alguna tontería, aunque de todos modos no iba a enterarme, así que opté por dejar que rodara la bola. A mis espaldas el guardia daba órdenes ladrando, su seca manaza (la que reposaba en el interior de mi mochila, no, la otra) a escasa distancia de mi oreja, apuntando a derecha o izquierda en cada desvío. Juraría que no hacíamos más que dar vueltas sin ton ni son. Éramos hombres muertos.

—¿Y si es un juego?

Indicó entonces que nos detuviéramos. Estacioné detrás de un taxi, frente a un bar. El guardia apuntó hacia una señal de tráfico, justo delante del establecimiento. Advertimos enseguida que nos hallábamos justo en el punto de partida, donde antes nos había dado el alto. Tras un intrincado y rocambolesco rodeo regresábamos al principio. La señal, un círculo azul con borde rojo, prohibía la circulación de vehículos por aquella vía, con excepción de autobuses y taxis.

Ah. Empleamos todo género de aspavientos verbales para expresar nuestra conformidad y aprobación. «¡Aaaahhhh!», repetía Hand una y otra vez. Nos sentíamos felices de estar vivos. Habíamos cometido una infracción... ¡eso era todo! Pagaríamos la multa y listo, a casa. Todo eran risas y carcajadas. Los veinte minutos de rodeo por la ciudad solo tenían como objetivo devolvernos al lugar del crimen, demostrarnos que habíamos contravenido una ley. Reímos y asentimos con la cabeza cortésmente. ¡Tontos de nosotros! Sentí deseos de abrazar al hombre, pero quizá allí no se hacía.

No había llegado aún nuestra hora.

Por aquella vía, no obstante, en la que se prohibía circular a todo vehículo que no fuera autobús o taxi, circulaban carretadas de vehículos que no eran taxis ni autobuses. Quisimos hacérselo notar, pero desistimos. Pagaríamos la multa y continuaríamos viaje. Pero no señor. El guardia indicó que nos pusiéramos en marcha de nuevo. Aún no se había apeado del coche. Hand arrancó el motor. Ahora sí teníamos miedo. Había llegado nuestra hora de verdad.

—¿Nosvaamatar?

—¿Paraquéibaamolestarseconlodelaseñalsipensabamatarnos?

Dimos cinco o seis vueltas más. Circulábamos por callejuelas sumamente estrechas. Los transeúntes debían de preguntarse qué hacía aquel guardia metido en un coche con dos turistas blancos, uno de ellos con la cara hecha un mapa.

De buenas a primeras nos encontramos delante del hotel. En algún momento debimos de mencionarlo y él se tomó la molestia de mostrarnos el camino.

—*Merci* —dijimos.

Le estábamos agradecidos. De vuelta al hotel. Qué detalle.

Entonces nos pidió dinero. Le ofrecimos diez mil francos, unos diez dólares, que él rechazó moviendo la cabeza. Pues veinte mil entonces. No, no, dijo. Al final cogió un billete de mil francos del reposalatas y, con una sonrisa, se bajó del coche. Mil francos, un dólar cincuenta más o menos; con eso bastaba. Sería la tarifa habitual. Se despidió agitando la mano y se marchó en dirección al lugar donde nos habíamos encontrado.

Se nos caló el coche. Imposible arrancarlo. En pleno centro del centro, en la zona más concurrida de todo Dakar, va y se nos queda parado el coche. No había forma de moverlo. El disloque de bocinazos pronto adquirió magnitudes orquestales. Empujamos el coche los quince metros que nos separaban del hotel. Nuestro amigo de la empresa de alquiler salió a la puerta a recibirnos y aparcamos junto a la furgoneta japonesa cubierta de barro.

—Lo lamento de verdad —se disculpó—. Sabía que podía ocurrir, pero no creí que tan pronto.

Nuestro amigo sabía de antemano que se iba a averiar. Aunque no en su demarcación. Hand concluyó las negociaciones mientras yo miraba embobado a dos chicas blancas, que a su vez nos miraban a nosotros, asomadas a la ventana de un tercer piso. Al darse cuenta de que las observaba observándonos se apartaron de la ventana y desaparecieron.

Una vez en la habitación, mientras esperábamos el siguiente vehículo, nos quedamos dormidos y despertamos a las cinco.

—¡Mierda!

—Qué forma de perder el tiempo.

—No hemos hecho nada.

Ni delta, ni manglares, ni Gambia.

Además, teníamos hambre.

Nos dimos de bruces con el tenista chileno-estadounidense en el vestíbulo...

—¿Cómo se llamaba? —susurré.

—Raymond.

—Gracias.

—¡Hola, Raymond! —saludé.

—¡Hola, amigos!

... y cogimos un taxi que nos condujo al restaurante italiano que tanto le gustaba, a seis manzanas del hotel. Circulábamos por callejuelas oscuras y angostas. Bajamos las ventanillas y el aire caliente nos azotó la cara con sus ásperas manos. Los edificios se parecían a los de tantas otras urbes —líneas rectas, esquinas recortadas y ventanas en la fachada—, pero en ellos se percibían la imaginación y factura de un arquitecto de otro mundo. Volando a ras de tierra por la ciudad, sonreí al viento, pues al menos habíamos llegado hasta allí, lo que de por sí suponía todo un triunfo.

El taxista nos pidió el importe equivalente a medio dólar y le tendí diez; él dijo que gracias, muchas gracias, que aguardaría fuera a que termináramos de comer para llevarnos al hotel o donde quisiéramos, no importaba la hora, mientras estuviéramos en su país, ¡todos amigos!

El restaurante estaba vacío, excepción hecha de cuatro italianos, gordos y borrachos, acodados en la barra, que charlaban con la camarera, italiana y borracha también.

—¿A que es una preciosidad? —dijo Raymond—. Por eso tenía que volver.

—Es guapa, sí —convino Hand—, pero a mí son las senegalesas quienes me hacen gracia últimamente.

—¿A ti también? —saltó Raymond—. Pues ya somos dos. Yo las encuentro impresionantes. —Raymond alzó un dedo, dispuesto a ofrecernos su teoría—. Pero —añadió, entornando despacio los ojos y alzando el mentón— son todas unas putas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hand.

—Ya lo verás —respondió.

Ambos lo miramos de hito en hito, con un lento parpadeo. Nos tocaba aguantar otro rato a aquel tipejo, pese a que cada vez resultaba más evidente que no compartíamos pareceres. Las relaciones fruto del azar y la coincidencia en el espacio, pasajeras como esa, raras veces conducen a algo. Sabíamos, en cualquier caso, que una vez nos despediéramos de Raymond esa noche, raro sería que lo volviéramos a ver, y eso lo hacía más llevadero.

El hilo musical del establecimiento repetía una y otra vez el mismo bucle, con canciones de Dire Straits, Pink Floyd, Eagles y el *White Album* de los Beatles. Pedimos unos fettuccini y cerveza senegalesa. En el transcurso de la cena nos enteramos de que Raymond trabajaba en el sector de la telefonía móvil. Algo relacionado con móviles y GPS; en un futuro muy próximo todos podríamos saber —por nuestro propio bien, recalcó golpeando suavemente la mesa con el puño, como

volvería a hacer tantas veces a lo largo de esa noche— en qué lugar del mundo se encontraba una persona, simplemente siguiendo el rastro de su teléfono móvil. Por el bien de la humanidad, insistió. Por el bien de los niños. De ancianos, mujeres y niños.

Una era tocaba a su fin, y yo no quería estar presente para verlo; habíamos vendido nuestra intimidad por estar localizables. Sentí un estremecimiento. Hand, cómo no, tenía la piel de gallina.

Cuando terminamos de cenar Hand pidió al taxista, que había aguardado en el coche sin radio ni periódico, que nos condujera a algún local con música en directo.

—Ya sabe —añadió—, tipo Youssour N’Dour o algo así.

En el vestíbulo del hotel habíamos leído que Youssour N’Dour residía en Dakar, donde era propietario de un club. El taxista pareció entender, arrancó y a los pocos minutos estacionaba frente a un bar con terraza.

—¿Aquí es donde se halla emplazado el local de música en directo? —preguntó Hand.

Raymond lo miró sorprendido. Había que frenar a Hand.

—Yes, yes —respondió el taxista indicándonos con un gesto de la mano que bajáramos—. Bonito, bonito.

Nos apeamos del vehículo.

Tenía buen aspecto, de estilo francés, con terraza fuera y cálida iluminación en el interior, pero no sonaba música alguna. Dentro, unas mesitas de hierro forjado, pavimento de baldosa blanca y una barra de pizarra negra decorada con un cuenco lleno de naranjas que parecía salido de un cuadro de Manet. Tomaríamos una copa y fuera.

Todas las miradas convergieron en nosotros. Había corrillos separados de hombres y mujeres. Turistas ellos; senegalesas ellas. Me dirigí hacia los servicios. En el reducido y fresco cubículo, de paredes húmedas como las de una gruta y parduscas, me lavé las manos con un jaboncillo en forma de concha que me hizo recordar el aroma de mi hogar.

Cuando salí vi a Hand y Raymond sentados a una mesa de la terraza, con dos chicas con melena de trencitas y tez de tono un tanto más claro que la mayor parte de las lugareñas. Raymond se puso en pie, me cedió su silla y fue a buscar otra. Las chicas me dieron un rápido repaso y apartaron la vista. Deseé arrancarme la cara a pedazos.

A todos les habían servido ya su copa. Me presentaron a las dos chicas, cuyos nombres fingí entender y cuyas flácidas manos sostuve breves instantes. No tendrían más de veinte años, veintidós a lo sumo. Eran hermanas; de nuevo me sentí, al igual que tantas veces en compañía de Hand y Jack, como un peso muerto, aislado.

—Son de Sierra Leona —explicó Raymond.

—Refugiadas —agregó Hand.

Eran dos auténticas bellezas, ojazos oscuros y dientes torcidos y descomunales. Raymond y Hand intentaban comunicarse en francés.

—Sabemos poco francés —advirtió la mayor—. Hablad en inglés. Es lo que se habla en Sierra Leona.

—¿Qué tal Dakar? ¿Bonito? —preguntó Hand.

Raymond miró a Hand como si fuera un deficiente mental.

—¿Qué? —preguntó la menor. La menor era más alta.

—Dakar. Que si os gusta —repitió Raymond de mal talante.

—Sí. Está bien.

La mayor asintió con la cabeza. Hand pidió otra ronda y se inclinó hacia las chicas; dispuesto para el ataque.

—¿Cómo van las cosas por Sierra Leona? ¿Aún tenéis a Charles Taylor incordiando por ahí? Debería estar al corriente, ya lo sé, pero hace mucho que no leo sobre el tema. ¿Continúa la violencia en torno al tráfico de diamantes?

Se quedaron ambas anonadadas, volvieron la cara hacia Raymond sin entender, como esperando que actuara de intérprete. Hand no se arredró.

—¿Cómo os ganabais la vida en vuestro país? ¿Sois estudiantes? ¿Hace mucho que salisteis de allí? Y vuestros padres, ¿siguen en Sierra Leona?

Las hermanas intercambiaron una mirada.

—¿Cómo? —preguntó la mayor, risueña.

—Vuestros padres, que si siguen en Sierra Leona.

—Sí. Viven allí.

—¿Qué edad tenéis? —preguntó Raymond.

«—Raymond, eres un ser vil y rastroso.

»—He visto más mundo que vosotros.

»—Eso no quiere decir nada.

»—Lo dice todo.

»—Es la peor excusa que he oído en mi vida.»

—¿Qué? —preguntó la chica.

—¿Qué edad tenéis? —repitió Raymond.

La mayor, a quien Raymond dirigía la pregunta, rió y miró a su hermana. Esta negó con la cabeza. Tampoco entendía.

—¿Años, cuántos años cada una? —probó Hand.

La mayor alzó las manos mostrando las palmas, como diciendo «Basta», las entrelazó y volvió a repetir el movimiento.

—Veinte —aventuró Hand.

La chica asintió con la cabeza.

—¿Y ella? —Hand señaló a la hermana con un gesto.

La mayor volvió a repetir el movimiento, alzando ocho dedos la segunda vez.

—Dieciocho.

La chica asintió enérgicamente con la cabeza, riendo. Y volvió a alzar los dedos. Dieciocho.

—Dieciocho.

—¡No!

La representación continuó un rato. Raymond reía divertido.

—No domináis mucho el inglés, ¿eh? —observó Hand.

—¿Qué? —preguntó ella.

Raymond se lo repitió en francés. Lo hablaba estupendamente.

—¡Habla inglés! —exigió ella—. Somos de Sierra Leona.

Era una conversación de besugos, aquello no iba a ninguna parte. Desconecté, y las chicas se concentraron cada una en un hombre: la menor en Hand, la mayor en Raymond.

Me dediqué a observar a los transeúntes que pasaban por la acera, por detrás del seto, de arbustos no demasiado crecidos. El local estaba repleto de gordinflones europeos y norteamericanos, maduros en su mayoría y joviales, de talante sosegado. Algunos habían captado el interés de las chicas disponibles, otros se mantenían a la espera con sus amigos, sujetando las altas copas de cerveza entre las manos. Junto a la puerta vi a un hombre sin piernas, sentado sobre una esterilla.

La hermana menor rió un comentario de Hand y le agarró sin recato el brazo con ambas manos a la vez que dejaba caer la cabeza sobre su hombro subrayando el gran júbilo que habían suscitado en ella sus palabras. Hand me miró con los ojos fuera de las órbitas, como si un gato acabara de saltarle a las rodillas. Pedimos otra ronda.

—¿Ahora, discoteca? —propuso la mayor a Raymond.

Hand y Raymond se miraron y volvieron la vista hacia mí. Me encogí de hombros. Las chicas me recordaban a unas compañeras de universidad hermanas gemelas, que eran conscientes de la superioridad de su tez sobre la de los demás y se mostraban muy indulgentes con los torpes y profusos requerimientos de sus compañeros blancos. Las de Sierra Leona lucían la misma sonrisa que ellas, alegre, pero enigmática.

—No —contestó Hand—. Creo que vamos a volver a casa. Al hotel. —Saltaba a la vista que era mentira. Tendió la mano a la pequeña. Se pusieron en pie las dos, me lanzaron una mirada asesina y regresaron a la barra.

—Vámonos —dijo Raymond.

Antes, con ellas a la mesa, había supuesto que Hand me preguntaría si me importaba dejarlo un rato a solas con la chica y que Raymond seguiría sus pasos; los odiaba a los cuatro. Pese a haber sentido lástima por ellas en algún momento, quedaba demostrado, deduje implacable, que eran todos tal para cual. Sin embargo, de pronto nos íbamos, Hand y Raymond les perdonaban la vida o las despreciaban, y de inmediato me asaltó un gran afecto hacia ellas, deseé compensarlas por el violento rechazo. Quedarme yo solo con las dos. Sentarme a su lado, reírme del prójimo en su compañía.

¿Y qué hice? Las miré con esa sonrisa falsa y suficiente que dirijo a los mendigos cuando no tengo limosna que ofrecerles, siempre con un leve y rápido encogimiento de hombros, y salimos los tres zumbando.

Cubrí tras Hand y Raymond los dos pasos que nos separaban de la hilera de taxis y el lisiado de la esterilla se abalanzó sobre nosotros. Quería dinero. Al poco una anciana, con un tazón de lata engarfiado por el dedo medio, se interpuso en nuestro camino y me plantó el tazón a unos centímetros de la boca. Y tras ella apareció una de las mujeres acodadas a la barra; esta no dijo a qué venía. Estábamos rodeados. Reculamos y montamos en el taxi a toda prisa. Raymond se sentó en el asiento delantero y cerró de un portazo. Hand subió al asiento trasero y yo me dejé caer a su lado, pero el hombre sin piernas tenía ya medio cuerpo dentro del vehículo y nos impedía cerrar la puerta. Su aliento llegó hasta mí: un universo de aromas. Y el taxista, ¿qué hacía tan campante? Lo lógico habría sido advertirnos que no diéramos limosnas, expulsar a aquel hombre del coche; sin embargo, se limitaba a observar la escena. El bar en pleno nos miraba.

—Dale algo y acabamos ya —propuso Raymond entre risas. No sé dónde vería la gracia. Esas cosas solo pasaban en la India o en la Biblia.

Ofrecí al mendigo las monedas sueltas que guardaba en el bolsillo y, aprovechando que retrocedía para contarlas, cerré la portezuela de golpe. La anciana asomaba la cabeza por la ventanilla abierta. El taxi se había puesto en marcha, pero ella seguía asomada. Raymond le dio un empujón para apartarla, pero con tal ímpetu que la mujer cayó de espaldas sobre los arbustos lanzando un chillido.

Enfilamos la carretera.

—Joder —musité.

—Qué mal rato —dijo Hand.

—Son pobres —observó Raymond sin volverse, sus palabras engarzadas con el viento que entraba por la ventanilla. De súbito se volvió hacia nosotros—. Mirad —dijo—. Vosotros venís a este país; estáis en Dakar. Salís del hotel, os dais una vuelta por la ciudad, os dejáis conducir por mí, por este señor —añadió señalando bruscamente con el pulgar hacia el taxista—. O sea que os exponéis a que sucedan cosas. Abrís la puerta, respiráis, y al respirar el caos absorbéis el caos y el caos os absorbe a vosotros. Sois conscientes, ¿no?

Sentí la retracción en la frente, señal inequívoca de que mi cerebro empieza a discurrir; a veces la frente se me anticipa. Retuve sus palabras en la memoria, como las piezas de un puzzle desperdigadas en una alfombra que esperaba recomponer en otro momento, más tarde.

Continuamos el camino en silencio.

—Vaya tontería acaba de decir —masculló Hand.

—El desequilibrio empieza ahí —continuó Raymond. Cada vez me resultaba más insufrible aquel hombre—. Solo que no queremos asumirlo. Sabemos que somos fuertes, pero hacemos caso omiso de eso. No somos conscientes. Fijaos en *Star Trek*, cuando... ¿cómo llamaban a aquellos traslados de un planeta a otro...?

Nos sabemos más fuertes que ellos, pero hacemos caso omiso. No somos conscientes de nuestro poder. Fijaos en *Star Trek*, cómo cuando... ¿cómo le llamaban a aquellos traslados de un planeta a otro...?

—Teletransporte —respondí, estupefacto ante el giro que tomaba de pronto la conversación y esa inopinada manera de adentrarse en terrenos tan familiares para mí.

—Exacto —dijo Raymond—. ¿Recordáis cómo utilizan el teletransporte para entrar y salir de los planetas donde hay conflicto?

—Un momento —interrumpió Hand acercando la palma de la mano hasta las narices de Raymond—. ¿En Chile se ve *Star Trek*?

—Pues claro.

Hand resopló impresionado.

—Está bien, continúa.

—Pues ese teletransporte se fundamentó en la mentalidad de la guerra fría. En eso consistía la política exterior de Estados Unidos en la época. En el poder de Estados Unidos, en su capacidad para moldear y transformar los países con los que entraba en contacto.

El taxista preguntó adónde nos llevaba y repetimos la indicación: al local propiedad de Youssour N'Dour. Raymond se enzarzó en una discusión con él. Yo tensaba y distendía los puños. Sentía un intenso hormigueo en ellos, como si se me acabaran de despertar.

—Yo creo —dijo Hand al percatarse— que deberías aprovechar que estamos aquí para ir a un hospital. Como un viajero anónimo; no podrían seguirnos la pista hasta aquí.

—Poder, podrían.

—Qué va. De verdad te lo digo. Convendría que alguien echara un vistazo a esa mierda de heridas.

No me había visitado un médico tras el incidente en Oconomowoc. Hand y yo pensamos que me sonsacarían lo sucedido en cuanto entrara en el hospital y tendría que dar parte oficial, con lo cual, si algún día decidíamos vengarnos y liquidar a los tres sinvergüenzas, sabrían que habíamos sido nosotros. La idea de hacerme una revisión mientras estaba allí, en Dakar, no parecía del todo descabellada. El taxi dio un par de vueltas más y se detuvo frente a un local llamado Hollywood.

—¿Aquí hay música en directo? —pregunté.

—Sí, sí, sí... ¡bueno, bonito! —aseguró echándonos del taxi—. Yo esperar aquí.

Entramos en una pequeña discoteca de techo bajo, un local horrible decorado en rosa y púrpura y repleto de fotogramas en blanco y negro, como un museo de automóviles de época. De las paredes colgaban fotos tamaño natural de James Dean y

Marilyn Monroe, dos o tres de cada uno, y una de Tom Selleck, Sandra Bullock y Charlie Sheen, respectivamente, pero de Val Kilmer, cosa extraña, había siete, en siete tomas distintas de *Top Gun*. La única clientela del local, a excepción de nosotros, era un puñado de jóvenes blancos con el pelo al rape: marinos.

—No me importaría dedicarme a eso —afirmó Hand.

—¿Marinero? Tú estás colgado —repliqué.

—Por un año no estaría mal.

—Lo que tú quieres es ligar y nada más.

Raymond pidió unas copas y entabló conversación con la camarera, una joven senegalesa con una camisa de encaje que destellaba en la penumbra con reflejos blancos y violeta. La chica rodeó la barra, y al poco la tenía ya junto a él, acariciándole el torso. Luego reparó en mí y arrugó la nariz. Eché mano de la cerveza y aguardé a que Hand regresara del servicio. No me sentía cómodo. Empezaba a hartarme de parecer un leproso.

Al salir del cuarto del fondo Hand fue interceptado por una esbelta mujer con la espalda al descubierto y pantalones de cuero. Tenía un físico imponente, el sueño de todo fetichista, unas piernas que debían de llegarme a las axilas y un trasero (soy incapaz de decir «culo» en ese contexto; nunca he podido) tan redondo y respingón que, de rozarlo con un alfiler, habría estallado en pedazos. La chica condujo a Hand a la diminuta pista de baile, de plataforma iluminada y espejo frontal. Debbie Harry cantaba «Heart of glass» y el mundo se detuvo presa de la languidez.

Sobre la pista había dos personas, un marino y otra chica del país, aunque estos, más que bailar juntos, lo hacían con sus respectivas imágenes en el espejo. Él ponía tanta intensidad en la mirada, que, de ir dirigida a alguien, y no a su propia imagen, se habría calificado de lasciva.

Los demás marinos charlaban entre sí, ajenos a las camareras o a lo que sucedía en la pista. ¿Quién sería esa que bailaba con Hand? Me dispuse a observarlos. Hand deslizó los pies hacia atrás, al estilo Michael Jackson, y luego se marcó una samba, sin dejar de reír. Hand es de esas personas que poseen ritmo y se mueven con gracia, pero a las que el pudor obliga a hacer payasadas sin tino. Vi cómo hacía el aspensor. Y seguidamente el carrito de la compra. Se empeñó en enseñar a su pareja ese último paso.

Cuando terminó la canción vino a la barra con ella, altísima, metro ochenta por lo menos. Demasiado plana para mi gusto, pero impresionante en cualquier caso. ¿Sería senegalesa? No me habría atrevido a decirlo.

—Te presento a Engela —dijo Hand. O algo así—. Estudia derecho. —Pidió entonces sendos chupitos. Se bebió el suyo de un trago y, viendo que ella no tocaba la copa, dio cuenta del otro también.

Estreché la mano de Engela y su mirada se topó con la mía, reparó en mi nariz y mis pómulos, y en su rostro se dibujó un rictus de dolor. Se dedicó a jugar con la oreja de Hand.

Acabé aburriéndome. De haber estado la pista más concurrida, me habría entretenido observándolos o incluso me habría lanzado a acompañarles, pero así no había nada que hacer. Dos marinos habían salido a bailar, sin pareja, y admiraban los movimientos de sus piernas embutidas en unos vaqueros primorosamente desteñidos.

—Es una vergüenza —sentenció Raymond observándolos con los ojos semientornados—. Este país ha dejado a sus mujeres sin dignidad.

Me pareció que generalizaba, pero no disponía de argumentos para rebatírsele.

—Lo mismo que en Birmania —añadió—, en Tailandia o en Rusia. Todos trafican con sus mujeres. Venden sus almas tan pronto como nacen. Los hombres son unos gallinas, y las mujeres, reses de ganado.

Bebí dos vodkas con soda. Raymond no tardó en hartarse de su nueva amiga y quiso irse. La chica de Hand susurró algo al oído de este y él negó con la cabeza y le respondió con otro susurro ahuecando la mano en torno a su oído. Ella rodeó corriendo la barra y regresó con un bolígrafo y un pequeño bloc de notas, donde Hand anotó algo.

Me acerqué yo también a la barra para echar un trago de lo que fuera. La chica que me sirvió lucía un sujetador deportivo blanco que parecía haber caído en las garras de una manada de tigres, última moda Robinson Crusoe. Al darme la vuelta vi que Hand mostraba algo a su pareja. Un papel. Una foto. ¿Qué era?

Me abalancé sobre él.

—¿Qué coño haces? —grité. Era una foto de Jack. Se quedó como un pasmarote mirándome, con los párpados entrecerrados por la culpa.

—Le decía que hemos venido buscando a un amigo —respondió.

—¿Cómo dices?

Hand estaba borracho. Parecía imposible que hubiera caído tan pronto.

—Ya me entiendes —respondió.

—No; no te entiendo —repliqué.

—¿Y a mí qué coño me importa?

—Eres un mierda.

—Le enseñaré la foto a quien me salga de los cojones.

—Olvídame.

Hand rezongó burlón. Tenía muy mal beber.

—No se te ocurra volver a enseñar esa foto a la primera camarera que veas.

—Haré lo que me dé la gana.

—¡Y una mierda!

—¡Eh, muchachos! —exclamó Raymond interponiendo el brazo entre ambos—. Tengamos la fiesta en paz.

Tomé el portante y aguardé en el taxi. Con gusto me habría quedado una hora dentro del vehículo yo solo, disfrutando del incipiente fresco de la noche, pero a los pocos segundos vinieron tras de mí.

Hand pidió de nuevo al taxista que nos condujera al club de jazz, mientras yo ardía en deseos de verlo a él de vuelta en Saint Louis. Me había equivocado eligiéndolo como compañero de viaje. Enseñarle la foto, ¿qué clase de...? No podía volverme a casa ni dejarlo tirado, porque estábamos ya en Dakar y solo disponíamos de una semana.

Cinco minutos de trayecto por la desierta ciudad y terminamos en un local idéntico al anterior, solo que peor y sin fotos de Val Kilmer.

—Dondequiera que estés en el mundo —observó Raymond—, los taxistas siempre te conducen a estos antros. Tomas una copa, el taxista se lleva su propina y todos tan contentos. Mercancía, eso es lo que somos, ni más ni menos. Y por lo que veo, vosotros dos lleváis trazas de ser carne de cañón. Se os ve venir de lejos.

En esa ocasión, nada más entrar nos asaltaron en toda regla: las chicas se abalanzaron sobre nosotros entre empujones y miradas furibundas; una de ellas agarró a Hand por la entrepierna, más por demarcar territorio que con fines propiamente sexuales. A Raymond se le colgó una corpulenta mujerona de ojos saltones y Hand echó a correr a los servicios. A mí nadie me atosigaba en exceso, de modo que me acerqué a la barra para pedir una copa y desde allí, en un rincón del fondo, al otro lado de la pista de baile, divisé a las hermanas de Sierra Leona. Ellas repararon también en mí y sonrieron, compasivas y afables.

Seguían intentando ligar. La discoteca estaba abarrotada: marinos franceses nuevamente, voraces senegalesas a carretadas y el resto, un batiburrillo de italianos y maduros ejecutivos europeos esperando solos, siempre esperando. Vimos la pista llenarse, vaciarse y cambiar de público ante nuestros ojos, y hubo un momento en que las hermanas se quedaron solas bailando y decidí que les regalaría el contenido de mi calcetín izquierdo, cuatrocientos dólares aproximadamente, antes de salir de allí.

Hand regresó del servicio con una historia que contar. Al parecer se había encontrado dentro a unos marinos franceses que le preguntaron su procedencia. Cuando contestó, exclamaron: «¡Estados Unidos! ¡Vuestros dólares pagan por el mundo!». Tras lo cual prorrumpieron en vítores y le palmearon la espalda. Seguro que se lo inventaba.

—Lo más delirante —añadió— es que creo que lo decían en serio.

—¿Les has enseñado alguna foto? —pregunté.

—Que te den por culo —espetó.

—Son jóvenes. Ya aprenderán —intervino Raymond.

—¿Qué tienen que aprender? —quiso saber Hand.

—Lo que es el escarnio —contestó.

Me dejó anonadado. Impresionante que, aun no siendo el inglés su idioma materno, se descolgara con palabras así: «escarnio»; por si eso fuera poco, era hombre de aforismos, capaz de concebir sentencias como «Mercancía, eso es lo que somos, ni más ni menos» y dejarlas caer en la conversación como si tal cosa. «Absorbéis el caos y el caos os absorbe a vosotros.» Siempre quise ser un hombre así.

Contemplé la pista de baile, repleta de hombros caídos y cabezas que colgaban y se balanceaban, los brazos lánguidos elevándose hacia el techo una y otra vez. Ellas se enroscaban el pelo tras las orejas y ellos picoteaban con la cabeza al ritmo de la música, los puños cerrados.

¿Qué pega tenía Charlotte? Ninguna. Todos sus defectos me parecieron de pronto insignificantes. A ella le traían sin cuidado los pelos largos y oscuros que aureolaban sus pezones, pero esa indiferencia suya, en lugar de despertar mi admiración, me molestaba. Y me irritaban sus suspiros. Charlotte suspiraba demasiado, me dije un día; además, eran suspiros tristes. Cargados de pena. Solía suspirar cuando la tenía entre mis brazos, y de un modo cansino, doliente, unos suspiros extenuados, como una anciana que ya lo hubiera visto todo y fuera incapaz de aceptar ese abrazo al final de un trayecto para ella imposible de describir. Sus suspiros me entristecían, me deprimían, y al final se los eché en cara, aunque no sirvió de nada. Charlotte respondió con un suspiro más, el que, ahora lo comprendo, colmó el vaso de una vez por todas.

Qué cretino podía llegar a ser. Charlotte era una mujer sensible, y yo allí, en aquel antro, rodeado de mujeres que suponían necesitaba sus servicios.

—Vámonos —dijo Hand—. Esto es deprimente.

Hicimos ademán de ir hacia la puerta. Una oronda mujerona con uñas enormes, tanto en longitud como en anchura, de súbito tiraba de mí. La atención me halagaba, pero sus intenciones no estaban claras. Su amiga, más bajita, con los párpados enrojecidos, me palmeó la entrepierna como se palmea la testa de un perro con bozal.

Hand había alcanzado la puerta, dispuesto para salir.

Pero yo deseaba endosarles el dinero a las de Sierra Leona, criaturas tiernas e inofensivas al lado de tales mujeronas. Escapé de las garras de aquella bruja y entré en el servicio —un simple agujero en el suelo, en un cuchitril tamaño armario— para recuperar los billetes que llevaba envueltos en torno al tobillo como grilletes. Con el fajo apretado en el puño, crucé la pista de baile y vi a las dos hermanitas ojo avizor en su altozano, expresión hastiada en el rostro, las abordé disculpándome y embutí los billetes en la mano de la mayor. Ella ni siquiera bajó la vista; palpó el fajo sin dejar de mirarme a los ojos. Reparé entonces, como en un fogonazo, en que por primera vez una de esas mujeres me miraba de verdad. Atravesé la pista de baile en dos zancadas y cogí carrerilla para evitar las garras de las mujeres congregadas en la barra.

Raymond esperaba fuera. La calle estaba muy concurrida, los gorilas de la entrada se despidieron deseándonos buenas noches —un detalle, pensé— y aguardamos en el taxi a oscuras. Hand no había hecho acto de presencia.

—Sven sigue dentro —explicó Raymond.

Por fin apareció Hand, flanqueado por las sierraleonesas, que le besaban las mejillas y le acariciaban el pecho —se aprovechaba de la gratitud a mí debida—, y se despidió de ellas en los escalones. Cruzó la calle y caminó hacia el taxi con sonrisa

ufana. Abrió la portezuela, se sentó a mi lado y al ir a cerrar, qué coño, ¡otra vez!, otro cuerpo que obstaculizaba la puerta y nos impedía salir. Se trataba de mi oronda fulana, la de las garras. Me había visto dar dinero a las de Sierra Leona y venía a buscar su parte. Era inmensa. Intenté apartarla, pero tenía mucha fuerza, al menos tanta como yo, además de medio cuerpo dentro del taxi, lo que nos impedía salir o incluso cerrar la puerta. Tendía la mano y se dirigía a nosotros en vertiginoso francés. Después en inglés: «¡Dinero yo, yo visto! ¡Dinero yo, yo visto!».

Encontré un billete de cincuenta dirhams y lo arrojé por la ventanilla. Cayó en el asfalto. Ella se agachó para recogerlo, cerré la portezuela y por poco me llevo su cabeza por delante. La mujer nos volvió la espalda enseguida y fue derecha al bar, escondiéndose los billetes en los pantalones mientras nos alejábamos.

Nos encontramos de regreso en el hotel, exhaustos, antes de la una. En el fresco y negro vestíbulo, aguardábamos con Raymond a que bajara el ascensor, la vista fija en sus puertas metálicas.

—¿Mañana qué? —preguntó—. ¿Cuál es el plan?

—No lo sabemos seguro —respondió Hand—. ¿Qué haces tú?

—Me voy a Portugal, con mi amigo. Unas vacaciones después del rally y vuelta a casa.

—¿Crees que ganará? —pregunté.

—¿Ganar? ¡Qué va, hombre! No se trata de eso.

Yo creía que sí.

—¿De qué entonces? —pregunté.

—De ponerte en manos de la muerte y ver si eres el elegido.

Hand se volvió hacia él.

—Quiere cerciorarse de que Dios desea que viva. Por eso pregunta con tanta insistencia. Se acerca al borde del precipicio hasta que percibe el aliento de Dios en la nuca. Cuando Dios desee llevárselo, le bastará con soplar.

—¡Jesús! —exclamé.

El ascensor llegó al vestíbulo y las puertas se abrieron.

—No; no me refería a él.

—¿Cómo?

—No creo en Jesucristo —contestó Raymond—. Pienso que a Él le horrorizaría oírnos decir que Jesucristo era Su hijo.

Ya me había perdido otra vez. Hand recondujo la conversación por sus derroteros iniciales.

—Así que a Portugal —repitió.

—Qué bien —afirmé. No sé por qué dije eso. No pensaba en Portugal como un país bonito, aunque nunca lo había visto en foto siquiera, que recordara. Al oír «Portugal» me había venido a la mente Madagascar, tierra árida, seca y pobre, con

árboles repletos de lemures. A decir verdad, mi ignorancia era supina, pero no soportaba que mi conocimiento del planeta se redujera a cuatro ideas mal asimiladas sacadas de los libros de texto de sociales o de catálogos de viajes hojeados a toda velocidad.

—No sé... —dijo Raymond—. La verdad es que me horroriza pensarlo. A mí me encanta estar aquí. Me gusta pasearme por estos países exóticos. ¡Cambiar de país sin cambiar de camisa! Es lo único que me gusta en la vida, creo yo... viajar. Las mujeres se han terminado para mí —anunció alzando el mentón con histriónico golpe de efecto.

Llegamos a su planta y se abrió la puerta del ascensor.

—Viajar y los niños —añadió al salir—. Lo demás son puras penalidades.

Miré de reojo a Hand. ¡Menudo plasta! Raymond sujetó la puerta para que no se cerrara.

—Es pronto —dijo—. ¿Os apetece una copa, amigos?

—¿Ahora? —pregunté.

—¡No son más que la una! Tengo whisky. Del bueno.

Bajé la vista a los pies. No me apetecía seguir la noche con Raymond.

—Quizá —dijo Hand—. Quizá después de pasar por nuestra habitación nos reunamos contigo.

—La setecientos dieciséis —respondió—. A ver si os enrolláis. En Chile nunca se acaba la noche tan pronto.

—Hasta luego —se despidió Hand.

Una vez en nuestra planta, saludamos al joven guardia de seguridad que leía a Victor Hugo junto al ascensor.

—¿Piensas bajar otra vez? —pregunté a Hand.

—No lo creo —contestó.

Me cepillé los dientes, Hand se cepilló los suyos y nos tumbamos en nuestras respectivas camas para ver la comedia francesa que daban por la tele. Increíble pero cierto: mayordomo que persigue a criada. Las risas enlatadas lo encontraban desternillante. Yo quería ensañarme con Hand por lo de la foto de Jack. No comprendía su actitud, pero tampoco deseaba sacar las cosas de quicio después de tanto beber...

—Estamos en Senegal —dijo Hand.

—Ya.

—Ayer estábamos en Chicago.

—Ya.

—Y hoy en Senegal.

El muy cabronazo.

—Un avión y aquí estamos.

Ya hablaríamos en serio al día siguiente. Que dijera las gilipolleces que quisiera esa noche.

—Senegal está en África —prosiguió.

—Y nosotros también —repuse.

—Vivos y en África.

—Un avión y aquí estamos.

—Esta noche hemos visto prostitutas y a un hombre sin piernas.

—Ayer estábamos en Chicago.

—¿Cómo tienes la cara?

El muy cabronazo.

—Bien.

—Todavía da un poco de grima.

—Mira, Hand, haz el favor de...

—Perdona.

—Si no pienso en ello, no me duele.

—Perdona.

—Haz el favor de no recordármelo. Bastante tengo con...

—Vale, tío, que ya me he enterado. ¡Soy un mierda, vale! —Se golpeó en el pecho—. De verdad lo lamento, Will.

Lo único que Hand lamentaba en realidad era haberlo mencionado, no haber sido el causante.

—No me duele —mentí.

—Me alegro.

—A ver si mañana lo hacemos mejor —advertí. No bastaba con pasearse por los hoteles y zafarse de unas cuantas multas.

—Seguro —dijo medio adormilado.

Al poco estaba ya dormido, la respiración profunda, las manos entre los muslos, las palmas juntas en actitud de plegaria.

La madre de Jack nos había pedido que nos acercáramos a por los enseres de su hijo, que subiéramos hasta Oconomowoc y cogiéramos los trastos que allí guardaba, pues su marido estaba demasiado mayor, setenta y pico años, y destrozado por la tragedia, y ella no se veía con ánimos. Así pues, tres semanas antes habíamos alquilado una camioneta en Chicago con la que cubrir la hora aproximada de trayecto y, adelantando camiones que transportaban tractores John Deere, dejamos atrás los laboratorios Teledyne, Baxter y Abbot, las queserías Mars Cheese Castle, el parque de avionetas Bong —dos veces habíamos intentado, siendo alumnos del instituto, robar aquel letrero— y atravesamos a toda velocidad las grises y desangeladas granjas en la frontera con Illinois hasta llegar a Oconomowoc. Hicimos una parada en el Museo Militar de Kenosha, un exuberante prado junto a la carretera salpicado de carros de combate y helicópteros en estado lamentable. Habríamos visitado aquel lugar una veintena de veces desde que éramos niños; nos apeamos entonces de la

camioneta, saltamos la valla y compartimos el único botellín de cerveza que Hand llevaba consigo. Eran las nueve de un día de enero, y el recinto estaba desierto. Ya entonces hablábamos de emprender un viaje.

—¿Qué tal Sudáfrica? —propuso Hand acariciando un tanque de la Segunda Guerra Mundial que alguien había bautizado con el nombre «Carnada de tigre». La artillería parecía menos sólida de lo que recordaba, y de menor tamaño.

—¿Tú crees? —dije—. Yo cuando oigo Sudáfrica pienso en Australia. Demasiado familiar.

—Turquía es otro país al que siempre he deseado ir. ¿Has visto alguna foto?

—Creo que sí —respondí. No tenía ni idea, la verdad.

Hand saltó al interior de un carro de combate alemán y echó un vistazo a la cabina del piloto. Imposible que cupiera allí dentro. A decir verdad, había echado algo de tripa.

—Fue Churchill quien inventó el carro de combate —aseguré.

—Ya me lo dijiste ayer. ¿Aún no has terminado el libro?

—No —respondí. Lo leía con calma, saboreándolo. Habría deseado ser Churchill; disfrutar cada segundo de su apasionante vida.

De nuevo en la carretera, Hand al volante. Pasamos junto a una pareja sentada en el maletero de un coche estacionado en la orilla.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Parar. Es nuestra obligación.

—Seguro que tienen móvil, Hand.

No tenían móvil. El vehículo era un viejo Volkswagen Jetta y necesitaban que les echáramos una mano. Con que empujáramos cien metros bastaría, luego soltarían el embrague y andando. El tipo, con su sudadera de Tina Turner, estaba tan orondo que no podía sacar el coche del arcén por sí solo; su compañera, más oronda aún y vestida con pantalón de peto, no sabía ni cómo ni cuándo se soltaba un embrague. Empujaríamos nosotros.

Alzamos el coche en volandas entre los cuatro y lo dejamos caer sobre la calzada. Apenas pesaba. La pareja saltó al vehículo y Hand y yo lo empujamos hacia la calzada y cogimos carrerilla. ¡Qué ligero era! A los pocos segundos, ya había cogido velocidad suficiente, el propietario soltó el embrague y el motor arrancó por fin, con Hand subido al parachoques. ¿Qué coño hacía allí arriba?

—¡Baja de ahí, capullo! —grité.

Hand no se movió. Plantado en mitad de la carretera, observé cómo el coche se alejaba, con Hand subido a él como si viajara en el carrito del supermercado. Las luces de freno se encendieron y el propietario asomó la cabeza por la ventanilla y empezó a dar voces y amenazar con el puño. Lógico. Hand saltó a la calzada y la pareja se alejó a toda velocidad, mientras mi amigo corría en pos de ellos gritando barbaridades. Con lo bien que había empezado todo, con tan buenas y rectas intenciones...

El almacén guardamuebles consistía en un recinto al aire libre, que estaba abierto al público las veinticuatro horas y constaba de tres naves alargadas, dispuestas en calles paralelas; se hallaba ubicado en el mismo Oconomowoc, unos kilómetros al oeste de Milwaukee, a veinte minutos de donde los tres nos habíamos criado. Nos dirigimos hacia el aparcamiento, entre Industrial Avenue y Wall Street, callejones minúsculos ambos, cortos, mal pavimentados y repletos de baches.

Hand estaba de un humor de perros. El del Jetta lo había llamado «mamón» y el epíteto se le antojaba injustificado. Encima que les echábamos una mano, el gordo no nos dejaba disfrutar el momento a nuestro aire.

—A tu aire, dirás —repuse.

—Qué cabrón. Increíble que haya gente así.

Eran casi las once y el recinto estaba vacío. El almacén constaba en total de unos cincuenta módulos guardamuebles, dispuestos en calles a modo de cuadrícula, que consistían en unos contenedores blancos de acero tan grandes como una camioneta de mudanzas, con persiana metálica y cerrojo. Nadie más circulaba por el recinto. Dejamos el coche frente al módulo correspondiente, sin apagar el motor, y nos acercamos a la tienda de la gasolinera para comprar algo que picar. Dentro, un individuo con un cerco desteñido por la lata de tabaco de mascar en el bolsillo del pantalón y una raída gorra de los Blackhawks encasquetada sobre la reseca y rosada frente esperaba frente a la caja. Se disponía a pagar cerca de treinta espirales de regaliz.

—¿Te vas a comer todo esto? —le dijo Hand.

Hand tiene un natural desparpajo. Lo cual es un problema. Enseguida traba conversación con la gente mayor, les pregunta cosas, y con ese pelito rubio y esa cara de no haber roto nunca o casi nunca un plato, enseguida se le abren y le cuentan su vida. Sin embargo, cuando está un poco amoscado, uno se expone a cualquier cosa con él.

—¿Qué? —preguntó el de la gorra.

—Las espirales esas que llevas en la mano, que si piensas comértelas todas.

—¿Eh? —El de la gorra le había oído, lo que no comprendía era que un desconocido le echara en cara qué comía o dejaba de comer.

—Co-mer. ¿Entiendes? —saltó Hand—. Ya sabes, mover las mandíbulas y masti-car.

—Maldito chalado —masculló el otro—. Pero ¿qué mosca te ha picado, tío?

—Eso digo yo, gilipollas.

Hand alzaba la voz y acertaba distancias. Era más grande que el otro tipo, le sacaba cinco centímetros y diez kilos de peso. El otro retrocedió.

—¿Qué? ¿Nos echamos atrás, amigo? —se mofó Hand.

—Maldito chalado —repitió el de la gorra, y escupió a su derecha.

—¿Yo, chalado? ¡No te jode! ¡El tío arrambla con todas las espirales de la tienda y resulta que el chalado soy yo! ¿Es que no se come otra cosa en Oco-oco-moco-moco... o como coño se llame el sitio este? ¿O es que estamos ante el alcalde de Loco-neumococo y su señoría ha decretado que él se va a zampar todas las espirales porque le sale de los cojones?

Hand había perdido los estribos. El interpelado se dio la vuelta para coger su cambio de manos del cajero. Este, un chaval de unos dieciséis años con el estirado y voluntarioso cuello de una tortuga, había hecho entretanto la cuenta, ajeno al altercado. Yo procuraba aparentar indiferencia también, sin saber por qué motivo. Hand era responsabilidad mía.

—Soplapollas —masculló el de la gorra con una risita sardónica. Iba ya hacia la puerta.

—¿Soplapollas? —saltó Hand mientras el de la gorra salía a la calle—. ¿Soplapollas? ¿Y eso qué es? ¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Soplapollas? Maricón de mierda...

El tipo había desaparecido. Inaudito: teníamos veintisiete años y Hand, en medio de un establecimiento comercial, se dedicaba a poner como un trapo a un chaval que no pasaría de los veinte.

—¿Tienen servicios? —preguntó al cajero.

—Está averiado —contestó el chico.

—Embustero —replicó Hand.

Pagamos y una vez fuera, con la mitad restante de la chocolatina balanceándose en su boca, Hand orinó contra la pared de la tienda, mientras daba vueltas a lo que significaría «soplapollas».

—Supongo que es como llamarme homosexual, ¿no?

—No lo sé.

—¿Los que ponen a tono a los actores porno no se llamaban soplapollas?

—Esos son calientapollas y los llaman estimuladores —respondí, y me pregunté de qué sabía yo eso.

—Ah.

Mientras Hand terminaba su micción, me encaminé hacia el guardamuebles de Jack. Alcé la estruendosa persiana metálica y antes de dar la luz me topé de frente con Jack Sikma, mítico pívot de los Bucks de Milwaukee. De pie en un rincón, el muñeco tamaño natural del parsimonioso Jack Sikma, la desgarrada mole blanca que tan bien se desenvolvía en la zona interior próxima a la canasta, me miraba sonriente. Pulsé el interruptor y una bombilla pelada se encendió en el fondo del módulo. El espacio estaba abarrotado. Hand, ya de regreso, inspeccionaba junto a mí la estela que en sus vaqueros habían dejado las salpicaduras de la micción.

—Joder —masculló.

Todo estaba en orden, hileras de cajas impecables, apiladas según tamaño, y a la derecha, todo lo que no encajaba o trastos que Jack había ido acumulando en los

últimos tiempos: colchones, una red llena de pelotas de fútbol, una máquina de *pachinko*, el millón japonés. En un rincón, los mapas lunares que coleccionaba desde pequeño.

Qué frío hacía.

—Voy a dar una vuelta —anunció Hand.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Por ahí fuera. Hay un arsenal de la Guardia Nacional justo aquí detrás, subiendo la cuesta. No me apetece quedarme aquí sentado viendo cómo lo revuelves todo.

—¿No piensas ayudarme a embalar?

—Sí, pero sé que antes querrás echar un vistazo a lo que hay.

—¿Y tú no?

—Pues no, la verdad.

—No se te ocurra llevarte la camioneta.

—No pensaba hacerlo. Voy andando.

—Deja el motor encendido.

—Sí, señor.

—Me ayudarás a embalar, ¿no?

—Cuando te hayas cansado de husmearlo todo, me pongo a embalar contigo.

—Vale.

—Vuelvo dentro de media hora más o menos. A ver qué hay por ahí arriba.

—De verdad me vas a...

—Que sí, que ahora vuelvo.

—Vale.

Y se fue. Era un cretino, un mamarracho, siempre se escaqueaba, aunque me alegré de poder campar a mis anchas. Abrí una caja que contenía los exámenes del colegio y unos dibujos en cartulina, una pila de veinte, dieciocho de los cuales eran imágenes de Saturno, algunas decoradas con purpurina. Cuando teníamos once años, antes de yo saber con certeza que no existían insectos voladores que penetraran en el recto al sentarte en el váter y de descubrir la anomalía en mi corazón —ya entraré en detalles más adelante, pero nunca fue cosa grave—, Jack y yo solíamos sacar los cuadernos y tumbarnos boca abajo para dibujar la casa de nuestros sueños, y el paisaje circundante, de acuerdo con nuestra visión del futuro 2020. Él, más dotado para el dibujo lineal, se encargaba de los planos, y yo pintaba la hierba, los animales y las personas, unos seres con grandes manazas y cabezas diminutas. Sin embargo, por mucho que nos empeñáramos y dividiéramos la tarea, esos dibujos nunca reflejaban con fidelidad nuestras fantasías. Era evidente, en cambio, cuáles eran sus últimas aspiraciones, lo que suscitaba gran desconcierto en nuestros profesores, convencidos de que éramos tan tontos como nuestro comportamiento daba a entender. No tardó en ponerse de manifiesto, sin embargo, que Jack era muy distinto de nosotros dos: él era sereno y yo caótico, y donde en él había lucidez, en Hand había

una boca de pasmarote que se abría y cerraba sin parar. Por otra parte, Jack no pretendía estar a la última, a diferencia de nosotros, que sí teníamos pretensiones y en algún que otro momento gozamos de fama de enterados entre los nuestros. Esas cosas no iban con él, no sabía moverse con la soltura ni la ira necesarias, ni dejarse los calcetines bajados con la arruga preceptiva, y por mucho que intentara llevar el pelo a la moda, siempre se re peinaba demasiado. Era de natural precavido y cauteloso, suponíamos que debido a su condición de asmático, y durante mucho tiempo fue un niño enclenque, mucho más pequeño que los demás, más bajo, más delgado, proporcionado pero casi anémico. Coordinaba bien los movimientos, era un buen deportista en general, pero demasiado canijo, demasiado minúsculo, incluso la cabeza la tenía más pequeña. Hasta que, en el último año del instituto, dio el estirón, se puso en metro ochenta, echó carnes y con sus ojos cristalinos y su hoyuelo en el mentón se convirtió en el favorito de las chicas maternas, que se morían por mimarlo y enseñarle esas cosas básicas de la vida que tanta falta le hacía conocer. Repentina atención ante la cual Jack reaccionó con un sentido de la responsabilidad, con una solemnidad incluso, que nos resultaba exasperante.

El cadencioso ronroneo del motor de la camioneta cesó de pronto y oí voces que se acercaban.

JUEVES

Despertamos tarde. Ya eran las nueve de la mañana.

—Qué forma de perder el tiempo —se lamentó Hand—. Podríamos haber dormido en el coche camino de algún sitio.

—Ya lo recuperaremos.

—Hay que ponerse en marcha ya.

Embutíamos nuestras pertenencias en las mochilas.

—¿Te has levantado en mitad de la noche? —pregunté—. Me desperté a eso de las dos y media y no te vi en la cama.

—Me desvelaste. Estabas hablando en sueños.

—¿Qué decía?

—Cosas incoherentes.

—¿Y te fuiste?

—Bajé a ver a Raymond.

—No.

—Sí. Jo, qué tío...

Alguien llamó a la puerta con los nudillos. Al abrirla, una señora diminuta me indicó con gestos que venía a limpiar la habitación. Pedí disculpas y le comuniqué que salíamos enseguida. Ella sonrió, hizo una breve inclinación y se alejó reculando.

—Oye, ¿a qué huele? —pregunté.

—A ti. Tú eres el que huele.

—Somos los dos. Olemos mal.

Aspiré los efluvios de mi axila. Apestaba.

—Habrás que lavar la ropa. Hoy mismo lo metemos todo en remojo.

Hacía tiempo que veníamos observando que no era el primer sudor lo que olía mal. Lo que apestaba era sudar sobre una piel y una ropa ya sudadas, el sudor reconcentrado.

Disfruté de lo lindo en la ducha. Bajo el chorro, tragaba el agua que rompía en mi cabeza y silbaba sobre mí para luego resbalar acariciándome el estómago y repiquetear con gruesas gotas sobre mis empeines. Me dije, de hecho lo susurré, que era la mejor ducha de mi vida.

Nos acercamos en coche al aeropuerto y fuimos directos al mostrador de Air Afrique. Lo atendían tres bellezas, ataviadas con los más elegantes y vistosos ropajes, la tez luminosa como refulgentes farolillos.

Preguntamos qué salidas había previstas.

—¿Adónde se dirigen? —preguntaron.

—Depende de las salidas que haya —contesté.

—No saben adónde se dirigen.

—Sí y no.

Había un vuelo a Mauritania, pero se necesitaba visado.

—¿Nada más?

—Mañana hay un vuelo a Casablanca.

Marruecos no exigía visado, pero tendríamos que pasar otra noche en Senegal. Eso implicaba seguir perdiendo el tiempo y reducir nuestras probabilidades de dar la vuelta al mundo. Un fracaso estrepitoso, se mirara por donde se mirara.

Nos cercioramos de la disponibilidad de plazas y decidimos que ya decidiríamos más tarde. Salimos del aeropuerto y tomamos rumbo a la costa, a Saly y sus tres playas. Antes de nada había que darse un baño en el mar. Luego ya veríamos monos y cocodrilos. Y después a Gambia, y vuelta otra vez. Según nuestros cálculos, sobraba tiempo, pero había que darse prisa.

No habíamos salido del recinto del aeropuerto cuando ya estábamos perdidos. Paramos frente a un hangar abandonado para pedir indicaciones. Allí vimos a una treintena de hombres, trajeados la mitad de ellos, de pie en el aparcamiento anexo al aeropuerto. Vinieron cinco en comitiva hacia el coche. Explicamos adónde deseábamos ir, a Saly, pero, en lugar de respondernos, dos de ellos se enzarzaron en una disputa, ambos con las manos aferradas a la manija de la portezuela trasera. Repetimos de nuevo la pregunta. Solo indicaciones, aclaramos.

De pronto se nos había colado un joven en el asiento trasero.

—Yo llevar —anunció.

—¿Cómo? —preguntó Hand. Iba él al volante.

—Yo llevar, usted pagar, *no problem*.

Hand y yo nos miramos.

—Llevar, pagar, *no problem* —repitió.

Se llamaba Abass. Era más joven que nosotros y vestía un chándal de nailon; se había sentado en el mismo lugar que el guardia urbano del día anterior, y me sorprendí alegrándome de su presencia. Tres era buen número.

A los pocos minutos, sin embargo, encauzados ya en la carretera de Saly, su presencia en el coche parecía innecesaria. Consulté el mapa y advertí que en el trayecto restante, una hora de camino más o menos, no había ningún desvío.

—Mejorquesebaje, ¿no?

—Creoque seríademalaeducación. Mejorcharlamosyquenoscuente cosas...

Abass continuó viaje con nosotros. Nos caía simpático. Le gustaba Otis Redding, del que Hand se había traído una cinta, así que pusimos a James Brown. Aunque lo que le gustaba especialmente era los Wu-Tang Clan, pero de eso no teníamos. Si quería le poníamos a Dolly Parton.

La carretera era un mercado sin fin, de esa clase de vías que en Estados Unidos albergan centros comerciales y establecimientos de comida rápida; allí, en cambio, había talleres de neumáticos, tiendas de frigoríficos y puestos de venta de fruta. Tres

desgarbados muchachos jugaban al fútbolín a metro y medio de la calzada. Pequeños autocares, pintados a mano de un azul alegre y brillante, circulaban abarrotados de gente. Cuando un pasajero deseaba bajarse, el autocar aflojaba la marcha y el interesado saltaba por la puerta trasera. Sin necesidad de que el vehículo se detuviera. Los niños corrían llenos de mugre; las gasolineras, Mobil y Shell, estaban impolutas, al igual que las personas mayores. Por todas partes se veían *dashikis*, lo bastante largos para barrer el terroso arcén y, sin embargo, impecables.

La luz era blanca y polvorienta, como el día anterior. Decidí que cuando llegáramos a Saly daría a Abass la mitad del dinero que llevábamos encima: mil doscientos dólares más o menos.

—¿Casado? —preguntó Hand.

—No, no. Pronto —respondió Abass.

—¿Niños?

—No, no. Pronto.

—¿Novia?

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Guapa?

—¡Sí! —exclamó alzando tres dedos: tres novias.

¿Qué uso daría Abass a ese dinero? ¿Abriría un negocio? ¿Compraría un billete de avión con el que largarse de Senegal? Mi imaginación no alcanzaba a tanto.

Nos detuvimos en un semáforo e hicimos señas a un señor que vendía zumo de naranja. El hombre se acercó a la ventanilla. No era zumo de naranja lo que vendía, sino líquido de frenos. Líquido de frenos y cintas para el radiocasete. Tras él, una enorme pila de pescado, amontonada a modo de hormiguero, se pudría al sol.

—Deberíamos dejar que se bajara aquí —advertí.

Así se lo dio a entender Hand. Abass negó con la cabeza y sonrió.

—Quiere ir a Saly —explicó Hand.

Continuamos camino. Hand y Abass entablaron conversación sobre cierto asunto que suscitaba en Hand frecuentes exclamaciones de sorpresa.

—Creo que acaba de decir —me explicó Hand volviéndose hacia mí— que su padre fue embajador en Zaire.

—Felicítalo de mi parte —dije, y me pregunté qué haría el hijo de un embajador en un coche de alquiler camino de Saly.

Hand y Abass reanudaron la conversación.

—Falleció hace diez años —me explicó Hand.

Le expresamos nuestras condolencias. Tendí a Abass una chocolatina energética. Él señaló hacia el parabrisas delantero: un camión del ejército francés circulaba en dirección contraria.

—Pregúntale el apellido —indiqué.

—Diallo —respondió Abass a la pregunta de Hand.

—¿En serio? —dijo Hand.

Pasó otro camión militar francés.

—Dile que en Estados Unidos tenemos un Diallo muy famoso —apunté recordando al guineano impunemente asesinado por la policía de Nueva York.

Abass se mostró muy interesado por el tocayo famoso.

—Abass quiere saber qué hizo el tal Diallo para ganar tanta fama.

Guardamos silencio unos minutos. Explicárselo sería poco menos que imposible, y tampoco nos apetecía estropear la fiesta.

—Dile que es un cantante —sugerí.

Llegados a Saly, tomamos el desvío y avanzamos bajo una serie de arcos cubiertos de plantas. La vegetación iba en aumento a medida que nos adentrábamos en el complejo turístico, al igual que la limpieza de las calles, como si entráramos en un parque nacional de Florida. Accedimos a un hotel llamado Savana Saly, bajamos del coche en el aparcamiento y nos desperezamos.

Estaba yo sacando el dinero —un fajo guardado en el bolsillo interior de la cinturilla del pantalón— cuando Abass dio a conocer sus honorarios.

—¿Cómo? —exclamó Hand. Abass se lo repitió con rapidez y sequedad. Intercambiaron unas palabras—. Creo que quiere ochenta dólares.

—¿Ochenta dólares por llevarnos a la carretera principal?

—Eso parece. Demasiado —dijo Hand a Abass.

Este lo miró furibundo. Nuestra amistad había terminado. Ochenta dólares por tres desvíos y una hora de trayecto.

Abass volvió a dirigirse ásperamente a Hand.

—Dice que ahora tendrá que tomar un taxi para regresar a Dakar.

Eso no se lo creía nadie. Cogería el autocar de línea y se embolsaría los ochenta dólares. Ya no nos caía simpático. Sabía que si no le pagábamos lo que pedía nos sentiríamos mezquinos, pero ochenta dólares era una estafa. Alcé la vista al cielo, pero nadie me echó un cable. Llevábamos largo rato al volante y aún no habíamos comido...

—Will.

Busqué apoyo en el cielo pero lo encontré tan tenue y poroso que sufrí un desvanecimiento. Necesitaba algo en las alturas a lo que aferrarme...

—Will.

—¿Qué? ¿Qué?

—El bolsillo. Los billetes.

—Perdón.

Entregué a Abass ochenta dólares, en lugar de los mil doscientos que tenía pensado darle. Cogió el dinero, apuntó su nombre y número de teléfono en un pedazo de papel y nos instó a llamarlo si necesitábamos de alguien que nos llevara de vuelta a Dakar. Claro que lo llamaríamos, faltaría más. Menudo cabrón.

Abass regresó a pie a la carretera. Hand y yo lo vimos alejarse desde el aparcamiento. Sentí el hormigueo en los dedos y la cabeza me daba vueltas.

—Él se lo ha perdido —afirmó Hand.

En el mostrador de recepción del hotel, al aire libre y bajo una techumbre de paja, un heterogéneo grupo de exhaustos turistas franceses aguardaba el momento de la liberación sentado sobre el equipaje. Nos miraron de arriba abajo con displicencia. Pedimos habitación y dejamos nuestras pertenencias en la estancia, sombreada y fresca. El ventilador giraba vertiginosamente en el techo. Le faltaba una tuerca, y nos rodeaban imágenes de loros y cacahuets por todas partes.

Fuimos a darnos el ansiado baño. Compramos unas Fantas de naranja en el bar y las bajamos a la playa metidas dentro de los zapatos, que llevábamos colgando de la mano, agarrados de los talones. Cogimos una sola mochila, en la que guardamos las toallas de la habitación y las hojas sueltas de mi Churchill.

La playa era estrecha y rocosa, el agua, de un vibrante azul cobalto. Los bañistas eran ancianos blancos, de carnes flácidas; ellos llevaban slip, y al menos la mitad de ellas, la braguita del bañador y los pechos colgando sin recato. Hand tomó carrerilla, saltó a un peñasco de color gris con forma de pastilla de goma y se zambulló en el mar.

—¡Joder! —gritó llevándose las manos a la cara con el agua por la cintura—. ¡Está helada, joder!

Pero no le vi intenciones de salir.

Metí un pie en el agua: una nevera. La temperatura ambiente debía de andar por los treinta y dos grados, por lo que habíamos supuesto que la del mar sería similar. Pero estaba gélido, cortaba de frío. Tan gélido como cualquiera de los lagos al norte de Wisconsin, en el mes de junio.

Antes de zambullirme quería entrar un poco en calor. Extendí la toalla, reposé la cabeza sobre la arena y agucé el oído. Un pájaro cayó en picado desde quince metros de altura, como un avión en barrena. Al instante se alzó del agua, pez en pico, y echó a volar hacia la espuma de la orilla.

Hundí la cabeza en la toalla y entorné los párpados. Sobre una arena como esa por primera vez sentí deseos de un sueño eterno, de dormir como quien ha llegado a su destino, a una isla paradisíaca repleta de manjares. Sentí tan embriagador placer allí tumbado que mis labios comenzaron a articular palabras sin mi consentimiento. «Qué gustazo, ah, qué bien se está, qué gustazo.» El sol me bañaba media cara, un ojo y un hombro. Se adentraba en mí, me presionaba con los índices el cuello, la coronilla, el costado de una pierna. «Qué gustazo, esto es un gustazo», me decía. Y al poco: «Pareces muy contento, ¿no?». Pues sí. «¿Y eso? ¿No te parece un tanto inapropiado?» Ya lo sé. «Pero ¿por qué? Recuérdamelo, que lo he olvidado.» No lo

sé. «Claro que lo sabes.» ¿A qué viene esto? ¿Por qué nos empeñamos en buscar motivos que nos impidan disfrutar? «Un momento. Recuerdo que...»

Y me vino a las mientes la respuesta.

Hand había apagado el motor de la camioneta. Le había dicho que lo dejara encendido. ¿Irábamos mal de gasolina? No, imposible. No debí haber dejado la camioneta en marcha. ¿Cuánto tiempo llevaba dentro del guardamuebles? Había perdido la noción del tiempo. Había una gasolinera al lado, de modo que tampoco supondría un gran trastorno.

—¿Hand?

No recibí respuesta.

Fuera se oían voces, cada vez más próximas. Devolví los dibujos a su caja y me puse en pie, de espaldas a la puerta. Al oír ruido de pisadas me volví y recibí un golpe en la mandíbula. El impacto de un avión de cemento armado. Caí de rodillas y, acto seguido, me asestaron un segundo golpe con el mismo objeto o similar, en la espalda.

Hacía años que no me golpeaban. ¿Habría sido un puñetazo o un golpe con un palo? O quizá un bate. No, un puñetazo en la mandíbula y un mamporro con un bate en la espalda. No, imposible que fuera un puñetazo; demasiado contundente. Miré alrededor buscando al agresor, pero no vi más que suelo. Y después unos zapatos, casi encima de mí, unas botas negras, y detrás de estas, unas zapatillas blancas de deporte. Y quizá otro par de zapatos más. ¿Cuántos eran en total?, ¿dos o tres? Me puse de rodillas, me protegí con los brazos e intenté levantar la cabeza. Un latigazo de dolor me recorrió la columna. Quise decir algo, pero no pude; me ardían los pulmones. Caí desplomado hacia delante, pero logré poner las manos y no darme de bruces contra el suelo.

—¿Qué coño pasa? —exclamé. Con la mejilla apoyada contra la fría tarima del suelo, entreví tres figuras. Tenía la boca llena de sangre. Al hablar se me había resbalado por el mentón. Cabrón de Hand.

Intenté alzar la vista de nuevo pero casi me desmayo de dolor. Me incorporé, la cabeza gacha, y me limpié la sangre con el dorso de la mano. Miré alrededor buscando algo con que defenderme. Sentía como si me hubieran partido la espalda en dos, pero no era un dolor sordo; era agudo, casi placentero.

Un tipo soltó una risotada. Parecía tos más que risa.

La puntera de un zapato se estrelló contra mis tripas y me quedé sin respiración. Arroqué un esputo sanguinolento en la raída alfombra india que en otro tiempo había adornado el suelo del dormitorio de Jack. Que me dieran un segundo para recobrar el aliento. Un segundo tan solo, maldita sea...

—¡Responde! —aulló una voz. No había oído la pregunta.

De rodillas aún, pero incorporado, amagué un fuerte golpe con el revés del brazo y fui a dar contra la pared de acero, que emitió un leve sonido, apenas audible.

Pegada a ella quedaron los pellejos de mis nudillos, blancos, con hebras rojas. El tipo más próximo a mí se echó a reír y luego me propinó un puntapié en mitad del pecho. Esa vez caí de bruces contra el suelo. No logré frenar la caída, lo intenté, pero apenas si sentía las manos. Mis agresores aprovecharon entonces para descargar el bate sobre mi mano derecha, como si fuera una pala.

Perdí el conocimiento. Cuando por fin abrí los ojos tuve la impresión de que llevaba horas muerto. Apenas lograba extraer aire de mis minúsculos y comprimidos pulmones. Pulmones no más grandes que un pulgar. La cosa no tenía visos de terminar. Que me dejaran recobrar el aliento al menos. Un segundo nada más. Pero morir de ese modo...

No levantaba cabeza. Cada vez que inspiraba, me ardían los pulmones contraídos. Una pistola era lo que necesitaba. Se habían equivocado de persona. Quise decir algo, pero los ojos se me anegaron en lágrimas. Me habían prendido fuego a los pulmones, los habían rociado con gasolina para mecheros. ¿Qué querían de mí? Todo me daba vueltas.

Empecé a recobrar el aliento poco a poco, pero tenía las manos destrozadas. Aunque encontrara algo con que defenderme y arremetiera contra uno de ellos, siempre habría otro detrás. Una pistola, eso era lo que necesitaba. O dos. Un cuchillo, algo con lo que al menos hacer un poco de daño. Llevaba todas las de perder. Me habían cogido desprevenido. No tenía escapatoria. ¿Dónde coño se había metido Hand? En cualquier momento irrumpiría bate en ristre y les partiría el cráneo en mil pedazos. Estaba deseando oír esa descarga.

Uno de ellos gritó algo. Creo que dijo «¡Responde!» otra vez. Les oía solo a medias.

Hice ademán de levantarme, pero el más próximo a mí me agarró por el pelo. Me zafé de un guantazo, con inesperado brío. El tipo se llevó un mechón en la mano. Retrocedí varios pasos y tropecé con los restos de una mesa. Otra vez al suelo. El del mechón no dejaba de reírse. Yo quería gritar, pero apenas me salía un hilo de voz. La columna vertebral se me incrustaba en la base del cráneo, como el palo de una escoba embistiendo el techo.

—¡Jódete! —bramó el que se encontraba más lejos. Su voz rebotó con tal estridencia en las paredes de acero que sentí un estremecimiento. Se adentró en la estancia y apagó la luz. La bota vino hacia mí desde abajo, me golpeó la sien derecha y perdí el conocimiento.

Cuando desperté estaba solo. Con mis ojos por toda compañía. Como si me los hubieran extirpado, sumergido en ácido y vuelto de nuevo a colocar con alfileres. Tendido sobre el entarimado de roble, ya viejo, con las tablas combadas, palpé la madera bajo la palma de la mano derecha, sobre la que descansaba el pómulo; pero la otra mano no la encontraba. No sentía nada en su lugar. Abrí de nuevo los párpados. No vi ningún perro. Me había parecido oír uno.

Intenté incorporarme pero la cabeza me pesaba demasiado. La mejilla podía alzarla, pero no así el cráneo. Temía separarlo del suelo por si algo se desgajaba de él. Recosté la mejilla de nuevo y dormí. Desperté sobresaltado al oír un estrépito, y con el respingo oí que algo se desgarraba. Me palpé la parte de la cabeza que había estado tocando el suelo. Sentí arcadas y escupí. Me limpié la mano en una caja a mis espaldas, sin mirar, por si veía asomar algo blanco, un hueso, de la mano. Me palpé el cuello buscando el borbotón de sangre que anunciaba mi súbita muerte, pero no lo hallé. Bajé la vista al suelo, donde mi cabeza había reposado, y solo vi una pequeña mancha negra y reseca. Desangrarme no me había desangrado. Un perro asomó la cabeza por la puerta y desapareció enseguida.

Me valía de la mano derecha, la izquierda no la sentía. De pronto caí en ello. ¿Dónde tenía el brazo izquierdo? Volví los ojos y allí estaba, colgando del hombro como el badajo de una campana. Dislocado, fracturado tal vez. La cabeza seguía en su sitio, pero apenas sujeta al cuerpo. Me fascinaba aquel dolor tan rabioso y palpitante. Nada que ver con la vulgar jaqueca, con su dolor sordo y latente; era como si me resquebrajaran por dentro, como piquetas descargando una y otra vez en las paredes de mi cráneo.

No podía fijar la vista y cerré los ojos.

Una plaga de insectos había invadido mi oído por dentro. Sentí un ligero traqueteo. Y a continuación, un sonido agudo, como un pitido, si bien más penetrante y lejano. Me palpé la cara; tenía entumecida la parte derecha. Meneé levemente la cabeza y el dolor alcanzó dimensiones estratosféricas.

Volví a adormecerme y cuando desperté me pareció que habían transcurrido horas. Por fin logré ponerme en pie, para desplomarme enseguida al sentir cómo una esquirla de cristal en llamas se me disparaba pierna izquierda arriba. Allí estaba el perro otra vez. Era un collie, blanco y caqui, y me miraba desde el umbral. Abrí la boca y volví a cerrarla. La camioneta no se había movido de su sitio. Tenía el parabrisas resquebrajado por la mitad, surcado por una larga zanja de la que partían montones de afluentes blancos. Sentado en el suelo, no sabía cómo me las iba a ingeniar para llegar hasta allí.

Oí sus pasos en la grava. Hand.

—¡Hostia! —exclamó—. ¿Qué coño ha pasado aquí?

Lo odiaba. Todo había sido culpa suya. Habían venido a por él.

—¡Habla, tío! —exclamó.

—¿Dónde estabas? —balbucí.

—¿Qué coño ha pasado aquí?

Por fin recobré la voz.

—¿Dónde estabas, Hand?

Alcé la cabeza y me incorporé. La playa seguía allí. Hand se alejaba mar adentro, nadando con impecable estilo hacia un barquito de pesca. Fui a ponerme en pie y casi me desplomo. Me agarré las rodillas, descansé un momento, me incorporé de nuevo y, todavía tambaleante, me adentré en el agua, y las manos del mar, frío y en calma, me atenazaron las piernas para luego subir hasta mis rodillas, agarrarme los muslos con sus fuertes manazas y envolver mi cintura con brazos huesudos y fríos. Sumergí la cabeza y salí a la superficie empapado y lleno de energía.

Me aparté el pelo de la cara, me lo eché hacia atrás y dejé que el agua brotara por mi boca y resbalara poco a poco cuello abajo. Vi a Hand alzarse del agua y asomar la cabeza al barquito vacío. Desde donde me encontraba no se apreciaba el interior. Pero él siempre terminaba haciendo algún hallazgo. Hand regresó nadando; dentro del barco no había nada.

Nos secamos al sol en la orilla. A lo lejos un viejo tiraba de un enorme pez, o lo que quedaba de él, desde la borda de un barco pesquero. Parecía un pez espada, con el lomo medio destripado.

—Peces carroñeros —explicó Hand—. Muerden y desaparecen en las profundidades.

—Pobre hombre.

—Vuélvete —indicó Hand.

—¿Para qué?

—No me habías enseñado esas heridas de ahí. Joder.

—¿Qué?

—¿Tú te has visto la espalda?

—No. Bueno, de refilón.

—Qué barbaridad, tío. Tienes un moretón enorme aquí... —Hundió el dedo en la base de mi espalda, a la izquierda—... y aquí otro —añadió rozándome el hombro derecho—, está todo rojo y magullado. Da grima verlo.

—Pues ahí no me duele.

—Mejor, pero tiene una pinta horrible.

«—Hablas como si no hubieras tenido nada que ver.

»—Ese tema ya estaba superado.

»—En mi caso, no estoy tan seguro.»

Una mujer de anchas espaldas jugaba en la orilla con cuatro niños. Habían enterrado al más alto en la arena y todos reían con pícaro complicidad. Su perro vino hasta nosotros y se plantó delante esperando que le prestáramos atención. Era un chucho pequeño y paticorto, de pelo blanco, y arrastraba la correa. Se quedó mirándonos y nos guiñó el ojo.

—Es bizco —observó Hand. Era cierto.

Rasqué la cabeza del chucho. La mitad de los animales que habían pasado por mi vida eran bizcos —de pequeños, estuvimos alimentando a base de nueces a una ardilla ciclópea, Terrence, que se había instalado en el tejado de casa—, pero no sabía si era buena o mala señal. El perro mantenía el párpado del ojo bueno abierto de par en par y el otro cerrado por completo sobre la oquedad. Pero sonreía, estaba acostumbrado a recibir afecto. «Eh, amiguetes, estoy bizco, os estoy guiñando el ojo, ya podíais hacerme alguna carantoña.» Le rascamos por donde sus movimientos nos fueron indicando. Una vez satisfecho, dio media vuelta y regresó con los suyos. Otros asuntos reclamaban su atención.

Mientras la espuma de las olas mojaba la arena con morosos susurros, saqué la biografía de Churchill de la mochila. El estadista, que ya era lord del Almirantazgo, intentaba poner orden en el Ministerio de la Marina, a la vez que promovía la construcción naviera, afilaba sus dotes retóricas, era padre por primera vez y mantenía un hermoso intercambio epistolar con su amada Clementine. Yo jamás había escrito una carta decente a nadie, ni luchado contra los bóers, ni evitado el descarrilamiento de un tren militar en Frere, ni hecho frente al fuego enemigo mientras cargaba a los heridos en la locomotora y los vagones de...

«—¿Qué habría hecho usted, Churchill?

»—¿Cuándo?

»—En Oconomowoc.

»—¿Dónde? ¿De qué me habla?

»—Me dieron una paliza. Se ensañaron con unos bates de béisbol. Estaba en un guardamuebles, recogiendo las cosas de Jack, echando un vistazo, estaba distraído y Hand se había ido, cuando...

»—¿Dónde estaba Hand?

»—Se marchó a dar una vuelta.

»—No debió irse.

»—Lo sé, pero si le diera vueltas a eso lo dejaría aquí plantado y no quiero hacerlo. A veces me apetece, no crea, muchas veces, pero no me queda más remedio que aguantarlo; sin él todavía es peor, aunque parezca mentira.

»—Le comprendo.

»—¿Qué habría hecho usted?

»—No sabría decirle. Tenía todas las de perder.

»—Yo habría luchado codo a codo con usted, Churchill. En cualquier batalla. ¿No se lo había dicho antes? En la India, allí habría estado, junto al cuerpo de mosqueteros. En la campaña de Egipto, comandando al ejército derviche en Surgham Hill, allí presente. En caballería, infantería, donde fuera...»

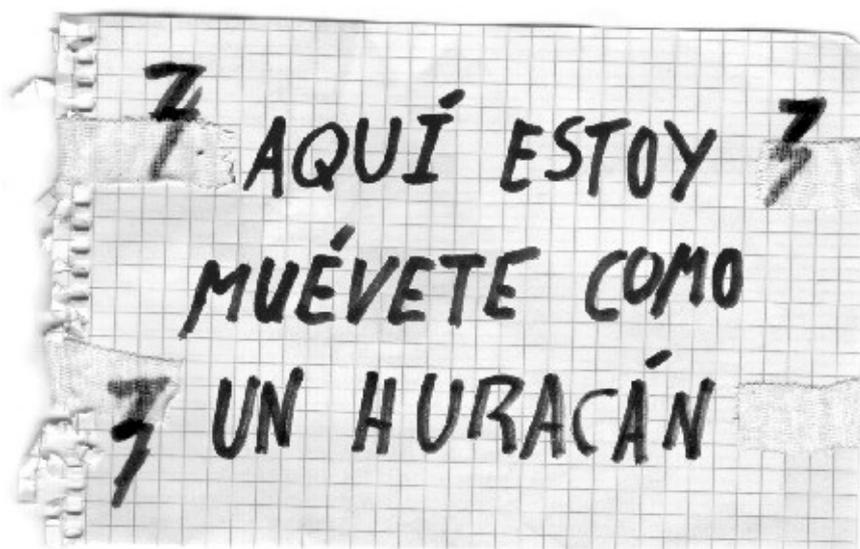
—Deberíamos irnos —apunté.

—Es verdad —convino Hand.

Nos vestimos a toda prisa para emprender viaje y pegar unos cuantos billetes en el lomo de los burros que encontráramos por el camino. Llevábamos veinte horas en Senegal y aún no habíamos hecho ningún regalo.

Me puse al volante y pisé el acelerador. Circulábamos por una carretera polvorienta que discurría entre matorrales y granjas aisladas, las orillas de la calzada salpicadas por agrupaciones de chozas con sus empalizadas de torcidas estacas. La tierra era árida, la hierba, color ámbar. Nos cruzamos con otra serie de autocares azules atestados de pasajeros que clavaban la vista en nosotros o en el vacío.

La idea de los burros había partido de Hand. Con el pelo mojado aún, oteamos los campos en busca de algún burro solitario a cuyo lomo pegar el dinero para que su dueño lo encontrara luego. ¿Cuál sería su reacción? Misterio. ¡Pegar dinero a un burro! La idea era genial, estábamos convencidos. Meteríamos los billetes en un sobrecito, fabricado con nuestras propias manos plegando unas hojas del bloc de papel cuadriculado que habíamos traído, y lo pegaríamos al burro con esparadrapo. Hand, pringándose los dedos de rotulador, escribió la siguiente nota a modo de saludo y explicación:



Nos cruzamos con un buen número de burros, pero todos acompañados por alguien.

—Hay que encontrar uno que esté solo; tiene que ser una sorpresa para el dueño —insistió Hand.

—Es verdad.

Continuamos camino.

—Esto parece Arizona —observó Hand.

—Pues la zona de los hoteles era bien exuberante.

—Cuidado.

Me había salido de la carretera un instante; la grava rugió bajo los neumáticos y el asiento del pasajero se inclinó levemente. Enseguida avanzábamos de nuevo por firme llano y estable.

—Qué inútil eres.

—Tranquilo. Todo controlado.

—¿Es que no oyes, capullo?

Algo resonaba en la calzada.

—Hazte a un lado —ordenó Hand.

Habíamos pinchado.

Detuvimos el coche. Al bajar nos asaltó el silencio. Alrededor se extendía la vasta planicie de la sabana, solo interrumpida por grandes árboles sin hojas, de tronco bulboso y fibrosa corteza. Un atestado autobús azul brillante, pintado a gruesos brochazos, pasó junto a nosotros; nos miraron todos boquiabiertos. El sol caía de pleno.

Sacamos la rueda de repuesto y herramientas, y alzamos el vehículo con el gato. Intentamos destornillar las tuercas, pero estaban oxidadas y no había forma. Probamos dándoles golpes con la llave inglesa, sin resultado. Nos sentamos en la calzada, junto al coche, ambos exhaustos de pronto. El pavimento desprendía tal calor que invitaba a reposar la cara sobre él. Imaginé lo que se nos venía encima: acercarnos al pueblo más próximo en autostop o quizá en autocar, buscar un taller o algo semejante, discutir con el mecánico, regresar con la grúa al coche averiado y, horas más tarde, cambiar por fin la rueda. Habríamos perdido el día entero. Por si no hubiéramos desperdiciado ya bastante tiempo.

Un hombre asomó por detrás del coche. Rondaría ya los setenta, vestido con un *dashiki* berenjena, mentón menudo y bien perfilado, y ojillos negros, hundidos en las cuencas. No dijo nada.

Se plantó entre ambos y, sin mediar palabra, puso manos a la obra. Encajó primeramente un pedrusco tras la rueda trasera, con lo que evitaba que el coche rodara marcha atrás, detalle que nosotros habíamos pasado por alto. Luego se agachó y con unas manos que parecían no haber visto gota de humedad en años, cubiertas de arrugas como blancas telarañas, bajó el gato de modo que la rueda descansara sobre la calzada. Se enderezó, levantó un apergaminado pie calzado con una sencilla sandalia y dio una patada a la llave inglesa; la tuerca se movió. Repitió la operación con las demás tuercas y, al minuto, la rueda estaba fuera.

—Palanca —concluyó Hand apoyando la mano sobre el hombro del anciano—. ¡Hombre listo! —añadió palmeándole la espalda.

Nuestra ineptitud me produjo hilaridad. El anciano se rió entre dientes. Me miró a la cara y sonrió.

Coloqué la rueda nueva y el anciano dejó que atornillara las tuercas sin su ayuda. Concluida la operación, se dio media vuelta y se fue. No había dicho esta boca es mía.

—Dale algo —me instó Hand.

—¿Tú crees?

—Pues claro.

El anciano, ya al otro lado de la carretera, bajaba por el terraplén y se perdía entre los crecidos matojos.

—¿No le parecerá un insulto? —pregunté.

—No. Anda, ve.

—En Estados Unidos sería un insulto.

—Aquí es distinto.

Agarré un puñado de billetes del bolsillo superior del pantalón.

Corrí tras el anciano y, al bajar por el terraplén, me percaté de que iba descalzo. A pesar de que la tierra reseca me arañaba la planta de los pies, logré darle alcance unos ciento cincuenta metros más adelante.

—¡Disculpe! —exclamé, a sabiendas de que no entendería una palabra, pero también de que tenía que llamar su atención de algún modo, y optando por lo primero que le habría dicho de haberme entendido. El anciano se volvió hacia mí.

Sonreí y le entregué un fajo de billetes. Él me miró fijamente a la nariz. Ensanché la sonrisa y puse los ojos en blanco.

—Es una larga historia —dije.

El anciano desdeñó el dinero con un gesto de la mano. Lo agarré del puño, le embuté dentro el fajo y estreché sus resacos y sarmentosos dedos sobre el dinero. Luego lo miré con una sonrisa y moví la cabeza con un enérgico y nervioso vaivén, como si quien recibiera el dinero fuera yo, no él.

No dijo nada. Se marchó con los billetes en la mano. Regresé corriendo al coche, los pies pisando dichosos sobre el asfalto; allí vi de pronto a un niño de unos seis años, pero no había viviendas de ningún tipo a la vista.

—¿De dónde ha salido? —pregunté a Hand.

—Ha aparecido de pronto —respondió.

Iba descalzo, con unas bermudas al estilo Miami, y, apoyado contra el lateral del coche, husmeaba por el cristal de la ventanilla, las manos a modo de visera sobre la frente para protegerse del reflejo de los áridos e interminables campos recién labrados que se extendían a sus espaldas.

—¿Qué querrá?

—Creo que venía a echar una mano.

—¿No tenemos nada que darle?

—Dinero.

—No. Se lo robarían.

Le regalamos un paquete de galletas de nata y una botella de litro de agua, que estaba sin empezar y a la luz del sol parecía contener un líquido pesado, mercurio tal vez.

Montamos en el coche pero el coche no se movió. El niño, junto a nosotros aún, nos llamaba la atención a voces, agitando sus delgados bracitos.

—La piedra —recordó Hand.

—Ah.

Sin quitarnos ojo, con una mano alzada como si suplicara que no lo atropelláramos, el niño se agachó y apartó el pedrusco. Le dimos las gracias, nos despedimos agitando la mano y nos alejamos por la carretera de la costa.

Algunas playas hacían función de vertederos. Sobre dunas de arena blanca, el agua cristalina del mar en lontananza, montones de basura desbordaban las playas, grandes pilas de ella, junto a restos de barcos pesqueros inservibles. De cuando en cuando la carretera atravesaba un poblado y los niños salían corriendo de las achatadas construcciones de adobe pegadas a la calzada. Sorteamos otros cuantos autocares azules y varios carros tirados por cabeceantes caballerías, pero no vimos un solo burro. Ni un puto burro. Decidimos entonces que serviría igual una vaca pero, en cuanto nos apeábamos para acercarnos al dichoso animal, asomaba un coche por la carretera o un autocar azul brillante o un campesino o un niño, lo que nos obligaba a suspender la operación. Hubo un momento en que estuvimos en un tris de conseguirlo, teníamos ya el dinero metido en el sobre con su esparadrapo pegado, la vaca elegida apenas a unos pasos, cuando va y se acerca no un vehículo, sino una caravana de vehículos, cada uno con su conductor, a simple vista de nacionalidad francesa: once *quads* de cuatro ruedas, en hilera uno tras otro, la mitad de ellos con chica blanca agarrada a la cintura del piloto, todos los pasajeros con gafas de aviador, algunos con fular al cuello.

—Por amor de Dios, no puede ser —masculló Hand.

Era una imagen inquietante, indeleble.

—¿Te dijo algo el viejo? —preguntó Hand.

—No.

—Vaya.

—Creo que le di lástima. Debió de pensar que era mejor que empleara el dinero en arreglarme la cara.

Hand rompió a reír y se interrumpió enseguida.

—Perdona —se disculpó—. ¿Cuánto le diste?

—Unos ochocientos dólares, creo.

—Eso es demasiado.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿No quieres repartirlo un poco más?

—¿Para qué?

—Sería más justo, ¿no?

—No.

—Supongo que no.

Renunciamos a la idea del sobre y los animales. Buscaríamos seres humanos, cualquier persona a quien endosarle unos billetes. Pero qué extraña tarea escoger a alguien en particular. Por el camino divisamos una cuadrilla de chicos que trabajaban en el campo: rastrillaban el heno y lo cargaban en una amplia carreta de madera tirada por una mula. Eran cinco...

—Serán hermanos —observó Hand. Estacionamos el coche en el arcén.

—Nos van a ver —rezongué.

—Pues sal y dales algo, idiota.

—Aún no. Quiero estar seguro.

—Toma —ordenó Hand desplegando un mapa entre ambos—. Ni que fuéramos espías.

... y trabajaban juntos, a destajo. Candidatos idóneos. Sin embargo, no conseguía armarme de valor para acercarme. No tenía más que salir del coche, recorrer los trescientos metros que nos separaban y entregarles parte de los mil cuatrocientos dólares que restaban en nuestro poder. Había que desprenderse de aquel dinero. Al día siguiente firmaríamos otra serie de talones —ris, ras—, y vuelta a empezar. Llevábamos ya mucho retraso. Pero nada, no me atrevía.

—Ese de ahí tiene pinta de ser el padre —apunté.

—No, pero parece mayor que los demás.

—No puedo entregarles dinero con el padre delante.

—¿Por qué?

—Porque no lo aceptaría o no permitiría que ellos lo aceptaran.

—Chorradas —replicó Hand—. ¡Cómo no lo iba a aceptar!

—Que te digo que no. Es una cuestión de orgullo. Teniendo a sus hijos delante, seguro que no coge el dinero.

—Que aquí no es lo mismo, tonto. Esa gente lo necesita y sabe que nosotros podemos pasar sin él. No se lo cogen a un vecino, se lo cogen a una gente para la que, tú bien lo sabes, no significa prácticamente nada.

—Pues ve tú.

—No, vas tú. Es tu dinero.

—¡Qué va a ser mío! De eso se trata precisamente.

—Ve y calla.

—No puedo. ¿Y si esperamos un rato? Seguro que el padre va a por agua o algo por el estilo. O podrías hacer algo para distraerlo.

Nos quedamos sentados, al acecho.

—Parecemos buitres —observé.

—Ya, pero es con un buen fin.

—Vámonos de aquí. Ya encontraremos a alguien más adecuado.

Continuamos camino, aunque barruntaba que nunca encontraríamos al candidato perfecto. Había pensado darles cuatrocientos o quinientos dólares, pero ya habíamos

puesto tierra por medio. Qué feo espiarles, aunque no darles el dinero aún era peor, pues una cantidad como esa, en un país donde, según teníamos entendido, los ingresos medios anuales rondaban los mil seiscientos dólares, podía haberles resuelto la vida. A nuestra derecha, tras los campos y una delgada hilera de árboles, el Atlántico —o no... sí, el Atlántico— emitía el trémulo destello de una moneda.

El sol de media tarde descendía en el azul celeste y empezaba a refrescar. Nos acercábamos a una enorme nave alzada en mitad de un descampado. El lugar, una especie de galería de arte, parecía inmenso, y cerrado a cal y canto, el aparcamiento invadido por la maleza. No había otras edificaciones en kilómetros a la redonda.

Estacionamos el coche y bajamos para echar un vistazo.

Una bandada de pajarillos negros sobrevoló la nave con repentina premura. Serían unos cincuenta, sin formación determinada, todos volando en la misma dirección, pero cada uno por su camino. Bueno, quizá cada uno no, pero sí muchos de ellos, hecho que me sorprendió. No comprendo por qué me llamó la atención entonces, cuando nunca antes lo había hecho. Cuando ves una bandada de pájaros, esperas que vuelen en formación, que dibujen una V casi perfecta en el cielo. Pero esos, esos volaban como trazando sinuosos montículos en las alturas, como un enjambre de metro y medio de ancho por medio metro de alto, arriba y abajo. Dentro de esa franja revoloteaban ahora arriba, ahora abajo, dando bandazos, planeando unos sobre otros, como un grupo de colegiales pedaleando en dirección a casa después de clase. Lo que denotaría no solo libertad, sino cierto afán lúdico, caprichoso. Porque, a ver, me gustaría saber qué está pensando este pájaro.



¿Cómo se siente volando? ¿Conoce la diferencia entre planear y descender en picado? Las aves se desenvuelven mucho mejor en el aire. El comedero de mi terraza en Chicago, para entonces ya abandonado, me había permitido observar el desasosiego y la agitación que invadían a los pájaros cuando se aproximaban dando

saltitos a la abertura en el cristal y metían el pico para alcanzar el miserable alpiste. Sin embargo, esas raudas formaciones que se hacían y deshacían ponían de manifiesto que...

La bandada se esfumó de pronto.

—Es buen sitio para estirar las piernas —observó Hand.

Accedí a dar un paseo.

Aparcamos el coche en la parte trasera de la nave, para que no pudiera verse desde la carretera. Aunque no había el menor indicio de ello, imaginamos que unos maleantes le echaban el ojo, lo desvalijaban y salían zumbando. El coche quedó pues escondido; daríamos un paseo por el campo y nos dirigiríamos hacia el mar, a menos de kilómetro y medio en dirección oeste.

—Te ha quemado el sol —observé.

—A ti también —dijo Hand—. Vamos por ahí —propuso a continuación apuntando vagamente en dirección a una pequeña granja a lo lejos: tres pequeñas cabañas y un cercado de estacas.

Sería el primer paseo que diéramos desde nuestra llegada. El campo estaba en silencio. Nos encaminamos hacia las cabañas, entre los ásperos matojos de la sabana, salpicada por los enormes árboles bulbosos y sin hojas, de corteza suave y nudosa. Al acercarnos distinguimos unas figuras junto a la mayor de las tres edificaciones de la granja, a la que rodeaba una cerca, al otro lado de la cual había diez o doce ovejas, todas de color gris sucio. Cuatro niños, aún diminutos en lontananza, saltaron el cercado y corrieron hacia nosotros.

—*Bonjour!* —saludó a gritos uno de ellos. La palabra surcó el tenue aire del atardecer para llegar a nosotros con la nítida voz de una niña de ocho o nueve años. Y detrás otra, un «*bonjour*» con voz de niño esa vez. Y luego saludaron ambos a la vez, dando brincos hacia nosotros—: *Bonjour!*

—*Bonjour!* —exclamó Hand, devolviéndoles el saludo.

—¡Hola! —grité yo.

Tenían que ser ellos los elegidos. Solo las más benditas criaturas saludarían a voz en grito a unos desharrapados en medio de un campo desierto.

—Hay que darles algo —señalé.

Un hombre surgió de una de las cabañas y se plantó ante nosotros.

—Mierda —masculló Hand.

Queríamos a los niños solos. El hombre recelaría.

—Solos hubiera sido mejor —me lamenté.

—¿Qué más da?

—Míralo. Lleva una guadaña o algo así.

Hand aguzó la vista.

—Tienes razón.

—¿Tú crees? —De pie frente a nosotros, el hombre se protegía los ojos con la mano, y los niños habían regresado a la cabaña.

—Luego volvemos —propuso Hand—. Vamos a bañarnos primero.

Caminamos en dirección al mar; sabíamos que no podía estar lejos. Lo habíamos entrevisto tras arboledas y poblados a lo largo de todo el camino. Avanzamos torpemente entre la creciente maleza de cara a un sol que ya languidecía.

—Joder —exclamó Hand.

—¿Qué?

—Mosquitos. Así se pilla la malaria.

Tenía razón.

—¿Has traído el repelente? —preguntó.

—No.

—Joder. Esto es una locura. Yo no quiero pillar la malaria.

—Pues a mí no me importaría —repuse. Siempre había sentido una inexplorada fascinación por las enfermedades capaces de arrastrarte al borde del abismo sin llegar a arrojarte, siempre que estuvieras fuerte.

Deliberamos. Continuar adelante significaba exponerse a un riesgo desconocido —el lugar podía infestarse de mosquitos en cualquier instante—, pero volver al coche suponía no haber hecho nada en todo el día, ni nunca. Si no éramos capaces de apartarnos de la carretera y atravesar un campo para darnos un chapuzón en el mar, es que no servíamos para nada.

Continuamos andando. La tierra dura y reseca estaba salpicada de conchas. Pedazos blancos diseminados por todo el camino desde que dejamos la carretera.

—¿Has visto cuántas conchas? —observó Hand.

—Sí.

—Esta zona ha estado cubierta de agua.

A los pocos minutos divisamos el mar. Era de un azul muy claro, un azul empolvado y desvaído por efecto del sol. Avanzamos unos cientos de metros más y entre la playa y nosotros divisamos un conjunto de pequeñas viviendas, todas con el mismo diseño y dispuestas en hilera, como una especie de urbanización. Sumarían en total quince casitas, primorosamente alineadas sobre una especie de montículo. Nos separaba de ellas, y del mar al fondo, un foso de unos cinco metros de profundidad lleno de lo que parecían...

—Aguas residuales —apunté.

—Sí.

—Qué barbaridad.

La constructora había quebrado. Sería una futura urbanización, pero no se apreciaban señales de obras recientes. Ni vehículos o camiones en las inmediaciones. Solo las pequeñas viviendas, bien construidas, sin ventanas pero sólidas. Con espacio apenas para un dormitorio, un salón y un pequeño porche. Nos acercamos tanto como

pudimos, hasta que el foso se impuso sin remedio. La profundidad y suciedad de sus aguas impedían vadearlo a nado, y era demasiado ancho para saltar.

—No sé a qué viene este foso —rezongó Hand—. Ni su constructor sabrá por qué lo hizo.

De pronto vimos a un hombre. Asomó al otro lado del foso, entre las viviendas. Un escuálido senegalés que sostenía en la mano cierto instrumento electrónico, negro, con una antena larga. Tendió la vista hacia nosotros.

—Será un vigilante —aventuró Hand.

—Deberíamos irnos.

—No.

El vigilante no nos quitaba ojo de encima ni nosotros a él.

—Vamos a fingir que nos marchamos, a ver si así se va también —propuse.

—Vale —convino Hand.

Nos dimos la vuelta y arrastramos los pies como si nos alejáramos. ¿Iría armado? Si se le antojaba pegarnos un tiro, nadie se enteraría. Nos agazapamos los dos tras unos tupidos arbustos.

—Vi a Pilar muy delgada —comenté.

—¿De veras? —dijo Hand intentando sujetar un palito entre la nariz y el labio superior—. Pues yo la vi igual que siempre.

—Porque estás ciego.

Excavé un pequeño hoyo, introduje una concha con forma de venera en su interior y la enterré. Luego la desenterré y volví a colocarla en el lugar exacto donde la había encontrado.

—Esto está resultando más lento de lo que imaginaba —observé.

—Pero va bien —repuso Hand.

—Estamos perdiendo el tiempo otra vez —insistí—. Aún quedan alrededor de mil cuatrocientos dólares.

—Tú eres quien decide lo que hay que hacer. Yo solo estoy para ayudar, aunque ya me dirás, por ejemplo, qué pintamos aquí.

—Yo sé lo que me hago.

—¿Ah, sí? ¿Qué? ¿Qué estamos haciendo aquí, por ejemplo? No veo qué relación tiene esto con el dinero. Si aquí no hay ni un alma. Además, hoy ya nos hemos bañado, así que...

—Vimos el mar y nos apetecía estirar las piernas. Y ahora nos hemos topado con el foso este y hay que... ya sabes.

—Ya.

Por la sombra que la espalda de Hand proyectaba en el suelo discurría una delgada hilera de hormigas en caprichosa formación. Hand saltó como un resorte, convencido de que se trataba de hormigas rojas.

—Me gusta este lugar —afirmé.

Y no mentía. Me imaginé de okupa en una de aquellas viviendas a medio construir, con el mar tan cerca. Sería propietario de un automóvil, que aparcaría tras la nave-galería de arte, y me instalaría a vivir en una de las casitas, gratis, para disfrutar del sol y de la playa, protegido por el foso...

Asomé la cabeza y el vigilante había desaparecido.

—Vamos —indicó Hand.

Bordeamos el foso, convencidos de que en algún punto se estrecharía y podríamos cruzar al otro lado y seguir camino a la playa. Al poco reparamos en una cuerda de tender la ropa que colgaba desde el porche de una de las casitas hasta el árbol contiguo. En ella se soleaban camisetas y pantalones, y en el porche, unas toallas y una sombrilla de la Universidad de Indiana.

—Coño —exclamé—. Ahí vive alguien.

—No es de extrañar.

—¿Cómo es que el vigilante se lo permite?

—Podríamos dejarles unos billetes —propuso Hand—. Metidos en los pantalones.

—Sí, en esos que están colgados. Buena idea.

Bordeamos el foso de punta a cabo y en su extremo derecho encontramos un desnivel, de unos quince metros, por el que bajar y cruzar sin mojarnos. Había una especie de senda tortuosa que descendía en pendiente, nos descalzamos por si caíamos en el foso por alguna circunstancia y bajamos resbalando y dando saltos y trapiés por la pendiente, hasta que nos embalamos sin querer, como cuando bajas las escaleras a toda prisa. Topamos de pronto con unas lajas grandes y lisas, como platos llanos colocados boca abajo, y nos lanzamos a saltar de una a otra, a una velocidad que debiera haberme inquietado pero por alguna razón no lo hizo; además, bajábamos descalzos, lo cual debía de aumentar más si cabe la alarma, pero en cambio facilitó las cosas, pues mis pies desnudos aterrizaban sobre las planas y frescas piedras y se aferraban a ellas como los de un simio, lo que con zapatos, zapatillas o sandalias habría sido imposible. Juro que los dedos de mis pies se agarraban a aquellas piedras sin el menor esfuerzo por mi parte, y mi piel se adhería a la roca de un modo solo explicable por una connivencia entre tan naturales elementos, mis pies y las suaves lajas gris verdoso. No había tiempo para pensar, solo fracciones de segundo entre piedra y piedra, tiempo suficiente para calcular en pleno vuelo las opciones de aterrizaje, la estabilidad de las piedras circundantes y cuál de entre ellas presentaba la superficie más plana. Cerebro, piernas y pies trabajaban al unísono, ejecutando sus tareas respectivas a la máxima velocidad, al límite de sus posibilidades; fue emocionante y me hizo sentir orgulloso de ellos, de nosotros. Mientras corría, sin romper el paso, se me ocurrió que me habría encantado pasar la vida así, ocurrencia que coincidió con el momento en que a punto estuve de aterrizar sobre un afilado peñasco que en el último instante evité saltando a una laja cercana de contornos más redondeados; mientras me congratulaba por tan acertada elección de pista de

aterrijaje, recapacitaba sobre esa idea de pasar la vida saltando de roca en roca, pues a buen seguro con el tiempo dejaría de ser divertido, puesto que comportaba cierto estrés, quizá demasiado; por otro lado, me decía, no dejaba de ser extraño pensar en dedicar la vida a saltar por las grises y romas lajas de aquel rincón de Senegal — ¿dónde estábamos? ¿Popenguine...? ¿Mbour?— mientras estaba de hecho saltando por ellas, y qué extraño también no solo que fuera capaz de calcular en pleno salto dónde debía colocar los pies, sino que me planteara un futuro profesional como eterno saltador de piedras, sin dejar al mismo tiempo de advertir ambas cosas. Pero las piedras se terminaron para dar paso a la arena y di un salto, ffffit, las plantas de mis pies lo agradecieron y me erguí, para quedarme contemplando el mar mientras esperaba a Hand.

Saltamos a la falda del terraplén, puro fango, su superficie como húmedo terciopelo. Subimos por la pendiente, apenas unos seis metros, y desembocamos en plena urbanización. Por dentro, las viviendas estaban a medio construir, las paredes de adobe color gris pizarra, oscuras y frescas. Hand y yo girábamos sobre nuestros talones observándolo todo.

—Me alegro de haber cruzado —afirmé.

Hand asintió con la cabeza y saltó por encima de una pila de tablas de contrachapado.

Intenté imaginar la urbanización una vez terminada. El foso se había convertido en un riachuelo que discurría desde la propiedad adyacente, un enorme recinto protegido por altos muros de piedra. Habría pasarelas para cruzar su cauce, frondosos jardines y caminitos iluminados por pequeños focos semienterrados en el primoroso césped. Por el momento, sin embargo, no era más que un erial donde se amontonaban tuberías y bloques de hormigón a la espera de ser utilizados.

—Podríamos pasar aquí la noche —propuse.

Hand echó un vistazo alrededor.

—Sí.

—Necesitaríamos una malla o algo así que hiciera de hamaca.

—Se podrían comprar en Saly o en Mbuu.

El vigilante apareció de nuevo. Solo que no era un vigilante. Y lo que sostenía en la mano no era un walkie-talkie o una pistola. Era un chico, de no más de diecisiete años, que escuchaba el boletín informativo en un transistor mal sintonizado.

—*Bonjour* —saludó Hand.

—*Bonjour* —dijo el chico.

Estrecharon las manos; el apretón del muchacho, flácido y desgano. Me miró, parpadeó y volvió la vista hacia Hand. Este se dirigió a él en francés y le preguntó si era el guardia de seguridad. El chico negó con la cabeza; se hospedaba en un hotel cercano, explicó, apuntando con un gesto hacia el extremo de la playa, solo estaba dando un paseo. Se defendía mal en francés, se excusó. Hand y él rieron. Y yo

también. Guardamos silencio un instante. El muchacho bajó la vista hacia su radio y sintonizó el dial. Contemplé a la hormiga que trepaba por mi zapato.

Hand se despidió. El chico se despidió agitando la mano y continuamos en dirección a la playa, mientras él desaparecía tras las viviendas. Pero a nosotros nos aguardaba otro foso, este mucho más ancho y pestilente que el anterior, que obstaculizaba el paso a la playa. Nos dimos la vuelta. A Hand se le ocurrió una idea.

—Olvídate de la playa. Me apetece volver a esa casa y ver quién vive ahí.

—Y hacemos lo del tendedero.

Regresamos a la casa con el parasol de la Universidad de Indiana. No parecía haber nadie, o sea que podríamos entrar a hurtadillas, meter el dinero en el bolsillo de los pantalones tendidos al sol y salir sin ser vistos. Convinimos que casi era mejor eso que pegar dinero a un burro.

Rodeamos la casa de puntillas, ojo avizor, dejando atrás la cuerda de tender, atemorizados sobre todo por nuestro propio sigilo. En el aire se respiraba un siniestro olor a yeso. Era esa clase de lugares donde se ocultan cadáveres. Cadáveres o armas. Echamos un vistazo y regresamos al porche delantero. Por la puerta abierta de la entrada se atisbaban la esquina de una cama y un almanaque colgado de la pared.

—Entra tú —ordené.

—Tú primero.

—No, tú.

—Tú.

Hand se arrimó a la pared y asomó la cabeza por el porche de la entrada.

—*Bonjour!* —exclamó.

Alguien acudió a la llamada. El chico del transistor al que acabábamos de conocer. No nos recibió de muy buen talante.

Hand le estrechó la mano de nuevo. El chico estaba en lo alto del porche y nosotros, con una sonrisa azorada, en los peldaños de abajo. Pedimos disculpas repetidas veces por la molestia y Hand le preguntó:

—¿Vives aquí?

El chico no entendía.

—Está muy bien esto —dijo Hand—. Haces bien quedándote a vivir aquí. — Señaló la casa—. Es muy bonita.

El chico lo miraba con expresión perpleja. Hand se volvió hacia mí y enseguida entendí qué insinuaba. Cogí el dinero del bolsillo cerrado con velcro, con parsimonia, igual que un delincuente entregaría su arma a un policía. Saqué el fajo de billetes y se los tendí al chaval. No se movió.

—Perdona —me disculpé bajando la vista.

—¿Podemos...? —intervino Hand, que movía los brazos como pistones haciendo un gesto de dar y tomar.

—Queremos... —balbucí.

—¿Lo aceptas? —preguntó Hand señalando el dinero como si ofreciera un juguete roto a un niño incrédulo. Pero el dinero estaba intacto. «Intacto imposible.» Lo sé. «Nunca está intacto.»

El chico aceptó el fajo. Hand y yo sonreímos y le indicamos por gestos:

«Es todo tuyo».

«A nosotros no nos sirve».

«Acéptalo con toda tranquilidad, de verdad».

«Te agradecemos que nos lo quites de encima».

«Nos haces un inmenso favor».

El chico bajó la vista hacia el fajo, pero no contó los billetes. Los sostuvo en la mano y forzó una sonrisa. Luego se dio la vuelta y desapareció de nuestra vista en dos zancadas.

El sol se ponía lentamente y soplaba una agradable y cálida brisa. Estábamos aturridos. Por el agujero de mi camiseta, bajo el brazo izquierdo, entraba raudo el aire con sus minúsculas alas. Nos abríamos paso entre los matorrales, de vuelta al coche a paso ligero. Aún atemorizados por los mosquitos, pese a no haber visto ninguno.

—No hemos hecho nada malo —dijo Hand.

—Claro que no —afirmé—. Le hemos dado un dinero.

—¿Cuánto calculas que había?

—Casi todo lo que me quedaba. Unos ochocientos dólares.

—Él se queda con el dinero y nosotros tan contentos. No hay nada malo en ello —insistió Hand.

—En absoluto. Todo muy natural. Ha salido perfecto.

Así lo creíamos. Nos sentíamos satisfechos. La ausencia de mosquitos nos llenaba de dicha, al igual que la perspectiva de oír de nuevo a los críos que habían saltado la valla y corrido hacia nosotros.

Hicimos un alto y aguzamos la vista en dirección a las cabañas. Dimos unos pasos hacia allí, pero se los había llevado el viento o alguien los escondía para que no los viéramos. De pronto apareció el padre de nuevo, y con algo en las manos, un atizador, una vara de algún tipo, un cayado o un bastón o algún objeto siniestro.

Pasamos de largo a toda prisa, recogimos el coche aparcado en la parte trasera de la nave y, una vez en la carretera, con Hand al volante, tomamos la dirección de regreso al hotel. Había sido un día muy movido, pero pronto dejaríamos aquel ajetreo y descansaríamos. Necesitábamos comer algo, y me apetecía una cerveza. Cuatro cervezas y montones de patatas, luego a la cama.

Y me apetecía quedarme en Senegal. No solo por la mezcla de sol en el aire, sino también por la gente, el mar, el ritmo de vida.

—Me casaría con este país —afirmé.

—Es un buen país —convino Hand.

—Quiero quedarme a vivir aquí.

—Ya.

—De verdad me quedaría.

—Claro.

Mi mente dio un salto en el tiempo, silbando y triscando con alegría. El primer año, me dedicaría a estudiar francés hasta dominarlo; el segundo, pasaría a formar parte de algún equipo médico ambulante, de esos que van por ahí haciendo curas y repartiendo medicamentos. Pondríamos vacunas. Fomentaríamos el control de la natalidad. Frenaríamos el avance del sida. Más adelante contraería matrimonio con una senegalesa y educaríamos juntos a nuestros hijos trabajando codo con codo —la familia al completo— en el hospital. Los niños se encargarían de recibir a los enfermos y tal vez de llevar un elemental registro de los historiales médicos; los deberes los harían en la sala de espera. Yo iría de visita a Estados Unidos de vez en cuando, una vez cada equis años, leería la prensa en inglés una vez al mes más o menos y adoptaría un ritmo de vida más acorde con el paisaje del país, tan calmoso y pausado, el mar siempre a dos pasos. Viviríamos en la costa.

—Suenan bien —dijo Hand.

—Lo malo es que eso es toda una vida.

—Ya.

—Y mientras viviera esa vida, anhelaría hacer otras cosas. Vivir otras vidas... ser un navegante como esos que...

—Ya, que surcan el mar en una barca construida con sus propias manos.

—Sí, durante un par de años. Navegaría por el Mediterráneo, el mar Rojo, el Caspio.

—Solo mares. Nada de océanos.

—Sí, pero...

—¿Sabes navegar? Qué va. Tu hermano navega, ¿no?

—Sí, Tommy sí navega. Ahí está el problema. Tardaría años en aprender a manejar un barco como es debido. Y mientras tanto no podría estar aquí con mi mujercita senegalesa. Y mucho menos organizando descensos por los rápidos de Alaska.

—Pues tendrás que escoger.

—Ese es el problema, capullo.

En dirección contraria venían otros dos blancos en sus *quads*.

—Conoces la teoría cuántica, ¿no?

Así solía iniciar sus peroratas; con camaradería, sí, pero...

—Claro —mentí.

—Pues hay un tal Deutsch que aplica la teoría cuántica a todo. A la vida en general. Sabes de qué va la teoría cuántica, ¿no? ¿Max Planck?

—Sí, continúa —le insté. Era un fantoche total.

—El caso es que —prosiguió—, según la física cuántica, los átomos no son algo inerte, siempre quietos como si fueran frutas de plástico o algo por el estilo, tangibles y consistentes. Son dinámicos, hechos de partículas subatómicas. Van y vienen. Aparecen y desaparecen. Ocupan espacios distintos al mismo tiempo. Incluso pueden ser teletransportados. Algún científico ya lo ha conseguido.

—Teletransportar átomos.

—Sí. Claro.

Nadie me cuenta nunca nada.

—Increíble que no me haya enterado —añadí.

—También han logrado reducir la velocidad de la luz.

—Eso sí lo había oído.

—Iba más lenta que un dominguero.

—Eso tenía entendido.

El cielo pasó del rosa al rojo grana mientras atravesábamos pequeñas aldeas que se vaciaban con el anuncio de la noche, la gente de pie en torno a pequeñas fogatas.

Hand continuaba con su perorata, gesticulando, manejando el volante con las rodillas.

—Teniendo en cuenta que los átomos pueden existir en espacios distintos al mismo tiempo, cosa que ningún científico pone en duda, la teoría del tal Deutsch es que todos los seres vivos coexisten en multitud de sitios a la vez. Todos estamos hechos de los mismos electrones y protones, ¿no? Pues si resulta que existen en más de un lugar al mismo tiempo y pueden ser teletransportados, lo lógico es pensar que existan múltiples yoes y múltiples mundos simultáneamente.

—Impresionante.

—Es lo que se llama «multiverso».

—Ah. Bonito nombre.

A orillas de la carretera un hombre vendía dos enormes pescados.

—A ver —continuó Hand—, si no tenemos inconveniente en aceptar que existen miles de millones de planetas y galaxias, incluso los que no alcanzamos a ver, ¿por qué va a ser esto distinto?

Pasamos junto a un descampado que hacía las veces de cancha de baloncesto, la canasta sin red y el tablero inclinado como un cura repartiendo la comunión. Dos niños, nervudos para sus diez u once años, de saludable aspecto aunque desgarbados, uno vestido de rojo y el otro de azul, se disputaban la pelota bajo el tablero levantando con cada bote del balón alfombras de polvo.

—Tenemos que parar —indiqué. Ya habíamos dejado la cancha atrás.

—¿Para qué? ¿Para ver cómo se pelean?

—Para jugar. ¿No has pasado nunca junto a una cancha y te...?

—Will, esos niños no tendrán ni doce años.

—Pues sin anotar puntos entonces.

Por fin algo especial. Entrábamos en acción; íbamos a jugar contra aquellos chavales. Hand redujo la velocidad, dio media vuelta y nos acercamos a la cancha haciendo crujir los neumáticos en la grava del arcén. En cuanto nos vieron, interrumpieron la disputa. Hand se apeó del coche y les pidió la pelota. «¿Cómo saben que no se largará con ella?» No lo sé. El caso es que se la lanzaron.

Hand botó la pelota, que dio sobre un pedrusco y salió disparada. Los niños rompieron a reír. Hand corrió de regreso y se marcó un gancho a lo Bob Cousy en plan payaso; la pelota encestó en el abollado aro rojo. Luego hizo tres lanzamientos a canasta desde la línea de tiros libres y falló los tres. No pude evitar unirme a las risas. Tendí la mano al de la camiseta azul en un amago de estrecharle la suya haciendo toda una serie de fintas y regates con dedos y puños. Creo que me tomó por un fenómeno del básquet.

Intenté driblar y, al igual que Hand, perdí la pelota por culpa de otro pedrusco. Al final acabé adaptándome a la cancha, a los socavones y la polvareda del terreno, y al poco jugábamos ya en serio, dos contra dos. Los chicos no eran ases del baloncesto, todo hay que decirlo. Uno de ellos iba descalzo y ambos eran más bajos que nosotros. Si bien yo pretendía jugar de un modo amistoso, Hand arrebató la pelota al más pequeño de un brusco manotazo, se alzó sobre él y encestó sin el menor recato. Qué poca camaradería.

El cielo aún goteaba luz, una luz azul orlada de púrpura, con gruesos brochazos de herrumbre y mandarina sobre la línea del horizonte. Al rato apareció un tercer compañero de juego, más alto y seguro de sí que los otros dos. Llevaba zapatillas de deporte casi nuevas, pantalones de baloncesto que le llegaban a las rodillas y una camiseta Puma. Parecía un muchacho serio; sonrió al acercarse, nos estrechó la mano —un apretón flácido también— y enseguida se enfrascó en el juego sin volver a mirarnos a la cara. Éramos dos contra tres, y rodeados de polvo. El recién llegado se había propuesto ganar. El partido estaba cada vez más reñido. Propuse un cambio de equipos, con vistas a relajar la tensión patriótica, pero los chavales se negaron.

Era ridículo competir así. Hand y yo no jugábamos bien, el que sabía era Jack, Jack era un jugador de baloncesto nato, el mejor que pasó por el colegio, con un ritmo y una celeridad endiablados, increíbles para alguien tan próximo a nosotros, para un chico de Wisconsin hijo de un vendedor de grano. Cuando jugábamos con él, nos seguía la corriente por el puro placer de jugar pero, en cuanto le venía en gana o notaba que empezaba a perder puntos y nos poníamos eufóricos, daba la vuelta al juego y nos hacía picadillo.

Al poco rato había diez espectadores viendo el partido, y momentos después, veinte, chicos todos, la mitad de ellos descalzos, la mayoría descamisados. Cada vez que el balón salía rebotado de la cancha y se alejaba hacia el poblado, otros dos niños venían desde esa dirección, con él en la mano. Hand y yo nos defendíamos como

jabatos; cuatro contra dos ya. Hand avanzaba hacia la canasta, Hand escapaba de los marcajes. Hand es alto, sí, pero Hand no sabe jugar y Hand dejó de dominar la pelota.

Anocheecía. Nos pasábamos el balón y antes de verlo ya lo teníamos estampado en el pecho. Jugábamos todos casi a tientas, así que dimos por terminado el partido.

Regresamos al coche y sacamos la botella de agua que quedaba, dimos sendos tragos y se la tendimos al de la camiseta roja. Este se la pasó al alto, que dio un sorbo y la pasó a su vez al de azul, el cual apuró el último trago. Otro niño, de unos trece años, se abrió paso entre el corrillo congregado en torno al coche, sacó pecho y anunció con voz clara y potente:

—Mi padre es militar. Me llamo Steven.

Dicho lo cual, dio media vuelta, cruzó la cancha y se fue por donde había venido. Aparte de eso, no habíamos sostenido mucha más conversación.

El de la camiseta Puma rompió el fuego. Hablaba algo de inglés y dijo llamarse Denis.

—¿De dónde sois? —preguntó.

—De Chicago —respondí.

—¡Chicago Bulls! —exclamó—. ¿Ver Bulls?

Hand respondió que, en efecto, los habíamos visto, en los tiempos en que Michael Jordan estaba aún en activo además. Y con ello no faltó del todo a la verdad: habíamos asistido a un partido, que se zanjó con una estrepitosa derrota y en el que Jordan solo jugó la primera parte.

Los labios de Denis formaron un desmesurado óvalo. ¿Y era tan bueno como decían?, quiso saber. Hand sonrió. Sí. Denis se moría por ir a Estados Unidos, ver baloncesto, visitar a su primo, que vivía en Nuevo México. Le dije que Nuevo México era un estado muy bonito. *Très bien*, dije.

—Pero el jugador con más clase es Pippen —sentenció Hand.

Denis sonrió y se reservó la opinión. Hand siempre decía lo mismo: «El jugador con más clase es Pippen». Y acto seguido: «Se mueve con más soltura en la pista. Pippen es a McEnroe lo que Jordan a Lendl». Era su frase favorita, seguro que en parte porque sabía que con ello sacaba de quicio a los de Chicago.

Denis negó con la cabeza y sonrió. Discrepaba, pero no hizo ningún comentario. Hand preguntó cómo se llamaban. Sacó del coche papel y bolígrafo y les pidió que escribieran sus nombres. Los anotaron todos en el mismo papel.

He perdido el papel. De verdad que lo siento. No entiendo cómo he podido extraviarlo.

No sabíamos si darles dinero. Entramos en el coche para parlamentar. Parecía que esperaban algo. Ninguno nos había pedido nada, pero era como si se lo olieran, como si intuyeran que algún regalo podía caerles. Nos sabían pudientes. Todavía me quedaban unos dólares escondidos en los zapatos, pero ¿y si estropeaba el momento?

¿No contaminaríamos algo puro, un sencillito partido entre visitantes y locales, si soltábamos ese dinero? Por otra parte, quizá lo estuvieran esperando; si no, ¿por qué iban a apiñarse todos junto al coche nada más terminar el juego? Quizá fuera habitual: coche con americanos se detiene, sus ocupantes se hacen con la pelota, se marcan unos pases, sueltan unos dólares y se largan a los hoteles de Saly de donde han venido...

—No me parece bien —decidió Hand.

—De acuerdo.

Los niños nos rodearon y nos dijeron adiós con la mano. Arrancamos y avanzamos los veinte metros que nos separaban de la carretera, mientras ellos se iban cada uno por su camino. Detuve el coche junto al fan de los Bulls que soñaba con visitar Nuevo México. Cruzaba la calzada con otros dos amigos.

Bajé la ventanilla y le llamé. El niño se acercó y yo metí la mano en el calcetín y agarré lo que encontré: trescientos dólares en tres billetes de cien.

—Nos vemos en Chicago —dije.

Denis nos dio las gracias.

—Si voy, será gracias a vosotros —afirmó.

—Allí nos vemos —repuso Hand. Y volviéndose hacia mí añadió—: Tendremos que salir pitando. —No teníamos dinero para todos y estábamos rodeados.

Nos despedimos de Denis, enternecidos por sus ojos húmedos de emoción, emocionados nosotros también con su encanto, y de pronto vimos que se nos había colado un individuo en el asiento trasero.

—Es mi hermano —explicó Denis—. Quiere que lo llevéis a Mbuu.

Me volví hacia Hand. Su obligación era echar el cierre a las puertas traseras. El hermano de Denis ya se había acomodado; era tarde para echarlo. Mbuu nos pillaba de camino. Saludamos al recién llegado. Se llamaba Pierre o algo por el estilo.

Nos incorporamos a la carretera mientras el hermano de Denis, en el asiento trasero, parloteaba sin cesar. No nos gustaba el tipo. Mbuu quedaba a veinte minutos y Pierre no dejaba de hablar, y en un idioma que Hand no acertaba a descifrar y que en un principio no supo si identificar como francés. Enseguida tuvimos la impresión de que el tal Pierre había echado el ojo a los billetes de su hermano y venía a por su parte.

Empleó la misma estratagema que Abass: necesitaría dinero para el taxi de vuelta. Cuando Hand me lo contó, nos echamos a reír. Se volvió hacia el chico.

—O sea, que lo que tú quieres es que nosotros —dijo señalándonos a ambos con el índice— paguemos por llevarte a ti —añadió apuntando a Pierre— a Mbuu y así poder regresar.

El hermano de Denis asintió con un enérgico movimiento de cabeza. Qué mal se le daba al pobre. No había entendido ni jota. Hand rió.

—Muy listo no es que seas, ¿eh? —agregó Hand—. Todo el seso fue a parar a tu hermano, ¿verdad? —Hand se estaba pasando de la raya; Denis no sabía inglés, pero

continuaba asintiendo con energía—. ¿A que no sabes por qué le hemos dado a tu hermano trescientos dólares? Porque no nos los pidió. Tú, en cambio, como eres un borde, sabes lo que quiere decir borde, ¿no?, vas a volverte a casa con las manos vacías.

En cuanto Hand terminó de hablar, el parloteo de Pierre comenzó de nuevo. No teníamos idea de qué decía, pero su verborrea era insufrible, me sacaba de quicio su tono de agresividad sostenida.

Al igual que el guardia urbano, el tipo tenía ya la mano dentro de mi mochila, que habíamos dejado en el asiento trasero otra vez. Me volví para arrebatársela alegando, con la mejor de mis sonrisas, que necesitaba coger algo. La agarré, rebusqué en su interior y encontré un peine que me pasé por el pelo con grandes aspavientos a fin de demostrarle cuánto lo necesitaba, cuánta falta me hacía peinarme esa noche, mientras circulábamos a oscuras camino de Mbuu.

Pierre soltó una nueva parrafada, pero la estrategia había cambiado: ahora necesitaba dinero para ir a Zaire. Advertido de nuestra generosa donación para la visita de su hermano a Chicago, debía de suponer que sufragábamos los viajes de todo el que se cruzaba en nuestro camino.

«—No deberías exigirnos el dinero de forma tan burda.

»—A mi hermano bien generosamente se lo habéis dado.

»—Tú lo has dicho: generosamente. Por voluntad propia.

»—Me estás diciendo que espere a que me lo den.

»—Sí.

»—Lo que quieres es que me muestre sumiso. Indiferente hacia ese dinero.

»—Sí.

»—Y como premio, recibiré mi parte.

»—Sí.

»—Es vergonzoso.

»—No sé por qué.»

Pierre y Hand riñeron a voz en grito durante un rato, sin llegar a ninguna conclusión. Una vez que Hand le hubo quitado el plan de Zaire de la cabeza, al hermanito le entró hambre y tendió bruscamente la palma de la mano entre ambos.

—¿Tenemos algo de comer? —me preguntó Hand. Extraje una barrita de cereales de la mochila. Pierre la aceptó pero no la desenvolvió y continuó hablando, a voces; era una máquina parlante. Nos acercábamos a Mbuu y su desesperación iba en aumento.

—Joder —exclamé—. ¿No habría forma de pedirle que se callara un rato?

Hand se volvió hacia él y levantó las manos, mostrándole las palmas, en un gesto que significaba «Basta». Por fin se calló. Exhalé un profundo y sonoro suspiro y subimos el volumen de la radio.

«—Me desconciertas, hermanito. Tu actitud nos entristece.

»—No es mi misión alegraros.

- »—Tu misión es mostrarte humano. Ante todo, humano.
- »—No hay tiempo para gentilezas.
- »—Nosotros no pensamos lo mismo.
- »—Hacéis más mal que bien escogiendo así a vuestros beneficiarios. Es injusto.
- »—¿Cuándo ha habido algo justo?
- »—Lo que queréis es el poder que da el dinero.
- »—Todo lo contrario. Precisamente estamos renunciando a ese poder.
- »—La renuncia en sí es un ejercicio de poder. Ese dinero no es vuestro.
- »—Lo sé.
- »—Queréis su poder. Da igual cómo lo ejerzáis, lo que queréis es su poder.»

Habíamos llegado a Mbuu, un pueblo de oscuras viviendas de adobe. No se veían líneas continuas: todo estaba en movimiento. Las paredes se movían, tenían vida propia. Había gente por todas partes, pululando de acá para allá. Las casas eran escaparates a la vista de todo el mundo. Nuestros faros iluminaban a las masas que paseaban o veían la televisión, nutridos corrillos, familias enteras visibles a través de ventanas sin cristales, todos en aquellos escaparates al aire libre, cenando, bebiendo en un bar junto a la calzada, bien pegados los unos a los otros.

Paramos el coche para despedir al hermano de Denis. Pierre se hizo el remolón. Clavamos la vista en él y nos respondió con la mirada:

- «—Estáis en deuda conmigo.
- »—Ni mucho menos.
- »—Esto es injusto.
- »—No es injusto.
- »—No lo dices con mucha seguridad. Estás confundido.
- »—Lo estoy, sí.
- »—Todo es injusto.»

Pierre se apeó del coche y cerró la portezuela. Nos incorporamos de nuevo a la carretera principal, rumbo a Saly para cenar. No habíamos comido en todo el día.

—No siento remordimientos —afirmó Hand.

—Me caía fatal el cabrón.

Pero el mundo seguía igual.

Llegamos al hotel entrada la noche. Desde cien metros de distancia ya se oía el tintineo de vasos y tenedores procedente del comedor, y el murmullo de voces. En su interior todo era blanco: manteles, flores, comensales. Arañas en el techo.

—Coño —exclamó Hand.

Había unos doscientos comensales, gente de clase media alta y edad avanzada, jubilados como los que se pueden ver pululando por ciertos hoteles de Florida.

Entramos tal cual con la ropa llena de lamparones, y atrajimos las miradas de muchos de los allí reunidos. Nuestro aspecto era impresentable, y Hand parecía un

surfista con pretensiones de jovencito. Con el fular al cuello, como un perro cobrador.

Fuimos hacia la mesa del bufet y sobre nuestros blancos platos vacíos alzamos sendos zigurats de pollo, arroz y fruta. El despliegue de viandas era impresionante: una mesa larga con ensaladas, otra con distintas variedades de pan, otra (la más fastuosa) con frutas y pasteles, y un ala destinada a carnes, aves y pescados atendida por tres senegaleses tocados con sus respectivos gorros de chef. Tomamos asiento junto a una pareja de ancianos que nos miraron de reojo entre cuchicheos; a los diez minutos se levantaban de la mesa, sin dejar de cuchichear. Un señor vestido de blanco tomó nota de lo que deseábamos beber. Sedientos, y ajenos a la etiqueta, pedimos seis cervezas de una vez.

—Volviendo a lo del «multiverso» —apunté.

—Ah.

—Qué más da. ¿Qué importa cuántos universos o planos existan si no entran en contacto?

Hand se había metido un muslo de pollo entero en la boca. Extrajo el hueso limpio, como plastilina. En la sala se respiraba un ambiente rosa pastel carente de alegría. No se oían risas, apenas se percibía movimiento alguno, solo se veían cientos de pieles estragadas por el sol. Como un lunes en la cantina de un hogar de ancianos de Florida.

—¿Quién dice que no entran en contacto?

—¿Lo hacen?

—No lo sé. No he leído nada sobre el tema. En cualquier caso te alegrará saber que, en ese «multiverso», tienes en realidad todas las opciones posibles; en serio, tantas como existan o se puedan concebir; y uno de tus yoes ha optado por una de ellas en alguna parte. Esos yoes en la sombra podrían vivir prácticamente cualquier vida concebible. Incluso después de tu muerte.

Agarró otro muslo de pollo y le arrancó carne, venas y cartílago. Qué bestia.

—¿Y de qué te sirve —inquirí— si esa consciencia no se comparte?

—No, claro. Aunque, por otro lado, quizá la muerte no exista como tal. Si combinas el paradigma de la física cuántica con la idea de la subjetividad del tiempo, podría decirse que todos vivimos en miles de lugares a la vez, en un eterno presente.

Reparé en la presencia de una única persona de color entre los comensales, un francés sentado junto a una mujer blanca, su esposa, aparentemente. Por lo demás, en el comedor imperaba el blanco, así como una sorprendente homogeneidad de clase y aspecto.

—Parece una reunión de familia —observé.

—La facción más hortera de ella —puntualizó Hand. Y continuó con su teoría—. En fin, vendría a ser como una especie de inmortalidad para ateos, y sin tener que aguardar a avances tecnológicos de ningún tipo.

La idea sin duda resultaba atractiva. Vivir, con consciencia o sin ella, eternamente, en algún punto del universo. Pero ¿y los sueños? Algún papel debían de

tener... aunque a mí, a decir verdad, lo que me interesaba era eso de acceder a todas las opciones, simultáneamente. No en un universo paralelo e irrelevante, sino allí mismo. Detenerme y ponerme a trabajar en el hospital de campaña y enamorarme de la guapa del pueblo, pero también estar de vuelta en casa una semana después para hacer tantas otras cosas, se me ocurrían al menos cincuenta trayectorias vitales, todas igualmente posibles y atractivas... ¡domador de tiburones! «¿No decías que querías ser un domador de tiburones?»

Un grupo entró en el comedor, tres parejas, todos blancos excepto una de las señoras: una negra esbelta, senegalesa probablemente.

—Vaya —exclamó Hand comiéndosela con los ojos.

Era impresionante. Magnífico porte, con un vestido blanco que resaltaba sobre su maravillosa piel y se ceñía en torno a sus curvas, delineadas por el más feliz y templado de los pulsos, como una exquisita máquina forrada de lustrosa piel. Hand había dejado de comer. Yo también. Casi todas las senegalesas que se habían cruzado en nuestro camino hacían gala de un físico semejante, genéticamente perfectas, fuertes, de porte regio y con una tez como de piedra pulida.

—Deja de mirarla —mascullé.

—No quiero —replicó Hand.

Medio comedor la observaba. Sin el menor recato. Eran imaginaciones mías o habíamos sido transportados a otra dimensión. Todas las miradas convergían en ella, bien porque hubiera cruzado una tácita línea racial o simplemente, espero, porque a su lado parecíamos todos zafios engendros.

—Es extraordinaria —observó Hand.

—Viene con esos.

—Sí, no lo entiendo.

Yo sí barruntaba algo, pero no dije qué. Eran acompañantes demasiado vulgares para ella. Puros saldos. Algún aliciente debía de moverla, y confié en que no hubieran pagado por su compañía.

«—¿Qué hace con esos hombres?

»—Tengo mis motivos.

»—No los necesita. Nosotros la ayudaremos.

»—No he pedido vuestra ayuda.

»—No exigimos nada a cambio. Venga con nosotros.»

—Vamos —dije—. Ya he terminado.

Al salir del comedor aprovechamos para echarle un vistazo de cerca al pasar junto a su mesa —parecía recatada, pero con una sonrisa como la luz que estalla al descorrer las cortinas— y regresamos a nuestra habitación sorteando la blanca llovizna de los aspersores. Hand fue a ducharse; yo telefoneé a mi madre.

—¿Diga? —Se puso al primer timbrado.

Me tragué el chicle. No esperaba que el teléfono funcionara, ni que pudiera ponerme en contacto con Memphis sin necesidad de operadora. Mi madre estaba en

el jardín. Acababa de regresar de una clase de cocina.

—¿Qué día es ahí? —pregunté.

—Lunes, bobo. Solo hay siete horas de diferencia.

—Ocho, creo.

—En Groenlandia son siete horas de adelanto, me parece.

—Ah, es que no estamos en Groenlandia.

—¿No os habéis ido al final?

—Estamos en Senegal.

—Ah, sí. Ya me lo dijiste.

—Mamá, ¿no te estará dando demasiado el sol?

—Estoy perfectamente. ¿Cómo os va por ahí? ¿No habéis pescado nada todavía?

—¿Pescado? ¿Peces, quieres decir?

—Tú ve con cuidado y ponte condón. Y si son seis, mejor que uno.

—Gracias.

—Bueno, ¿cómo va?

—Bien —respondí—. Muy bien. —Le conté lo que habíamos hecho. Me explayé a gusto, hasta tuvo que interrumpirme.

—No hace falta que me lo expliques minuto a minuto, hijo.

«—Sí hace falta.»

—De eso se trata —repuse.

—¿De qué?

—De explicarlo minuto a minuto. Queremos que participes.

—No, si yo participo, claro que participo. ¿Cuánto dinero habéis repartido ya?

—Unos mil dólares.

—Pues tendréis que daros prisa.

Le conté lo del partido de baloncesto.

—¿Les disteis algo?

—A uno, sí. Trescientos dólares. Era fan de los Bulls.

—¿Y a los demás? —preguntó.

—A los demás, agua.

—¿No les disteis dinero?

—Imposible —contesté—. Era imposible repartirlo de un modo justo. Había al menos quince niños. —Le comenté lo del hermano de Denis, cuando se coló en el coche y empezó a parlotear sin parar.

—Imagino que a ese no le daríais nada.

—No.

—Hijo.

—Sí.

—¿Por qué no os volvéis con el dinero y se lo dais a alguna organización benéfica de aquí? Cathy Wambat colabora con una fundación que financia operaciones para niños pobres con fisura en el paladar. Seguro que estaría encantada de...

—¿Hay una fundación dedicada solo a eso, a gente con fisura en el paladar?

—Pues claro.

—¿Y por qué es mejor que lo que hacemos nosotros?

Oí un suspiro y guardamos silencio.

—¿No te parece un poco condescendiente? —preguntó al rato.

—¿El qué?

—Llegar ahí como caído del cielo y...

—Ponerse a repartir dinero. O sea, que te parece condescendiente.

—No te pongas así.

«—Mira que emplear esa palabra, joder. No viene al caso, en absoluto. Es una defensa para justificar tu pasividad.»

Suspiré enojado.

—Will, ¿quién te dice a ti que quieren ese dinero?

—Me da la impresión de que no les viene mal.

—¿Y si no fuera así?

—Pues que se lo regalen a otro.

—No te digo que...

—La cuestión es que yo no lo quiero. Además, disfrutamos regalándolo. Y, cuando menos, es una forma de conocer gente.

—Sí, seguro que conocéis a señoritas la mar de finas...

Empecé a silbar, bien alto.

—Entonces —dijo por fin—, ¿cómo decidís a quién dar el dinero?

—No lo sé. Al buen tuntún. Salta a la vista. Yo qué sé.

Mi madre se echó a reír a carcajadas, divertidísima con el comentario. Cuando terminó de reír, lanzó un suspiro.

—Qué quieres que te diga, Will, no me parece justo. ¿A ti sí?

—El hermano de Denis era un capullo.

Volvió a reírse, a reírse de mí, sin comedimiento ninguno. Increíble pagar por una conferencia para que te sometan a una vejación así.

—Es que me parece tan subjetivo, hijo —repuso.

—¡Pues claro que es subjetivo!

Suspiró. Suspiré. Guardamos silencio.

«—Dime que existe otro modo mejor, mamá.

»—Imposible. No conozco ninguno.»

—¿A qué viene esto ahora? —rezongué.

—Yo solo pregunto, cariño.

«—¿Qué insinúas? ¿Que no podemos ver la cara de las personas a las que ayudamos? Eso es lo que quieres decir. Tú eres de las que jamás darían una limosna a un pobre en la calle; creerías humillarle con eso. ¿Quién es el condescendiente aquí? Te frenas y reniegas de tus instintos. Ante una injusticia manifiesta, el instinto nos pide actuar, y al instante. Nos pide sacar el dinero que tenemos en el banco y darle la

mitad a ese necesitado. Pero tú no, tú te encastillas muralla tras muralla, lo niegas, te justificas. Si a Hand y a mí esto nos hace sentirnos bien, es porque estamos haciendo algo que está bien. Hoy mismo, en la playa, conocimos a un individuo que vivía en un chamizo a medio construir, un joven larguirucho con un transistor, al que le dimos setecientos dólares en mano, y nos quedamos tan felices. No puedes restarle mérito a eso, y no vas a ensuciarlo tachándolo de “condescendiente” o “subjetivo”, palabras altisonantes propias de privilegiados, y tampoco me vengas con que tú lo harías mejor. ¡Prueba a ver! ¡Hazlo tú misma! ¡Hemos entregado y recibido amor! ¿Cómo te atreves a echárnoslo en cara? No pido que ellos me lo agradezcan; además, ni siquiera nos quedamos a esperar que reaccionen y, de todos modos, no hablamos su maldito idioma. Solo queremos verlos con nuestros propios ojos, sentir sus manos, el roce de sus brazos o lo que sea. ¡No hay ley que prohíba eso! Y tampoco hay que empeñarse en buscar tres pies al gato ni echárnoslo en cara tergiversando...»

—Ya —dije—, pues no me interesan tus preguntas.

—En ese caso, disculpa.

—Mamá, creo que le das demasiadas vueltas.

—Tengo tendencia a ello.

—¿No me digas? No me había dad...

—Adiós, listo.

Y me colgó.

Hand se vistió y salimos a dar un paseo por la carretera sin asfaltar. El firmamento parecía la bóveda de un planetario, cubierto de estrellas pero no oscuro del todo. Los trazos negros de los árboles resaltaban contra el plomizo cielo y proyectaban sus sombras sobre la calzada con céleres y cicateros arañazos. Yo estaba que me subía por las paredes. Basta que hagas una buena obra para que alguien que no está haciendo nada por nadie, alguien que está, pongamos, arreglando el jardín, venga a cuestionar el modo en que decides llevarla a cabo. Siempre que una secretaria cede la mitad intacta de su bocadillo a un harapiento vagabundo, sale alguien diciendo que, en cierto modo, eso no hace más que empeorar las cosas. La gente pasiva se ve obligada a justificar su desidia poniendo peros a todo el que procura...

—¿Qué andas mascullando? —preguntó Hand.

—Nada. —No sabía que estuviera mascullando.

—Como si no tuviera bastante oyéndote hablar en sueños...

Paramos para comprar unos helados en un bar. La cajera, peinada como una corista, se entretenía viendo unos delfines por televisión. Hand pidió algo parecido a un polo de naranja y yo, un grueso bombón helado de vainilla cubierto de chocolate. Rasgué el fino y brillante envoltorio de plástico y ataqué primero el chocolate, luego la blanca y fría nata, tan reblandecida bajo el aire húmedo del anochecer que corrió por mi mano y mi garganta al mismo tiempo.

En nuestro paseo bajo el exiguo alumbrado nos acompañaban dos y hasta tres sombras, pues, si una farola proyectaba la sombra hacia arriba, la otra la dirigía hacia abajo, y a veces se solapaban. Unas ineptas; farolas sin la menor profesionalidad.

La luna brillaba amarilla, aureolada por un tenue halo blanco. Los zapatos se me llenaron de chinás. Me detuve para sacarlas apoyándome en Hand. En cuanto reanudamos la marcha volvieron a llenarse.

En las inmediaciones de la zona hotelera abundaban discotecas y casinos. Entramos primero en el casino principal, un espacio reducido pero lujoso que constaba de una única estancia, con dos mesas de juego y una treintena de máquinas tragaperras. Entre la clientela distinguimos al menos a una docena de los comensales del hotel; mi rostro partió en dos a la concurrencia, cuyos cansados ojos se clavaron en nosotros.

—Fíjate —dijo Hand apuntando con el dedo y trazando el símbolo del infinito sobre sus cabezas—. ¿Hay algo que te llame la atención aquí?

—Los jerséis.

—Sí, señor.

—Por Dios.

Todos los caballeros allí reunidos, o la gran mayoría —sumarían unos veinte en total, jóvenes casi todos, aparte de los doce jubilados—, llevaban un jersey de algodón colgado sobre los hombros, las mangas en un nudo suelto sobre el pecho. Doce jerséis amarillos o azul celeste, todos con idéntico y primoroso nudo. Saltaba a la vista que debía de estar prohibido ceñírselo bien al cuerpo; debía quedar sueltcito, centrado sobre el pecho, como una estola. A unos treinta grados.

De repente caí en la cuenta, una vez más, de dónde estábamos. Nunca había ido más lejos de Nevada, y eso con ocasión de unas vacaciones de primavera a la edad de nueve años, cuando fui de excursión con la familia de Jack. Veintidós horas montados en el coche para la ida, otras tantas para la vuelta, y siete en medio, que pasamos sobre unos caballos que habrían querido vernos muertos o encadenados a unos grilletes. Hand había estado en Toronto, que de hecho está aún más cerca de Milwaukee, aunque él lo discutiera.

Junto a la puerta vi unas tarjetas postales, no con imágenes de playas, sino de los hoteles de la costa, y escogí una; era la primera vez que compraba una postal con intención de enviarla. De haber tenido alguien a quien escribir, una Clementine cualquiera, habría plasmado mis vivencias, les habría dado su forma adecuada. Si escribía a las gemelas, aun en esa servilleta de papel y con ese bolígrafo prestado por el camarero senegalés con la marca de nacimiento en la frente, como un tiznajo de miércoles de Ceniza, guardarían mi correspondencia y siempre sabrían que me había acordado de ellas...

Queridas Mo y Thor:

¡Senegal! Increíble, ¿no? Esto es alucinante. Más alucinante que todo lo que podáis imaginaros. La gente... hemos conocido a uno que... La verdad, por el momento, no sé si nos hemos enterado de algo...

Aunque el aire, eso sí que no tiene nada que ver, o sea, que al menos...

—Vas muy bien.

Hand espiaba a mi espalda.

—Lo has captado de maravilla, Will. Todos esos puntos suspensivos...

—Vete a la mierda.

Una vez en la calle, en el fresco de la noche, nos planteamos si estábamos a la altura de las circunstancias, de la responsabilidad contraída al llegar hasta allí: tras viajar siete mil kilómetros, por dar una cifra, nos sentíamos obligados a concebir algo. Había que tomar el material disponible y hacer algo decente.

—¿Has llamado ya a casa? —pregunté a Hand.

—No. ¿Y tú?

—Sí.

—A los míos les da igual. Ya sabes cómo son.

Lo sabía y no lo sabía. El padre de Hand era un hombre alto y cargado de espaldas, llevaba tanto tiempo encorvándose para dirigirse a su mujer, mucho más baja que él, que la cabeza parecía habersele quedado inclinada, la barbilla, clavada en el esternón. Aquel señor de rostro anguloso y mirada lobuna se ganaba la vida en un bufete de abogados, aunque no estoy seguro de que él fuera abogado; tal vez sí, pero algo me decía que no; era uno de esos hombres de ojos pequeños y trato distante de los que se podía esperar cualquier cosa: abusos sexuales, asesinato, evasión de impuestos, bigamia. La madre de Hand trabajó de enfermera en un hospital durante la mayor parte de nuestra infancia y luego se dedicó, durante un par de años, a atender en exclusiva a un enfermo terminal, un hombre que poseía una magnífica mansión cargada de mármol, de la que ella prácticamente acabó adueñándose y en la que gozaba de dormitorio propio y plaza de garaje, de todo.

Lo cual fue una suerte y también una desgracia, pues a Hand le dio por encelarse de ese nuevo hogar de su madre y del desparpajo con que esta parecía proclamarse su matriarca. Hand tenía dos hermanos mayores, mucho mayores que él. Yo solo había coincidido con ellos en un par de ocasiones, por separado, pero los conocía gracias, sobre todo, a la foto de fin de carrera; por alguna razón, ambos se habían graduado el mismo día, aun cuando uno de los dos, Steve creo, el que parecía casi estrábico, le llevaba un año a Eddie, el del pelo a lo Shawn Cassidy, el de los ojos que no pestañeaban y a quien se debía el mote de Hand —en un principio fue Hands, pues cuando apenas gateaba pillaba todas las pelotas que lanzaban en su dirección—. Más tarde se le suprimió la «s» para evitar connotaciones de pedófilo sobón.

Decidimos encaminarnos hacia el centro urbano, escoger una casa y presentarnos en ella con un ramo de flores. Llevábamos meditando sobre esa idea desde hacía varios años; no sé de dónde surgió ni por qué. Llamáramos a la puerta, pensábamos, o entraríamos por la parte trasera, por el porche, por donde fuera, lo importante era presentarse con una botella de vino o con unas flores. Estábamos convencidos de que, en cualquier parte del mundo, un ramo de flores te abría de par en par las puertas de cualquier despacho o vivienda. El estupor de sus moradores quedaría mitigado por el desconcierto inicial, después por una afable perplejidad y, al poco rato, todos seríamos como hermanos.

La calle hervía de turistas que caminaban en dirección a la zona más animada de Saly —tres manzanas de restaurantes, discotecas y bares—, y algún vehículo aislado circulaba despacio sorteando los baches, en busca de aparcamiento. Compramos un pequeño y llamativo ramo de margaritas, violetas y otra flor autóctona, roja y jugosa como la carne.

Nos adelantaron dos chicas que cabalgaban descalzas y sin montura a lomos de sendos caballos color arenisca. Hand me indicó con un gesto que iba a salir corriendo tras ellas, saltar a un coche y, de allí, a lomos de uno de los caballos. Lo disuadí meneando la cabeza enérgicamente y torció el gesto.

En un edificio inclinado a la derecha con balcón en el primer piso un gato maulló. Nos detuvimos de inmediato. En el portal había dos buzones, hecho que tanto Hand como yo, con el ramo apretujado en la mano, interpretamos como una señal.

—Ahí está —dije—. Tenemos que subir.

—¿Llamamos al timbre o qué?

—¿Qué hora es?

—Serán ya las diez —respondió Hand—. ¿Te parece demasiado tarde?

Decidimos subir antes a echar un vistazo. Resonaban los peldaños a nuestro paso como golpes de nudillos en una puerta, y pronto nos encontramos en el último rellano, entre dos puertas.

—¿Cuál? —preguntó Hand.

Una de ellas estaba entornada.

—Esta —respondí.

La manija en lugar de pomo nos hizo pensar que la puerta daba acceso a otro zaguán, así que empujamos. Pero la puerta no se abrió a un zaguán. Nos encontramos en medio de un domicilio particular. Nos miramos alarmados. Acabábamos de meternos en casa de alguien.

Ninguno de los dos, sin embargo, hizo ademán de volverse.

Nos descalzamos y dejé el ramo de flores encima de los zapatos. Nos adentramos en la casa y cerramos la puerta a nuestras espaldas, con un sigilo inquietante. Sobre el dintel de la entrada colgaba un gran retrato de un señor uniformado, un retrato oficial.

En el centro de la reducida estancia principal se alzaba, de puntillas, una mesa dispuesta para una cena. Sobre ella, cuatro platos con restos de comida. Seguíamos sin oír nada. En el desvaído verde oliva de las paredes se observaban manchas de dedos. Clavadas con chinchetas, fotos arrancadas de revistas, tres o cuatro con imágenes de profesionales del motocross, y junto a estas, una serie de tarjetas postales de mujeres con recargados y voluminosos disfraces carnavalescos. Por encima, el gran retrato de una familia integrada por cuatro miembros, supusimos que los habitantes de la casa, vestidos los cuatro de futbolistas. Hand me miró alzando las cejas como diciendo: «¿Has visto? ¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde nos hemos metido, joder!».

Era un piso estrecho, ordenado y desprovisto de objetos de valor material. La estancia principal comunicaba con la cocina, un angosto cubículo con encimera de azulejo azul. La cocina, a su vez, daba a otra estancia, una especie de cuartucho de estar, con un sofá flanqueado por dos tumbonas de playa en posición vertical. En un rincón se amontonaba una pila de animales de peluche —Yosemite Sam en primera posición— y cuatro balones de fútbol de plástico dispuestos en ordenada hilera. Un televisor crepitaba, pero sin voz.

No se percibía el menor movimiento, ningún ruido, pero seguro que en el momento menos pensado alguien irrumpiría en la habitación. Un hombre con batín, escopeta en ristre. Casi nos quitaría un peso de encima.

Hand había cruzado ya la estancia en busca de los dormitorios. Había dos puertas. Abrió una, un armario. Se asomó a la otra y rápidamente sacó la cabeza y vino hacia mí de puntillas reculando —yo estaba escondido en la cocina— y abrió la boca como para decir algo. Procuré impedirselo enseguida contrayendo el rostro con la mueca más horrible que acerté a componer. Hand se interrumpió a tiempo, rindiéndose con un aparatoso aspaviento.

Permanecimos inmóviles unos segundos, mientras recobrábamos la compostura, viendo desde el otro lado de la mesa de la cocina el televisor encendido en la habitación contigua. La escena se desarrollaba en un desértico pueblo de la antigüedad, en rosa pálido. Un primer plano de un hombre demacrado llenó la pantalla. A continuación Ernest Borgnine, ataviado con traje de soldado romano. Luego el demacrado otra vez, unas manos entraban en cuadro —¿las de Borgnine?— y sobre la cabeza del demacrado depositaban un nido de pájaros o algo así... Ah, ya, una corona de espinas.

Hand apuntó hacia el dormitorio y alzó cuatro dedos de la mano, luego hizo gesto de echar una cabezada, indicando que la familia al completo se encontraba allí durmiendo, todos en la misma cama. Nosotros en su casa, y ellos durmiendo tan campantes en la habitación contigua. Solo entonces me asaltaron estas y otras muchas preguntas: ¿por qué habíamos encontrado la puerta de la calle entornada? ¿Cómo debíamos proceder en vista de las circunstancias? La idea era presentarnos allí con nuestro ramo y sentarnos un rato a charlar con ellos, que nos ofrecieran su

hospitalidad, su comida, y así poder marchar de Saly dejando nuevas amistades y un obsequio acorde con nuestra gratitud. Sin embargo, en lugar de la amistosa charla y las bromas en inglés chapurreado o en francés de pacotilla, nos veíamos acechando entre tinieblas, punto en boca. Qué menos que descargarnos de unos cuantos billetes.

Era un hogar limpio, cómodo, modesto. Allí vivía gente, pese al estruendo de bares y discotecas en los locales de abajo y a lo largo de la polvorienta calle. Los críos tenían donde dejar sus cosas, y el... Yo nunca viviría así. No quería una mesa de cocina ni fotos en las paredes. Quería marcharme de allí.

Siempre que aparecían los apóstoles en primer plano, tenían la vista perdida en el horizonte, como si se hallaran bajo los efectos de alguna sustancia alucinógena. Ser santo no obligaba a mirar con ojos vidriosos, ni a caminar con esa grácil parsimonia. ¿O sí? A mí que me dieran un santo torpe o uno rápido. Un santo esprinter, corriendo con sus sedosos pantaloncitos cortos de atleta. Entra Anne Bancroft. En el papel de Virgen María. Y, justo debajo de ella, llorando amargamente, la actriz del *Romeo y Julieta* de Zeffirelli. Con idéntico aspecto. Borgnine estaba pasando un mal rato viendo cómo sus camaradas alzaban a Cristo en la cruz. Lo sentía en el alma pero, al parecer, no estaba en sus manos hacer nada.

Hand se acercó al televisor y lo apagó.

Hurgué en los armarios de encima del fregadero en busca de un jarrón, un vaso alto o un frasco. Solo encontré una pequeña pila de tazas de plástico con el rótulo de la liga nacional de fútbol. No soportarían el peso del ramo. Hand me apremió con la mirada. De pronto era él quien deseaba marcharse. Encogí los hombros de forma ostensible, necesitaba más tiempo. Reparé en un cubo en el rincón, lleno de arena y colillas de cigarrillos. Lo llevé hasta la mesa de la cocina, lo coloqué en el centro e introduje los tallos de las flores en la arena. Hand puso los ojos en blanco. Las flores estarían no muertas, requetemuertas, a la mañana siguiente.

Nos sentamos en el coche a cavilar.

—Podíamos ir a buscar burros —propuso Hand.

Con un repentino destello, un coche atestado de gente, a primera vista más joven que nosotros, arrancó a nuestras espaldas. Salimos del aparcamiento tras ellos, yo al volante, dando por sentado que unos jóvenes atractivos y seguros de sí mismos como ellos tendrían algo interesante en mente. Salimos de la población y los seguimos durante un buen trecho, hasta alcanzar la carretera principal. Dejábamos atrás, a toda prisa, la órbita de luces y multitudes. Continuamos avanzando entre campos a oscuras a lo largo de kilómetros y kilómetros.

—No sé si habrá sido buena idea —observé.

—Van muy rápido. ¿A cuánto vamos nosotros?

Íbamos a cien por hora.

—Creen que los estamos siguiendo —observó Hand.

—Ahora que lo dices, ¿por qué les seguimos?

—No lo sé.

De pronto tomaron un desvío. Su automóvil era mucho más potente que el nuestro y enseguida los perdimos de vista.

Y, de buenas a primeras, era a nosotros a quienes seguían.

—Dios santo —exclamé.

Los faros se acercaban a toda prisa.

—¿Cómo puede ser? —dije—. Vamos a demasiada velocidad.

Se oyó un estruendo a nuestras espaldas. Los faros nos envolvieron. Caían desde arriba, desde un camión. Lo teníamos ya encima. Peligrosamente encima, según me pareció.

«—Jack.

»—

»—Jack, ¿y si...?»

Di un viraje y salí de la carretera. El camión pasó zumbando.

—¿Qué pasa? —preguntó Hand.

—El cabrón ese iba a trescientos kilómetros por hora —respondí.

Hand se quedó mirándome, perplejo.

—Will, no era...

—¿Qué?

—Nada.

Era noche cerrada y empezaba a refrescar.

Bajamos del coche y nos quedamos un rato sentados sobre el capó, arrojando pedazos de la carretera a la carretera. Entonces se me ocurrió la idea de pegar el oído a la calzada. Me vino a la mente así, de improvviso, y como habíamos acordado llevar a la práctica todo cuanto nos pasara por la cabeza, en la medida de lo posible, eso hicimos. El pavimento desprendía calor, pero oír, no se oía nada.

—Hagamos lo de los sobres —propuso Hand poniéndose en pie.

—¿Dónde?

—Ya veremos.

Continuamos camino y, un poco más adelante, nos detuvimos junto a una pequeña vivienda de adobe con techumbre de paja. Saltamos del coche y nos recibieron unos balidos. Era una cabra ya crecida, metro y medio de altura más o menos, blanca, con pelos grises en la panza.

—¿Y si tiramos el dinero por la ventana? —propuse.

—No —respondió Hand.

—¿Por qué?

—Mejor la cabra.

Era lo más acertado. Hand hizo el sobre y le pegó el esparadrapo a los lados. Todo listo.

—Ve hacia ella de cara —indicó Hand—; yo me acercaré por el lado. Distráela.

—¿Cómo?

—Moviendo las manos.

La cabra no me quitaba ojo. Estaba atada a un largo cabo de cuerda.

—¿Como si hiciera sombras chinescas?

—Por ejemplo. Buena idea.

Ay, Dios. Hand fue despacio hacia la cabra, con las manos extendidas y el sobre en ristre, dispuesto a pegárselo en el lomo.

—Hola, cabrita —saludé procurando tranquilizarla.

La cabra baló de nuevo.

—Ten cuidado —avisó Hand—, estos animales tienen malas pulgas.

—¿Ahora lo dices? Serás cabrón. ¿Y qué las pone de malas?

—No lo sé. La mirada. No la mires a los ojos.

—Pero no me has dicho que...

—¡Que no la mires a los ojos! Oigo que gruñe o algo así. ¿La estás mirando a los ojos?

—¡No!

—Y no grites. No lo soportan.

Lo habría matado. Volví la cabeza y me aproximé a la cabra de perfil.

—¿Estás cerca ya? —pregunté.

—Casi he llegado. ¿Está mirándome? ¿Crees que me ve?

—No lo sé. Yo tampoco la veo, idiota.

—Pues mírala de reajo al menos.

«Mírala de reajo.»

—¡Mírala tú!

—Chist. Ya casi estoy —informó Hand.

—¿La tienes?

—Me da miedo tocarla. Cógele la cabeza.

—¿Qué has dicho? ¿Que le coja la cabeza?

—Agárrala por los cuernos.

—No.

—¡Huy! ¡Huy! ¡Huy!

—¿Qué?

—¡Mira! —gritó Hand.

La cabra venía hacia mí. Pero de costado. Se abalanzaba hacia mí con la cabeza gacha, triscando en diagonal con un ímpetu inaudito. Qué modo de moverse, era antinatural. Por cada paso que avanzaba hacia delante, daba ocho de costado. Reculé unos pasos, me volví y eché a correr.

—¡Por ahí no! —avisó Hand a voces.

—¿Qué?

—¡Por aquí! ¡No ve bien, corre!

—¿Hacia dónde?

—¡En zigzag, en zigzag!

Corrí hacia Hand pero en dirección al costado de la cabra, y a metro y medio de ella me detuve y la oí bufar y toser. Hand se había escondido tras una tapia baja, junto a la choza.

—¡Ven! —gritó.

Salté la tapia y me acurruqué junto a él. La cabra aguardaba al otro lado de su aprisco, al acecho, la mirada perdida en la oscuridad de la noche como el estúpido y apestoso animal que era.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora la cabaña —respondió Hand.

—No pensarás entrar —repuse. Nunca más repetiría la experiencia, volver a entrar en una casa así. En ninguna casa.

Cogimos el sobre y lo pegamos a la fachada. Se adhería con dificultad, pero Hand alisó el papel tanto como pudo.

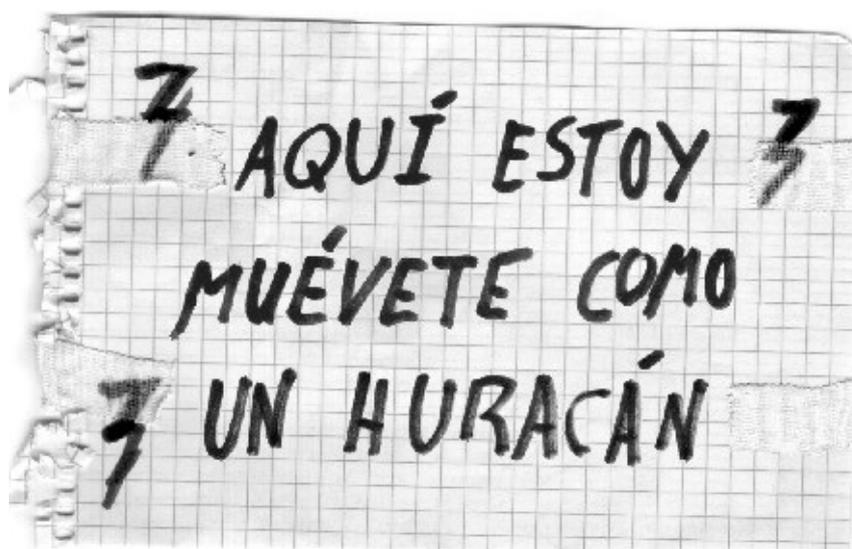
Habíamos dejado dinero pegado a la pared de una choza.

—¿Cuánto crees que habrá? —pregunté.

—Unos trescientos dólares.

—¿Te imaginas qué cosa más rara, encontrar dinero pegado a tu casa?

Quizá rara por demás. Puede que ni siquiera abrieran el sobre, dadas las circunstancias. En cualquier caso no había tiempo que perder. Podían despertar en cualquier momento, y eso era lo último que deseábamos. El paquete llevaba aún el mensaje de Hand:



—Jo, tío —dijo Hand—, me encantaría estar aquí presente mañana. Me muero de ganas por ver qué cara ponen.

—Se olerían enseguida que habíamos sido nosotros. Seguro que nos pillaban.

—Podríamos buscar unos prismáticos y espiarlos desde...

—¿Desde dónde?

—Desde el puente más cercano. O desde un piso franco. ¡Un piso franco!

Me asaltó entonces el deseo de conocer a la familia. De presenciar el hallazgo, de contemplar la sorpresa y la dicha de aquella gente. De ver a los cuatro sentados a la mesa, papá, mamá y las dos criaturas, cavilando sobre la procedencia de aquella fortuna, su significado, quién lo habría dejado allí y quién demonios iba a traducirles la nota que lo acompañaba. Quizá lo emplearan para comprar más cabras. ¿Para cuántas cabras daría una suma así? Como poco para un par. Quizá incluso una docena. Yo daba por sentado que se trataba de una familia maravillosa. ¿Por qué no hacerles una visita? Porque nuestro vuelo saldría la mañana o a primera hora de la tarde, y presentarnos suponía... De todos modos, me apetecía conocerlos, me moría de ganas de pasar un día, incluso un mes, en su compañía, y que nos construyeran un cobertizo junto a su casa y comer con ellos, que nos mostraran sus tierras y cómo cuidaban de sus cabras. Pero no los conoceríamos porque a mí eso me parecía una imposición, y no me atrevía a dar ese paso. Podía desearles todas las bondades del mundo y pegar un sobre con dinero a los muros de su casa, pero me sentía incapaz de estrecharles la mano, de mostrarles mi rostro.

Conducía yo. Pedí a Hand que me buscara algo de comer y me tiró al regazo una barrita de cereales con chocolate.

En cuanto di el primer bocado noté que algo se me partía por dentro. Fue como masticar una ternilla o un cartílago. O algo más sólido quizá, como masticar piedras.

—Conduce tú un rato —dije a Hand.

Hand se inclinó y agarró el volante. Escupí lo que tenía en la boca: un engrudo de cereales, sangre y piedrecitas blancas. Un diente. No, una muela. Me sorprendió que no me doliera.

—¿Qué es eso? —preguntó Hand—. Déjame ver.

Le mostré la palma de la mano.

—Puaj, tío.

Enseguida comprendí por qué se me había roto. Desde Oconomowoc tenía la mandíbula como si me la hubieran desencajado y vuelto a encajar otra vez. Tres muelas se me movían o estaban resquebrajadas, y la que acababa de romperse era la mayor de las tres.

Paré el coche.

—Lo siento —dijo Hand.

Escupí por la ventanilla lo que me quedaba en la boca. Los fragmentos de la muela repicaron sobre el rugoso firme de la calzada.

—Mira —dijo Hand con tono grave, lo que indicaba que se disponía a comunicar una sesuda información.

Apliqué el oído. Sin embargo, Hand no había pensado aún qué decirme una vez atraída mi atención. Guardamos silencio durante treinta largos segundos.

—Es la primera muela que se me cae desde hace mucho tiempo —dije por fin.

Hand apagó la radio.

—Will, lo siento.

—Ya. Ya lo has dicho antes.

—Lo sé, pero...

Expelió ruidosamente el aire por las fosas nasales, recostó la cabeza en el asiento y entornó los ojos.

Rodamos por la grava del arcén y nos incorporamos de nuevo a la carretera, mientras yo pensaba con temor en la hora de ir a la cama. Desde hacía unos cuantos meses solo lograba conciliar el sueño con ayuda alcohólica o masturbatoria, y sabía que esa noche me tocaría pasarlo mal.

—Volvamos a Saly y démonos un chapuzón —propuso Hand.

Eso sí me apetecía.

De regreso en el hotel, bajamos a la playa y dejamos la ropa sobre el peñasco gris desde el que Hand se había lanzado al mar horas antes. Nos metimos en el agua en calzoncillos, la piel azul bajo la luz de la luna. El agua estaba más caliente que por la mañana. Las negras y oleaginosas aguas acallaron nuestras voces nada más entrar. Cortábamos la superficie despacio, avergonzados por romper su calma. Con el cuerpo sumergido hasta los hombros se estaba a gusto en el agua. La cabeza de Hand vino hacia mí sin apenas señal de movimiento, como si se deslizara sobre un espejo.

—Tienes mala cara —observó.

—Lo siento.

—Tienes cara de estar hecho polvo.

—Ya.

Me sumergí en el mar agarrado por las rodillas y me dejé caer.

El agua silbaba en mis oídos, pero no penetraba en mi cuerpo. Seguía descendiendo, como una pelota. El agua estaba turbia, revuelta. Continuaba hundiéndome en el mar. Pensé que tal vez en esa zona de la bahía hubiera una hondonada, una profunda sima abisal. Quizá había caído en una especie de madriguera acuática, en las profundidades submarinas, y saldría a la superficie en un lugar completamente distinto. En un mundo distinto, un mundo regido por peces hiperinteligentes o...

Me vino a la mente la imagen de unos mapaches, la madriguera acuática la habitaba una sociedad de mapaches parlantes que fumaban en pipa y se mofaban del Mundo Superior, refiriéndose a mi mundo. Conviviría un tiempo con ellos, y la reina, mayor pero no anciana, autoritaria pero no cruel, prendada de mis encantos, se empeñaría en otorgarme el papel de concubino macho, y en ese sentido todo iría a las

mil maravillas, disfrutaría de magníficas prebendas y una vida regalada... hasta que un día, con la llegada de otro posible pretendiente, un jordano venido por el paso del mar Muerto, su majestad se hartara de mí...

Pero ¿por qué el agua no penetra en nuestro cuerpo, cómo es que no se cuele por los oídos y nos hunde? «Ese silbido que oyes es la cólera del mar ante la imposibilidad de ahogarnos.» ¿Qué impide que nos inundemos? ¿Tan presurizados estamos? «Eso parece.» Calla ya, haz el favor.

Cuando salí de nuevo a la superficie, junto a Hand había una señora. La misma del comedor. La imponente belleza de la cena.

Reía algún comentario de Hand. Llevaba un bañador de una sola pieza, de color blanco. En la penumbra su tez parecía aún más perfecta y sus dientes destellaban al reír.

El agua nos llegaba a la cintura.

—Hola —me saludó.

—¿Qué tal? —dije.

—Tu amigo dice que te escondías de mí.

Hand reía entre dientes. Le dije que no era cierto.

—Vergüenza, tu cara.

—No —dije—. Pero él sí —añadí apuntando con la cabeza a Hand, que se mordió el labio superior con toda la hilera de dientes inferiores—. Él sí se avergüenza de mi cara.

Estaba temblando. No comprendía qué hacía aquella mujer allí con nosotros.

—Los dos, muy lejos de vuestra casa —observó.

—Supongo —dije.

Se dejó caer de rodillas y sumergió la cabeza en el agua.

—Y usted también —intervino Hand.

Se llamaba Annette y era parisina. Había venido a Senegal con su familia, dijo, esposo y dos hijos. Se encontraban en el país desde hacía seis meses, por prescripción facultativa: su marido padecía de bronquitis crónica. Yo ignoraba que aún existiera gente así, con tiempo y posibles para mudarse una larga temporada a zonas de clima más benigno para sus tráqueas. Annette imitó la tos de su esposo, bronca y perruna, y rompió a reír. Sería cosa europea, pensé, eso de reírse de la tos del marido, una mezcla de decadencia, amor y tedio.

Con el cuerpo fuera del agua hacía frío, y los tres doblamos las rodillas. Asomando únicamente la cabeza por la superficie se estaba en la gloria.

—¿Sois gays? —preguntó Annette.

Lo decía en serio. Respondimos que no. Annette sonrió.

—Un placer conoceros —dijo.

Ambos asentimos con la cabeza.

—Mirad —dijo—. ¡Somos cabezas parlantes! Cabezas nada más. ¡Da miedo!

Su voz era clara, pero con aristas un tanto ásperas, miel salpicada de arena. Cuando me miró de frente, observé cierta anomalía en sus ojos. Apuntaban a derecha e izquierda, levemente inclinados hacia las comisuras, pero solo cuando la mirabas de frente o te miraba ella a ti percibías que era incapaz de enfocar lo que tenía ante sí. Su vista se esparcía a tu alrededor como el viento.

Hand se alejó dando unas brazadas, luciendo su estilo ante ella. Nos quedamos contemplándole y comenté a Annette que me intrigaba saber cómo se nadaría sin piernas. Era cierto.

—Sin las piernas —dijo echando atrás la cabeza para mojarse el pelo—. Interesante. Qué espectacular.

Me zambullí de nuevo para remojar la cabeza. Rodeado por el silbante burbujeo submarino, me planteé si salir o no a la superficie y, en caso afirmativo, si debía emerger en el mismo punto. Podía agarrarme a las piernas de Annette. O meter la cabeza entre ellas. O alejarme buceando y darle una sorpresa aflorando en otra parte. Me quedé sin aire de tanto cavilar y emergí de nuevo en el mismo punto.

—Así que somos del mismo club —afirmó Annette apuntándonos a ambos con la cabeza, primero a Hand y luego a mí.

—Sí —respondió Hand—. Nosotros estamos en la habitación cuatrocientos quince.

—No —dijo Annette—; eso no. —Se rió—. El hotel, no. Nuestro club está aquí fuera. —Lanzó rápidas ojeadas a derecha e izquierda.

—Ah, ya —dijo Hand—. Como el club de los bañistas árticos.

—No, no. Tú callar —ordenó Annette señalando a Hand—. ¡Siempre precipitas respuestas! Digo que vosotros y yo hemos salido para estar solos. O para estar donde no están los demás. Ellos dentro durmiendo y nosotros aquí.

—Nos apetecía mucho darnos un baño —repuse.

Annette detuvo la vista en mí y luego echó la cabeza hacia atrás para remojar de nuevo. No era humana como podíamos serlo Hand y yo, seres de carne y hueso, reales, imperfectos, inacabados. Ella había sido esculpida y pulimentada en...

—Mi madre —dijo Annette— a esto le llamaba el cuarto mundo.

—¿A qué? ¿A Senegal? —preguntó Hand.

—No, no. A Senegal no —contestó deslizando la cabeza hasta quedar a unos treinta centímetros de la de Hand—. ¡Tú malentendidos enseguida!

—Vale —se disculpó Hand. Me mordí los labios y Hand me pilló. No sabíamos nada de aquella mujer, pero ella sí sabía de nosotros.

—No es el primer mundo —prosiguió Annette—, de donde venimos nosotros, ni el segundo o tercero, toda esa gente manteniéndose a flote. Esto es distinto. El cuarto mundo es opcional. Como pequeñas escapadas desde los otros mundos.

Sumergí de nuevo la cabeza en el mar. Bajo el agua no logré identificar su acento. Su sintaxis era un tanto peculiar, pero poseía un vocabulario impresionante. Intenté recordar cuánto había bebido durante la cena. Supuse que cuando saliera a la

superficie Annette se habría ido. Emergí y allí seguía, su silueta como una lágrima invertida.

—Todos duermen y nosotros aquí, en el mar. A eso llamo cuarto mundo. Algo presente, accesible. Así de cercano. Pero distinto; es pasivo. La acción ponerla nosotros. Entramos en él y hacemos que pasen cosas. El cuarto mundo es mitad pensamiento, mitad realidad. Un teatro de operaciones.

Me acerqué a Hand y Annette. Ahora nuestras cabezas quedaban muy cerca unas de otras. Annette observó la perplejidad en nuestro rostro.

—Está bien. Por ejemplo, ¿qué os ha traído a Senegal? —preguntó.

—El viento de Groenlandia —respondí.

Un pequeño banco de peces sorteó nuestros torsos bajo el agua.

—Lo principal es —prosiguió Annette procurando reprimir su exasperación— cortar con la ilusión de continuidad. Con la inercia. Es necesario nosotros ver cada entorno y momento como completos. Distintos, independientes. Un teatro de operaciones.

«¿Por qué repetirá tanto lo del “teatro de operaciones”?» Se lo preguntaré. «No; mejor no.» ¿Cómo puede descolgarse con esas expresiones teniendo un conocimiento tan básico de nuestro idioma? «Porque su madre haría mucho hincapié en eso del teatro de operaciones.» Ah, claro. «¿Dónde estará su madre? ¿Crees que será prudente preguntárselo?» No. A su edad muchas mujeres ya no tienen madre.

Hand fue a decir algo, pero de su boca solo brotó agua, que cayó resbalando por la barbilla y el cuello antes de regresar a su lugar de origen.

—¿Qué edad tienen sus hijos? —pregunté. No se me ocurrió otra cosa. Un transatlántico, con profusas luces doradas, surcaba la línea del horizonte con una celeridad sorprendente.

—Siete y doce —respondió. El blanco de sus ojos destellaba en la oscuridad. Tuve que apartar la vista.

—Buenas edades ambas —comenté.

Del transatlántico salió disparada una bengala o un cohete de artificio.

—Eso es una decisión —afirmó Annette señalando el transatlántico con el mentón—. Embarcar ahí es una decisión. A partir de ahí, las opciones se reducen. Mi madre siempre insiste en que me aventure y entre en el cuarto mundo tanto como pueda. Hay que olvidarse de la inercia y empezar otra vez, y luego otra, y otra, y otra, y otra, y otra. —Repitió «y otra» al menos doce veces. Estaba un poco sonada—. ¡Y África se abrirá ante vosotros!

Annette se zambulló y se alejó en dirección a la orilla nadando con perfecto estilo, sus formas tersas y gráciles en el agua. Luego dejó de dar brazadas, volvió a la vertical y se irguió.

—Ahora regreso con mis criaturas —anunció, y pasito a pasito avanzó por la arena y hundió la cara en una descolorida toalla con el dibujo y la textura de una gacela.

—Encantado de conocerla —se despidió Hand, su voz desplazándose rápida y nítida por la planicie del mar en calma.

—Nos veremos otra vez, estoy segura —dijo ella—. Nuestro mundo, el que ahora amáis, no es tan grande.

Annette se dio la vuelta y subió a toda prisa los peldaños, sus ágiles pies restregando la arena como cerillas. Se agachó para abrirse paso entre las hojas de unas palmeras y desapareció.

Hand y yo flotamos de espaldas en el agua, dejándola silbar en nuestros oídos y bañarnos la cara. El firmamento estaba cubierto de estrellas. Bajo la superficie del mar presentíamos el acecho de enormes peces ansiosos por hincar sus colmillos, tal vez en cuerpos como los nuestros. A lo lejos, en el horizonte, alguien navegaba en una canoa. Era más de la una de la noche.

Viví entonces un momento de plenitud. Me sentía a gusto en mi piel. Mis órganos eran mis órganos, mis ojos eran mis ojos y mis oídos, atentos solo al silencio de la noche y a mi pausada respiración, eran míos y los amaba, y amaba todas sus facultades. Estábamos rodeados de agua, agua que fluía con fuerza arriba y abajo, más rápida en su discurrir por la superficie que en el fondo submarino. Y más abajo, la arena, y luego rocas, kilómetros y kilómetros de rocas, y más allá, fuego.

Pero empezaba a acusar el cansancio. Teníamos que salir del agua o corríamos el riesgo de confundirla con una cama. Seguro que así se ahogaba mucha gente; no forcejeando ni luchando para evitar ser engullido por las olas, sino entre serenos pensamientos.

Nos cruzamos con dos muchachas de servicio, uniformadas de azul pastel a las dos de la noche: una intentaba aupar a la otra hacia una de las farolas que colgaban sobre la acera. Su compañera, con una bombilla en la mano, apoyaba el pie sobre sus manos entrelazadas a modo de peldaño. Una silueta mucho más interesante que la mía.

De regreso en la habitación, nos acostamos con el pelo todavía mojado. Hand se caía de sueño. Yo no me sentía tan cansado como habría deseado.

—Esa mujer... —dijo Hand.

—Annette —puntalicé.

—Me ha hecho pensar en lo que dijo Raymond.

—Raymond era un farsante.

—Pero me contó una historia fabulosa. Ahora no tengo fuerzas, pero recuérdame que te la cuente. Él sería extraño, pero esa historia... merecía la pena.

Segundos más tarde se había dormido. La habitación estaba dispuesta en dos alturas y su cama se hallaba sobre la mía, en un rincón. Oía su respiración, irregular y distante, como un insecto forcejeando con la mosquitera. El ventilador giraba vertiginosamente en el techo.

Había un gran trajín en mi biblioteca. Las escaleras retemblaban bajo las pisadas de los bibliotecarios, que correteaban de acá para allá con los expedientes. Cerré puertas, desconecté el ascensor. Subí por mi escalinata privada y atravesé el valle a la carrera huyendo de la información que se avecinaba...

Aparté mis pensamientos de Oconomowoc, taponé el dique con mis propios dedos. Abandoné Wisconsin y Estados Unidos de un salto, y convoqué a África a mi presencia. Discurrí por el continente imaginando ríos repletos de pequeñas gabarras que transportaban alimentos. Y gente vestida con los más vistosos colores descargando la mercancía de las barcas. Me dispuse a contar el número de fardos. Fijé la atención en los detalles. Tenía que concentrarme en la imagen, contar, consignar datos, vivir la escena y no volver atrás. El río fluía manso. En línea recta. Sus aguas de color marrón. De pronto rojas. Empapadas de sangre. Había cuerpos flotando sobre sus aguas, cuerpos que obstruían el fluir de la corriente como troncos. Estábamos en Ruanda. ¿A qué habíamos ido Hand y yo a Ruanda? A ver. Teníamos que ver con nuestros propios ojos. Ver qué se podía hacer. ¿Éramos igual que ellos? ¿Eran los ruandeses distintos de nosotros en realidad? Sus espaldas flotando bajo el sol en las turbias aguas del río. En una iglesia tras otra, en el interior de sus naves, bajo sus bancos. Que se jodan. Desear poner fin a esas masacres, tener que conocer el número de víctimas, ochocientas mil, saber que no existía posibilidad alguna de dar marcha atrás. Que se jodan por ofrecernos semejante espectáculo.

Hand y yo siempre insistíamos en que pisara el acelerador, pero Jack se negaba. Aferraba el volante, con las manos en la postura reglamentaria, las dos menos diez en las agujas del reloj, muy correcto, sí, además ello permitía el máximo control del vehículo, sobre todo en caso de peligro, pero también le ocultaba por completo el cuentakilómetros. Y cada equis segundos se veía obligado a alzar ambos pulgares y echar un vistazo al indicador. Nos sacaba de quicio. Por mucho que le insistiéramos, Jack ni siquiera se atrevía a rebasar en diez kilómetros el límite de velocidad, exceso permitido incluso por ley, como es bien sabido. Le decíamos: «Jack, métele caña a esta máquina de una vez. ¡Que tienes un V-8, tío!». Así era, aunque de tamaño familiar, el mismo vehículo que antes había conducido su madre y que heredarían su hermana Molly y después él, amigo de detenerse en todo stop del camino aunque no se divisara un alma en kilómetros a la redonda.

Por esa misma razón, en el primer momento, cuando me comunicaron que había sido un accidente de automóvil, respiré aliviado un instante, convencido de que era un error, Jack nunca tendría un accidente por ir demasiado rápido. Para mí, entonces, que dos vehículos se estrellaran solo podía obedecer a un exceso de velocidad. Pero no fue el caso. Jack circulaba por su carril y a la velocidad reglamentaria, incluso por debajo de ella. El camión iba a ciento veinte kilómetros por hora, cuesta abajo, por detrás del vehículo de Jack, que circulaba demasiado despacio, como si estuviera estacionado, como si Jack y su coche fueran dos objetos estáticos. Choca entonces contra el automóvil sin llegar a abollarlo; no obstante, el ímpetu del impacto hace que

las ruedas del camión se levanten y lo arrollen, que lo aplasten, sus doce ruedas caen sobre él prácticamente al mismo tiempo, todo ocurre en cuestión de medio segundo, tras lo cual el camión sigue avanzando, derrapa a la derecha, cabina y remolque se pliegan en dos, el camión va a parar a la mediana y su conductor se estampa la cabeza contra la ventanilla lateral y sufre una simple contusión.

«—Sé quién eres, camionero de mierda.

»—La familia de tu amigo me ha perdonado.

»—Yo no he perdonado nada.»

El módulo del guardamuebles olía a frío, madera fría, aluminio frío. Tumbado en el suelo, antes de perder el conocimiento definitivamente, aguardaba una explicación. Sobre la fría tarima de madera, sangrando por la boca y con un dolor lacerante en las costillas, me pregunté si me habrían clavado algún objeto punzante y a qué obedecía la paliza. Estaba intrigado. Me debían una explicación. ¿Acaso habían venido buscando algo que Jack guardaba entre sus pertenencias? Necesitaba saberlo. Estaba deseando matarlos y revolcarme en su sangre, pero antes quería una explicación.

«—¿Por qué lo hicisteis?

»—Estabas allí cuando llegamos, cosas que pasan.

»—Necesito una explicación.»

Hand seguía dormido en el altillo. ¿Cómo podía dormirse estando en Senegal? Quise despertarlo pero me contuve. Había sido culpa suya. En parte, sí. Todo era en parte culpa suya. Me levanté de la cama, encontré otra manta en el estante superior del armario, me tapé con ella y entorné de nuevo los ojos.

«—Qué mierda, Hand.

»—Duerme, tío.

»—Dios. Ojalá pudiera salir de esta puta cabeza.

»—Bebe algo.

»—¿Qué? ¿Dónde?

»—Relájate. Respira hondo.

»—¿Por qué no liquidamos a aquellos cabrones?

»—Lo intentamos. Esperamos un rato por si volvían. Los estuvimos buscando. Luego dijiste que no querías volver por allí. No quisiste avisar a la policía ni volver al guardamuebles.

»—Me dejaste solo.

»—No empieces. Prometiste que no lo harías.

»—Está bien. Es que me resisto a creerlo.

»—Haz como si no hubiera ocurrido.

»—Hand, no puedo. Mi vida ya no es la misma, esos cabrones, esas escenas se han apoderado de ella. Me la han cambiado. Han alterado sus colores, toda la paleta de mi existencia. Fantaseo con su muerte trescientas veces al día. Desde entonces mi corazón no hace más que saltar, me palpita desenfrenado, me falla cada dos por tres... esto no es vida, maldita sea.

»—Desde luego.

»—No tiene cura.

»—Solo el tiempo.

»—No puedo esperar.

»—Will, son cosas que pasan. Hoy somos víctimas; mañana, verdugos.

»—No quiero vivir así.

»—Pues empieza desde cero.

»—Al menos ya tengo un rostro nuevo.

»—Eso se curará.

»—Pero mi mente, no. No puedo permanecer un momento a solas con mis pensamientos, Hand. Me asustan. ¡Me asustan mis propios pensamientos! Hubo un tiempo en que era yo quien buscaba quedarme a solas, me sentía a gusto así. Ahora, en cambio, me horroriza. Cuando trabajaba como jardinero...

»—Lo recuerdo. Con la señora Yorro. También yo trabajé para ella. Teníamos trece años.

»—Cuando me quedaba solo en su jardín, sentado sobre la alfombrilla que me daba para arrodillarme (una alfombrilla vieja del coche), pasaba horas embelesado contemplando la pachysandra y las malas hierbas que crecían alrededor. Tendía las manos hacia los hierbajos y tiraba de ellos, despacio; palpaba su base, arrancaba la tierra que quedaba pegada con un ligerísimo tirón y oía el leve crujir de las raíces al romperse; la mala hierba salía de cuajo, propulsándome hacia atrás levemente, y al sacudirla la tierra adherida a ella espolvoreaba la pachysandra. Luego arrojaba el hierbajo a la pila y a por el siguiente. Para arrancar algunos de ellos me veía obligado a emplear ambas manos. Otras veces extraía dos a un tiempo. La señora Yorro me pagaba por horas, pero yo me habría pasado la vida allí. Ponía mucho más esmero del que se me exigía. Remataba la faena con cinco minutos extra de inspección, a la caza de los últimos hierbajos escondidos entre la pachysandra. Apartaba las hojas por si apuntaba algún brote indeseable. La tierra estaba muy negra y húmeda. La señora Yorro regaba a menudo. Mientras estaba allí trabajando, acariciaba todas y cada una de las paredes de mi mente. Vagabundeaba por su interior llorando de dicha, melancólico incluso, disfrutando de su textura, de las múltiples estancias, las antiguas, las desocupadas...

»—Oye, Will...

»—Pero poco a poco esas estancias vacías terminan ocupándose. Se llenan de cosas horribles, atroces, cosas que uno jamás concebiría a la edad de trece años. Y pronto descubres que hay demasiadas estancias, que son muchas las que ya están ocupadas, que faltan habitaciones vacías. Ahora deambulo por los pasillos de mi mente abriendo puertas y difícil es que encuentre alguna desocupada, o que no esté llena de nubarrones vociferantes.

»—Vamos, Will.

»—Hay rostros que me gustaría hacer desaparecer pero no puedo.

»—Ya han desaparecido.

»—No es cierto.

»—Nunca han existido.

»—Claro que existen. Respiran, yo convivo con ellos. Volvimos a la vida juntos.

»—Déjate de chorradas.

»—Ocupan esas estancias. Respiran, oigo sus risas. Yo procuro mantenerlos en las habitaciones donde no suelo entrar, pero ellos saltan de una a otra y se me olvida dónde están, y si coincidimos en alguna siento que algo bulle en mi interior, llevo demasiado dentro, no puedo reprimirme, les deseo la muerte, morirme yo mismo si es necesario, unir mi sangre a la suya como un ancla, lo que sea, hacen que sienta deseos de aniquilar mi propia mente.

»—No puedo seguir escuchándote.

»—¿No te has dado cuenta de que no se han separado de mí en todo el viaje, que no me han dejado solo casi ni un minuto? Te he dado ciertos indicios, mínimos, de su compañía. Cuando estrechas mi mano, estrechas la suya. Cuando pongo los codos sobre una mesa para comer y miro al frente y tú y yo charlamos, ellos comen conmigo, hablan a través de mí.

»—No lo sabía.

»—Solo se van cuando la velocidad los abrumba, cuando se ven desplazados por la acción del momento. Pero en cuanto dejo de moverme vuelven. En cuanto me concentro en algo, ahí están otra vez.

»—Will, calla.

»—Me he desahogado, lo siento.

»—No te preocupes.

»—Además, ¿qué estamos haciendo aquí? Siento como si hubiera traicionado a mi madre. Ella quería viajar, siempre se ha quejado de que no ha visto Grecia ni Sudamérica, y aquí nos tienes a los dos, despilfarrando un dinero con el que podría haberse dado el gusto de hacer todos esos viajes. Podía emplear el dinero en ella. O en tantos otros. Tengo una tía viuda, con dos niños. Viven en una casa que está a medio construir.

»—Will, tienes que descansar.

»—Ayúdame a vengarme y ya tendré tiempo de descansar luego, Hand.

»—¿De quién? ¿De quién quieres vengarte?

»—De los cabrones de Oconomowoc. De esos sobre todo.

»—¿Acaso hay otros?

»—Pues claro.

»—¿Quiénes?

»—El camionero.

»—Calla.

»—Y el gilipollas de la funeraria, por cómo dejó a Jack.

»—El hombre hizo su trabajo. Además, cerramos el féretro.

»—Tú también lo estás deseando. Estás deseando darle un buen vapuleo.

»—No.

»—¡Pues eso dijiste!»

Por mi ventana entraba el rumor de los aspersores y, tras este, unas risas nerviosas, una voz débil con una risita apenas audible. Luego un portazo. Metí las manos entre las piernas.

«—Todo esto es por mi culpa, Hand.

»—No empieces.

»—Pegábamos a otros niños. Los tirábamos por los barrancos. Una vez perseguimos a Jenny Ferguson, la retrasada, y le rasgamos el vestido adrede. ¿No lo recuerdas, capullo? Sí, nosotros, y ahora tenemos nuestro merecido. Es de justicia. Todo existe en un equilibrio perfecto, ya lo decían las leyes de Newton.

»—Estás hecho polvo.

»—Ya iré recordando poco a poco. A menudo actuaba de un modo violento por cualquier cosa, sin que mediara provocación alguna, y ahora me pagan con la misma moneda. Y ha habido otras cosas. Cosas que tú desconoces.

»—Esto viene a raíz de lo de tu padre.

»—Vamos a cargarnos a esos hijos de puta.

»—¿A quiénes?

»—A los cabrones esos. A los de Oconomowoc. Han eclipsado todo mi pasado. Tanto tiempo procurando volver a la normalidad y ahora vuelta atrás otra vez. No quiero aislarme de nuevo. Después de pasar todo ese tiempo alejado del mundo por fin vuelvo, y ahora resulta que no puedo quedarme. No soporto deambular con esta piel y esta sangre... no dejan de quejarse. Me hundo en mi sangre y mi sangre protesta.

»—Calla.

»—Tú recuerdas lo que me pasó.

»—Te llamábamos El Robot. Te aislaste. No sabíamos por qué; ya hacía mucho tiempo que tu padre se había ido de casa.

»—Eso no tuvo nada que ver.

»—Fue cuando se te descompasó el corazón.

»—Se me volvió irregular. Hacía ya tiempo que sufría desmayos, al principio los médicos diagnosticaron otra cosa, algo común en la adolescencia (pérdidas de conocimiento al levantarse con brusquedad, propias del crecimiento acelerado), pero empezaron a repetirse con demasiada frecuencia y un día me encontré tirado en el lavadero de casa, la espalda contra los cascotes rotos de las botellas que esperaban al reciclaje y una esquirra de Schweppes clavada en el omóplato a siete centímetros de profundidad.

»—Lo recuerdo.

»—Seis puntos de sutura. Fue entonces, en urgencias, cuando me hicieron las primeras pruebas, gracias a la señora Hilliard, una esbelta y atractiva doctora que me

reinventó, que dio luz a mi nuevo yo con síndrome de Wolff-Parkinson-White, una enfermedad que afecta a la frecuencia cardíaca, algo relacionado con los estímulos eléctricos y las válvulas, o cierta anomalía en los circuitos eléctricos de estas, vulgarmente conocida por las siglas WPW. Según la doctora, la mayoría de los pacientes aquejados de esa enfermedad eran...

»“Culturistas”, la interrumpió mi madre por hacer una broma. La especialista tomó asiento y nos expuso los pormenores del WPW^[1], una arritmia no demasiado común pero tampoco infrecuente. Los detalles no me interesaban. Lo único que deseaba saber era si me imposibilitaría físicamente, qué podría comer: ¿sólidos?, ¿líquidos?, ¿sopas nada más? La doctora Hilliard (una mujer de bandera, la mirada firme, ni un pestañeo, el rostro sereno pero impertérrito de un sarcófago egipcio) nos explicó que la dolencia no solía tener consecuencias mortales, aunque se había dado algún caso aislado, añadió alzando la vista de mi rodilla, que estrujaba entre sus manos como quien exprime un pomelo. La gran mayoría de quienes la padecían hacía vida normal, exceptuando crisis aisladas o algún que otro mareo, desmayo o microderrame cerebral. El trastorno no me inquietó más que vagamente; cuando menos, introduciría cierto misterio en mi vida. Había diversos tratamientos, como una intervención a corazón abierto para eliminar la obstrucción (ablación denominaban a dicho proceso), pero eso solo era necesario en casos extremos. No en el mío. Hasta fechas recientes mis mareos, leves en cualquier caso, solo sobrevenían un par de veces al año y no entorpecían mi vida. Pero el año pasado la opresión fue en aumento y las descargas, los repentinos aluviones y riadas...

»—Recuerdo cuando te diagnosticaron la enfermedad. Estuviste muy raro durante un tiempo. Tu padre se había vuelto a ir de casa...

»—A los doce años, cuando por primera vez me explicaron toda la historia, decidí que nunca más mostraría mis emociones ni sería cómplice de las de nadie. Veía las noticias en televisión y pretendía insensibilizarme. Me retiraba del club. Sería mejor persona desprovisto de debilidad humana. No levantaría la voz, no lloraría ni mostraría enfado, tristeza, contrariedad o ilusión. Ya estaba harto de pasar noches en vela aguardando a que amaneciera, sin atreverme a dormir por si pasaba algo, por si alguien venía a matarme.

»—Recuerdo que te quedabas dormido en clase.

»—Quería cambiar el mundo a través del desapego, del distanciamiento, empezando por mi propia persona. El mundo podía ser un lugar inestable, pero mi modo de discurrir por él no tenía por qué serlo. Mi ambición era eliminar todo aspecto de la conducta humana que pudiera ocasionar problemas, problemas como los que personificaba el señor Einhorn, al que tenía por el tipo que regentaba en verano la piscina y que de pronto veía cortejar y manosear a mi madre, sus manazas sobre los hombros de ella en la cocina con intenciones sospechosas.

»—Aún no me puedo creer que saliera con él.

»—Y por dos veces.

»—Evolucionaste antes que nosotros.

»—Convertirme en mejor ser humano no fue tarea difícil. Para empezar, adopté un tono monocorde al hablar. No debía mostrar entusiasmo, y tampoco enojo. Yo era forastero, ruso por ejemplo, y todo me parecía divertido, interesante, pero solo lo justo y, por supuesto, siempre desde un punto de vista puramente antropológico. Mi talante no era huraño, sino previsible. Caminaba al paso normal de cualquier ser humano. Cuando cogía la bicicleta, circulaba a la velocidad óptima, de un modo práctico, y nunca de pie sobre los pedales, pues ello habría denotado apresuramiento. En las funciones escolares aplaudía con los demás, pero sin prorrumpir en vítores ni gritos. Mis llamadas telefónicas eran breves y concisas. Colgaba el auricular con cuidado; subía por las escaleras ni de prisa ni despacio; me cepillaba los dientes durante quince minutos, pues así lo recomendaba el dentista, quien, ahora lo admito, no estaba en su sano juicio; mantenía la cabeza recta, pues ladearla habría evidenciado exceso de interés; no expelía gases ni me hurgaba en la nariz; me lavaba a conciencia al levantarme y al acostarme. Me propuse adoptar los andares que menos emotividad denotaran y opté por un movimiento mínimo de las extremidades superiores y zancadas largas y regulares.

»—¿Seguro que todo eso no vino a raíz de que tu padre se cayera encima de tu madre?

»—Eso fue después.

»—Pero es verdad que ocurrió, ¿no?

»—Lo único que sé es que yo estaba en medio de la sala de estar. En el suelo había moqueta de esas de pelo largo, de un color ocre o blanco. Cuando se cayó, parecía medio adormilado. Yo estaba de pie, o quizá sentado, no lo recuerdo, y era de noche. Sé que era de noche porque vi mi reflejo en el cristal de la ventana. Al menos se me parecía, aunque tenía los ojos más hundidos y la tez más blanquecina.

»—¿Y?

»—Y se le cayó encima. Ella estaba justo bajo el antepecho del piso de arriba, en medio de la sala de estar, y sostenía un frutero con manzanas. Creo que estaba preguntando si alguien las iba a comer porque estaban un poco pochadas, se estaban estropeando. Y de pronto la vi debajo de mi padre. Se le cayó encima. La copa de la que mi padre bebía antes de caer se estrelló contra la moqueta salpicándolo todo. Mi madre se puso a gritar.

»—¿Cómo pudo pasar eso? ¿Fue en la casa de Oak Street?

»—No, en la anterior. La escalera que subía al piso de arriba terminaba en una barandilla; el antepecho quedaba a unos dos metros de altura. Era una casa de dos plantas, y él nos miraba desde el piso de arriba, el pecho reclinado sobre la barandilla, cuando de pronto lo vi caer y aterrizar sobre ella. Mi madre chilló y luego empezó a gemir de dolor. Se quedaron los dos hechos un ovillo en el suelo. Lo vi caer pesado como un fardo.

»—No comprendo cómo un hombre puede caerse encima de una mujer sin dejarla hecha papilla.

»—Apenas le hizo daño; solo una pequeña fractura en la muñeca. Llevó el brazo enyesado un tiempo, aún conservo la escayola. Pero eso ella no lo sabe.

»—Increíble que no la matara.

»—Sí.

»—¿Y cuánto tiempo pasó hasta que se divorciaron?

»—Ya estaban divorciados. Hacía años.

»—¿Y qué hacían juntos? No lo entiendo.

»—Ni yo. Solo sé que ya estaban divorciados. No sé qué hacía él allí.

»—Habrían vuelto a juntarse.

»—La segunda vez que se marchó de casa no sentí nada. “Ah”, le dije a mi madre cuando me enteré. Mostrar emoción habría supuesto traicionar mi nueva naturaleza. Me limité a dejar caer los párpados. Y a verla llorar tirada en el suelo de la cocina, a observar cómo las babas le resbalaban por la barbilla. Por aquel entonces Tommy trabajaba en Alaska, en la fábrica de conservas, y solo estábamos ella y yo en casa. Vino hacia mí, me estrechó entre sus brazos y yo dejé caer los míos a los lados. Que me abrazara si quería, ella era así, un frágil y maleable ser humano lleno de emociones contradictorias, pero yo estaba de vuelta de esas cosas. El cuerpo le sudaba. Observé su repetido llanto mientras se lo contaba por teléfono a sus amistades, sentada a la mesa de la cocina con el auricular en una mano y los dedos de la otra entrelazando sus enmarañados cabellos. La veía respirar como respiran las parturientas, con el resuello corto y los ojos bien abiertos. La observaba como se observa a un animal en una clínica veterinaria, como un espectador distante. Lloró de nuevo mientras se deshacía de la comida que mi padre había dejado en el frigorífico y en la despensa, los gofres congelados, los albaricoques y la carne de venado todavía en su adobo.

»—En aquella época no me caías bien. Pero cambiaste.

»—Lo sé, Hand, es que a veces me abrumba todo esto. Es como una maraña de cosas que se me vienen encima de repente. Los bibliotecarios pululan por mi cabeza multiplicándose. ¿Por qué me hacen esto? Quiero que me libren de toda esa mierda, no la quiero para nada. Me hace regresar al pasado.

»—Pues cambia lo que llevas dentro. Busca algo distinto con que reemplazarlo. Algo más agradable.

»—No servirá de nada.

»—Todo esto viene por lo de Jack.

»—¡No es verdad!

»—Por lo de tu padre entonces.

»—Ya estamos.

»—Por cierto, ¿dónde vive ahora?

»—Sigue en Milwaukee.

»—¿Cuándo lo viste por última vez?

»—Hará siete años. Más.

»—Es un desconocido para ti.

»—Lo único que recuerdo de él es su forma de pelar naranjas, cómo movía el cuchillo, muy ágil, llevándolo hacia el pulgar, acariciando con la hoja su dedo encallecido mientras hacía girar la fruta. Así las pelaba cuando yo era pequeño, y cuando nos vimos por última vez. Atacaba la naranja como un cazador de pieles despellejaría a un animal. Es muy diestro con el cuchillo; le gusta bien afilado.

»—¿Eso es todo lo que sabes de él?

»—Recuerdo que nos leía el Antiguo Testamento. Pensaba que yo era aún pequeño para leer los cuentos de los hermanos Grimm; sin embargo, no he podido olvidar la ira que destilaban aquellas historias sagradas que nos leía. No sé si mi padre era muy creyente, pero le encantaban aquellos textos. No íbamos a misa, pero él nos leía el Antiguo Testamento, lo conocía muy bien. Sentado tras la mosquitera del porche, nos leía su Biblia particular, subrayada en rojo, con sus anotaciones en el margen, mientras Tommy y yo cazábamos ranas y luciérnagas en el jardín. Desde el fondo, entre la hierba húmeda y crecida, divisábamos su silueta, oíamos el murmullo de su voz, que de repente subía de tono. Lo escucharan o no, él leía a Isaías; en voz alta, dando manotazos a los mosquitos que se posaban en su cuello.

»—Eso es todo lo que sabes de él.

»—Eso es todo.

»—Es por él. Todo esto es por su culpa. Tu rabia y demás.

»—¡Te digo que no, imbécil! No tiene que haber una causa para todo. ¡Lo que yo quiero es vengarme! ¡Que se haga justicia!

»—Por lo de Jack.

»—Sí, por lo de Jack.

»—Buscas un cabeza de turco que pague por lo de Jack.

»—Eso es. Cuando pasó lo de Jack quise que rodaran cabezas. La del camionero, sin ir más lejos. Sabía qué aspecto tenía, con su pelo largo y ensortijado. Mis insomnes bibliotecarios me traían su retrato a todas horas y yo imaginaba mil venganzas contra él. Sin matarlo necesariamente. Le extirparía algún miembro (una pierna, tres dedos, una oreja), pero lentamente, al tiempo que le recitaba el código de la circulación o el código penal; solo yo sé cuánto tiempo pasó ese rostro instalado en mi mente, cuánto tiempo tardó en desvanecerse y mis puños en abrirse. ¡Solo yo! Y ahora, vuelta a las andadas. Me quedan años que pasar con esta historia, pero esta vez no me siento con fuerzas para soportarlo. Diez años pasé luchando contra el puto careto de mi padre, sus brazos largos y huesudos, su frente arrugada, sus constantes tics, y luego contra la imagen de Randall Winston hijo, de la empresa de mudanzas United Van Lines, personificación del servilismo impenitente, y ahora me toca esto y yo ya no puedo más. Necesito que me extirpen fragmentos del cerebro. Borrar parte de mi memoria. Que la borren por completo. Necesito...

»—Estás confundiendo a esos cabrones con...

»—No estoy confundiendo nada.

»—Will, comprendo tu rabia, pero todo esto se debe a lo de Jack. Tendrás que aceptar que tardaremos años en superarlo y... Que le den por culo a tu cabeza. No la necesitas para nada. Sácala de su envoltura y tirla por la ventana.

»—Eso quisiera.

»—¡Tírala por la ventana!

»—Eso quisiera.

»—¡Pues hazlo! ¡Deshazte de ella!

»—Tiemblo ante vos, Señor. Mirad lo que me han hecho, los pensamientos que discurren conmigo por los canales que llevan al sueño, los que día tras día me acompañan en mi caminar. Si pudiera elevaría sus cuerpos ante vos, Señor, para que vuestra cólera o merced dispusiera de ellos. ¡Pero optad por la cólera, por lo que más queráis!

»—¿Con quién estás hablando?

»—Nunca antes había deseado hacer tanto daño al prójimo, pero aquí me tenéis ahora, suplicante. ¡Tened piedad de mí! Sé que esos pensamientos permanecerán para siempre en mi casa, en los aposentos de mi mente, lo sé y lo acepto, pero aun aceptando su presencia deseo verlos muertos. ¡No soporto oírlos respirar ahí dentro! Quiero enterrarlos bajo las tarimas del sótano de mi alma. ¿Acaso no está en vuestra mano concederme tal deseo? A cambio os seré fiel mientras viva, seré vuestro firme servidor, vuestro instrumento en este miserable mundo. Cumpliré todos vuestros mandatos, ya sean nobles o nefandos, en público o en privado, cueste lo que cueste. Permitid, oh, Señor, que traiga a esos hombres a vuestra presencia, que los ponga a merced de vuestra cólera. Yo erguiré sus cuerpos a medida que vais abatiéndolos. Yo recogeré sus restos si decidís descuartizarlos. Yo limpiaré sus huesos despellejados. Siento que aquí, bajo este cielo de piedra, seré testigo de vuestra cólera. ¡Os lo suplico, decidme que cumpliréis mi deseo! Desatad pues esas tempestades, aguardaré a que los cielos se oscurezcan y al crujir de vuestros nudillos mientras os preparáis para...»

Abrí los ojos. Hasta mí llegaba la pausada respiración de Hand. Fuera, humedad y grillos, el chic chic de los aspersores disparando agua entre setos y helechos.

VIERNES

Desperté enfadado con Hand, ignorante de mis motivos.

—No aguanto otra noche como la pasada —rezongué.

—¿Qué? ¿Por la discoteca? ¿A qué te refieres?

—No sé qué hacer.

—¿De qué hablas?

—Vámonos.

—Eso estamos haciendo, irnos. Fíjate y verás: nos estamos yendo.

Hand embutía sus cosas en la mochila. Corrió la cremallera y se irguió, dispuesto a ponerse en marcha.

—Tenemos que irnos de aquí —insistí.

Hand guardó silencio. Me miró como miraría un padre, un padre que supiera que su hijo necesita una madre.

—Seguiremos camino —dijo para tranquilizarme mientras cruzábamos la gravilla blanca del aparcamiento—. Ya me encargo yo de que así sea. Vamos.

—Esta noche no me acuesto —advertí.

Arrojamos las mochilas al asiento trasero.

—De acuerdo. No dormiremos, buscaremos algo en que entretenernos.

—Bien.

—No dormiremos —insistió—. Trato hecho. De todos modos no deberíamos.

Era preciso salir de Dakar antes de mediodía. Ya llevábamos dos días de viaje, treinta y seis horas desde que salimos de Chicago. Encontramos la carretera despejada, Hand subió al máximo el volumen de la radio y nos asaltó la euforia. La brisa calmó mi malhumor; compramos unas naranjas a un chico que las vendía junto a la carretera y unas pastas en Mbuu, temiendo toparnos con el hermano de Denis. No fue así. Desayunamos y se me quedaron las manos pegajosas con el jugo de las naranjas.

—Te voy a dar una sorpresa —anunció Hand.

Circulábamos por la carretera de la costa y se desvió hacia una de las playas atestadas de basura. Estacionamos junto a la calzada, al lado de un corrillo de jóvenes, todos vestidos con camisetas de tela ligera y pantalones vaqueros.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Espera —dijo Hand, saltando del coche.

Se dirigió al corrillo un instante y uno de ellos lo encaminó hacia el fondo de la playa, donde un señor pintaba un gran letrero blanco que se alzaba sobre la arena. Departieron un momento y Hand regresó al coche.

—Vamos a dar una vuelta —anunció—. Será un momento, verás qué bien.

Hand acababa de contratar a aquel señor, Thione, para que nos diera un paseo de media hora en su barca. Teníamos que ver las cosas desde esa otra perspectiva, dijo Hand, y no había mejor velocidad que la que se alcanzaba sobre el agua.

Ayudados por otros dos hombres, sacamos la barca del banco de arena donde estaba varada. Yo tomé asiento en la proa, Hand en el centro. En el momento de zarpar un chico saltó a bordo: nuestro oficial de derrota.

Surcamos las olas en la pequeña lancha blanca de alquiler, con el señor Thione oficiando de patrón y el joven adolescente de pie en la proa, sujetando una soga atada

a la punta, como si cabalgara sobre un blanco y engalanado caballo circense. Las olas zarandeaban la embarcación. Me incliné por la borda y fijé la vista en la espuma azul y blanca que batía el casco... me apetecía hundir el brazo en el agua. Dejarlo lánguido, a merced de las olas, igual que el día en que Helen Peters y yo dimos aquel paseo en barca por el lago Phelps, desnudos los dos... Pero no, no sería un agua como aquella, navegábamos demasiado rápido, más que agua sería una calzada moviéndose a toda velocidad. La vegetación ascendía a la superficie y asomaba entre las olas, densa y limosa, culebreando con vesania.

No teníamos mar en calma, el ruido era ensordecedor, como si hubieran arrojado la lancha al mar y esta rebotara sobre la superficie. Tic-tic-tic, ¡CHOF! Cada vez que la embarcación daba un salto en el aire y su fondo plano golpeaba la dura superficie del mar, mi espalda quedaba comprimida, un instante, entre el deseo de emprender el vuelo y el afán de la lancha por descender y golpear el agua, como un zapato golpearía sobre una mesa —¡PUM!—, y la barca subía y bajaba una y otra vez dejando atrás su brumosa estela, yo atento al espectáculo que se abría ante mis ojos: las playas de arena blanca, las casitas de la orilla, miles de leguas de rocosas calas, y entonces comprendí que lo único que deseaba para el resto de mi vida era aquel ¡CHOF! ¡CHOF! La lancha botaba sobre las olas y luego vino una ola más grande, o chocamos contra una ola en determinado ángulo, y en el intervalo entre el momento de saltar por los aires.

y el ¡PUM! de cuando aterrizamos, como la bala de un cañón apreté los dientes —BLAMBLAMBLAM— anticipando los rebotes y miré a Hand y al patrón del barco buscando comprensión —¿qué co-co-coño pasa aquí?—, pero ninguno dio muestras de compartir mi inquietud. Estaban entretenidos, absortos en la marcha, en la observación del avance de la embarcación; cuando se viaja es imprescindible participar, creer en el avance del viaje, ser testigo de la travesía. Pero yo también era uno de ellos, me tomaba en serio aquel periplo. Cuando se navega en una pequeña lancha motora, no queda más remedio. ¡CHOF! Había cierta sensación de aceleramiento en una lancha como aquella, mientras galopaba por la costa golpeando la superficie del mar; tres olas pequeñas vinieron hacia nosotros: ¡PLOP, PLOP, PLOP! Por fin íbamos a alguna parte, y a toda velocidad además, dejando atrás todo lo que se movía despacio o permanecía quieto. ¡CHOF! El movimiento para mí siempre era algo relativo, y solo percibía auténtica sensación de velocidad cuando dejaba atrás las cosas aceleradamente. ¡CHOF! ¡CHOF! La barca dio un brusco viraje.

«—Hand, hoy me has salvado, pero ¿y después?

»—Yo me encargaré de que sigamos en movimiento.

»—¿Y mañana?

»—Mañana igual.»

Atravesamos la sabana y el extrarradio de Dakar a toda velocidad —no sin antes recompensar con colosales propinas a patrón y marinero— y llegamos al aeropuerto antes de las once. Estacionamos el vehículo delante del despacho de coches de alquiler, entregamos las llaves junto con una propina de cincuenta dólares al empleado y corrimos a la terminal. En el mostrador de Air Afrique, las tres beldades, de nuevo espléndidas con sus trajes azul, amarillo y verde, nos pidieron cuatrocientos dólares en efectivo por sendos billetes a Casablanca, de modo que me acerqué al despacho de cambio de moneda, estampé mi firma en otra serie de cheques de viajero —¡yo!, ¡yo!, ¡ris!, ¡ras!—, regresamos al mostrador con un fajo de cinco centímetros de grosor y se lo entregamos a la mayor de las tres.

—Ah, ¿usted gran jefe? —preguntó.

—¿El qué?

—¡El gran jefe! ¡Usted! —repitió.

—¡Sí, gran jefe, él! —intervino otra de las bellezas.

—Pero ustedes querer dinero —repuse imitando el habla de Hand. No sabía qué decir; yo no quería ser el gran jefe.

—Un hombre pegar gran jefe —añadió la tercera simulando que se golpeaba la cara con los puños.

El comentario provocó la hilaridad de sus compañeras. Durante un buen rato.

Dos horas de vuelo. Hand iba sentado al otro lado del pasillo. Ambos junto a salidas de emergencia, por deseo expreso de Hand. «Hay más espacio para estirar las piernas —había aducido ante mí y las tres beldades—, y si pasa algo gordo, estaremos en el lugar de la acción.» Mi fila estaba vacía, pero junto a Hand viajaba una pareja de jóvenes, senegaleses probablemente. Dispuesto a echar una cabezada —supuse que el murmullo de fondo en la cabina me relajaría—, recliné la cabeza y entorné los ojos. Pero Hand tenía ese día el ánimo preguntón y no pude evitar escuchar su charla.

—¿Hablar inglés? —preguntó.

—Sí —respondió su vecina de asiento.

Abrí los ojos un momento para echar un vistazo. La chica tenía un porte majestuoso, al igual que su compañero, hermano tal vez. Ambos parecían modelos, la tez como teca pulida. Cerré de nuevo los ojos.

—¿Adónde vas? —preguntó Hand.

—A Marrakech. A estudiar medicina.

Una azafata me tendió una bandeja con la cena, pero la rechacé. Hand y sus nuevas amistades aceptaron las suyas. Mientras desenvolvían las viandas, dormité y soñé que nadaba entre pequeños peces que mordían.

—¿No te gusta la comida? —preguntó la chica a Hand. Detecté cierta impertinencia en la pregunta, como si la cocinera hubiera sido ella.

—No, es que no tengo hambre. ¿La quieres?

—Hummm... no, gracias —respondió, y siguió una larga pausa—. Eres de Estados Unidos.

—Sí —respondió Hand.

Abrí los ojos de nuevo y me volví hacia ellos.

—Entonces, ¿nos odias por el color de nuestra piel? —La joven se pellizcó el antebrazo, adelantando parte de su bien torneada extremidad hacia Hand. Preguntaba con verdadero interés. De verdad deseaba saberlo.

—No —respondió él, y se echó a reír. Era evidente que le apetecía sacarle punta al comentario, pero se contuvo.

—Es que hemos oído que en tu país odian a los negros —explicó ella. Me pregunté si estaría de broma. No podía ser de otro modo. Tenía que ser una broma.

—No —contestó Hand—, habrá quien los odie, supongo. Extremistas, descerebrados. Gente que fornicaba con animales. —Hand hizo un amago de cópula zoofílica, como si se agarrara al trasero de un caballo o de una cabra. Yo no daba crédito—. ¿Conoces a gente así?

La chica se echó a reír.

—Sí. Algunos.

—Pero las personas de verdad, no. Y vosotros, ¿nos odiáis por el color de nuestra piel? —Hand alzó a su vez una pequeña tienda de campaña con la piel del brazo, y me pareció que se estaba pasando de la raya.

—No. No, no —respondió ella sonriendo.

—¿De dónde eres? —preguntó Hand.

—De Kinshasa, Congo. ¿Sabes dónde está?

—Claro —afirmó él. Había olvidado ese vicio suyo. Cuando le preguntabas si sabía algo, en lugar de decir «sí» como todo el mundo, siempre saltaba con eso de «claro».

La congoleña continuaba sonriendo. Su dentadura era de un blanco deslumbrante, sin mácula, perfecta. Confié en que Hand se reservara su juicio al respecto, pero...

—Tienes unos dientes... —le dijo— impresionantes.

Ella le agradeció el cumplido.

—¿Sabes qué pretendía Mobutu? —prosiguió Hand—. Exportar una «pasta dentífrica completamente natural», ya que la dentadura de los congoleños superaba a la de los demás mortales.

Ella sonrió de nuevo, pero lo negó moviendo la cabeza. Decidí que su compañero de viaje era su hermano, pues, mientras ella y Hand coqueteaban sin disimulo, él mantenía la vista al frente, sin intervenir para nada, con el talante del que está habituado a tales juegos y los tolera estoicamente. Volví de nuevo la cabeza y cerré los ojos.

—¿Estás casado?

Hand rió.

—No.

—Entonces, ¿podrías casarte con una africana?

Hand dio un fuerte resoplido.

—Pues sí, claro. Tú...

¿Acababa de prometerse en matrimonio? Me dio la impresión de que la congoleña le tomaba el pelo. Aunque había sido de una franqueza tan brutal que probablemente iba en serio.

—Tengo novia —añadió Hand.

—Ah —dijo ella, decepcionada.

«—Deberíais venir con nosotros.

»—Me gustaría.

»—Pero parece tan complicado.

»—Lo es.

»—Me gustaría viajar contigo y con tu hermano, pero no quiero arriesgarme a sufrir una desilusión. Me gustaría que saliera bien, sin aventurarme a pasar un día con vosotros.

»—Eso va en contra de tu misión.

»—Lo sé. Lo sé. ¡Perder un día! ¿Cómo vamos a arriesgarnos?»

—Entonces —dijo Hand cambiando de tema—, ¿muchos problemas desde que morir Mobutu?

Comprendí entonces lo que inducía a Hand a hablar como los indios, pero no la arbitrariedad de tal recurso. Un minuto antes estaba hablando como una persona

normal.

—No —respondió la chica—. Donde nosotros vivimos, no.

Eché una ojeada en su dirección. Su hermano seguía abstraído.

—La situación debe de haber mejorado desde que no está Mobutu, ¿no? —inquirió Hand.

—No, no. No lo creo. Mobutu era —explicó la joven haciendo ademán de descargar un puñetazo— un hombre fuerte. —Su hermano asintió con la cabeza. Por primera vez daba a entender que había seguido la conversación—. Mantenía al pueblo en orden.

—¡O sea que te gustaba Mobutu! —exclamó Hand estupefacto.

—Sí —afirmó ella—. Es una lástima que ya no esté.

Hand se volvió hacia mí. Al verme despierto y atento a la conversación bizqueó como diciendo: «¿Has oído qué barbaridad?».

El congoleño señaló los auriculares que colgaban del cuello de Hand.

—¿Qué estás escuchando? —preguntó.

—De todo —respondió Hand—. ¿A ti qué música te gusta?

—Prince —respondió.

—¿Cuánto vale esto en Estados Unidos? —intervino la chica señalando el discman de Hand, un modelo corriente, pero de la marca Sony.

—¿El discman? Unos cien dólares más o menos.

La congoleña acarició el aparato como si fuera un collar de perlas.

—Te lo compro —saltó.

—¿No hay discmans en Marruecos? —quiso saber Hand.

—No es lo mismo. Allí son de peor calidad. Son de otras marcas. ¿Por cuánto me lo vendes?

—¡Jo! —exclamó Hand volviéndose hacia mí en busca de ayuda de nuevo—. Si te lo vendo, me quedo sin música el resto del viaje. No es por dinero. Hemos...

La congoleña insistió:

—Has dicho cien dólares, ¿no?

Hand dejó escapar un suspiro.

—Sí.

—Muy bien. Cambiaré dinero cuando llegemos y te lo daré en recogida de equipajes.

Hand le dejó escuchar su disco compacto de los Sundays, que a ella pareció entusiasmarle. El hermano le pidió prestado el discman y un disco de Outkast y, elevando el aparato ante sí, como un cura el cáliz, dejó que su cuello se balanceara adelante y atrás al ritmo de la música. De pronto todos éramos amigos, unidos por el dinero, la libertad de movimientos y la tecnología japonesa. No tan impresionado por la situación como habría deseado, al poco me quedé dormido, arrullado por el metálico abejorreo de la música de Hand, que acribillaba a todo volumen los oídos de un nuevo adepto a nuestra música pop.

Cuando desperté, el piloto apremiaba al pasaje a abrocharse de nuevo los cinturones de seguridad. Hojeé una revista, *African Business*, en la que figuraba un reportaje sobre Charles Taylor, el de Sierra Leona, retratado con zapatillas de deporte y visera. Descendimos hacia Marruecos. Que era verde. Hasta donde nos alcanzaba la vista, desde el aire, todo era verde.

—Pero ¿este país no era un desierto? —preguntó Hand inclinándose hacia mí desde el otro lado del pasillo. Por todas partes se divisaban parcelas de tierra cosidas unas a otras con hilo naranja. Que Hand no supiera gran cosa de Marruecos (que era verde, para empezar) evidenciaba las enormes lagunas de conocimiento que se producen cuando uno extrae gran parte de su información de internet.

—Eso creía yo —respondí—. Me ocurrió lo mismo con Houston. Siempre lo había imaginado seco y desértico, y me lo encontré todo arbolado, casi doscientos kilómetros de árboles.

—Senegal, en cambio, creíamos que era verde.

—Lo entenderíamos nosotros al revés. O ellos. Senegal debería ser verde y Marruecos, seco.

—Qué maravilla de paisaje —observó Hand.

—Cierto.

—Jo, tío, ojalá conociéramos a algún tuareg.

—¿Tuareg?

—Sí, tuareg. ¿No sabes quiénes son los tuareg?

—No.

—Sí, tío, los tuareg. ¿No has oído hablar de los hombres azules?

Le habría machacado la cabeza con una piedra.

—No. Cuéntame.

—Hombres azules. Creo que eso significa tuareg, hombre azul. Mala gente. Son una especie de bandoleros-mercaderes, una tribu nómada del Sahara que asaltaba las caravanas que cruzaban el desierto. Unos salvajes desalmados. Ojos azules, tez azul, todo azul. La raza más temible de la tierra. Casi cuatro metros de alto medían.

Miré a Hand con suspicacia, planteándome si dejarlo tirado en Casablanca.

—¿No me crees? —preguntó, ofendido—. Preguntas a cualquier marroquí por los tuareg. O por los hombres azules. Verás que en cuanto menciones la palabra huyen despavoridos.

En la aduana de Casablanca retuvieron y registraron a nuestros amigos congoleños, y como Hand no deseaba quedarse sin su discman para el resto del viaje, aprovechamos y salimos corriendo.

Subimos a un tren con destino al centro urbano, que discurría por un paisaje de un verde intenso, salpicado de grisáceos peñascos. Todo estaba cubierto de cascajos;

niños vestidos como campesinos medievales correteaban por los caminos apedreando a los perros y a sus compañeros de juegos. Chabolas, tiendas de campaña y casas de ladrillo semiderruidas que se sostenían con cuerdas de tender la ropa.

—Joder —exclamó Hand—. No lo imaginaba así. Creí que sería como Túnez, desértico y eso. Parece más bien los Balcanes.

Desde la ventanilla del tren en marcha vimos a un niño arrojar una piedra a otro y darle en la cabeza.

—¿Cómo imaginas tú los Balcanes?

—Así, ¿no? Ruinas, gente con ropas parduscas caminando de un lado para otro, fogatas por todas partes, ¿no? Esta pobreza parece de país frío; como arrasado por tanques.

Y, sin embargo, era verde. ¿Sería tan pobre como parecía? Durante el vuelo habíamos temido que Marruecos fuera demasiado burgués, que el dinero terminara en manos de gentes como nosotros, pero viendo aquello, las mujeres con sus toquillas, los niños tirando piedras, los poblados de tiendas...

Hand se volvió hacia un chico sentado detrás de nosotros y le preguntó, en francés, cuánto quedaba para Casablanca.

—¿De dónde sois? —inquirió a su vez el muchacho en inglés.

—De Chicago —respondió Hand.

—¡Chicago! ¿Es muy peligroso?

Me preparé para lo inevitable.

—Uf, no veas... —contestó Hand.

Me dio risa. Todo el que vive en Chicago explota esa peligrosidad. Los dos compañeros de viaje del joven se mostraron interesados.

—Ah, los Smashing Pumpkins... son de Chicago, ¿verdad? —preguntó uno.

—Sí —respondió Hand.

—¡Soy un superfan del grupo! Trabajo en el mundo de la música. Soy productor de discos de rap. Rap francés.

El joven productor y Hand trabaron conversación sobre temas musicales. Al parecer el rap francés gozaba de gran popularidad en Marruecos. ¡Lo mejor de lo mejor!, a juicio del joven marroquí. Por la ventanilla veíamos retroceder el campo y cómo las edificaciones ganaban altura, limpieza y angulosidad. A nuestra derecha, al otro lado del pasillo, asomó el Atlántico, agitado y turbulento, las espumosas cabrillas batiendo los muros de Casablanca. A la izquierda, la ciudad crecía reverberante ante nosotros; sus edificios, puro derroche de cristal, reflejaban la dorada luz crepuscular, brumosos y perfectamente sonámbulos al estilo de Los Ángeles. Llegamos a la estación de ferrocarril y, a nuestra derecha, arrimadas a las paredes, observamos una hilera de jaimas circulares, veinte en total, cada una con su fogata y las paredes de cuero cubiertas de costuras y remiendos.

A mis espaldas Hand y el productor hablaban sobre Falco, Right Said Fred y RunDMC, y la posibilidad de que algún día alguno de ellos o los tres regresaran a los

escenarios, todos juntos o, mejor aún, uno detrás de otro.

—¿Qué hay de los tuareg? —pregunté asomando la cabeza por el asiento e interrumpiendo la conversación. Los chicos servirían para poner en evidencia la impenitente costumbre de Hand de urdir embustes y tergiversar las cosas—. ¿Existen de verdad?

El joven productor endureció la expresión.

—No habréis venido buscando a los tuareg, ¿verdad? Debo advertiros que desistáis. ¿De verdad es eso lo que os proponéis?

—Sí —susurró Hand con un tono tan perentorio como intrigado—. Son asesinos, ¿verdad? Eso tengo entendido, que los hombres azules son unos salvajes, gente deshumanizada.

—Bueno —respondió el chico inclinándose—, es cierto que al que descubren espionando le cortan el pescuezo, no dejan títere con cabeza. Nadie que los ha visto de cerca ha regresado con vida. Solo llegan rumores. Habitan en el desierto, en la zona sur del Sahara, son legión y no tienen piedad de nadie. Nos ganan tanto en astucia como en fuerza. Hay quien dice que miden dos metros y medio de altura y tienen seis dedos en la mano...

Hand se volvió hacia mí reventando de satisfacción.

—Sigue, sigue —instó a nuestro nuevo amigo, sin quitarme ojo de encima. Luego se volvió hacia él—. ¿Será verdad todo eso?

—Pues claro que no —contestó el otro, y rompió a reír a carcajadas—. ¡Te estoy tomando el pelo, tonto!

Dos de sus acompañantes se desternillaban de risa. El otro, que no hablaba inglés, observaba la escena en silencio.

Yo me moría de gusto. Genial el marroquí aquel, ¡un monstruo! Hand puso los ojos en blanco, se mordió la lengua y bamboleó la cabeza de derecha a izquierda como una marioneta.

—Muy graciosos —replicó por fin—. ¿Habéis acabado ya?

Los marroquíes seguían riendo.

—¿Todavía no? —insistió Hand.

Eran incapaces de articular palabra. Menearon la cabeza: no, aún no.

En la estación de tren nos colamos deprisa y corriendo entre los brazos de las familias que aguardaban en el andén, nos dirigimos hacia la parada de taxis y nos agachamos para montar en un pequeño utilitario rojo. Hand se dirigió al taxista en francés y le pidió que nos condujera a una agencia de Hertz. El taxista no le entendió.

—Alquiler de coches —explicó Hand en inglés.

El taxista asintió con la cabeza, tomó la carretera de la costa y ascendió hacia una zona residencial, pero nada más pasar una antigua fortaleza, cuyos cañones asomaban entre las gruesas murallas de piedra, estacionó el vehículo y llamó por el radiotaxi.

—¿Qué hace? —pregunté.

—No lo sé.

—No me gusta.

Curioso, pensé, que después de hacer cientos de kilómetros aterrizaras en una ciudad a miles de kilómetros de tu casa y pusieras tu vida en manos de un desconocido por la simple razón de que su vehículo pareciera un taxi y los taxis conocidos hasta la fecha hubieran demostrado ser, por lo general, seguros. Hay veces en que nuestra confianza en el prójimo escapa por completo a la razón.

No disponíamos de guías turísticas y, apenas un par de días antes, mi concepto de Casablanca era el de una ciudad turística, pequeña y pintoresca, al estilo de poblaciones californianas como Carmel o Mystic, con tiendas de souvenirs y figuras de cartón con la imagen de Humphrey Bogart decorando panaderías y paredes selectas charcuterías. Sin embargo, nos encontrábamos en una gran ciudad, luminosa y soleada, rodeada de mar y montañas. ¿Sabía yo antes de llegar allí que Casablanca era un puerto? Ahora no lo recuerdo.

Hand preguntó al taxista por qué nos deteníamos frente a la fortaleza. El conductor, que ya sabíamos no hablaba francés, alzó la palma de las manos pidiendo paciencia. Segundos más tarde, un corpulento caballero bajó trastabillando con sus diminutos pies por la escarpada pendiente, abrió la portezuela del taxi y se instaló en el asiento delantero. El taxista y él se pusieron a hablar.

Una vez que hubieron decidido el mejor modo de desplumarnos, salimos zumbando, embutidos los cuatro en un utilitario tamaño carrito de golf. El siguiente paso fue suplicarles que nos llevaran a la agencia de Hertz. A lo que el recién llegado, que entendía algo de inglés, respondió: «No problem, okay». En la nariz tenía un enorme lunar, negro y seco como una pasa. La frente atribulada y sudorosa.

Diez minutos más tarde, en pleno centro de la ciudad, nos detuvimos frente a un despacho con el rótulo Access Rentacar, situado en la primera planta de un bloque de pisos. El pasaje al completo se apeó del utilitario: Hand y yo, el taxista y su amigo, el de los pasitos rápidos, y a toda prisa, emprendimos el ascenso de los tres oscuros y sinuosos tramos de escalera. Temí una encerrona, con robo y asesinato. Hand apretaba los puños. ¿Qué hacíamos corriendo detrás de esos individuos? Éramos demasiado confiados.

Tropecé, resbalé dos peldaños y el corazón se me aceleró. Los dedos de las manos me cosquilleaban. Era absurdo pensar que fuera a sufrir un ataque, no había hecho ningún esfuerzo excesivo, además...

Me senté en la escalera y les insté a que siguieran sin mí con un gesto, como un soldado herido ante sus compañeros de batallón.

—¿Estás bien? —preguntó Hand.

—Sí —respondí.

Pero no las tenía todas conmigo. Casablanca no sería el mejor lugar del mundo para sufrir una crisis, pero bien es cierto que tampoco era el peor. Perdí el color un

instante. Una jauría de bestias correteaba por mis huecas extremidades. Decidí tumbarme en el suelo unos segundos. Que Hand se encargara de alquilar el coche mientras yo reposaba...

Dos mujeres con el rostro velado pasaron por encima de mí. Procuré aparentar naturalidad. Costumbre americana, señoras, ¡escaleras cómodas, ser como butacas!

Ellas ya se habían ido cuando vi bajar a Hand, seguido por nuestros dos acompañantes. Debí de perder el conocimiento unos minutos...

—No ha habido forma —informó Hand—. ¿Estás bien?

—Me he quedado traspuesto un momento.

Me levanté y los seguí. Me encontraba bien. ¡Qué alegría! Bajé por las sinuosas escaleras, ya algo menos asustado —aunque me vino a la mente el fugaz recuerdo de aquella película en la que el hijo de Jeremy Irons, que se acuesta con la novia de aquel, cae por el hueco de unas escaleras de ecos tenebrosos—, y regresamos al taxi, donde nuestros dos acompañantes nuevamente discutieron cuál sería el mejor lugar donde desplumarnos y Hand volvió a suplicar que nos condujeran a una agencia de Hertz. Avanzamos dando sacudidas por el centro de la ciudad, las calles oscurecidas por las sombras de los edificios, tendidas como abrigos sobre un lecho. El taxi se hizo a un lado en una esquina y a la ventana del copiloto vino a asomarse un anciano tocado con un fez al que el taxista compró cuatro cigarrillos...

No nos conducían al lugar indicado. Pedí al taxista y a su colega que se detuvieran. Nos apeamos del taxi, pagamos...

—¿Cuánto le has dado? —quiso saber Hand.

—No lo sé. Cincuenta deniros.

—Se dice dirhams, no deniros.

... y dimos el alto a otro taxi que nos condujo al hotel Casablanca.

Junto al mostrador de recepción, más antiguo que nosotros, con su brillante superficie de caoba que nos llegaba al pecho, coincidimos con tres chicas norteamericanas de unos veinticuatro años. Suspiraban y lanzaban reniegos burlones. Un contratiempo, muchos contratiempos de diversa índole. «Increíble» que en un país como Marruecos te pongan pegas «así». No les aceptaban una de las tarjetas de crédito. «Lo nunca visto»: iban a tener que llamar a la empresa emisora de la tarjeta. En fin, «si no se les ocurría otra solución», firmarían el fax para autorizar la transferencia de datos. Lo que hay que hacer para que esta gente «se mueva». ¡Ya «solo» falta que llamen a mi madre para pedir permiso! ¡Ja, ja! Un país «imposible», «complicadísimo» viajar por él.

Eran los primeros turistas con que nos topábamos en Casablanca. Qué espanto de chicas. Sus respectivas agendas descansaban sobre el mostrador mientras ellas lanzaban resoplidos, levantándose el flequillo de la frente, y hacían sus llamadas a través del teléfono de recepción. Estaban pidiendo a gritos que las odiaran.

Mientras esperaban la respuesta al fax de las americanas, preguntamos a las recepcionistas si se podía alquilar un vehículo. Habíamos decidido contratar el coche

en el mismo hotel y acercarnos después a las chabolas cercanas a la estación ferroviaria, repartir por allí el dinero, dar luego una vuelta por Casablanca, cenar rápidamente y coger el coche para llegar a Marrakech antes de medianoche. Pasaríamos el día siguiente en esa ciudad, con la idea de coger el vuelo de la seis de la madrugada siguiente rumbo a Moscú, y de allí a Siberia.

El personal del hotel no nos fue de gran ayuda, pese a su empeño. No disponían de servicio de alquiler de coches y las recepcionistas no alcanzaban a comprender por qué teníamos que estar en Marrakech esa misma noche.

—¿Por qué esta noche? —preguntó la mayor. Una chica bastante rolliza. Su colega, junto a ella, mucho más baja, delgada, joven y radiante, lanzó una sonrisa a Hand y bajó los ojos. Se defendía mal en inglés, por eso dejaba que la otra llevara la voz cantante. La rolliza, pese a su tamaño, no era mi tipo.

Intentamos explicarles a qué obedecían nuestras prisas. Hand hizo los oportunos aspavientos con las manos para indicar actividad frenética, vueltas y revueltas desenfrenadas, giros de peonza. Las chicas lo miraban estupefactas. Pedimos la guía telefónica. Telefoneamos a la agencia Hertz que figuraba en el listín pero había cerrado. Fuera estaba ya oscuro; se nos había echado la noche encima sin darnos cuenta. Preguntamos si había servicio de tren nocturno en dirección a Marrakech. Lo ignoraban; nos recomendaron que regresáramos a la estación de ferrocarril y allí nos informarían. Estábamos colgados.

Habrán quienes ignoren y otros que, aun sabiéndolo, olviden que por el cuerpo humano circula electricidad. Mi ignorancia me impide discernir por qué precisamente electricidad y no otra fuente de energía —¿por qué no fisión nuclear entre partículas submoleculares, por ejemplo?—, pero es lo que hay. Dicha electricidad es la encargada de disparar las sinapsis y de provocar las contracciones del corazón. En mi caso, sin embargo, algo no funciona como debiera. Mi corazón posee una membrana adicional, además del conducto extra con el que, al parecer, contamos todos los aquejados por el síndrome de WPW, y si generalmente los impulsos eléctricos son enviados a través de lo que se conoce como «haz de His», en nuestro caso el conducto adicional recoge los impulsos eléctricos en los ventrículos y, debido a su anomalía, los lanza de nuevo atrio arriba. En una ocasión, hallándome en el consultorio de la doctora Hilliard, me mostraron un vídeo explicativo y lo vi clarísimo, pero nunca más he vuelto a entenderlo. No obstante, me encanta la idea de que el corazón precise electricidad, de que sea tan poco fiable, de esas bajadas y subidas de tensión. Rememoraba en ese instante un experimento realizado de pequeño con una batería vieja y dos pinzas que mi hermano Tommy usaba para sujetar los porros... A saber por qué me vendría a la mente entonces. En el vestíbulo del hotel había un viejo y extraño teléfono público, que me llevó a la batería y...

Salimos del hotel y deliberamos paseando calle abajo.

—¿Crees que deberíamos quedarnos? —preguntó Hand.

En el bar de al lado unos hombres veían un partido de fútbol por televisión. Todos vestían traje de lana, color ocre o marrón, y el humo flotaba sobre sus cabezas como si fuera agua.

—Yo creo que no —respondí—. Hasta los chicos del tren aconsejaban que continuáramos viaje a Fez o Marrakech.

Seguimos andando. Pasamos frente a otro café, repleto también de hombres con trajes de lana que veían un partido de fútbol en televisión, sus siluetas borrosas entre la pardusca humareda.

—Será un partido importante —apuntó Hand.

—Deberíamos irnos.

—No podemos.

—¿Y si vamos al aeropuerto y preguntamos qué vuelos hay?

—Pero ¿qué hemos venido a hacer aquí?

—Pasar un rato y luego seguir camino, ¿no?

—Estoy agotado.

También yo lo estaba.

Nos registramos en el hotel Casablanca con gran cargo de conciencia. El suelo de la habitación era de linóleo y no había toallas en el baño. Hand alargó el brazo y encendió el televisor que colgaba en alto. Estaban retransmitiendo una competición de esquí desde Aspen. Al poco rato:

—¡Joder, mira eso! —exclamó.

La carrera, el rally París-Dakar.

—Increíble. Aquí lo dan por televisión.

—Marruecos. ¡Qué nivel!

Nos quedamos viendo cómo los todoterrenos se abrían paso por la sabana senegalesa a ciento cincuenta kilómetros por hora, dando botes sobre sus enormes neumáticos como gatitos saltando sobre ovillos de lana. La cámara ofrecía imágenes de la carrera desde un helicóptero, lo que daba a entender que alguien —¿quién?— seguía por control remoto el vertiginoso avance de los vehículos entre campos y poblados. Pero ¿quién? En la pantalla aparecieron unos lugareños que observaban el paso del rally mientras sacaban agua de un pozo, y otros que se habían arremolinado en torno a un vehículo que había perdido la rueda trasera izquierda. A su conductor le iba a dar un síncope; desde el helicóptero, la cámara dio un brusco viraje y captó al piloto en el momento en que se arrancaba de un tirón el casco y lo arrojaba al suelo; el casco salió despedido dando botes entre los resacos matojos. Un niño se apresuró a recogerlo.

En el baño no había jabón. La habitación estaba fría. En la pantalla las motos volaban por el desierto como avispas. Allí estábamos, en Casablanca, en una habitación de hotel con un televisor colgado de un rincón y Hand de pie bajo él, inmóvil, las manos en los bolsillos.

Me di una ducha, volví a ponerme la misma ropa y escondí los billetes doblados, enrollados y apretujados en los mismos bolsillos y calcetines. Tanto Hand como yo habíamos alternado sendas mudas de camisetas, y ambas estaban ya percutidas. Llené el lavabo de agua, lavé la camiseta de repuesto con champú y la dejé en remojo en el agua turbia. Cuando salí a la gélida habitación, Hand seguía con las manos en los bolsillos del pantalón, sin apartar la vista del rally.

—¿Huelo? —pregunté.

—¿Desde aquí?

—Por ejemplo.

—No.

Pero yo sí me olía. No es que oliera mal, todavía no, pero desprendía un olor particular, con carácter. Nos lanzamos a la calle en busca de algo que comer. Pasamos frente a un puesto ambulante de carne que exhibía ante los transeúntes tres reses de vaca colgadas de unos ganchos y, tras ellas, gimiendo bajo la tapa de cristal, un surtido de embutidos y salchichas coronado por una hilera de sesos, perfectamente intactos, color de polo morado. Seguimos adelante.

Un señor embutido en una chaqueta demasiado estrecha se acomodó a nuestro paso y aseguró habernos visto en el hotel; deseaba darnos la bi-bi-bienvenida a Casablanca, saber qué nos pa-pa-parecía la ciudad. Un mangante tartaja.

Respondimos que la ciudad era de nuestro agrado, pero no así algunos de sus habitantes. Algunos, añadió Hand, podían resultar un tanto pesados. El hombre asintió enérgicamente sin apartarse de nuestro lado.

¿Adónde í-í-íbamos?, quiso saber. Era la primera vez que oía a alguien tartamudear en otro idioma y, además, extranjero para él. Me pareció fascinante.

A comer, respondimos.

—¿Di-di-discoteca después? —preguntó.

—No, gracias.

—¡Disco gustar! ¡Disco *good*!

—Gracias de todos modos.

El tipo empezaba a incordiarlos. Ya no era un ser humano; era un moscardón. «¿Por qué ha dejado de ser humano?» Porque deshumanizándonos a nosotros nos obliga a pagarle con la misma moneda. «Él os trata así porque no tiene otra opción.»

«—Sí tiene usted opción, tartamudo.

»—No la tengo.

»—Pues nosotros, sí.»

El tartamudo cambió de estrategia.

—Ti-tienen que andar con cuidado; los niños meten mano en los bolsillos — advirtió tirando del forro de los bolsillos de Hand de un modo innecesariamente explícito.

Nos detuvimos a mirar un escaparate para ver si así nos dejaba en paz, pero cada vez que nos parábamos él se quedaba unos metros por detrás, mordiéndose las uñas a la espera de que reanudáramos la marcha.

Ocho manzanas después, cruzó por fin la calle, pero siguió acechando desde la acera de enfrente, sonriendo y saludándonos con gestos de la mano a cada paso. Un comportamiento de lo más extraño. Cada vez que miraba atrás, allí estaba él. No entendíamos qué tramaba. Era un misterio.

Un coche repleto de adolescentes nos adelantó profiriendo no sé qué obscenidades contra los franceses: nos habían confundido, cosa que no supimos cómo interpretar. Pasamos junto a varios restaurantes chinos vacíos y otra serie de bares repletos de hombres que tomaban café con sus trajes de lana, su fútbol y sus cigarrillos.

Cenamos en una tasca con la puerta de la calle abierta y un televisor a todo volumen que ofrecía el partido: Marruecos contra Egipto.

—Joder —exclamó Hand—. Ahora lo entiendo.

Las imprecaciones contra los franceses nos habían dado que pensar: quizá existiera tirantez entre Marruecos y Europa. Quizá las cosas se habían puesto feas y éramos personas *non gratas*; eso explicaría por qué nos habíamos cruzado con tan pocos blancos en la ciudad; ¿y si nos secuestraban y asesinaban...?

Actuábamos como si a la clientela de la tasca le incomodara nuestra presencia allí, pero en verdad no nos prestaban ninguna atención. Comimos un plato de arroz con pollo que escogimos al azar de la carta, escrita en árabe. Esa zona de Casablanca guardaba cierto parecido con el North Side de Chicago, por sus angulosos chaflanes, sus bares de barrio y su uniformidad, tan tranquilizadora como inquietante. Hacía una noche fresca, unos diez grados de temperatura, y la comida estaba muy rica. No nos habíamos acordado de alimentarnos en todo el día. Yo, por primera vez, hincaba el diente sin el penúltimo molar izquierdo y el hueco dejado por este me atraía con su humedad y su abisal profundidad. En la mesa contigua dos niños de unos diez o doce años, hermanos, abrían la boca y sacaban la lengua para enseñar uno a otro la comida a medio masticar.

El estuco es absurdo. Llegué a aplicarlo en alguna ocasión por mi trabajo, en un par de cuartos de baño, y una vez enlucí con tal emplasto un pasillo de techos altos color almíbar, a cuyos futuros inquilinos compadecí. Es inconcebible que alguien quiera rodearse de paredes en las que puedes dejarte la piel de solo rozarlas —aquella familia, la del pasillo color almíbar, ¡tenía niños!—. En Marruecos, sin embargo, el estuco y las paredes rugosas está visto que hacen furor. Y yo empezaba a cansarme de aquel afán por revestirlo todo de una pronunciada epidermis, de resaltar las cosas.

Diez manzanas más adelante, atravesamos una cortina de cuentas y penetramos en el más lóbrego de los tugurios, largo y angosto, una especie de pub marroquí, de

nuevo repleto de hombres viendo el fútbol con sus trajes de lana. Pedimos unas cervezas, botellines de cristal verde. Todo el mundo bebía directamente de ellos.

Nos acercamos a echar un vistazo a la gramola: todo estaba escrito en árabe.

—*Bonjour* —nos saludó un señor sentado a una mesa a la altura de mi talle.

Devolví el saludo. Frente a él se alzaban nueve botellines verdes vacíos, cuidadosamente ordenados en dos hileras. Miré alrededor y comprobé que era la práctica habitual: los cascos vacíos se guardaban bien alineados, a modo de prueba.

—Ustedes no son franceses —observó.

—No —confirmé.

—De Estados Unidos —intervino Hand.

—Ah, americanos —dijo el hombre sonriendo—. ¡Música pop, yes, yes! ¡Eagles! —exclamó, y acto seguido se descolgó con una digna versión del solo de guitarra de «Hotel California».

Hand rompió a aplaudir y el espontáneo le dirigió una sonrisa agradecida.

—¡Y Pink Floyd! *Good, good! Ui don nid... nou edukai... xhon!* —Se estaba desmelenando—. *Yea! Uidon nidnou edukaixhon!* —añadió aporreando la mesa. A esto siguió otro solo de guitarra, aunque, por desgracia, no de la misma canción.

«—Véngase con nosotros.

»—Ya me gustaría.

»—Se vendrá con nosotros a El Cairo.

»—Parece un sueño.

»—Pero no. No tenemos agallas para invitarle.

»—Ya. Todo tiene sus límites.»

Le preguntamos para qué servía el voluminoso marcador de apuestas que había a sus espaldas.

—Carreras de caballos —respondió—. ¿Quiere?

Respondimos que no sin pensarlo. Luego nos miramos los tres amagando una sonrisa y alzamos la vista hacia el televisor. Sin cambios en el marcador por el momento, de ahí la alacridad de ambos equipos. Entre la clientela solo había una mujer, sentada al fondo, con la cabeza cubierta por un velo y cuatro botellines verdes frente a sí. O era una temeraria o estaba loca de atar. Hand fijó la vista en ella y le hizo un gesto con la mano en señal de aprobación. Ella devolvió el saludo, aunque perpleja.

Muy a mi pesar, yo estaba agotado, y abandonamos el local.

—¿Aún quieres que nos vayamos? —pregunté a Hand.

Caminábamos por la silenciosa ciudad, a través de un oscuro e interminable parque. Hand respondió que sí. Podíamos ir al hotel a recoger las cosas y marcharnos.

—¿Adónde? —pregunté.

—A cualquier sitio. A Marrakech.

—¿A estas horas? —Eran las once y media de la noche.

—Habrá algún tren nocturno que vaya a alguna parte.

Hand se interrumpió y, parados ante el semáforo de un importante cruce, vimos pasar un coche a toda velocidad, oímos gritos y alguien arrojó por la ventanilla una botella de plástico medio vacía de Sprite. La botella me rozó la pierna.

—¿Qué han dicho? —quise saber.

—Supongo que alguna barbaridad. Otro insulto contra los franceses. Quizá deberíamos irnos.

—Sí. No avanzamos tan rápido como debiéramos. Y no nos hemos deshecho de casi nada todavía. ¿De cuánto dirías?

—Ocho mil doscientos dólares más o menos.

—Hay que moverse más rápido.

Caminamos hacia el hotel, dispuestos a hacer el equipaje y marcharnos.

Pasamos al lado de una mujer sentada con un bebé en brazos y otro crío de pocos meses en el regazo, frente a un cine en el que se proyectaba una de Schwarzenegger, *El día final*. Sobre la marquesina se alzaba un enorme póster de *Casablanca*, el primero de esa película que veíamos en la ciudad. La mujer tendió la mano y pasamos de largo. Detestaba a las madres que sacaban a sus criaturas a la calle para pedir.

«—No debería exponerlos así.

»—¿Qué quiere que hagamos?

»—Debe de haber algún centro de acogida. ¿Qué le hizo a su familia para que le dieran la espalda?

»—Eso nunca lo sabrá.

»—Está explotando a esas criaturas.

»—Usted qué sabrá.

»—Pues que le vaya bien.

»—Oiga, necesito eso que va repartiendo.

»—No me inspira usted confianza.

»—Si pido limosna será por necesidad.

»—¿En serio? Yo...

»—Ya se lo dijo su madre. Dijo que cuando uno pide limosna es porque lo necesita. Por eso nos llaman pobres “de necesidad”.

»—Al menos lave la cara a esos críos.

»—Haré lo que pueda.»

Volví corriendo sobre mis pasos y entregué a la mendiga todo el dinero en metálico que llevaba encima, unos trescientos cincuenta dólares, pero no pude mirarla a los ojos. Me agaché hacia ella y su bebé, envuelto en una manta marrón de cuadros, le busqué a tientas la mano y solté el dinero, entornando los ojos como cuando introduces los dedos en una rendija para atrapar una salamandra. Regresé hacia Hand a la carrera.

—Vamos a coger una transversal —indiqué.

—¿Por qué?

—Porque nos está viendo.

Hand me miró sin entender.

—Hazme el favor. Quiero alejarme de esta calle, no sea que a la mendiga le dé por venir corriendo a darme las gracias, toda azorada y esas cosas. Venga, Hand, salgamos de aquí, de prisa.

Echamos a correr y, al cabo de la manzana, doblamos por una calle menos transitada.

—Qué mal rato he pasado —mascullé, la espalda apoyada contra un escaparate. Miré atrás para cerciorarme de que no nos seguía.

—¿Al darle el dinero?

—Sí. Dios, qué mal trago.

—Ya —dijo Hand.

—Es bochornoso, ¿no crees?

—¿Por qué?

—No lo sé.

«—Cuando les das esos billetes, Hand, sientes como si el dinero te hubiera manchado las manos.

»—Supongo.

»—Es como devolver algo robado.»

—¿Crees que corre peligro? —pregunté. Temía que me hubieran visto entregarle el dinero y fueran a robárselo.

—No te preocupes por ella.

—Seguro que se lo roban —afirmé.

—Esa mujer no tiene un pelo de tonta.

—Deberíamos hacerle compañía un rato.

—Parecía una mujer fuerte —repuso Hand.

—Estoy hecho un lío.

—Ya.

—¿Por qué coño me resulta tan duro? ¿Por qué tiene que ser tan difícil?

No encontramos respuesta.

Seguimos camino hacia el hotel y comprendí que se acercaba el momento. Habíamos hecho promesa de no acostarnos, pero allí estábamos. Me horrorizaba pensar en meterme en la cama. Otra noche en vela acabaría conmigo.

«—No nos acostemos, Hand.»

Si me emborrachaba hasta perder el sentido, no le daría vueltas a la cabeza. Decidido, eso haría. Fingiría que era por divertimos, convencería a Hand de que nos puliéramos el minibar entre los dos, si lo había, o de que compráramos una botella de camino, como si el plan entrara dentro del propósito general del viaje. «El propósito del viaje era mantenerse en movimiento y luchar contra el tiempo, no emborracharse, esconderse y dormir.» Ya es demasiado tarde. No lo he conseguido todavía. «No lo conseguirás.» Me siento incapaz de pasar siquiera dos minutos a solas con mi mente.

Ignoro por qué derroteros me conducirá esta noche, pero sé que el cabrón de la funeraria está al acecho. Se aproxima, lo siento rondar por el sótano de mi mente, deambula nervioso arriba y abajo preparándose para ascender por mis huecos peldaños...

—Podríamos acercarnos a ver la mezquita —propuso Hand.

Hand me devolvía a la superficie; qué adorable ser.

—¿Qué mezquita? —pregunté.

—Esa de ahí.

—Eso no es una mezquita. Fíjate bien. Es una iglesia.

Nos encaminamos hacia un gran edificio blanco, espectral en la oscuridad de la noche. En el letrero colgado en la verja que separaba el parque de la acera se leía: CATHÉDRALE DU SACRÉ COEUR.

—Qué raro —dijo Hand.

—Vamos a comprar algo de beber y volvemos al hotel —propuse.

—Qué aburrimiento. ¿Estás cansado?

—Sí.

La madre de Jack nos había pedido que acudiéramos al funeral antes de la hora. Ni ella ni su marido, que apenas se tenía en pie y había pasado el día anterior en una silla de ruedas, deshecho por completo, acertaban a decidir si el féretro había de ser abierto o cerrado, y querían que les ayudáramos a tomar la decisión en el último momento, según hubiera quedado el cadáver de su hijo.

—Si quieres volvemos al hotel y dormimos, pero que no se repita —dijo Hand.

—Muy bien. De acuerdo.

Llegamos a la iglesia a las dos de la tarde, una hora antes del funeral, y aguardamos en el vestíbulo, abanicándonos con los libros de salmos. La temperatura debía de rondar los treinta y ocho grados; la iglesia, sin embargo, no pondría en marcha el aire acondicionado hasta las tres menos diez. El padre de Jack aguardaba fuera, en el fulgurante patio blanco entre el templo y la rectoría, sentado en la silla de ruedas, con la vista fija en el parterre, lleno de pobretonas margaritas y hierbas mortecinas. Por lo menos hacía diez años que no nos dirigíamos la palabra, desde que enviara a su hijo a pasar un año en la academia militar de Culver. Lo habían pillado en el sótano, robando un pack de seis cervezas de su propia casa, y no hubo más que hablar. Molly, la hermana de Jack, no acudió a la ceremonia; hacía tres años que no sabían de ella y, aunque hasta cierto punto temían que se presentara, al final no fue.

La madre de Jack fue a comprar velas; el cura había reparado en que apenas quedaban velas blancas y se disponía a encender unas rojas. La madre de Jack se lo impidió con un grito de horror, se encaró con el cura, empeñada como una posesa en que tenían que ser blancas, subió al coche y se marchó en busca de dos cirios blancos en condiciones.

Antes de salir nos pidió que aguardáramos a echar una ojeada a Jack y, según la opinión que nos mereciera su estado, decidiría con su marido respecto al féretro.

A las tres menos veinte el encargado de la funeraria, un tal Nigel, salió por la puerta del fondo. Apenas nos sacaba unos años y lucía unas gafas con gruesa montura negra. Los ojos le chispeaban y llevaba el pelo empapado de gomina y echado hacia atrás con fría pericia, como un césped sintético cubierto de rocío.

—Está listo, si desean echar una ojeada —anunció. Nos resultó odioso al instante.

Entramos en la iglesia tras él y ya desde el fondo advertí que algo iba mal. El féretro estaba medio abierto y supe que algo iba mal. Ya desde lejos divisé el color del rostro de Jack, se había vuelto gris ceniciento. Algo iba mal.

—Dios santo —exclamé, y me detuve en seco.

—¿Qué? —preguntó Hand—. Si aún no has visto nada.

—Pues claro que lo he visto.

—Ya sé que desde aquí no tiene buen aspecto, pero debe de ser la luz. Esta gente sabe lo que hace.

—¿Ah sí? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo hacen a diario. Todo el mundo pide féretros abiertos.

—Es una auténtica chapuza.

—Primero veámoslo de cerca.

Nigel aguardaba unos pasos más allá, en el pasillo central, la cabeza ligeramente ladeada, respetando las distancias. Al oír que nos acercábamos alzó el mentón, forzó una sonrisa e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Continuamos avanzando. Las piernas me flaqueaban. Apenas sentía su peso. Estaban huecas y era otro quien las movía.

Avanzamos otros diez pasos y no quedó sombra de duda. La habían cagado hasta el fondo. Hijos de puta. Jack estaba gris; el rostro abotagado. Como relleno de kilos y kilos de carne. Le sobraba carne por todas partes. Le colgaba a ambos lados de la nariz como los pliegues de unas vestiduras. Su tez no tenía el menor rastro de color, solo un tinte mortecino, como de pintura mate, y leves toques de colorete en los hundidos pómulos, como aplicados por torpes manos de adolescentes. Aparentaba cincuenta años por lo menos. Y le habían hecho la raya en el pelo, pero en el lado equivocado.

—Una chapuza de mierda —bufé.

—Es verdad —susurró Hand.

Nos habíamos detenido de nuevo, a unos seis metros del féretro. El forro del ataúd refulgía con un plateado excesivo. Jack aparentaba al menos sesenta años.

—Por favor —dijo Nigel extendiendo el brazo hacia Jack, con la palma abierta, para indicar que nos acercáramos.

—Qué favor —saltó Hand—. Hazme tú el favor de irte a tomar por culo.

Era un verdadero desastre. Era la primera vez que yo veía a alguien así, en un féretro abierto, pero me pareció impresentable. Menuda partida de ineptos. ¿Quién podía aceptar algo semejante? Era un crimen. ¿De dónde habían sacado toda aquella carne? Le colgaba por todas partes, rebosaba sobre el almidonado cuello de la camisa.

Además, le habían dejado el mentón desencajado, flácido. ¿Quién podía aceptar semejante chapuza?

—Justin, William, les ruego que se acerquen y examinen con más detenimiento el trabajo que hemos realizado. Si lo que les preocupa son los traumatismos del accidente, les hago saber que hemos sombreado con sumo cuidado la incisión en la sien izquierda...

Hand lo interrumpió de súbito agarrándolo con fuerza por el codo y se encaró con él.

—Lárgate de aquí ahora mismo, hijo de puta, o no te dejo un hueso sano en todo el puto cuerpo.

Nigel dio un bufido y se marchó. A los pocos minutos regresó la madre de Jack. Nos encontró a Hand y a mí sentados en los bancos del fondo de la iglesia, uno a cada lado del pasillo, el féretro cerrado al frente. Miró a ambos arqueando las cejas y negamos con la cabeza.

—Bien —dijo, y tomó asiento en el suelo, entre ambos, con las piernas extendidas hacia delante—. Bien. Bien.

Habíamos regresado a la habitación del hotel de Casablanca tras comprar una botella de vino, que Hand me dejó beber a placer, consciente de por qué bebía. Llené y di cuenta de seis copas hasta quedar traspuesto, dormido como un bendito.

SÁBADO

A la mañana siguiente encontramos una agencia Avis y a un empleado en su interior, un señor de complexión recia vestido con la reglamentaria americana roja. Idéntica a la de todas las agencias Avis del mundo. Su presencia nos reconfortó. Una vez rellenado el impreso, pidió por teléfono que nos trajeran el coche y segundos después se lió a voces con su interlocutor al otro lado de la línea. Discutía a grito pelado, remachando cada sílaba con un puñetazo en el mostrador.

—*Ak [pum] nek [pum] rek [pum, pum]*. —Estaba indignado.

No habían pasado diez minutos cuando otro individuo tan recio y nervioso como el anterior apareció con nuestro vehículo; no le dimos tiempo ni de apagar el motor. El pequeño utilitario no tenía radio ni casete, pero lo aceptamos de todos modos y enfilamos con él hacia la carretera de la costa. Era sábado, la gente atestaba las calles y en el aire había una luz californiana. En la explanada de la Gran Mezquita de Hassan II —un grandioso templo construido sobre el mar, como una residencia veraniega— los papás enseñaban a sus hijas a montar en bici y los adolescentes lanzaban sus cañas de pescar sobre las rejas. Más adelante, a lo largo del bulevar de la Corniche, un hervidero de jóvenes —chicos, en su mayoría— jugaban al fútbol y

se bañaban en la playa, pese a que no hacía demasiado calor, quince grados a lo sumo. Por fin nos apeamos del coche un momento, por primera vez conscientes de que pisábamos suelo de Casablanca, y comparamos aquel aire con el de Senegal: más denso, más ligero, más luminoso, menos luminoso... vete a saber. Con un nombre como Casablanca es imposible decepcionar a nadie, pensamos, aunque tal vez la palabra no tuviera la misma resonancia en otros idiomas. Una pandilla de niños en bicicleta pasó junto a nosotros, las tablas de surf en equilibrio sobre la cabeza. Aquello se había transformado en Redondo Beach, California; la playa se conocía con el nombre de Aïn Diab, pero no guardaba similitud alguna con mi imagen preconcebida de Marruecos. Pensamos quedarnos allí a pasar el día, ayudando a los niños a buscar cangrejos entre las enormes rocas. Pero no lo hicimos porque teníamos que continuar camino.

Atravesamos la ciudad y tomamos la carretera que llevaba a Marrakech.

Una vez pasadas Casablanca y toda una serie de gasolineras magníficas, impecables y primorosas como cajitas lacadas, el paisaje se allanó y cubrió de vegetación. Marrakech estaba varias horas de Casablanca, según nos habían informado. A ambos lados de la carretera todo eran granjas, salpicadas de pequeñas y destartaladas construcciones de adobe. Al volante iba yo, conduciendo a todo gas.

Circulábamos a unos ciento cincuenta kilómetros por hora.

Adelantábamos a los vehículos como si estuvieran estacionados o funcionaran a pedales, impulsados por pies moviéndose a ritmo de xilófonos.

—A partir de ahora me llamarás Ronin —ordené a Hand. No creo haber conducido nunca a tanta velocidad. El cuentakilómetros marcaba ciento cincuenta por hora.

—No quiero.

—Conduzco igual, llámame Ronin.

—No sigas así.

—Haciendo...

—Will. Calla ya.

—Haciendo vibrar la «r» al principio de palabra, algo como Rrrronin.

La carretera discurría entre extensas praderas de un verde intenso y azafranadas tierras de labor; idénticas a las divisadas desde el avión. En nuestro poder contábamos con cerca de cuatro mil dólares en moneda marroquí cambiados en Casablanca. Hand se encargaría de entregar el dinero. Yo renunciaba. Me dejaba exhausto.

—En Marrakech no podremos dar nada —advertí.

—¿Por qué?

—Piensa un poco.

Imaginábamos la ciudad como un enjambre humano. Un donativo, y moriríamos aplastados por el tumulto. Se nos antojaba una ciudad polvorienta, abarrotada de gente, con encantadores de serpientes y mujeres secuestradas escondidas en alfombras y canastos transportados a hurtadillas entre un hervidero de mercaderes e intrigantes.

—Es un caso raro de ciudad, la verdad —afirmó Hand—. Durante un tiempo fue lugar de encuentro obligado para la comunidad hippy. Cosa de drogas, si no recuerdo mal. En Marrakech vive un millón de extranjeros por lo menos. Es como una comuna de exiliados llena de bohemios y bichos raros, igual que San Miguel, en México. Allí fue donde firmaron luego lo del GATT.

—¿De dónde has sacado todo eso? —pregunté.

—De un folleto que cogí en el hotel de Casablanca. Bueno, al menos lo del GATT. Imagínate que eso se les hubiera ocurrido en los años sesenta, que se hubieran reunido para sellar un acuerdo mundial en una ciudad como Marrakech.

Chocaba ver aquella pobreza. La pobreza rural siempre resulta incongruente, con tanto espacio y tanto aire, las casuchas medio derruidas, sin tejado la mayoría, alzándose en tierras de labor tan fértiles y exuberantes. No estaba claro a quién pertenecían las fincas o qué pintaban aquellas ruinas de viviendas en tierras labradas con tanto primor, y por qué todas carecían de tejado. Cuerdas de tender la ropa, pollos, perros, desechos. Adelantamos a familias que viajaban en carros tirados por mulas, arrebujados y acurrucados unos contra otros pese a las benignas temperaturas. A ciento veinte por hora, pasamos a un grupo de mujeres, dobladas justo al otro lado de la cuneta, con sus refajos y la cabeza cubierta por trapos, mujeres corpulentas agachadas recogiendo heno...

Me hice a un lado de la carretera y deposité un fajo de billetes en manos de Hand. Quería que se encargara él; yo no me atrevía a abordarlas con el dinero, solo me habría aventurado acercándome de espaldas, y no creo que eso causara buena impresión, cualquiera se asustaría.

—¿Qué vas a decirles?

—No lo sé. ¿Qué crees que debería decirles?

—Pide indicaciones para ir a algún sitio.

Hand se disponía a bajar del coche cuando reparé en las enormes gafas de sol que llevaba, de refulgente plateado y troqueladas patillas.

—Hand, ¿y si te quitaras las gafas?

—No.

—Cuando te vean aparecer con esos pantalones de nailon y esas gafas de Liberace futurista, se van a llevar una impresión equivocada...

Las campesinas, una con guadaña y todo, habían reparado en nuestra presencia y observaban cómo discutíamos en el interior del coche. Eché mano del mapa y lo desplegué frente a mí.

—¿Y qué impresión deberían llevarse, Will? ¿Acaso crees que damos una impresión normal?

—Quítate esas gafas, hombre. Por favor.

Y se las quitó, para arrojarlas contra mi pecho. Yo las cogí al vuelo y rompí una patilla adrede.

Hand avanzó por el arcén hacia la cuadrilla y cruzó el terraplén. Cuando estaba a cinco o seis metros, las mujeres interrumpieron la faena y se arremolinaron en torno a él. Debió de preguntarles algo, quizá cómo se llegaba a Marrakech. Todas apuntaron con gentileza en la dirección que llevábamos. Hand les dio las gracias con un ampuloso gesto y les tendió el fajo de billetes, quinientos dólares aproximadamente. No sé qué criterio emplearía para escoger a la depositaria.

Hand se retiró reculando y ellas se miraron perplejas y lo despidieron con un gesto de la mano, que él devolvió. Y yo también. Nos alejamos de allí viéndolas apiñarse en torno a la receptora del fajo.

—¿Eran agradables? —pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—¿Que si te han sonreído? Si eran agradables.

—No he podido comunicarme con ellas. No hablaban francés.

—Pero ¿han sonreído?

—Sí, claro. Eran unas señoras muy amables. Mujeronas fuertotas. Estaban felices. Ya las has visto. Felices de echarnos una mano.

El sol lo bañaba todo y la carretera comenzó a llenarse de curvas. Colinas verdes, colinas bermejas y, más adelante, colinas cubiertas de árboles de esbelto tronco y copa desmochada. Más allá, una extensa ciudad rojiza, Benguerir, a la izquierda de la carretera, una población de adobe y piedra, antigua, inalterada por el paso del tiempo y tremenda, una extensión infinita de edificios bajos. El paisaje de pronto recordaba al sudoeste de Estados Unidos. Luego aparecía por completo mediterráneo: olivos y montes bajos. ¡Qué verde tan intenso! Tan ondulante y tan verde. Nunca había vivido en un lugar tan espectacular. Se dice que las grandes urbes siempre resultan espectaculares, pero en realidad albergan pocas sorpresas, son tan predecibles como la vida entre cuatro paredes, con su profusión de lucecitas, ventanales y rincones primorosos. Cierto que existe el riesgo de que en la noche alguien te asalte en una esquina, ¡pero comparadas con aquellos parajes! Allí hay bandadas de pájaros que descienden en picado del cielo. Allí hay desprendimientos de tierra. Allí la vegetación oculta corrientes de aguas subterráneas. Y es posible concebir maremotos o glaciares que se desplazan a toda velocidad. O incluso dragones. De niño me obsesionaban esas criaturas, lo sabía todo respecto de ellas, sabía que los científicos, o personas que tal vez fingieran serlo, habían logrado averiguar cómo volaban y llegado a la conclusión de que para que aquellos animales levantaran el vuelo o

arrojaran fuego por la boca habían precisado de ingentes reservas de hidrógeno en el cuerpo, a niveles tan peligrosos y en equilibrio tan precario que... De pronto me asaltó la duda de si estaría dispuesto a entregar mi vida por esas criaturas. ¿Cómo reaccionaría si alguien me presentara la disyuntiva: tu vida a cambio de la pervivencia de los dragones? Mmm, no lo sé.

Cruzamos un río, el Rbia, y los márgenes de la carretera comenzaron a verse jalonados de hombres que vendían pescado y exponían sus jugosas y largas piezas colgadas de unos ganchos. Y más adelante, hombres y niños que ofrecían espárragos, el manojo sujeto en una mano mientras con la otra daban el alto a los vehículos. Y otros que vendían pequeños haces de leña.

Supe que Hand sería incapaz de resistirse.

—Fíjate en... —dijo.

—Ni se te ocurra —repliqué.

Los taxis allí eran Mercedes-Benz, todos color chartreuse. El paisaje de nuevo me recordó al sudoeste de Estados Unidos. La tierra enrojecía, se hacía más sanguinolenta a medida que nos acercábamos a Marrakech, ciudad diseminada a todo lo ancho de una llanura y rodeada por una cadena de montañas. Churchill quedó prendado de esa cordillera, el Gran Atlas; fue el único paraje que describió durante la Segunda Guerra Mundial. «El enclave más maravilloso del mundo», diría a Roosevelt cuando se dieran cita allí, en 1943, para planear el desembarco en Normandía.

«—Usted tenía una misión, señor Churchill.

»—En efecto.

»—Ojalá yo también. Envidio su papel en la historia mundial, fue crucial. ¡Catapultado a la gloria desde la cuna!

»—Se equivoca. Esa misión no me vino dada.

»—No estoy de acuerdo.

»—Usted sabrá.

»—He de discrepar para justificar mi existencia.

»—Entiendo.

»—Dígame, ¿cuál es mi misión en la vida? ¿Dónde están mis búnkeres, mis trincheras, mi maldita Gallipoli?»

Ahora, a medida que nos acercamos, ved cómo el verdor de las montañas se intensifica y predominan los árboles altos, de copa afilada y color verde oscuro, ved cómo manan los torrentes, todo tan exuberante. Ved la tierra rojiza. Rojo granate, color de vino. Ved qué variedad de colores, qué armonía de tonalidades. ¡Qué exuberancia! No imaginábamos ni por asomo un país tan fértil. Un viandante sostenía algo en alto, pero no un pescado: un bulto peludo. Al pasar por delante comprobamos que tampoco eran pieles, sino plumas, un grupo de gallinas colgadas de un gancho. El vendedor viste una chilaba marrón. Vednos ahora quince kilómetros más adelante, el

coche estacionado en el arcén; Hand cruza la carretera a toda prisa, corre a campo traviesa y llega hasta una familia que viaja con su caballo, todos cargados con fardos. Ved cómo pide indicaciones, se da una palmada en la cabeza —¡Ajá!—, y les ofrece a continuación un montón de billetes. Ved cómo la familia le regala unos higos, que, una vez de regreso en el coche, Hand comerá, masticará, escupirá y arrojará por la ventanilla. Vedlo después dar dinero a un niño que vende pescado, y al niño empeñarse en que aceptemos una pieza, que Hand guarda en el maletero, sonriendo y guiñando un ojo al chaval, que se diría aguarda a que lo comamos en el acto. Y oíd a Hand poco más tarde:

—¡No tiene nada de malo lo que estamos haciendo! ¡Nada!

—Claro que no —asentí.

—Ha estado bien lo del chaval. Qué majete.

Pisé a fondo el acelerador. Circulábamos a ciento veinte por hora.

—Tienes que llamarme Ronin —exigí.

—Lo que tengo que hacer es arrearte un puñetazo.

Ponderamos por un momento si con nuestro proceder estaríamos haciendo concebir falsas esperanzas entre los lugareños. Seguro que toda la gente pobre de aquellos pagos, todos los habitantes de la zona, daban ya por supuesto que, si esperaban tranquilamente a la vera del camino, unos yanquis que viajaban en un hermético coche de alquiler y vestían pantalones que hacían frufnú se acercarían para soltarles un puñado de billetes. Yanquis que pagaban una fortuna para que les indicaran el camino.

A media tarde no circulaba nadie por la carretera, salvo algún fulgurante taxi, siempre Mercedes o BMW, o algún que otro autocar en ruta turística. El transporte colectivo no debía de existir en Marruecos. La mayoría de los viandantes eran hombres y casi todos vestían traje, un traje raído y polvoriento. Vimos hombres con trajes de raya diplomática que pastoreaban sus rebaños. Y otros con ajados esmóquines que sostenían sus manojos de espárragos a escasos centímetros del vertiginoso tránsito.

Hicimos un alto para beber algo en una pequeña población repleta de oficinas bancarias. Atildados caballeros sentados a las mesitas del café nos saludaron con un movimiento de la cabeza y entramos en un establecimiento fresco y sombrío, en cuya barra compramos unos refrescos de naranja y gaseosa. El sol caía sobre el hombro del camarero con un rayo blanco y liso, y nunca vi transparencia como la del agua que nos sirvió en aquellos vasos. Esa agua era la límpida alma de la vida.

Carretera adelante, las montañas cobraron nitidez; las cimas coronadas de nieve. A medida que descendíamos hacia Marrakech, afloraban las vallas publicitarias que anunciaban complejos turísticos, campos de golf y equipos de telefonía móvil. La

carretera pasó de dos carriles a cuatro y se llenó de motocicletas, con sus gimientes acelerones e hirientes cambios de marcha. A derecha e izquierda se alzaban bloques de pisos —por el momento aquello bien podía ser Arizona—, y en cuanto divisamos una agencia de viajes paramos a preguntar. Una única persona la atendía, y al solicitarle información sobre los vuelos que salían de Marrakech, esa misma noche, respondió que él solo gestionaba cruceros y viajes organizados para daneses y suecos.

Nos disponíamos a entrar de nuevo en el coche cuando de pronto vemos pasar a una madre con su hija, el rostro cubierto con un velo. La miramos a los ojos. Qué oscuros ojazos. La chica sonrío y aparta la vista. La madre nos pilla mirándola y siguen adelante, apretando el paso. Ha sido un flechazo. Subimos al coche y pasamos junto a ellas, estirando ambos el cuello, sin quitarle ojo de encima, como ligones de playa. La chica se vuelve y nos sonrío. Hay algo entre nosotros.

—¿Has visto? —pregunto.

—¡Hemos ligado! —exclama Hand dando una palmada en la guantera.

—Tenemos que volver.

Doy la vuelta y pasamos de nuevo junto a la chica y su madre, de frente esta vez. La chica nos reconoce. Sonríe con tímidas coqueterías, irresistible. Qué ojazos.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —pregunta Hand—. ¡Está enamorada!

Aparco en el arcén. Saltamos del coche y corremos hacia ellas.

—¿Qué vamos a hacer cuando las demos alcance?

—Ni idea. ¿Señora fulana de tal tiene usted una hija preciosa?

Les seguíamos los pasos a tres metros de distancia, sus túnicas rozaban la calzada silenciosas, cuando me paro en seco. Hand da unos pasos, advierte que no le sigo y retrocede.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—No puedo —respondo.

—¡Pero si está enamorada!

—Ve tú.

Hand echa a correr. Lo oigo dirigirse a ellas aunque no las ha alcanzado todavía. No se dan por aludidas, siguen su camino. Al final, Hand toma carrerilla, se adelanta y les obstruye el paso. Madre e hija se detienen. Hand dice algo que no acierto a captar. Empieza a gesticular. No hablan francés.

Por un momento se queda inmóvil, ellas inmóviles a su vez, los tres a la espera de algo. De dominar la lengua del otro por ciencia infusa o de cualquier movimiento que los saque del atolladero. Finalmente Hand sonrío cortés, hace una reverencia y regresa al coche, donde yo aguardo.

—Me he quedado sin palabras —explica.

—Algo ha estado a punto de suceder.

—Algo ha sucedido, aunque insignificante.

Me parecía espantoso que nos hubiéramos enamorado de ella y ella de nosotros, o al menos de Hand, y saber que nunca llegaría a nada, que nuestro amor era imposible,

y que polvo seríamos dentro de unas décadas o incluso antes.

¡Qué ciudad tan roja! Las murallas, que la rodean por doquier, son por doquier rojas, de una tonalidad idéntica a la cicatriz que bifurcaba mi nariz, un granate apagado pero en cierto modo agradable a la vista, relajante a la vez que vivo. Minaretes y medinas compiten con cafés al estilo parisino, edificios de siete plantas con balcones de rejas, aceras bullendo de gente vestida a la última, y nosotros nos dirigimos a toda prisa hacia el aeropuerto bajo un sol poniente que envuelve el desierto y la ciudad con una delicada gasa rosácea.

Alrededor del aeropuerto se extendía un parque, con suelo de tierra y árboles recién plantados, donde montones de familias acampaban disfrutando de sus meriendas y los niños jugaban a una especie de corre que te pilló.

Una vez en el interior, en el fresco aeropuerto de suelo blanco, y ante el mostrador de la compañía aérea:

—¿Qué vuelos salen esta noche? —preguntó Hand.

Un atento y melifluo caballero, vestido con uniforme azul:

—¿Adónde desean viajar los señores?

—Lo sabremos en cuanto nos diga qué vuelos hay.

—Señor, primero necesitamos saber adónde quieren ir.

—Usted díganos qué vuelos hay.

—Dígame usted qué vuelo desea.

El talante de nuestro interlocutor, en un principio divertido, se trastocó de pronto en algo rayano en la cólera.

—Yo he preguntado primero —replicó Hand.

Y así seguimos un rato. Es una actitud que ni entonces ni nunca ha servido de nada. Averiguamos por fin que había un vuelo a Moscú, vía París, tres horas más tarde. Desde Moscú podríamos desplazarnos a Irkutsk, en Siberia —lo habíamos consultado a través de internet con Raymond, que continuaba en Dakar, y sabíamos que existían vuelos regulares y asequibles—, y una vez en Siberia, dar el salto a Mongolia, pues sin duda habría puente aéreo desde Irkutsk a Ulan Bator.

Decidimos embarcarnos rumbo a Moscú. Por la mañana ya estaríamos allí. La compañía aérea exigía el importe en efectivo, cerca de mil cien dólares por ambos billetes. Sonreímos con satisfacción. ¡Por fin volábamos! ¡Entrábamos en acción!

En el despacho de cambio de moneda me precipité sobre los cheques, estampé mi firma como loco, rúbrica tras rúbrica, en doce de ellos, por valor de cien dólares cada uno, y a continuación los deslicé bajo el cristal de la ventanilla, de donde los recogió un ceñudo empleado con tan espeso y rígido mostacho que habría podido barrer una mesa de billar. El hombre, rechoncho y malhumorado por su exceso de sebo, una vida desgraciada o el peso del mundo entero, no se dignó aceptarlos; mi firma, según él, no se correspondía con la del pasaporte. Me los devolvió de mala gana por debajo de la ventanilla, dio un bufido e indicó con un gesto que nos apartáramos.

Recurrí entonces a la súplica. Dije que, en efecto, había cambiado de firma no hacía mucho, por eso parecían distintas. Pero él no escuchaba.

—¡Estoy en mi derecho a cambiar de firma! —exclamé.

El tipo no hablaba inglés. Hand probó con el francés, pero sin éxito.

Y acabó perdiendo los estribos.

—¡Esto es intolerable! ¡Su deber es cambiarnos ese dinero!

Parapetado tras el cristal de la ventanilla, el oficinista nos miró tan campante.

—¡Coja esos cheques y cámbielos ahora mismo! —Hand salpicaba de saliva el cristal. La gente nos miraba, pero el tipo continuaba impasible. Hand insistió, en francés esta vez. Después volvió a la carga con el inglés macarrónico—. ¡Mala persona! —gritó—. ¡Nosotros tener vuelo! ¡Avión Rusia! ¡Necesitar dinero! ¡Mala persona!

El arranque de Hand, tan inopinado como caricaturesco, no surtió efecto alguno. Un caballero que se hallaba detrás de nosotros nos aconsejó ir a alguna sucursal bancaria del centro, donde a buen seguro aceptarían los cheques. No nos quedaba otra alternativa, y teníamos el tiempo justo. Cuando ya nos íbamos, Hand, señalando con el dedo y temblando de rabia, gritó:

—¡Volver por ti, mala persona! ¡Tú ver yanquis otra vez!

Cruzamos la ciudad a toda velocidad, reduciendo la marcha, parando, volviendo a arrancar entre sacudidas y avanzando de nuevo. Todos los bancos estaban cerrados. Saqué quinientos dólares de un cajero automático —todo lo que se me permitía extraer de una sola vez— y recordé entonces que tenía ochocientos dólares, en efectivo, pegados en el interior de mi mochila.

Nos quedaban veinticinco minutos para coger el avión; ya solo faltaba cambiar los dólares.

—¡Mierda! —exclamé.

—¿Qué?

—Hay que volver a la ventanilla del mostrenco ese.

—Bueno. Así se enterará. ¡Hemos ganado la jugada!

Hand tenía razón. El tipo no solo se vería obligado a cambiarnos el dinero, sino que lo íbamos a machacar, se llevaría tal vapuleo que correría a su mujercita con el rabo entre las patas, hecho un guiñapo, incapaz de fastidiarnos, incapaz, por ese día, de jorobarles el plan a otros pobres turistas inocentes. Quedaban siete minutos.

Giramos en una rotonda del casco urbano, casi cortamos el paso a una motocicleta y un guardia urbano vestido con impermeable amarillo nos dio el alto de inmediato. Indicó con un gesto que nos hiciéramos a un lado y estacionáramos el vehículo. Era un individuo alto y lucía también un espeso bigote negro. La tez aceitunada pero con los pómulos enrojecidos por el sol. Otro igual que el de la ventanilla; otro que iba a empeñarse en fastidiarnos los planes.

Solicitó mi carnet de conducir y lo examinó con atención.

—¡Chicago! —exclamó.

—Sí —respondí. El tipo no era como el de la ventanilla.

—¿Bonito? —preguntó.

—Muy bonito.

—¡Tommy Lloyd Wright! —exclamó.

—Muy bonito —asentí—. Rascacielos. Muchos Tommy Lloyd Wright, sí señor.

—Estudio arquitectura. Wright gusta mucho a mí. ¿Entiende?

—Sí, mucho. ¿La Casa Robie? Bonita, sí señor. —De pronto me había dado por hablar como Hand—. Chicago bonito —añadí—. Marruecos también muy bonito. — Sonreí con convicción, manifestando profundo amor por su país y confianza en su futuro.

«—Impídenos el paso y serás nuestro enemigo.

»—Interprétalo como gustes.

»—Obstaculizar el avance del prójimo es inhumano.»

Hand se inclinó sobre mí e intentó explicarle que teníamos prisa porque debíamos coger un avión.

—¡Señor, tener que coger avión! ¡Aeropuerto! ¿Permiso?

Hand gesticulaba imitando un avión, la mano volando dentro del coche de un lado a otro, efectos de sonido incluidos. Mientras simulaba el despegue con su característico rugido de motores, el guardia, boquiabierto, nos indicaba con un gesto que continuáramos nuestro camino. Qué gran persona.

Una vez en el aeropuerto, abandonamos el coche de alquiler en su aparcamiento correspondiente —ya telefonaríamos a la agencia desde París— y corrimos al mostrador de facturación, que vimos vacío. En la colindante oficina de la compañía aérea se sorprendieron de vernos de nuevo.

—¡Otra vez aquí! ¿Adónde van?

—A Moscú. Ya tenemos el dinero.

Desplegué los billetes sobre el mostrador. Qué derroche.

—Huy, no, no —dijo el auxiliar de tierra—. Demasiado tarde. ¿Ve? —Apuntó a la ventana. El avión, un gran reactor de Air France, se encontraba ya en pista, visible, justo enfrente. Por la escalerilla subía aún parte del pasaje.

—¿No pueden avisarles? —preguntó Hand.

Así lo hicieron. Pero no nos permitían embarcar. Llegábamos con quince minutos de adelanto, pero con diez de retraso.

—Lo lamento —se disculpó el marroquí que nos atendía—. No los aceptan a bordo. Razones de seguridad, según ellos.

—¡Llame otra vez! —insistió Hand a voz en grito.

—No puedo. Son franceses —alegó.

El prolongado mutismo que siguió a la explicación del hombre reflejó nuestra incompreensión.

Estábamos pasmados. Dos horas corriendo de acá para allá para terminar haciendo noche en Marrakech. Estábamos destrozados. Nos prohibían embarcar cuando el avión estaba allí mismo, ante nuestras narices, apenas a sesenta metros de distancia. Aún había pasajeros ascendiendo por la escalerilla, directamente desde el asfalto, y algunos se volvían y agitaban la mano en dirección a sus familias, en el interior de la terminal. Un tipo cargaba con tres palos de golf en una mano y un peluche de Goofy en la otra. Y a nosotros, sin embargo, nos denegaban el embarque. Qué injusticia tan escandalosa. ¡No podíamos quedarnos en Marrakech! Ya lo habíamos visto, llevábamos todo un día allí, dos días en África en total, casi tres ya, y ahora nos dejaban en tierra, tirados. Había siete continentes, y ya habíamos despilfarrado la mitad del tiempo en uno solo.

Fui a sentarme en el fresco suelo de la terminal, a la puerta del despacho de la compañía aérea, mientras Hand se quedaba dentro discutiendo. Lo oí primero lamentarse con voz quejumbrosa, fingir llanto, ofrecerles después una botella de vodka que no tenía, habanos en los que jamás había posado ni los ojos ni las manos —«Le garantizo, jefe, que son de la mejor calidad, liados en la fábrica particular de tabacos de Fidel Castro»—, y por último, tras un estrepitoso fracaso, preguntar por los vuelos que salían al día siguiente. El suelo sobre el que me hallaba sentado estaba frío, pero era algo sólido y limpio. El aeropuerto estaba impoluto. Ladeé la cabeza y escudriñé la terminal imaginando que planeaba sobre ella como un pájaro en vuelo rasante. El suelo despedía un brillo opaco y mortecino. Por un instante tuve la impresión de que me encontraba de nuevo en O'Hare, camino de Senegal. Tan pronto se apoderaba de mí una cólera intensa como me embargaba la calma más absoluta. Cualquier movimiento frustrado lo interpretaba como una afrenta, algo prácticamente incomprensible. Qué difícil aceptar un «no» por respuesta. Por otro lado, con cada paso que no damos, parte de nuestro ser suspira aliviado.

Queridas Mo y Thor:

Cada país tiene su propia moneda. Es lo primero que hace un país al nacer, imprimir moneda. Aquí los billetes son preciosos, como en casi todas partes del mundo a excepción de Estados Unidos; incluso los canadienses son más bonitos que los nuestros. Hand (¿os acordáis de Hand? El que os explicó cómo se cazan las mangostas suricatas y luego hizo una demostración contigo, Thor) dice que en Nueva Zelanda los billetes son como de plástico y tienen ventanitas transparentes. La verdad es que el dinero es la única vía tangible de comunicación que poseemos, si...

—Levanta, pedazo de idiota.

Hand había salido ya del despacho, riendo con el auxiliar de tierra marroquí, que vestía igual que un piloto y cargaba con una cartera a tono. Escondí la postal y, mientras en la pista nuestro avión despegaba rumbo a París, franqueamos las susurrantes puertas automáticas del aeropuerto y nos adentramos en el fresco y límpido anochecer de Marrakech.

Recuperamos el coche, con la sensación de estar robándolo —no se había movido de donde lo dejamos y las llaves seguían en nuestro poder, pero se hacía muy extraño—, y regresamos al centro en busca de hotel. Una vez registrados, recorreríamos en coche las montañas en busca de gente necesitada, nos acercaríamos a sus chabolas de noche —estaba oscureciendo, la luna ascendía y empezaban a asomar las primeras estrellas—, arrojaríamos pequeños fajos de dinero a través de las ventanas sin cristales y saldríamos huyendo carretera adelante.

Primero, sin embargo, visitaríamos la plaza de Djema el Fna; habíamos pasado por delante con el coche al ir hacia el banco y reparado en el demencial bullicio, una muchedumbre que crecía por momentos, un hervidero de turistas y lugareños que se arremolinaban junto a tenderetes y puestos de comida, unos con chilabas, otros con pantalones de marca, todos con ojos pasmados y oídos ensordecidos por el estruendo circundante. Nos registramos en un anodino hotel de cristal y acero, y durante diez minutos volvimos a quedarnos embobados ante el televisor de la habitación viendo el rally París-Dakar. La cámara filmaba ahora desde uno de los vehículos participantes, cuyo conductor avanzaba de un pueblo a otro, dejando a sus espaldas rostros y casas borrosos, y levantando polvaredas a su paso.

Hand, revista en mano, cruzó la puerta del baño.

—Voy a pasar —anunció, lo que implicaba un mínimo de media hora: veinte minutos para la evacuación, diez para la ducha posterior. Hand necesita ducharse cada vez que hace de vientre; vete a saber por qué.

Yo telefoneé a mi madre.

—¿Quiénes han sido hoy los afortunados? —preguntó—. ¿Jugadores de baloncesto otra vez?

—No, ahora pedimos indicaciones.

—¿Para ir adónde?

—A donde sea que vayamos.

—¿No tenéis mapa?

—Por supuesto.

—Entonces sabéis adónde vais.

—Sí, claro, siempre.

—Pedís indicaciones y pagáis por el favor.

—Exacto. Por lo general todo está ya bien indicado. Tomamos el camino que corresponde, hacemos un alto para confirmar que vamos en buena dirección, nos quitamos de encima unos cuantos billetes y continuamos viaje.

—Pero ellos no saben que sabéis el camino.

—Puede que sí, puede que no.

—Yo creo que sí. Tienen que saberlo.

—Puede ser.

—Y entonces les dais el dinero.

—Eso.

—O sea que todo es una farsa.

Hand emergió de repente del cuarto de baño como si acabara de dar de comer a una manada de osos y se hubieran vuelto contra él. Su propia pestilencia se le había adelantado y se esparcía ya por el dormitorio.

—Yo qué sé —le respondí a mi madre.

Tomamos una cerveza en el bar del hotel, llamado Timofey's. La joven camarera de la barra me miró a la cara e hizo un compasivo mohín, que yo acepté con una sonrisa. Aparte de nosotros, no había más parroquianos que una mujer de muy avanzada edad, las canas peinadas hacia atrás en una pulcra coleta, sentada a una mesa desde la que se dominaba el vestíbulo, con una copa de cierto líquido transparente en las manitas, engarfiadas en torno al cristal.

—Deberíamos sentarnos con ella —dijo Hand.

Tenía razón. Pero la gente de su edad era una incógnita para mí. Acaso nos despidiera con cajas destempladas. La mujer rondaría fácilmente los setenta y cinco.

Hand se encaminó hacia allí. Seguí sus pasos y, cuando llegué a la mesa, ya había tomado asiento a su lado, las piernas cruzadas, el tobillo sobre la rodilla. Ignoro con qué palabras se presentó. La anciana me tendió la mano. Le estreché los dedos, fríos al tacto y de flácidos pellejos, como un saquito de cuero lleno de delicadas herramientas. Era de nacionalidad francesa. Nos presentamos; me pareció oír que se apellidaba (mencionó nombre y apellido) Ingres. Hand estaba sentado a su derecha y yo, enfrente. Era una mujer muy hermosa. Vista de cerca parecía más joven, sesenta años tal vez. La nariz aguileña aún y los ojos vivarachos. Sorbía de la copa con una minúscula pajita roja.

—Sois pareja —observó.

Hand se echó a reír. Yo enarqué las cejas hasta rozar el nacimiento del pelo.

—Vaya, gracias —contestó Hand—. Es todo un cumplido. Pero no, se equivoca.

La anciana ladeó la cabeza y desplazó la vista de uno a otro.

—Sois hermanos. Uno de los dos es adoptado.

—No —contesté. Mis labios amagaron una sonrisa. Me divertían aquellas conjeturas y deseaba seguir oyéndolas.

—Estoy perdiendo facultades —afirmó la mujer frunciendo la boca en un mohín de disgusto—. Mi búsqueda es la verdad.

Debía de ser la persona más anciana con la que entablaba conversación en los últimos cinco o seis años, desde la muerte de Jarvis, el tío de mi madre, a quien ella adoraba porque le había enseñado a montar a caballo y curtir pieles. Él, sin embargo, no se expresaba de ese modo. La francesa me escudriñaba el rostro moviendo la cabeza en círculo como si me leyera el aura.

—Un accidente —expliqué.

—Eso parece —dijo—. Algo que olvidar, yo creo.

—Eso procuro —respondí—. Quizá algún día.

Hand preguntó qué la había traído al país. La anciana contestó que había visitado Marruecos con su marido justo después de contraer matrimonio y luego habían vuelto juntos a menudo. Su esposo llevaba cinco años difunto.

—Hoy es nuestro cincuenta aniversario —añadió con una sonrisa de abatimiento. Al final de la frase su voz se apagó, las últimas palabras como sombreros arrastrados por ráfagas de viento—. Y a vosotros, ¿qué os ha traído a Marrakech? ¿El golf? —Observó nuestra indumentaria—. No tenéis aspecto de jugar al golf.

—Somos botánicos —respondió Hand.

Dios Santo.

—Mientes —replicó ella, y dio un sorbo de su copa clavando los ojos en Hand.

Del pequeño altavoz situado sobre nuestras cabezas surgía la voz de Ella Fitzgerald. O quizá fuera Sarah Vaughn. Por un momento, abochornado, me imaginé a la Vaughn y a la Fitzgerald despreciándome por mi ignorancia.

—Usted debió de vivir la Segunda Guerra Mundial —observó Hand.

La francesa rió.

—¿Dónde le pilló la guerra? —preguntó él.

—En Cernay —respondió ella, y se liaron a hablar.

—¿Era parte de la Francia ocupada o del gobierno de Vichy?

—De la zona ocupada.

Hand se inclinó hacia ella. Cuanto más la miraba, más me convencía de que tal vez me hubiera equivocado al juzgar su edad. Sus mejillas lucían tersas y llenas de color. Sus facciones eran delicadas a la vez que firmes, como un rostro de vidrio.

—Colaborábamos —añadió la francesa—. Mi madre y yo llevábamos la granja.

—Colaboraban con los maquis, quiere decir.

—¿Qué sabes tú de eso?

—¿Me equivoco? ¿La granja estaba cerca de Suiza tal vez?

—Eres un fan de la guerra —afirmó la anciana señalándole con su minúsculo dedo, envuelto en piel a modo de holgado vendaje.

—He leído un poco —respondió Hand—, pero de fan nada, soy un estudioso del tema.

—También yo —intervine, dando por sentado que mi lectura en curso de la biografía de Churchill suponía acreditación suficiente.

—¿Su padre luchó en la guerra? —preguntó Hand.

—Lo mataron al mes de que empezara —respondió ella—. Y no por ser militar. Conducía un camión, lo mataron cerca de Abbeville.

—Lo siento —dije.

—Su hermano, mi tío, se internó en el monte —añadió la mujer—. La granja estaba en un valle, rodeada de bosques. Pasó años allí escondido; junto con tres

húngaros.

—Antifascistas.

—Sí.

—¿Su tío era comunista?

—No. En aquella época, no. No.

—¿Cuántos años tenía usted? —pregunté.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—Cuando invadieron Francia.

Me sentía incapaz de pronunciar la palabra «nazi».

—Diecinueve —respondió la francesa.

Ella y su madre cobijaban a los prisioneros de guerra huidos que pretendían pasar a Suiza. Falseaban los beneficios de la granja ante las autoridades alemanas y con el excedente daban de comer a quienes cruzaban la frontera y a resistentes que se ocultaban en el monte. Su marido era uno de aquellos soldados húngaros.

—No somos botánicos —reconocí entonces—. Estamos de visita, simplemente.

—Will es la imagen de una marca de bombillas —anunció Hand.

La señora me sonrió con cortesía.

—Y Hand ha sido el segundo en natación de todo Wisconsin —agregué. Menudo par de idiotas.

—¿Qué hizo cuando terminó la guerra? —preguntó Hand.

—Irme —respondió ella—. Huimos de Francia. A mi tío lo asesinaron los nazis franceses en la plaza del pueblo. Lo despellejaron y luego le pegaron un tiro como castigo por haberles envenenado la comida y liquidado a seis de los suyos. Eran tiempos... Al final nada parecía real. O quizá sí... —Su voz se apagó de nuevo.

—Si no le apetece, no tiene por qué hablar de ello —advertí.

—Ya lo sé. Pero es tan raro poder... —Rió un instante y se limpió los labios con la servilleta—. Poder instruir a unos jovencitos americanos.

Dio un sorbo de la copa. Qué señora, qué mujer.

—Todo sucedió como en un soplo... como se recuerda el tiempo pasado en cama, enfermo. Cuando la mente... —Agitaba las manos a ambos lados de la cabeza como si dirigiera vientos imperceptibles o manipulara las agujas de un telar—. Al año siguiente, mil novecientos cuarenta y cuatro, murió mi madre tras un parto con complicaciones —prosiguió y, percibiendo nuestra sorpresa, agregó—: tenía cuarenta y dos años y él era cura, nada menos. Pero esa es otra historia. Tuvimos que irnos del pueblo; no podíamos seguir allí.

Se trasladaron a Amsterdam, donde su marido, al que llamaba Pipi, según creí entender, retomó su profesión de ingeniero técnico. No tuvieron descendencia. Hand observaba con atención el reloj de pulsera que lucía, una sencilla esfera engarzada en oro y sujeta por una ancha correa negra. Un reloj de hombre.

Se hacía tarde y debíamos irnos. Le contamos nuestros planes.

—Debería venir con nosotros —la invitó Hand, con sus maneras de generoso anfitrión. Y al percibir el alcance de su idea, enseguida añadió—: ¡Lo digo en serio!

—La gente que buscáis no la encontraréis allá arriba —repuso ella.

—¿Por qué? —pregunté.

—Bueno, nunca se sabe. No debería desanimaros.

—¡Venga con nosotros! —insistió Hand.

—¿A la montaña? Son las nueve y media.

—Primero pasaremos por Djema el Fna.

—Qué amables —dijo ella posando su mano sobre la de Hand—. Pero disfrutad de esa aventura sin mí. He visto esas montañas de día y dudo que el espectáculo sea mejorable.

«—Hand, deberíamos quedarnos con ella. Hacerle compañía por una noche y disfrutar de sus relatos. Son mucho más interesantes que nada de lo que podamos encontrar allá arriba.

»—Pero es el pasado.

»—Precisamente.

»—Te estás contradiciendo. Acordamos que había que ir rápido, no sentarse a escuchar historias.

»—Creí que te apetecía quedarte.

»—Me basta con lo que he escuchado.»

—Necesitamos su presencia —me oí decirle—. De verdad nos gustaría que nos acompañara.

Nos miró sorprendida. Mi insistencia le habría hecho recordar algo. De buenas a primeras dejamos de ser inofensivos.

—No —dijo—. Saludad a esas montañas de mi parte. —No alcancé a oír el final de la frase, que de nuevo sonó lejano, como si la escucháramos desde el fondo del río.

Nos pusimos en pie.

—¿Permite que la invitemos a una copa antes de irnos? —ofreció Hand.

Ella asintió con la cabeza.

Me acerqué decidido a la barra y pedí una segunda copa de lo que tomaba la señora. Tenía aspecto de ginebra. Regresé a la mesa y deposité la bebida entre sus delicados y huesudos dedos. Hand se despidió con una reverencia, tomó su mano y la besó en la fina sortija de plata. También yo fui a inclinarme, pero mi espalda dio un inopinado crujido y no logré completar la reverencia ni volver a mirarla a los ojos. Di la vuelta a ciegas, bajamos corriendo por los tres tramos de escalera y salimos a la brisa nocturna.

En la calle hacía calor todavía, y al acercarnos al coche observamos que la rueda trasera izquierda estaba pinchada. Nos quedamos mirándola boquiabiertos por espacio de medio minuto. Llevábamos un promedio de una rueda por país.

Esa vez lo solucionaríamos nosotros mismos, siguiendo los trucos del abuelo de la sabana con pies de azabache y arrugas como blancas telarañas. Con el coche apoyado sobre sus cuatro ruedas, aflojamos las tuercas. A los pocos minutos, en mi campo de visión aparecieron las piernas de un hombre.

El señor debía de rondar los cuarenta, con porte, real o aparente, de persona con posibles y fular blanco al cuello. Me indicó que me quitara de en medio con una interjección. Me puse en pie y le cedí la llave inglesa. No sabía qué se proponía. Al ver que las tuercas estaban ya destornilladas hizo girar el gato con premura.

—¿Quiéneráeste? —pregunté.

—Niidea —dijo Hand.

Vino entonces un segundo individuo que a su vez apartó del gato al anterior con una interjección. El primero se hizo a un lado y dejó que el segundo rematara la faena. No entendíamos nada. Éramos perfectamente capaces de cambiar una rueda, y de buenas a primeras nos habíamos juntado cuatro para la tarea, más dos mirones que acababan de unirse al grupo. Aquello parecía el proyecto de construcción de una autopista norteamericana.

—Serácostumbreaquí —aventuré—. Disfrutancambiandorruedas. Essu-
pasatiempofavorito.

—Yeldelmundoentero —corrigió Hand.

Todo el mundo deseaba ayudar. Ayudar u ofrecer su ayuda en caso de necesidad. Era algo natural en ellos.

Con el problema resuelto y la rueda cambiada, premiamos nuestro esfuerzo cenando en un Pizza Hut cuya pizza atacamos con tanta vergüenza como disfrute. El establecimiento estaba vacío; había sido un día muy ajetreado y era un placer llevarse al estómago un plato caliente y conocido. El empleado nos sirvió los refrescos en la mesa, y al rato volvió con otra ronda a cuenta de la casa. Teníamos una pinta infame. Estábamos agotados, pero ya solo quedaban cinco días. De los siete con que habíamos empezado, solo quedaban cinco, cuatro y medio. ¿Habíamos hecho buen uso de ellos hasta el momento? Durante la cena recordamos los acontecimientos de los dos días anteriores, el vuelo, nuestra estancia en Dakar, las prostitutas, las playas, el guardia urbano, Saly, el partido de baloncesto, el habitante del complejo residencial a medio construir...

—Por el momento vamos bien —afirmé.

—Hay que ir más rápido —repuso Hand.

—Habrá que organizarse mejor.

—¿Crees que nos dará tiempo de ir a El Cairo?

—Claro. De sobra.

—¿Con escala en Mongolia incluida?

—Claro. Tenemos tiempo.

—Quiero ir a El Cairo como sea. Para mí es lo más importante.

—Lo sé.

—Pero si nos desviamos hacia el norte, a Moscú...

—Se pueden hacer ambas cosas —aseguré, sin tener ni remota idea. El resto del viaje discurría en mi mente con velocidad supersónica y gracilidad de aerodeslizador. Por el mar, por el aire de nuevo... ¡en globo! ¡En zepelín! Otra vez barcos, y monos, ¿y dónde decían que estaba el muro aquel? El que millones y millones de personas se acercaban a tocar, en el centro de una plaza dorada...

Fuimos en coche a la plaza de Djema el Fna. Al otro lado del torrente de viandantes cuyas siluetas se entrecruzaban, divisamos la muchedumbre, un enorme macizo montañoso que se movía contra el sol poniente en el horizonte: cabezas y cabezas de miles de personas mezclándose entre sí. ¿En torno a qué confluían en realidad? ¿Algún tipo de mercadillo quizá? Nadie nos había informado.

Aparcamos el coche y dos chicos montados en la misma bicicleta nos ofrecieron hachís. Dijimos que no, gracias. Insistieron una y otra vez, pero seguimos adelante. Hand palmeó la espalda de uno de ellos deseándoles buena suerte.

—Maricones —exclamó el chaval.

Nos adentramos a pie en la plaza, que había empezado a desocuparse mientras buscábamos aparcamiento. Debían de ser las diez de la noche. No quedaba una sola mujer y la codicia de los hombres iba en aumento. Diez vendedores de hachís se acercaron a nosotros renegando y farfullando. Nos abrimos paso entre ellos, rodeamos el corrillo congregado ante unos monos que hacían piruetas a la luz de unos faroles —el gentío había acudido a presenciar el espectáculo ambulante— y nos dirigimos al bazar.

Una vez dentro, avanzamos palmo a palmo entre la creciente espesura de comercios, separados entre sí por medianeras provisionales y alfombras que colgaban del techo, entre el griterío de los vendedores que anunciaban a voces sus artículos: babuchas, mochilas, bufandas, aparatos de música, cámaras fotográficas, objetos de artesanía, esteras, joyas, jarrones y cualquier cosa que imaginarse pueda fabricada en latón y esmaltada en plata o cobre. Nos detuvimos en un pequeño negocio, regentado por un hombre de escasa estatura y rápidos movimientos, con ojillos tristes pero veloces y grandes cejas salvajes. Cualquier artículo que tocáramos o miráramos de refilón desencadenaba un aluvión de alabanzas y exhortaciones por su parte. Nos trataba de amigos y se ofrecía a hacernos un descuento especial por ser estudiantes mientras daba nerviosas palmaditas en la espalda de Hand.

—Amigo —me dijo agarrándome del hombro—, tú pasa algo, yo tengo lo que necesitas. —Extrajo a continuación un largo sable de hoja curva, casi un metro de extensión, envainado en una abigarrada funda—. Bueno, bonito, ¿eh?

—¿Cuánto? —pregunté. Me gustaba el sable.

—Para ti, cien dólares.

Hand soltó una carcajada. Me interesé por modelos más modestos.

El tendero no dejaba de hablar. Al principio le reímos las gracias, todo aquel «amigo» por aquí, «amigo» por allá, «yo ayuda», pero después intentamos hacerle comprender que su representación era innecesaria con gente como nosotros, que estábamos al cabo de la calle, que viajábamos con la guía azul y sabíamos lo que costaban las cosas, etcétera, pero él continuó erre que erre y nos vimos obligados a congelar la risa. Regateamos con él sin demasiada voluntad. Queríamos adquirir una serie de fruslerías: un par de navajas, un pequeño joyero ovalado con incrustaciones de esmeraldas falsas que al abrirse se convertía en brazaletes, y al ver que no aceptaba nuestra oferta fingimos que nos íbamos. El tendero exhaló un suspiro. Miró a derecha e izquierda y espío tras la cortina color burdeos para dejar claro que, si aceptaba aquel precio, no debía llegar a oídos de su jefe ni del propio Alá. En recompensa por su empeño, su amable camaradería y fortaleza de carácter, le compramos cinco artículos: dos navajas decorativas, dos pequeños joyeros-brazaletes y, por último, un platillo de latón repujado.

—¡Hasta la vista, amigos! —exclamó a nuestras espaldas al vernos salir—. ¿Querer bonito juego ajedrez? ¡Para ti barato, precio estudiante!

Pero ya nos íbamos, y con planes de más envidia en mente.

Regresamos a la plaza en busca de otro bazar. Pero nos habíamos entretenido demasiado. La mayoría de las tiendas había cerrado. Las persianas metálicas estaban echadas o sus propietarios recogían ya sus enseres.

—Qué putada.

—No, queda una.

En los alrededores de la plaza, un espacioso comercio permanecía abierto, cuatro paredes en realidad, pero llenas de colorido y repletas hasta el techo de mercancías. A su puerta, un perro callejero hurgaba en una enorme pila de desperdicios y excrementos.

Saludamos al corpulento propietario y nos adentramos en el local entre abigarradas estanterías atestadas de platos, alfombras, joyeros, bandejas y navajas. Con sus bronces y latones, sus azules y rojos vibrantes, sus juguetes de hojalata esmaltados, la tienda se me antojó más hermosa que cualquier pintura antes vista, incluso me atrevería a decir que cualquiera jamás pintada; era como un intrincado tapiz medieval y cien exquisitos bodegones holandeses en uno, solo que con más vida; el arte y la delicadeza empleados en la elaboración de aquellos artículos, hasta el más sencillo adorno, eran sin duda equiparables a los de casi cualquiera de las obras realizadas o ambicionadas por otros artistas de mayor renombre, como asimismo podría decirse de cualquier pasillo de cualquier tienda de comestibles, o cualquier juguetería que se precie, aunque tales espacios no lleguen nunca a merecer tal reconocimiento, al igual que tampoco un casino...

Entre juegos de té, tableros de ajedrez y minúsculos cofres donde guardar objetos preciados busqué y encontré el más pequeño, más barato y menos deseable de todos los objetos almacenados en la tienda. Un llavero con una cadena de la que colgaba un

animalillo blanco, quizá una oveja, burdamente tallada en un material liso y lechoso semejante al plexiglás. Sostuve el llavero entre las manos y lo acaricié con delicadeza. Después, emitiendo un sonido de aprobación, se lo tendí a Hand, muy en su papel de entendido tratante de objetos preciosos. Hand vino hacia mí, palpó el llavero y ronroneó con interés.

—¿No es increíble? —dije.

—Para llorar de bonito —afirmó.

Nuestro interés quedaba manifiesto. Nos dirigimos al corpulento tendero y le preguntamos, en francés, cuánto costaba.

El hombre no hablaba francés. Corrió hacia un escritorio en el fondo de la tienda y regresó con un pedazo de papel pautado y doblado en cuatro donde anotó: 60 DH.

Sesenta dirhams: tres dólares aproximadamente.

Eché un vistazo al papel y después al llavero. Arrugué la frente y rechacé la oferta con un lento movimiento de cabeza. Ahí empezaba nuestra jugada: le pedí el papel y el bolígrafo y, en el mismo pedazo, bajo sus 60 DH, escribí 150 DH.

Luego se lo devolví con semblante severo pero esperanzado.

En ese momento podría haber ocurrido un sinfín de cosas: que el tendero, captando la broma, me riera la gracia y soltara una carcajada, o que se rascara la cabeza, perplejo por un instante, y señalara después mi error. También cabía la posibilidad, no tan remota, de que al trastocar las fuerzas de la lógica del regateo hubiéramos tirado de los cabos sueltos del universo y acabáramos desenredando la madeja de la fortuna, del amor o de la doble hélice, y la conmoción provocada por tal acontecimiento se oyera desde Bombay a Akureryi. Pero nada de eso sucedió. Lo que ocurrió fue que el tendero bajó la vista hacia el papel, ladeó un instante la cabeza, guiñó los ojos y asintió enseguida con un único y enérgico movimiento del cráneo.

—¡O. K. ! —exclamó haciendo una mueca. Trato hecho. Habíamos puesto a prueba su paciencia, pero éramos unos negociadores de primera y él, hombre de ley.

Fue un momento extraordinario. Mejor de lo que nunca habríamos imaginado.

Hand se aproximó a nosotros. Le mostré el papel y le indiqué que aquel buen hombre se había avenido a los duros términos de mi oferta. Pero Hand no se daba por satisfecho tan fácilmente. Me pidió que le dejara el llavero. Lo deposité en la palma de su mano y él tanteó su peso y deslizó un dedo sobre su superficie. Lo examinó con cuidado, lo abrió y probó su cierre una y otra vez como si entre las manos sostuviera el mosquetón de un alpinista. A continuación negó con la cabeza, tomó el papel y el bolígrafo, y debajo de los 60 DH y 150 DH, anotó: 250 DH.

En ese momento pensé que habíamos llevado la broma demasiado lejos. Nuestro amigo se había percatado y rompería a reír.

Ni mucho menos. Al contrario. Una vez más, miró el papel con extrema atención, el puño en un mentón... y asintió con el despacioso cabeceo, tan campante. A mí me temblaban las rodillas.

Tomé de nuevo la oveja y esa vez me la llevé a la cara y la froté contra mis mejillas. La besé con ternura y clavé la mirada en sus ojillos negros. No era un precio justo.

—¿Doscientos cincuenta? —le dije a Hand—. Eso es un insulto.

Le arrebaté el papel y, bajo las cifras anteriores, escribí: 1. 800 DH.

Se lo devolví al tendero, convencido de que esta vez alzaría los brazos y rompería a reír a carcajadas. Pretendíamos pagar casi ciento veinte dólares por un llavero que valía tres.

Él, sin embargo, permaneció impasible. Aquel hombre era un titán. Se llevó un dedo a los labios, calibrando tal vez nuestra cordura o simulando meditar la nueva propuesta, y tras larga y medida pausa... expresó una vez más su aquiescencia. No recuerdo haberlo pasado tan bien en mi vida.

Entonces Hand se volvió hacia él, le estrechó la mano, dijo «de acuerdo» y pagó. Trato cerrado.

Salimos del establecimiento. La plaza estaba prácticamente vacía.

—¿Por qué no has seguido regateando? —le pregunté. Me había cabreado—. Si no habíamos hecho más que empezar.

—Venga, hombre. No íbamos a quedarnos hasta que se percatara.

—Él no pensaba darse por enterado. Me juego lo que quieras.

—A ver si te crees que es idiota.

Pasamos junto a dos hombres que estaban desmontando su puesto de comida; arrojaban el hielo usado en una nevera con ruedas y recogían el pescado.

—Con lo a gusto que estaba yo en la tienda —comenté—. De verdad creí que algo se movía ahí dentro.

—Pues claro. Pero no tenía sentido forzar las cosas.

—¡Claro que lo tenía! Aunque solo fuera por ver. ¿Es que no te apetecía ver hasta dónde podía llegar?

—Era absurdo.

—No, señor.

—Will, todo esto es un poco absurdo, ¿no te parece?

—¿El qué?

—¿Hasta dónde piensas llevar las cosas?

—Hasta el final.

—Hablo en serio.

—Yo también, capullo. ¿A qué crees que hemos venido?

Detuvimos nuestros pasos. Un corrillo de personas aullaba junto a nosotros. Un mono acababa de hacer una pirueta.

—Venga ya. De verdad. Nos quedan cerca de catorce mil dólares. ¿Por qué no nos desprendemos de dos o tres mil y nos dejamos de historias?

—Ese no era el plan, Hand. Joder. ¿Qué hay del teatro de operaciones? ¿Lo has olvidado? Ese momento lo vivimos, lo manipulamos nosotros mismos. Fue creación

nuestra, arte...

—¿Te refieres a la mujer de Saly, la cabeza parlante?

—Annette.

—Estaba loca de atar. ¡Teatro de operaciones! ¡Anda y que te den! Lo malo de esa ilusión es que al resto de los mortales hay que verlos como... a ver, dime, ¿qué papel crees que hay que otorgarles? ¿Al tendero ese, por ejemplo? ¿Tiene algún papel en esa función o no es más que un decorado?

Medité un instante.

—Forma parte del coro —respondí.

—Bien. Parte del coro.

Un hombre alto pasó a grandes zancadas junto a nosotros, el rostro semioculto por una capucha de color pardusco.

—Hachís —susurró—. Cristal —añadió, y enseguida desapareció.

—¿Sabes qué? —continuó Hand—. ¡A tomar por culo el plan! Ese dinero me vendría a mí de perlas.

—¿A qué viene esto ahora? No habías dicho nada antes.

—Porque no pensé que fueras a tomártelo tan en serio. Creí que acabarías entrando en razones de una puta vez y nos quedaríamos con lo que sobrara.

—No tienes derecho a hacerme esto, y menos ahora.

Nos quedamos plantados en mitad de la plaza. Desde el balcón de un hotel situado en el otro extremo un hombre parecía observarnos.

—Creo que deberíamos volver a casa —propuso Hand.

No hablaba en serio.

—Yo no pienso regresar —repliqué—. Vete tú si quieres.

Hand me miraba con los brazos en jarras, la cabeza gacha.

—Es que no quiero... —empezó—. Es que creo que esto viene por algo más, lo cual me parece muy bien, pero no me cuentas qué es ese algo, y encima tengo que procurar recordármelo a mí mismo continuamente, porque cada vez que damos dinero pienso que tienes un motivo... Pero ni siquiera sé cuál.

—No busques una relación porque no la hay —repuse.

Hand ladeó la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Ninguna —insistí.

—¿Cómo coño no la va a haber? —exclamó.

—Te empeñas en que tiene que haber una conexión, pero no la hay. Aquí estamos, en Marruecos. Antes estábamos en Senegal, ahora, en Marruecos. No hay más; así que venga, vamos.

—Yo no voy a ninguna parte —replicó Hand.

—Muy bien —dije—. Mierda —mascullé sentándome. El suelo de la plaza estaba frío.

Entonces fui yo quien no quiso moverse. Quería ver llorar a Hand. Era imposible hacer llorar a aquel cabrón.

Plantado en medio de la plaza, los brazos en jarras, Hand observaba a la gente que se retiraba hacia sus casas. Oí que dejaba escapar un suspiro. Entornó los ojos y los volvió a abrir al rato, como si fuera a decir algo —me miraba sin pestañear, furioso, y supuse que en cualquier momento empezaría a mover la mandíbula—, pero cerró la boca y los ojos de nuevo y ladeó la cabeza hasta reclinarla sobre el hombro. Y empezó a silbar una cancioncilla.

Me tendí en el suelo todo lo largo que era, boca arriba. La humareda que desprendían las parrillas rayaba la oscuridad del cielo, en el que no se veía una estrella. No distinguía a Hand, pero su sombra oscurecía la visión de mi ojo derecho. Cuanto más tiempo permanecía allí tumbado, más me pesaba el cuerpo. Me sentía hinchado, embotado, como una masa informe de carne. Levantarme me llevaría horas. Quizá ya nunca más consiguiera moverme. Me integraría en el paisaje. Podría fundirme con el pavimento. Ver la vida pasar como hacen las montañas o, como aquel hombre desde su balcón, observar a la gente regatear, sus bisbisados ofrecimientos y amenazas, entretenido, libre de responsabilidades. Incluso desde un balcón, a cuatro metros de altura, sería suficiente distancia. Abajo hay movimiento pero no formas parte de él, esa gente no es tu gente. ¿Quién es mi gente? Mi gente está distraída y no escucha.

Los ojos me ardían anegados en lágrimas. El agua resbalaba por ambos lados de mi rostro e iba a parar a mis oídos, enfriándose en la brisa nocturna.

—Will.

—Mierda —musité.

Hand se alzaba junto a mis pies.

—Mierda mierda mierda.

—¿Qué? Will, habla.

—Mierda mierda mierda.

Las lágrimas transformaban la humareda que flotaba sobre mi cabeza en cristales de un calidoscopio. Sorbí los mocos, entorné los ojos y expulsé las lágrimas, que se esparcieron sobre mis pómulos hasta caer al suelo.

—Mierda mierda mierda.

La sombra de Hand cayó sobre mí. Se había sentado, abrazado a las rodillas.

Empecé a hipar. Oía a la gente moverse despacio alrededor y pasar de largo. Era la única persona tumbada sobre el pavimento de Djema el Fna.

—Cálmate —dijo Hand.

Me dolían los ojos. Mi cuerpo hacía esfuerzos por retener las lágrimas con una presión brutal. Sentía la tirantez de la frente y una gran tensión entre las cejas. Mi garganta tosía convulsa. No recordaba haber llorado nunca de ese modo. Resultaba patético.

—Mierda —insistí.

—Lo sé.

—Seis meses de puta mierda.

Hand exhaló un suspiro.

Seis meses relegaban el suceso al pasado. Durante todo ese tiempo habíamos vivido sin rumbo. ¿Acaso por nuestra propia voluntad? ¿Era eso lo que deseábamos, levantarnos y ponernos a trabajar con los pantalones del pijama, como había hecho yo en más de una ocasión? ¿Quién me había mandado pasar toda una semana plantado en las gradas de pie del estadio de béisbol, como había hecho el mes anterior sin ir más lejos, mirando embobado cómo el personal de mantenimiento reemplazaba las butacas estropeadas? O llevar a las gemelas al lago al menos media docena de veces, entre los meses de noviembre y diciembre, y mostrarles dónde estarían las barcas si hiciera más calor, y los rascacielos gemelos con aspecto de probetas, o correr con ellas por la nieve enfangada junto a la fuente de la que no manaba agua, deseando que se me helaran los pies. No recordaba haber hecho nada digno de mención en esos seis meses, nada que hubiera dejado huella, que justificara de algún modo haber respirado el aire que nos da la vida.

Aún no habíamos tomado ninguna decisión, ninguno de nosotros lo había hecho. El padre de Jack menos que nadie. Ninguna decisión consciente respecto a lo que haríamos o dejaríamos de hacer. Nos limitábamos a mantenernos con vida, a pestañear y aguardar órdenes.

Sentí golpes en el pecho, alguien golpeaba el interior de mi coraza. Un episodio de hiperventilación. Un exceso de impulsos, una repentina subida de la tensión en el haz de His. Una persona se detuvo y se dirigió a Hand en francés. Hand se levantó del suelo, le dio las gracias y volvió a sentarse.

—Quién podía imaginar que sucedería esto —mascullé.

—Lo sé.

—Yo sabía perfectamente cómo sería Jack con cincuenta años.

Hand guardó silencio.

—Más gordo, eso por descontado —añadí—. Se parecería a su padre, calvo y con un trasero fondón como el suyo. Tú sabes que iba por ese camino. Mierda.

Hand guardaba silencio. Oí que cerca alguien sumergía algo en agua, lo volvía a sacar y lo escurría en un objeto de madera o plástico, una mesa quizá, un cubo.

—Lo del valle siempre me lo tomé muy en serio —afirmé.

—Lo sé.

Jack se había trasladado al distrito de Columbia y Hand residía ya en Saint Louis, pero a mí me dio por pensar que, aunque en ese momento viviéramos todos en estados distintos, terminaríamos comprando un terreno entre los tres, quizá cerca de Phelps, eso siempre que Jack, que era el único con un empleo más o menos fijo, pudiera trabajar a distancia. Nos lo tomamos muy en serio. Al menos yo, porque ellos solo decían «ya se verá», pero era evidente que también les apetecía, sobre todo si me encargaba yo de poner el plan en marcha. Yo no necesitaba conocer a más gente. Estaba a gusto con mis amigos; teníamos una relación estupenda. Ninguno deseaba

que nuestros hijos terminaran jugando con unos gamberros piojosos con pelo pincho pudiendo jugar con los críos del tío Jack, del tío Will, del tío...

Pensábamos buscar un apodo de connotaciones menos pecaminosas para Hand.

Nuestro terreno estaría ubicado junto al lago y, de ser eso imposible, en un valle. Un valle pequeño, deshabitado, con arboleda y no demasiado abrupto. Compráramos unas cuantas hectáreas cada uno, seguro que reuniríamos el dinero suficiente —el precio del terreno en las inmediaciones de Phelps no era desorbitado—, y yo mismo me encargaría de levantar los planos de las tres casas, y entre Hand y yo dirigiríamos las obras y contrataríamos a obreros de la zona, y Jack y Hand echarían una mano, y en un verano tendríamos levantadas las tres viviendas.

Si nuestras respectivas esposas lo deseaban, el valle acogería también a sus amigas, por descontado —cuantos más fuéramos, mejor—, y a los maridos de estas, a sus hijos y sus perros. ¡Tendríamos una colección de perros cojonuda! Y caballos. Y pavos reales. Oh, quién pudiera vivir entre pavos reales. Tuve oportunidad de verlos en persona en una ocasión; aquellas criaturas desafiaban hasta tal punto las leyes de la cromática y la gravedad que solo podía tratarse de genios camuflados a la espera de hacerse con el mundo. Criaríamos animales de lo más estrambótico: saltarines del fango, ocelotes, perezosos arborícolas y monos langures. Y, naturalmente, viviríamos muy felices juntos, en nuestro valle, y nuestros hijos se sentirían tan a gusto en una casa como en otra y conocerían el valle al dedillo, y en otoño se revolcarían por sus laderas entre cobrizas hojas secas. Y nosotros oíríamos sus voces desde el piso de arriba, donde estaríamos ocupados abriendo tragaluces en el tejado y restaurando viejos muebles.

La humareda que se cernía sobre el mercado comenzó a disiparse y aparecieron algunas estrellas mortecinas. Inertes en el firmamento, sin sentido.

—Yo no acusé el golpe hasta hace cosa de un mes —admitió Hand.

Un perro flacucho y tembloroso me olisqueaba los pies.

—Entonces caí en la cuenta de que era para siempre —añadió Hand—. Ya sé que es obvio que es a perpetuidad, pero un día vas por la calle y... Era un domingo por la mañana, iba caminando y me parece recordar que pasé frente a una iglesia, con todos los feligreses a la puerta, y de repente me quedé plantado en mitad de la acera diciéndome qué putada, cojones. Qué putada. —Hand lo repitió con rabia.

—Ya. —Entretanto yo procuraba apaciguar mi respiración.

—En el primer momento —continuó— te quedas como idiotizado, pero aun así te pones el traje de luto, pides prestados los zapatos a tono, echas gasolina en el coche de camino al puto funeral, te manchas las manos de gasolina, vas al servicio de la gasolinera a lavarte, preocupado por... ¿Sabes lo angustiado que estaba yo de ver que iba a llegar a la iglesia oliendo a gasolina? ¿Precisamente en aquel funeral, con todos los presentes pensando en coches y eso?

—Ya.

—Luego van pasando los meses y parte de ti vive pensando que se va a remediar. Hace unas semanas me tocó renovar el dichoso carnet de conducir, y estaba sentado esperando cuando de pronto me dio por pensar que había ido allí para pagar una multa de Jack. Como si tuviéramos algún recibo atrasado del coche y se lo hubiera llevado la grúa o algo así. De pronto di un respingo pensando: «¡Joder, tengo que ir a por los papeles de Jack! ¡Quizá estén dentro del coche todavía!». Son cosas que me pasan por la cabeza continuamente. ¿Has guardado alguna cinta con los mensajes del contestador?

—No pude. Tenía buzón de voz.

—Pues yo guardé un mensaje largo que me dejó en una ocasión. Jack estaba borracho y le dio por llamarme por teléfono, me contaba que había cogido el coche y se había ido al Lincoln Memorial con una compañera. Era de madrugada y cierto coro de gospel cantaba junto al monumento, pasó allí una noche loca, con una colega del trabajo que era mayor que él.

—¿Quién?

—Alguien mayor. Está separada. Creo que una noche salieron a cenar y tomar unas copas, y el ex marido o lo que fuera se puso pesado llamándola a todas horas. Y como a ella no le apetecía volver a casa, se fue con Jack.

—No me contó nada.

—A mí me contó toda la historia en el contestador. Ya te pondré la cinta cuando volvamos. Terminaron en el Lincoln Memorial con cientos de adolescentes cantando himnos gospel. Oyendo «Si solo tocare Su manto» justo a los pies del monumento. Joder, Will, el pecho te va como loco.

Intenté hacer inspiraciones lentas. Un par de sandalias surgieron junto a mi cabeza y la sombra de un hombre que se agachaba se extendió sobre mí.

—No, *merci* —dijo Hand.

El tipo me puso los dedos en las sienes.

Meneé la cabeza para quitármelo de encima. Se puso en pie y se alejó.

«—Somos muy frágiles, Hand. No hemos llegado a ninguna parte.

»—Es pronto para decirlo.

»—A ninguna parte.»

—¿Cómo pudo ocurrir una cosa así? —me pregunté en voz alta. Continuaba en el suelo, sentado sobre las piernas como si me hubiera caído.

—No lo sé.

—Es la primera vez que sucede. Joder, ¿tú lo habías oído antes? Nadie nos había avisado. De todas las tragedias posibles, quién iba a imaginar que un camión...

Hand guardaba silencio.

—¿Sabes lo duro que es utilizar esa palabra, «morir», en la misma frase que «Jack»? Esa es la puta...

—Suénate otra vez, anda.

—Nunca imaginé que pudiera pasarle a él.

—Ni yo.

—Con tanta gente como hay por el mundo.

—Ya —asintió Hand—. Will...

—Cogería ese camión y me lo tragaría entero.

Hand soltó un bufido.

—¿Qué crees que le pasó por la cabeza en los últimos segundos? —preguntó.

—No lo sé.

«—Me lo puedo imaginar, Hand.»

—Fue todo muy rápido, claro —apuntó él.

—Sí. Ya lo hemos hablado otras veces...

—Es trágico, pero al menos no tuvo una larga agonía...

—Hand, te equivocas.

—¿Cómo que me equivoco?

—Te equivocas. Ya sé que dijimos que murió en paz y todo eso pero, joder, no es así como me lo imagino. En absoluto. Yo lo veo muy distinto.

—Ya.

—He visto morir a mis abuelos y a un tío mío, pero a ellos sí me los imagino siempre descansando en paz. Pienso en sus cuerpos y los veo tumbados en un lecho de hierba, en una pradera de un verde intenso. Tan ricamente. A Jack, en cambio...

—Ya.

—A Jack lo imagino congelado bajo el hielo. Con los ojos abiertos aún, y congelado bajo tierra. En un lugar desconocido, los ojos atónitos bajo el hielo, y solo. Eso es lo peor, que siempre lo veo solo. Eso es lo más jodido, lo que me saca de mis casillas. Por eso quiero la cabeza del camionero, porque Jack está solo bajo ese cristal, ese hielo o lo que sea. Esperando.

—Oye, Will, no... no me obligues a pensar en cosas así.

—Y no es que tengamos que olvidarnos del valle y todo ese rollo —añadí—, es que nunca volveremos a vivir algo igual. Es imposible, imposible repetirlo. En fin, para empezar, no sé a qué viene todo esto.

—Todo... ¿a qué te refieres con todo?

—¿Crees que yo quiero estar aquí? Pues no, no quiero. Esto es una mierda, Hand.

—¿Qué es una mierda? ¿Esta plaza? ¿Marrakech? ¿Por qué?

—Todo es una mierda. Y tú lo sabes. Todo el mundo sabe que es una mierda. ¡Vaya asco de sitio! Una mierda todo. Y todos aquí haciendo el papelón como gilipollas bien educados.

Nos encontrábamos junto al coche. Hand había logrado levantarme del suelo a la fuerza y apoyaba las palmas sobre la capota, una mano encima de la otra, y el mentón reposaba sobre ellas.

—Conduzco yo —se ofreció.

—No, da igual —dije.

—Me apetece. Solo dime de verdad que no te arrepentirás de haberte deshecho de todo ese dinero cuando termine esta historia.

—En absoluto.

—Porque te creo. Si es eso lo que pretendes demostrar, que eres capaz de deshacerte de él, yo te creo.

—No es eso.

—Vale.

—Conduzco yo —dije.

—No —replicó Hand—. Antes haremos otra cosa que se me ha ocurrido.

A los pocos segundos estaba metido en un taxi. Uno de tantos como formaban cola a la espera de los turistas rezagados. Entré tras él en el vehículo.

Hand indicó al taxista que entrara en un callejón sin salida, diera media vuelta y regresara a nuestro coche: once segundos de carrera en total. El taxi se detuvo.

—¿Aquí? —preguntó el taxista.

—Sí.

—¿Sí? ¿Aquí?

—Sí.

El taxista rió. Le dimos un billete de cincuenta dólares.

Mientras se me secaban las lágrimas del rostro, remitía mi acaloramiento y mi respiración volvía a la normalidad, repetimos la operación tres veces más. Hand entró en otro taxi sin perder tiempo, indicó al conductor que enfilara el callejón sin salida y pagó ochenta dólares en dirhams por la carrera. Fue fantástico. Luego dimos la vuelta a la plaza en otro, y a bordo del tercero recorrimos la distancia de tres coches en hilera. En las tres ocasiones pagamos una cantidad desorbitada, que los tres taxistas aceptaron a sabiendas. Al contrario que el tendero, sabían que algo nos traíamos entre manos, que aquello no tenía sentido, o que quizá lo tuviera, y mucho, pero nunca alcanzaríamos a comprenderlo. Los tres se despidieron con una sonrisa en los labios. ¡Camaradas en la causa!

Nos cruzamos de nuevo con los chicos de la bicicleta.

—¡Maricones! —exclamaron.

Acordamos subir a las montañas. Tomamos otro taxi más, esta vez a una manzana de distancia, para que nos condujera a nuestro coche, y desde allí nos dirigimos hacia donde creíamos haber visto los montes la última vez. ¿Dónde se habían metido? Desde el centro ya no se divisaban; conmigo al volante, dejamos atrás la zona edificada y las altas tapias bermejas que separaban la calle de residencias y palacetes, y poco más tarde circulábamos por una zona rural, pero perdidos.

Era medianoche y estábamos extraviados en la vasta planicie que rodeaba la ciudad. Soplaban un aire fresco y reinaba el silencio. Dimos la vuelta y al poco encontramos a un taxista en una callejuela, sentado sobre el capó de su Mercedes amarillo, junto a la mesa con mantel de cuadros de una terraza, donde un grupo de hombres jugaba al dominó.

Le planteamos pagar para que nos llevara a las montañas, él en su coche y nosotros en el nuestro, siguiéndole. No pareció muy convencido. Hand agarró un fajo de billetes del bolsillo del pantalón y lo agitó junto a su oído. Se necesita ser imbécil. El taxista alzó el dedo indicando que esperáramos, fue hacia la mesa y consultó con sus compañeros, tres robustos y bigotudos individuos. Los tres alzaron la cabeza a un tiempo para mirarnos y, uno tras otro, bajaron la vista hacia sus cartas mientras el taxista continuaba hablando.

—¿Qué les cuenta? —pregunté.

—Quizá esté preguntando cómo se va —respondió Hand, sentado sobre el capó de nuestro coche.

Los cuatro continuaron departiendo, la discusión cada vez más acalorada, salpicada de repentinos bisbiseos subidos de tono. Uno de ellos apuntó a un compañero, y este le apuntó a su vez, enojado. El primero cruzó una puerta situada detrás del grupo, sin quitarnos ojo de encima, y salió un minuto más tarde vestido con una americana distinta. Se adentró en un callejón lateral, sin volver la vista, mientras nuestro taxista venía hacia nosotros, asentía con la cabeza y entraba en su coche, y nosotros en el nuestro. Miré a Hand y él a mí, convencidos de que había algo extraño en todo aquello.

Marrakech es un laberinto de callejuelas no más anchas que el culo de un elefante, por las que circulábamos, conmigo de piloto, a velocidad vertiginosa. El coche apenas a quince centímetros de las fachadas de las casas. En dos ocasiones rozamos las llantas en bordillos y maceteros. Era como avanzar por los pasillos de un bloque de pisos. Parecía imposible que el coche cupiera por muchas de esas estrechas callejas, nos quedaríamos atascados como un camión en un túnel demasiado estrecho. Avanzábamos sin saber por dónde íbamos, rezando para que aquel angosto laberinto de muros semiderruidos terminara cuanto antes. Los neumáticos rechinaban tomando las más pronunciadas curvas y enfilaban callejones imposibles.

Los vecinos se asomaban a ventanas y portales para mirar —¿sería a nosotros a quienes miraban?, ¿eran caras lo que veíamos asomar o qué?— y los transeúntes se apartaban rápidamente de nuestro camino. No había tráfico por las calles, lo cual facilitaba nuestro avance, pero hacía el trayecto aún más inquietante. ¿Quién nos mandaba meternos por esos barrios y a esas horas de la noche? Los dos únicos vehículos que circulaban por la zona eran los nuestros.

Continuamos el vertiginoso avance entre callejuelas, pasamos bajo un arco y de pronto desembocamos en una gran plaza rodeada por altos muros. La explanada debía de medir cien metros a la derecha y otros tantos a la izquierda, y al atravesarla por el centro —pero ¡qué cojones!— nos encontramos en mitad de un partido de fútbol. Nos abrimos paso a toda pastilla entre quince espigados jóvenes con calcetines hasta las rodillas que chillaban sin parar pasada la medianoche. Estábamos en pleno juego. Nuestro coche circulaba por mitad del campo, en línea recta, siguiendo al taxi.

—¿Has visto eso? —preguntó Hand.

Pues sí, lo había visto.

—Acabamos de colarnos por mitad de un partido de fútbol.

—Y a la una de la noche.

—Eres Ronin.

—Sí, señor.

Nos internamos en un laberinto de pasajes flanqueados por altas tapias bermejas, un verdadero laberinto, y... joder, llevábamos media hora así, circulando por estrechas callejuelas y oscuros empedrados, adelantando a toda velocidad a los transeúntes que tiraban de sus carros o tomaban el fresco en los portales de sus casas, rozándoles casi los pies. Era emocionante, pero seguro que en cualquier momento nos obligaban a apearnos y se llevaban el coche, no sin antes estrangularnos a ambos, o nos interrogaban, o las dos cosas una detrás de otra...

De pronto un coche nos seguía.

—¿Te has fijado? —pregunté.

—¿En el de atrás? Joder. Sí.

—¿Qué hará ahí?

—Ni idea.

—¿Cuántos van dentro? No mires.

—Dos.

—¿Quiénes son? No mires.

Hand se volvió.

—Uno se parece al del café.

—¿A cuál?

—Al de la chaqueta. El que entró y...

—Vale. ¡Mierda!

—Esto tiene mala pinta.

«—Eres gilipollas, Hand.

»—Ya, ya lo sé.»

—Está claro que nos siguen —observó.

Efectivamente, nos seguían. Nosotros seguíamos a un coche y un coche nos seguía a nosotros. En el de atrás viajaban dos tipos, y se mantenía a una distancia de cuatro metros más o menos. El taxi que iba a la cabeza tomó una serie de desvíos,

nosotros tras él, y los de atrás tras nosotros. No había equivocación ni casualidad posibles.

—Siguen ahí —observó Hand.

—¡Ya lo estoy viendo!

—Están compinchados.

—¿Quiénes?

—Todos ellos. Nos conducen a algún sitio. A un callejón sin salida, donde nos sea imposible dar marcha atrás.

—¡Cierra el pico!

Sentí que me agarraban de las tripas y me las retorcían. Se me pasó fugazmente por la cabeza, majadero de mí, que al menos era un alivio que nuestra amiga de la Resistencia no nos hubiera acompañado. Porque nuestro destino estaba sellado: en el momento menos pensado el coche de delante frenaría en un estrecho callejón, el de atrás nos encajonaría, nos liquidarían allí mismo entre los tres y desapareceríamos del mapa.

Transcurrió un buen rato. Veinte desvíos como mínimo. Los de atrás, a quienes apenas vislumbrábamos en la oscuridad, no daban señales ni hacían insinuaciones de ningún tipo. La cosa era muy seria.

—Increíble lo que nos está pasando —dijo Hand.

—¿Y si estamos alucinando?

—Qué va. No hay más coches que estos tres circulando por la ciudad. ¿Acaso ves tráfico por alguna parte?

Tenía razón. Estaban allí por nosotros.

Hand cerró su ventanilla y pulsó el cierre automático, que retumbó como si acabaran de apretar un gatillo.

—Desvíate a la izquierda en cuanto puedas. Despíсталos —dijo Hand.

—Ya lo sé, gilipollas.

No había por dónde girar. A primera vista teníamos tanto donde elegir, al igual que el taxista de delante, pero a la vez tan poco: todas las transversales eran callejones sin salida.

—Espera hasta el último segundo y luego...

—Que te calles, Hand.

Hand soltó un bufido y luego sacó la mandíbula inferior y empezó a moverla a derecha y a izquierda. Nunca le había visto hacer eso.

—¿Vas a despistarlos o qué? Creo que...

—¡Deja que piense! —exclamé.

—A tomar por culo, tío.

—¡Vete tú a tomar por culo! El gilipollas que le ha restregado el dinero por las narices al tío has sido tú.

Hand cayó en la cuenta. No supo qué responder.

—Yo no he dicho que te fueras a tomar por culo; he dicho a tomar por culo en general.

—Bien, pero te vas a tomar por culo de todas formas.

Yo apretaba con fuerza el volante. Tenía los nudillos, no blancos, sino grana. Miré en el espejo retrovisor: seguían allí. ¿Sería más duro o más llevadero irse al otro barrio con tu mejor amigo? Yo quería ser el primero en morir, al menos de eso estaba seguro...

Había transeúntes en la calle, hombres paseando en parejas o solos. Viandantes que tiraban de sus carros. Circulábamos tan cerca de ellos que me angustiaba la posibilidad de pillarles los pies con las ruedas. Pasamos de largo un exiguo pasadizo, bañado de luz ambarina, donde dos hombres se abrazaban rodeados por un corro de mirones, otros veinte, como mínimo...

No, era una reyerta. Uno acercaba una navaja al cuello del otro...

—¿Has visto eso? —pregunté.

—Joder si lo he visto.

La cosa se ponía fea.

—Sigue adelante.

El de atrás no se despegaba. Si aflojábamos la marcha se empotraría contra nosotros. ¿Adónde nos conducían? La calle se ensanchó. Y luego volvió a estrecharse. Ya no aguantaba más. Mi corazón se quejaba, daba sacudidas. Casi quería parar, rendirme. Empecé a preguntarme si había llegado mi hora.

—Tiene narices —dijo Hand—. Es increíble. ¿Sabes qué te digo? Que, la verdad, al menos es morir con estilo. ¿Tú crees que nos pegarán un tiro?

—Calla de una puta vez, cojones.

—Te juro que yo me llevo a uno de los dos por delante. ¿Qué coño quieren? ¿El dinero o el coche? Seguro que ambos. ¡Qué putada!

—Habría que desviarse.

—Si condujera Jack, ya estaríamos muertos.

—Muy amable.

Quizá sí estuviera preparado para morir. Estaba tan cansado.

Quizá también yo deseara morir aplastado. Para aceptar que ha llegado tu hora tienes que sentirte cansado, haber visto muchas cosas, al menos según tu criterio — todos poseemos diferentes niveles de tolerancia, somos capaces de asimilar y soportar fantasmas y sufrimientos en distinto grado—, y yo entonces empezaba a pensar que sí, que había vivido bastante, que en general podía darme por satisfecho y el viaje ya me había deparado suficiente estimulación visual en lo que iba de semana, estaba saciado. La carrera de piedra en piedra en Senegal, los saludos de aquellas criaturas en el campo... solo con eso bastaría llegado el último momento; si era incapaz de agradecer experiencias como aquellas es que era un malnacido y un ingrato, y eso sí que no, ingrato nunca, nunca olvidaría esos regalos del cielo, los contaría una y otra vez como un avaro, ¡guardados a buen recaudo! La vida había sido tan generosa

conmigo que era capaz de enfrentarme a aquella navaja del callejón y aceptar lo que viniera con beatífica sonrisa, agradecido por abandonar este mundo cuando aún me encontraba en la cresta de la ola. ¡Había viajado en avión! Solo un ínfimo porcentaje de la humanidad podía decir lo mismo; además, había visto África precipitarse sobre mí como algo vivo y salvaje. Ya podía entregarme sin protestar a aquellos húmedos callejones y dejar que me engulleran.

El coche de atrás parecía dispuesto a embestirnos. Circulaba tan pegado que el ruido de su motor ahogaba al nuestro.

Hand rompió a gritar, casi lloraba.

—¡No lo soporto! —Golpeaba la ventanilla de su puerta—. ¡No lo soporto! ¡Me siento atrapado! ¡Odio que no me dejen opción!

Cada vez tomábamos más curvas.

«—Jack, necesito...

»—»

—¡No soporto que me sigan así! ¡No lo soporto, cojones! —Daba golpes en la guantera.

—Tranquilo.

—¡Y una mierda, tranquilo!

«—Jack.

»—»

—Si quieres paramos el coche y salimos corriendo.

Hand meditó la sugerencia.

—Vale —respondió más calmado—. Al menos es una opción. Algo es algo. También podríamos llamar a alguna puerta y pedir auxilio.

—Es verdad.

—¿Vienen muy cerca?

—Tan pegados como antes. —Observé el rostro de nuestros perseguidores, bigotudos, inexpresivos. Volví la vista enseguida. Aquello era tan real como la vida misma. Como una vida, la nuestra, que, habiendo transcurrido hasta la fecha con relativa placidez, concluía de un modo cruel e inopinado, una feliz y cómoda vida de provincias a la que alguien en el momento del montaje decidía endosarle un cruento e injusto final. Y todo por culpa de Hand. «¿Por qué?» Yo qué sé. «Pelearéis juntos.» Nos conducirán a un siniestro callejón o almacén. Nos desnudarán, nos robarán, nos molerán a palos, nos despellejarán vivos... «Te irás de este mundo. No tienes miedo.» Lo sé. ¿Y cómo es eso? «Solías tener un miedo cerval a la muerte. En los tiempos en que te apodábamos El Robot pasabas la noche en vela vigilando que nadie se te llevara mientras dormías. Cuando el señor Geoghan nos dio aquella clase de astronomía y mencionó lo breve que era nuestra vida y la de la humanidad en comparación, te echaste a llorar.» Ya lo sé. No podía oírlo. Cuando empezaron a hablar de la inminente muerte de nuestra estrella solar, perdí los papeles. «¿Te acuerdas de lo que dijo Geoghan el primer día de clase?» Sí.

—Will.

«Dijo: “La única indefectible verdad de la vida es que siempre acaban quitándonos todo aquello que amamos”.» Su esposa acababa de morir. Era por eso. Sí. Su esposa había fallecido y él se presentaba todos los días en clase con el mismo chándal, azul marino con franjas blancas. Era aficionado a correr maratones.

—Will.

Lo recuerdo. Recuerdo que veía en ello cierto consuelo.

— Will, coño, tío.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Pasábamos junto a un corrillo de hombres y había que reducir la velocidad; uno de ellos descargó un puñetazo sobre el capó del coche.

—¿Adónde cojones nos llevan? ¡No aguanto esta incertidumbre! ¿A qué coño venían esos golpes?

Por alguna razón había carniceros por todas partes, hombres con delantales blancos manchados de sangre que empujaban unas carretillas de latón de cuyas barras colgaban cuchillos y machetes propios del oficio.

—No entiendo nada —dijo Hand.

—Ya.

—Pero lo más absurdo de todo es que todavía no nos hayan matado. Ya hace rato que deberíamos estar muertos.

—Si hubiera alguna lógica en la vida, para empezar no estaríamos aquí. Solo nos queda esperar.

Hand resopló con sorna.

—Yo no he venido aquí a esperar —rezongó—. Y ahora, ¿dónde se han metido?

—Mira a ver.

Volvió la cabeza.

—¡Han desaparecido!

—¿Qué? —Eché un vistazo en su retrovisor—. ¡Coño! —Volví a mirar—. Se han ido. Esto es increíble. Y ahora, ¿por qué se van?

La estrecha callejuela quedaba atrás, y también la opresión de sus muros; nos encontrábamos de nuevo en carretera, bajo un cielo abierto y soberbio.

—De verdad me he visto con el agua al cuello —comentó Hand.

—Creo que lo estábamos.

Segundos más tarde el taxista detuvo su vehículo. Paramos detrás de él. Yo aún no las tenía todas conmigo, temía una emboscada. El taxista no se apeó del coche. Se limitó a apuntar hacia arriba, con todo el largo del brazo, como en un código de señales náuticas, para indicar: «por esa carretera, recto hasta el final».

Hand le pagó cien dólares, pese a temer momentos antes que nos robara o quitara la vida. Avanzamos sin decir palabra por espacio de casi dos kilómetros hasta que por fin estacioné en el arcén. Recliné la cabeza sobre el cristal de la ventanilla. El coche resoplaba como un asmático y apagué el motor.

—Perdona —me disculpé—. Creí que...

Hand permaneció un rato con la cara vuelta hacia su ventanilla.

—No pasa nada —dijo por fin.

—¿Todavía quieres subir a esas montañas? —pregunté.

—Deberíamos. Déjame que conduzca.

Bajamos del coche; soplaban un aire fresco y el capó zumbaba todavía. Intercambiamos posiciones, Hand al volante. Continuamos el ascenso durante otros diez minutos. No se veía ni se oía un alma.

—¿Qué imaginabas que nos iba a pasar? —preguntó Hand.

—Que presenciaríamos la muerte del otro.

El aire cada vez era más fresco. La pendiente iba en aumento.

—Yo preferiría ser el primero en morir —afirmó Hand.

—Dejemos el tema —dije. En mi mente había asesinado ya cientos de veces a aquellos tipos—. Tengo los nervios destrozados.

Seguimos adelante, y al cabo de unos minutos hicimos un alto para repostar en una estación de servicio profusamente iluminada y atendida por un negro enorme con un mono azul —el primer y único negro que veíamos y veríamos en Marruecos— y un mostachón que le daba aspecto de morsa, morsa vestida de enterizo mono azul. Pasé al servicio y dentro me encontré a tres hombres viendo la televisión. Cuando salí, uno de ellos se dirigió a mí.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Hand.

—He oído «Estados Unidos» y «puta». O eso me ha parecido. Si le añades un verbo, puede que nos haya insultado.

—Qué noche más rara.

—¿Empeñado en subir todavía?

—Deberíamos.

Así pues, subimos.

Intercambiamos posiciones de nuevo, y yo me instalé al volante, pero no se atisbaban signos de pobreza en aquellos parajes. Convencidos de que ya iríamos advirtiéndolos más adelante, continuamos avanzando. Sin embargo, en treinta y pico kilómetros de carretera —hasta donde alcanzábamos a ver, pues no había iluminación— no distinguimos más que frondosos árboles, plantados con mucho primor a derecha e izquierda de la calzada, tras los que se elevaban altos muros de piedra. Circulábamos entre un recinto amurallado tras otro, algunos claramente destinados a fines turísticos, según evidenciaban los letreros, y otros muchos seguramente palacetes residenciales, bases militares o encubiertos antros de perversión de grandes dimensiones: campamentos para solteros, centros de entrenamiento clandestinos o fantásticos laboratorios de última generación destinados a crear seres humanos a base de células

madre y extractos de restos de la Edad del Hielo. Circulando a toda velocidad y tras el parapeto de los elevados e interminables muros, no veíamos con claridad.

De pronto ascendíamos, ascendía la carretera y nosotros con ella, por un tramo lleno de curvas y sin barreras de seguridad. Sabíamos que habíamos llegado a la cima porque el aire soplaba más fresco y los faros del coche iluminaban las copas de los árboles, las quebradizas hojas asomando bajo el nivel de la carretera, sus ramas como instantáneas en blanco y negro bajo los fugaces destellos.

Cobijados en la silenciosa penumbra del coche, Hand peroraba sobre el origen del sida y su relación con una ruta de transporte de mercancías en Zaire. Fue entre sus camioneros donde se declaró inicialmente la enfermedad. Se dedicaban al transporte de cierto tejido, toalla según creía recordar, por el territorio de Zaire, y las habituales paradas en los clubes de carretera habían facilitado la propagación del virus. De pronto nos hallábamos en mitad de un puente que cruzaba a gran altura un río o tal vez un agreste barranco, nunca llegaríamos a saberlo.

Al otro lado del puente, y pasada ya la una de la noche en las oscuras y gélidas montañas, divisamos a dos hombres uniformados que, con los pulgares en alto, hacían autostop. Parecían uniformes militares, distintos pero del mismo cuerpo.

—¿Paramos? —pregunté.

—No lo sé, tío. Con la nohecita que llevamos.

Pasamos de largo indecisos y avergonzados, y continuamos ascendiendo otras seis o siete curvas más, y tanto empezó a refrescar que las ventanillas del coche parecieron entumecerse y el cielo se tensó y encogió. No nos cruzamos con nadie. No se divisaban chabolas, ni jaimas, ni chozas de adobe medio derruidas. Allí no había un alma. No se percibía el menor rastro de vida —al menos visible en la noche cerrada—, ni campesinos al amor de la lumbre, ni cuerdas de tender atadas entre chamizos.

Estacionamos el coche a la orilla de la carretera y salimos a echar un vistazo. Allí arriba la temperatura era un par de grados inferior, incluso cuatro, y nosotros desabrigados. A cinco metros de distancia uno del otro, apenas nos veíamos las caras. Hand con las manos enfundadas al calor de los bolsillos; yo plantado en mitad de la carretera con las manos entrelazadas sobre la cabeza. No teníamos ni idea de qué estábamos haciendo allá arriba. En el cielo no había luna ni estrellas.

—Podríamos tirarnos por una ladera —propuso Hand.

—Ya lo había pensado.

—Si escogemos bien el terraplén —añadió—, lo peor que nos puede pasar es que destrocemos el coche.

—Ya.

—Al menos así haríamos algo. Bajaríamos disparados hasta que nos frenara un árbol, y al salir del coche igual topábamos con los militares esos y nos poníamos a hacer autostop los cuatro.

El plan sonaba interesante. Solo la pereza nos impidió llevarlo a cabo. Guardamos silencio y advertí que no se oía nada. Ni animales, ni personas, ni siquiera el susurro del viento entre los árboles. Mientras estábamos allí quietos, en lo que se suponía era la cima de la montaña, por un momento me pareció oír el rumor del agua, pero no. No se oía nada. Volvimos al coche.

Dimos la vuelta, bajamos a toda pastilla y cruzamos de nuevo el puente sobre el precipicio, pasando de largo junto a los reclutas, que seguían en el mismo punto donde los habíamos dejado, y mientras ellos permanecían allí parados, continuamos descendiendo curva tras curva sin comprender cómo podían soportar aquel frío.

Quince minutos más tarde alcanzábamos de nuevo el llano y circulábamos por una carretera recta, flanqueada por árboles altos y perfectamente espaciados.

—Ahí hay alguien —observó Hand.

Reduje la marcha.

—¿Dónde?

—Ahí atrás; era un hombre que andaba con un bastón enorme.

Reculé cien metros hasta divisarlo. Vestía esas abrigadas ropas de paño características de quienes viven a la intemperie y vagan de un lado a otro haciendo autostop, autosuficientes por completo pese a apenas acarrear bártulos. A la espalda llevaba una mochila de cuero, pequeña y coquetona. Paramos el coche y el viandante detuvo sus pasos. Tendí un fajo de billetes a Hand.

—Encárgate tú —dije.

—No. Por favor. Me da no sé qué.

—Si voy yo, se va a asustar.

—Está bien.

Hand bajó del coche con una cantidad equivalente a quinientos dólares en moneda marroquí. Se acercó al vagabundo y le pidió indicaciones para ir a Marrakech. El hombre le miró como si Hand estuviera loco o fuera un espectro. La única carretera a Marrakech era aquella, estábamos en ella. Hand, como de costumbre, señaló carretera abajo como diciendo: «Si no le he entendido mal, y creo que no, por esta carretera acabaremos llegando a Marrakech». Su interlocutor asintió de nuevo e hizo una jabalina con el brazo en dirección a Marrakech.

Hand sacó el dinero. Por algún motivo —¿que estaba oscuro quizá?—, lo plantó a la altura de las narices del hombre, como si este no hubiera visto un billete en su vida o fuera corto de vista. El vagabundo lo rechazó y se dispuso a seguir su camino. Hand le obstaculizó el paso e insistió. El del bastón agarró el fajo como si lo hubieran obligado a cargar con la basura del prójimo y siguió adelante.

Hand regresó deprisa al calor del coche.

—Qué raro —observó.

—Sí, ni siquiera lo ha contado. Se lo ha metido en el bolsillo y ha seguido tan campante.

—Se lo gastará.

—No sé qué decirte. Dudo que se lo quede. Tengo la impresión de que acabará regalándoselo al primero que pase. Parece uno de esos peregrinos de la Tierra Media que vagan por los campos en plena noche apoyados en su garrota.

Pensé en la de horas interminables que aquel hombre pasaría a solas con su mente, sin distracción alguna, sin nadie con quien conversar.

«—No sé cómo puede, amigo.

»—Will, tú también tuviste esa tranquilidad de espíritu en otro tiempo, quizá no la hayas perdido para siempre.

»—Puede que lleve razón.»

—Ya casi estamos llegando —observé—. ¿Qué hora es?

Pasaban unos minutos de las dos. Habíamos empezado el día en Casablanca dieciséis horas antes y estado en un tris de encontrar la muerte —casi nos hacen picadillo en las callejuelas de Marrakech—, o quizá estuviéramos exagerando. Real desde luego nos lo había parecido. Nunca había sentido la muerte tan cerca. Con ningún ataque, taquicardia o desmayo.

Nos encontrábamos ya en la ciudad, estacionados en el centro. Por la amplia avenida de vez en cuando circulaba algún coche, algunos rugiendo, otros relinchando, otros silenciosos. Hand reclinaba la cabeza contra el cristal de la ventanilla contemplando la luna.

—¿Está llena o casi llena? —preguntó.

—Casi.

Estaba deseando acostarme. Eran las dos y media de la noche. Nos dirigimos con el coche hacia el hotel y nos detuvimos en un semáforo; el rótulo vertical de neón que anunciaba el hotel se divisaba dos cruces más allá.

Un automóvil se detuvo junto a nosotros. Cuatro veinteañeros, tres chicas y un chico, viajaban apretujados en un pequeño utilitario color plata. El semáforo cambió a verde y arrancamos a toda velocidad. En el semáforo se colocaron de nuevo junto a nosotros, a la izquierda esta vez. La chica que viajaba en el asiento del copiloto sacó la cabeza por la ventanilla e hizo señal a Hand de que bajara el cristal. Enseguida lo hizo.

—*Bonjour* —saludó la joven. Era marroquí, una belleza. En comparación con su tez, la nuestra parecía arpillera cosida con bramante.

—*Bonjour* —repitió Hand.

—*Sois ingleses* —dijo la chica.

—Norteamericanos.

—¡Ah! Vale. ¿Adónde vais? —Hablaban un inglés impecable. Como todo el mundo. Yo alcanzaba a pronunciar sesenta palabras en español y Hand quizá el doble en francés, pero ahí terminaba nuestro conocimiento de las lenguas del mundo. ¿Por qué sería así? Todos eran más cultos que nosotros, en todos los aspectos, lo cual, aun siendo una vergüenza, suponía un consuelo.

Ocho ojos nos observaban desde el interior del coche, las caras pegadas a las ventanillas. Era un utilitario pequeño. El semáforo cambió a verde. Ninguno de los dos coches se movió.

—De vuelta —respondió Hand—. Acabamos de bajar de las montañas.

—¿De las montañas? ¿Qué hacíais allí arriba?

Hablábamos detenidos en mitad de la calzada.

—Es una historia muy larga —respondió Hand.

—¿Cómo?

—Nada, nada.

El semáforo cambió a rojo de nuevo.

—¿Y qué hacéis ahora?

—No lo sé. ¿Y vosotros?

—¡Os tenéis que venir de marcha!

—¿Qué? ¿Adónde? ¿Adónde vais? —Hand sacaba ya la cabeza, los brazos colgando por la ventanilla. Creo que yo me quedé boquiabierto. Increíble lo que nos estaba pasando.

La chica introdujo la cabeza en el coche de nuevo. Tras un rápido y animado debate en el interior volvió a asomar por la ventanilla.

—¡Al club Millenium! —exclamó.

Hand se volvió hacia mí. Sentí una repentina y placentera taquicardia. Quedamos en que los seguiríamos; no podíamos hacer otra cosa. Llevábamos veinte horas sin pegar ojo pero aceptamos de buena gana. ¿De dónde había salido aquella gente? Nunca me habían abordado con una naturalidad así. Era algo con lo que había soñado millones de veces. Cuando aguardaba en un semáforo, siempre observaba a los demás coches deseando que ocurriera algo, pero raro era el conductor que me devolvía la mirada, todos con la vista al frente haciéndome sentir como un idiota. «¿Y por qué iban a mirarte? ¿Qué interés podían tener por ti?»

Pues aquella gente bien lo tenía. Sentí como si acabaran de lanzarme un salvavidas que me permitiera vivir una tercera o cuarta vida, la vida de otra persona. Como cuando por la mañana temprano, a medida que vas despertando, empiezas a recuperar poco a poco la fuerza necesaria para apretar los puños. Había estado tan cerca de la muerte, tan dispuesto a morir —más cerca y más dispuesto que nunca—, que aún sentía mayor deseo, más ganas de todo, de vivir lo que fuera que estuviera por venir:

Nos encontraríamos con ellos en el lugar indicado y bajaríamos del coche contentos de dejar por fin la carretera.

Nos avergonzaríamos de nuestra vestimenta, de nuestras sudaderas baratas y del fuerte olor que desprendían.

Pagaríamos los gastos de todos, más cien dólares extra de propina, a sabiendas — de hecho, con pleno conocimiento— de que seguramente existían mejores causas en las que emplear ese dinero.

Bajaríamos sigilosos por unas escaleras color burdeos, bajo un techo cilíndrico, como el interior de una vena aorta, y a su término nos asaltarían miles de espejos, cristal y cromo.

El local estaría aún bastante concurrido; la clientela, mitad marroquí, mitad europea, pudientes todos pero sin presumir de ello, haciendo gala de una muy bien llevada riqueza, en un ambiente de suma decadencia, o al menos lo que yo entendía por tal, pues no sabía en qué podía consistir tal cosa.

Aguardaría a que el camarero sirviera las copas, mientras los cinco, Hand incluido, salían disparados hacia la pista cogidos de la mano, como un corro de niños en una cenefa recortable.

Estaría deseando bailar, pero mi sobriedad me obligaría a permanecer al cuidado de los bolsos. Me dejaría caer en el reservado, contento por ellos, el alma retorciéndome las entrañas.

Caería en la cuenta de ese exceso de sobriedad mía, de cuán a menudo acababa vigilando los bolsos.

Cuando regresaran a descansar entre baile y baile, intentaría entablar conversación con ellos, pero la música nos abrumaría, sería como intentar hacerse entender en medio de una tempestad de viento y lluvia. Dos de las chicas estudiarían derecho, aspirarían a ser jueces.

Intentaría explicarles que habíamos subido a las montañas en busca de gente a quien regalar dinero —por cierto, ¿dónde están los pobres en este país?, ¿cómo es que no había ninguno allá arriba?—, pero no me oirían o tal vez fingieran no entender.

Hand bailarían con una de las chicas, la de los pantalones de piel de serpiente y cuerpo despampanante, y los otros tres se alejarían, sonriendo y encogiendo los hombros, mientras yo me bajaba un quinto vodka con soda.

Hand haría el número del carrito de la compra.

Y el del aspersor.

Y el del gusano. La del gusano era otra coreografía.

Después yo repararía en que, a esas horas de la noche, en cualquier ciudad del mundo la gente estaría durmiendo. La inmensa mayoría, de hecho. Aunque también en cualquiera de esas ciudades, en cualquier lugar donde se concentraran un grupo de personas, habría gente despierta, despierta y bailando, y nosotros debíamos estar con ellos. Tal y como estábamos viviendo esa semana, nuestro deber era mantenernos en pie con los que seguían bailando.

Por mucho que a mí me lo impidiera la mente.

Una hora más tarde nos encontraríamos departiendo en otro reservado con un grupo de alemanes: cuatro hombres y tres mujeres, todos ellos de más de treinta, de vacaciones con la empresa, según informarían. «¡Venimos de juerggga!», diría una de ellas, y luego apagaría una cerilla con la lengua.

Hand me miraría.

«¿Estás bien?», me preguntaría.

«Estupendamente.»

«Tienes mejor cara», aseguraría.

De hecho algo habría cambiado en mí por un momento. Una vez más habríamos ganado la batalla a la muerte, y también al sueño, y creeríamos poder vivir sin ellos para siempre. Y entonces se me ocurriría la idea, en un instante de lucidez deslumbrante, de lo necesario que sería para todos los seres humanos vivir una experiencia cercana a la muerte una vez por semana, dos incluso. ¡Qué cosas lograríamos entonces! ¡Con qué lucidez se viviría!

—Me apetece seguir —dijo Hand.

Eran las cuatro de la noche, ya habíamos salido de la discoteca y acompañado a las dos últimas chicas a su casa, un bloque de apartamentos con aspecto de residencia para doctorandos. Conducía él y acababa de estacionar el coche una manzana más adelante.

—No —repuse—. ¿Adónde quieres ir?

—A Fez. Está solo a cuatro horas. O menos.

—Imposible. El avión sale mañana. Dentro de un rato, mejor dicho.

—Bueno, pero me apetece.

A mí me había dado un bajón de repente. Los ojos me dolían.

—Vamos a acostarnos —insistí, desilusionándonos a ambos.

—Qué aburrido. Tenemos tiempo de ir a Fez y volver para coger el avión.

Hand tenía razón, pero mejor que no lo supiera. Yo estaba tan agotado que apenas si me salían las palabras.

—Hay que dormir —murmuré.

—¿Quién dice eso? No es ningún deber.

—Sí lo es. Para mí, ahora mismo, sí. No me tengo en pie.

—Me gustaría seguir así para siempre. Alargarlo indefinidamente. Todavía nos quedan diez mil dólares. Al menos nos durarían un mes. O dos.

Las ventanillas del coche empezaban a empañarse.

—Esa tía, la que se nos enrolló primero, es lo más impresionante que he visto en mi vida.

—Me encantaría quedarme.

—Acabas de decir que querías irte.

—Sí. A Siberia quizá, pero para volver luego.

—No vamos a volver nunca —afirmé.
Encontramos aparcamiento frente al hotel.
—Ya lo sé —convino Hand.
—Primero hay que verlo todo y luego volver.
—Ya. En fin.
Nos fuimos a la cama.

DOMINGO

Despertamos a las diez y fuimos al aeropuerto para informarnos de las salidas del día. Sabíamos que había vuelos a París y Londres. En el despacho de la compañía aérea el gerente, al vernos, nos recibió con los brazos abiertos.

—¿Qué será hoy, amigos? ¿Mozambique? ¿China?

Los dos nos reímos. Qué gracioso.

—Un momento —saltó Hand—. ¿Ha dicho Mozambique? ¿A qué hora?

El gerente pareció retroceder, como quien esquiva un golpe.

—No, amigo —dijo pronunciando esta vez con falsedad la palabra—, nuestra compañía no vuela a Mozambique.

El avión con destino a Londres tenía salida a las tres de la tarde, y el de París, a las seis. Nos apetecía hablar inglés de nuevo.

—A Londres —anuncié. Ya sabíamos que para acceder a países nórdicos y fríos era preciso hacer escala en alguna urbe importante. Decidiríamos nuestro destino en Heathrow.

—¿Piensan esperar al avión en esta ocasión? —nos preguntó.

—No saldremos del aeropuerto.

Hand fue a comprar unos refrescos y nos sentamos a esperar. La terminal enseguida se llenó de pasajeros blancos con la tez bronceada, la mayoría cargados con palos de golf. ¿De dónde habían salido? No nos los habíamos topado en el centro, y tampoco en la montaña o la discoteca. Ni siquiera habíamos visto campos de golf. Ni Hand ni yo habíamos cogido color. Quién era esa gente, jóvenes parejas todos, tan apuestos algunos, rubias y espigadas mujeres con melenas de pelo liso, acompañadas de hombres de bronceada tez y pantalones perfectamente planchados, ninguno de los dos temeroso de perder al otro.

Faltaban dos horas, ciento veinte minutos, para que despegara el avión. Aún nos quedaban cuatrocientos dólares en divisa marroquí.

—Vamos a dar una vuelta por ahí fuera —propuse—. No podemos irnos con este dinero en los bolsillos.

—Hemos dicho que no saldríamos del aeropuerto.

No obstante, salimos. Cogimos el coche y nos dirigimos a un complejo turístico cercano al aeropuerto. De entre los hoteles, separados de la carretera por largos caminos de acceso y verjas de hierro forjado, escogimos uno llamado Temptation y aparcamos frente a su magnífica entrada, cubierta de flores rosas. Estaba cercado por sus cuatro costados con parapetos de cuatro metros de fucsias, pero un poco más allá, a la derecha, se extendía un pequeño asentamiento de chabolas, a la sombra de los muros y las copas de los árboles.

—Ve tú —dije.

—¿Cuánto?

Le di todo lo que llevaba encima, a excepción de un puñado de billetes que guardé como recuerdo para las gemelas. Hand fue hacia la primera de las viviendas, una caja amarillenta de madera y pladur, con cabida para dos personas y no mayor que una tienda de campaña familiar. Hand, el muy imbécil, iba hacia allí con su refresco en la mano. Las gafas de sol, parcheadas con ocho sellos adhesivos, reposaban sobre su cabeza, mirando al astro rey. Se asomó a la entrada de la vivienda. Una mujer salió a la puerta limpiándose las manos en una especie de trapo, rojo y empapado de agua.

Hand le hizo un gesto con la mano a modo de saludo. La mujer inclinó la cabeza y se volvió enseguida para mirarme. Yo saludé con la mano y ella asintió de nuevo con la cabeza, en mi dirección.

Hand hurgó en el bolsillo de la derecha para sacar el dinero, sin soltar el refresco, todavía en la mano izquierda. La señora me miró de nuevo. Sonreí a modo de disculpa, pero procurando expresar algo así como «Espera y verás».

Algo se le había quedado atascado. Hand hundía ya ambas manos en el bolsillo. Con el refresco oprimido entre el brazo y el torso, por fin logró extraer de un tirón los billetes, y el refresco saltó por los aires como un pequeño géiser de líquido marrón, treinta centímetros hacia arriba y un metro hacia abajo, ensuciando en su caída las piernas y los desnudos pies de la señora.

Volví la cara. Me daba vergüenza verlo. Avancé hacia el coche, como si no tuviera nada que ver con Hand. ¿A quién se le ocurre presentarse con un refresco? ¡Acercarse a un chamizo con trescientos dólares y un refresco bajo el brazo! Nada salía de acuerdo con nuestros planes. Quizá estuviéramos predestinados a meter la pata allí donde fuéramos...

La curiosidad pudo más que yo y me volví de nuevo. Hand se había arrodillado. La mujer sostenía el dinero en la mano mientras él la limpiaba con el trapo. Frotando y dando rápidos y ligeros golpecitos secaba los pies y las piernas de la mujer, que permanecía inmóvil, mirándolo atónita. Hand le pasó el trapo por la pantorrilla

izquierda de arriba abajo, le limpió la rodilla derecha, le frotó un polvoriento pie y luego el otro. Después repitió el proceso desde el principio. Daba vergüenza ajena.

Al final la mujer posó la mano sobre la cabeza de Hand para indicarle que lo dejara y, tras un último repaso ocular a las piernas, Hand se levantó del suelo.

El garaje de la casa de Hand, con sus tablillas recién instaladas, que aún conservaban el color natural del pino, era sólido y el techo no era demasiado alto. El de mi casa también era bastante bajo, pero estaba lleno de agujeros; años antes, mi hermano Tommy y sus amigos habían querido construir una habitación sobre el tejado con tableros y planchas de cartón alquitranado, pero se les fue al traste el plan al descubrir que las termitas tenían medio comida la madera y a duras penas soportaba su propio peso. El de Hand, en cambio, era sólido y tenía el tejado inclinado, por eso lo habíamos escogido para dar el salto. La idea era sencilla y, para tres chicos que aspiraban a convertirse en especialistas de cine profesionales, no carente de lógica: debíamos saltar desde lo alto de un garaje a un camión en movimiento.

Nosotros teníamos trece años y el padre de Hand poseía una furgoneta azul que cada noche aparcaba recluso en su garaje, porque decía que le gustaba el «subidón» —así lo llamaba; era la primera vez que yo oía emplear la palabra en ese sentido— de recibir el sol de cara todas las mañanas, al volante de su vehículo, y entrar en la calzada sin mirar atrás. Era un tipo extraño, del que sin duda Hand había heredado su arrebatado entusiasmo, sin paliativos.

Una mañana, antes de ir al colegio, Hand, Jack y yo aguardamos en lo alto del tejado. La noche anterior habíamos tendido sobre el cajón de la furgoneta unas mantas oscuras, de un color parecido al azul cobalto metalizado de la carrocería, para que el padre de Hand no advirtiera nada extraño al entrar en el garaje en penumbra. Nos disponíamos a saltar cuando Jack anunció que se echaba atrás, que nos observaría desde arriba. Él también pretendía ser especialista —o al menos eso afirmaba cuando se lo preguntábamos; una vez lo interrogamos al respecto, recelosos ante su negativa a probar unos garfios caseros— pero, aun pareciendo auténticas sus intenciones, se empeñó en que no saltaba.

—¡Mariquita! —exclamamos.

—Vale —repuso.

Según él, era absurdo. Cuando creyéramos, ya nos entrenarían «especialistas oficiales» de verdad, ¿no? ¿Qué?, exclamamos. Le parecería muy sensato lo que acababa de decir, pero nos dejaba estupefactos. ¿Especialistas oficiales? Lo acribillamos a argumentos. Como que iban a dejarnos, replicamos, como que iban a dejarnos siquiera probar suerte como especialistas si no demostrábamos tener lo que hay que tener. De acuerdo, accedió por fin, saltaríamos todos juntos.

La puerta del garaje se abrió con gran estruendo y vimos la capota de la furgoneta asomar poco a poco bajo nuestros pies abrazando el sol de la mañana, aún fresco y

azulado. No habíamos pensado en cronometrar la operación. Ni previsto ninguna señal o cuenta atrás...

Jack se lanzó al vacío. Contemplamos el descenso de su espalda hacia el vehículo, lo vimos aterrizar de pie, perder luego el equilibrio, quedarse a cuatro patas y rodar hasta quedar tumbado de espaldas. La furgoneta no se movía. El padre de Hand había frenado en seco —acababa de caerle un fardo de cincuenta y cinco kilos encima— y salía ya por la puerta. Jack, tumbado sobre las mantas tendidas en la caja, alzó la vista y nos vio, boquiabiertos los dos y aún en el tejado. No pareció sorprenderle.

Queridas Mo y Thor:

Hemos estado en Marruecos dos días, creo, y quiero que no olvidéis lo que os tengo que decir: hasta que no visitas un lugar, no sabes nada de él. Nada. Absolutamente nada de nada de nada. Ni de los demás, ni del país. Nada de nada de nada. Sabiendo esto —que solo se conoce lo que se ve— todo se complica. La gente quiere las cosas fáciles, por eso prefiere hacer suposiciones. Y ahí es donde la cag...

—¿Nos vamos o qué? Deberíamos irnos.

—Un momento —dije. Me había empeñado en enviar la postal. El coche estaba estacionado cerca del aeropuerto.

—¡A quién se le ocurre poner «cagar» en una postal! Eso no se puede hacer. Te la confiscarán.

—¿Quién?

—¡Los censores! En Marruecos está muy mal visto. ¿Para quién es?

—Para las... ¿qué más da?

Doblé en dos la postal y me dispuse a escribir otra.

Mo, Thor:

Os escribo justo antes de que Hand (os acordaréis de él. Es el que una vez, bateando, le pegó un pelotazo a Mo en la barriga) salte de un coche en movimiento (el nuestro) a un carro en movimiento también. Son cosas que vosotras no debéis hacer hasta que seáis mayores —bastante mayores, creo yo—, pero no demasiado. Es increíble lo que nosotros hemos tardado. Va a ser genial. Ya terminaré la postal cuando hayamos dado el salto.

Había llegado el día.

—De acuerdo —dijo Hand.

Hand saltaría desde nuestro coche alquilado a la parte trasera del carro, en movimiento ambos, y entregaría a su conductor el dinero que nos quedaba. Nos colocaríamos en paralelo, a veinte kilómetros por hora aproximadamente, y saltaría desde su ventanilla al cajón del carro, superficie de aterrizaje más que amplia, tan amplia como el cajón trasero de una furgoneta. Nada complicado.

—Demasiado fácil incluso —observó Hand.

Recorrimos la carretera del aeropuerto arriba y abajo siete veces, procurando avanzar a la velocidad de distintos carros. Aquí tenéis uno de ellos:



Todos poseían las dimensiones adecuadas y circulaban tan despacio como precisábamos pero, cada vez que nos acercábamos a uno, algo fallaba. Aparecía un policía por detrás o en dirección contraria; un motociclista nos abordaba ofreciéndose como guía; otro quería vendernos hachís. Niños que se acercaban con sus bicis a meter las narices. Demasiado tránsito. ¿Adónde iba toda aquella gente? Parecían extras de una película, pagados para deambular de acá para allá...

Hand estaba sentado en la portezuela, sacando el torso por la ventanilla.

—No va a funcionar —rezongó introduciendo la cabeza en el coche. Se acomodó en su asiento.

Le pregunté qué le hacía pensar que no iba a funcionar.

—El par motor —respondió.

Me arrimé al arcén, detuve el coche y miré al frente. No tenía intención de preguntar qué relación guardaba el par motor con arrojarse a un carro tirado por caballos.

—Cambiemos posiciones —propuse.

—Imposible. Si casi no puedes ni andar.

—Venga. Claro que puedo.

«—Quiero llegar hasta el final, Hand.

»—Eso hemos hecho.

»—Siempre hay que llegar hasta el final.»

Hand se colocó al volante, yo me senté en el hueco de la ventanilla y dimos la vuelta en busca de otro carro. Junto a la entrada del aeropuerto divisamos uno. Solucionado: saltaría, entregaría el dinero a su conductor, luego vuelta al coche de un salto y carretera adelante, dispuestos a tomar el avión rumbo a Londres.

Nos colocamos a la altura del carro y resultó ser el mismo de antes. ¿No? Sí, el mismo de la foto. Hand redujo la marcha hasta acomodarse a su velocidad, unos veinte kilómetros por hora. El conductor, que en principio no nos había prestado atención, volvió la cabeza y se nos quedó mirando, entre perplejo y preocupado. Cruzamos una mirada. Yo medía el salto, y él pareció adivinarlo. Mis ojos saltaban de la parte trasera del carro a su conductor, de este al burro y del burro de nuevo al

hombre. A este no le hizo gracia la idea: arreó al animal con una exclamación y el burro aceleró la marcha.

Qué idea más absurda. «Si funciona será genial.» Absurda. «¡Espectacular!» Apoyé un pie en el reposabrazos. Con la mano derecha me agarré a un saliente entre la portezuela y la capota del coche. Apenas me separaba un metro del carro. «Chupado.» Calla ya, joder. «Está tirado.»

—Vuelve dentro, idiota —exclamó Hand.

—Pero si está chupado —repliqué, pero tan bajo que no me oyó.

—¡Nos meterán en la cárcel! —gritó.

Con el pie en el reposabrazos me di impulso y me arrojé. El carro vino hacia mí y reparé en el grosor de sus paneles de madera. Y en los espárragos o lo que fuera que cargaba. Y en el hombro y el codo del conductor. Entonces atisbé un hueco donde aterrizar, sobre las grisáceas tablas de madera. Sentí su tacto al estamparme contra ellas, las manos y el torso; las piernas, en cambio, quedaron colgando por fuera. Di con la barbilla en la madera, vi el cielo girar a toda velocidad, caí de espaldas dando voces, me deslomé contra el pavimento, alcé la vista al sol y me quedé allí inmóvil.

Había errado el tiro. Bueno, errado no, porque llegué a tocar el carro, pero no me había arrojado con ímpetu suficiente. «Cosas del par motor.» No tiene nada que ver con el par motor. «Podría ser.» Sentía la columna vertebral como un túnel por donde discurrieran disparadas esquirlas de cristal. Desde el suelo contemplé los bajos del carro y las patas del burro, con sus calvas y sus gruesas cerdas azul metálico, como un raído muñeco de peluche. La luz era suave e indulgente allí abajo. Se estaba fresquito a la sombra del carro, la temperatura era perfecta. Me invadió entonces una súbita sensación de placer y bienestar. En los umbríos bajos del carro me sentía como en un granero. Un antiguo granero. En Phelps solíamos organizar fiestas en un granero, infestado de murciélagos pero en muy buen estado teniendo en cuenta su antigüedad y años de abandono; allí nos reuníamos Tommy, mis amigos y yo cuando subíamos a veranear. Ese fue el lugar donde por primera vez metí los dedos en...

—¡Habla! —Era Hand—. ¡Habla, capullo!

—¿Qué? —musité.

El conductor del carro se inclinaba sobre mí también. Dos rostros me observaban. Qué distintos eran uno de otro. El del carro tenía la cara torcida, la mandíbula ladeada hacia la derecha. Y los dientes desviados en múltiples direcciones.

El dolor en la columna entró en parámetros razonables. Poco a poco remitiría. Me incorporé.

—Me has asustado, coño —exclamó Hand.

A su lado, el conductor, agachado junto a mí, guardaba silencio. Me miraba como al gamberrillo del barrio al que nadie comprende pero con quien hay que bregar a diario, el típico que anda siempre corriendo tras los gatos y espiando a las ancianitas.

—¿Te duele en algún sitio en especial? —preguntó Hand.

Me había quedado sentado sobre las piernas y me puse en pie. El conductor, un hombre corto de estatura, alzó la vista hacia mí. Entorné los ojos y di unos pasos tambaleantes hacia la izquierda. No mantenía el equilibrio. ¿O sí? Vaya usted a saber. Podía haberme hecho mucho daño. A esas alturas podía esperar cualquier cosa.

—¿Quieres volver al coche o prefieres esperar un poco? —preguntó Hand—. Has caído como un fardo.

—Perdona —respondí. Me costaba respirar—. Parecía tan fácil. —Reparé en que el burro también me miraba. De los tres testigos, él parecía el más comprensivo.

Hand y yo nos plantamos en la carretera, él esperando a que yo echara a andar o cayera desplomado, y yo aguardando una señal. El marroquí se volvió hacia el burro.

—Espere —le indicó Hand. Y dirigiéndose a mí añadió—: Ya que estamos.

Saqué los billetes del caletín, se los tendí a Hand y él se los entregó al del carro. El hombre meneó la cabeza desconcertado, pero aceptó el dinero. Subió entonces al carro y arreó al burro antes de que se nos ocurriera cambiar de opinión. Con la espalda magullada, abollada por cientos de guijarros, regresé con Hand al coche.

—Deberíamos quedarnos para que te viera un médico —propuso Hand.

—¿En Marruecos? No.

—Los congoleños que conocimos en el avión querían estudiar aquí. ¿Tú has visto esta ciudad? Aquí hay dinero. Tiene que haber buenos médicos.

—No, vamos a coger el avión.

Hand suspiró y encendió el motor.

—Luego no me eches la culpa —advirtió.

—No te preocupes. Estoy bien.

—Estás hecho una mierda.

Devolvimos el coche de alquiler y nos presentamos de nuevo ante el cabrón de la oficina de cambio, el que me había denegado el derecho a cambiar de firma y se había interpuesto en nuestro camino. Cambiamos el dinero preciso; el hijoputa nos atendió sin poner pegas y nos alejamos de allí reculando y sin quitarle la vista de encima, agitando los dedos en un gesto obsceno. Yo me consideraba vengado. Hand, en cambio, no. Me encontraba ya en la puerta de embarque cuando él se volvió con paso decidido hacia la ventanilla.

—¡Mala persona! —le espetó.

El hombre le miró sin inmutarse.

—¡Venimos aquí a regalar dinero a su gente y usted se empeña en impedirnoslo! ¡Venga a poner trabas! ¡En todas partes hay gente como usted! Gente que solo sabe incordiar. ¡Pejiguerras! ¡Que es usted un pejiguerras!

Todo el mundo nos miraba.

—¿Ha visto lo que le ha pasado a mi amigo? —Me señalaba a mí—. ¡Por su culpa caerse de carro! ¡Todo su culpa! ¡Culpa todo en el mundo gente como usted!

El hombre permanecía impertérrito. Eso sacaba a Hand de sus casillas.

—¿Sabe qué hacer con gente como usted en Biblia? ¡Echarlos fuera! ¡Fuera del Arca de Noé! ¡Fuera del templo a patadas! ¡Desheredados! ¿Ha leído usted los Evangelios, cacho bestia? ¿Acaso los ha leído?

Yo agarraba ya de Hand. Le tiré de la camiseta por la espalda y por fin se dio la vuelta y se acomodó a mi paso.

—¡Hasta de la Biblia los echan! —gritó una vez más cuando ya salíamos por la puerta y entrábamos en la pista.

En la revista de a bordo había un reportaje sobre un individuo que estaba construyendo una avioneta monoplaza con la que trasladarse a su lugar de trabajo.

—¡Es la leche! —exclamé dirigiéndome a Hand—. ¿Has visto esto?

—Lo estaba leyendo ahora mismo. —Hand sostenía su propio ejemplar.

El invento consistía en un aeroplano de reducidas dimensiones, asequible y adecuado para todo tipo de viajes y usuarios. Un monoplaza preparado para realizar desplazamientos a cualquier lugar del mundo; o casi, pues quedaban ciertos detalles por perfeccionar todavía. Se diría la panacea para todos los males, los míos sobre todo. Un avión sin restricciones, que no tuviera que esperar a nadie ni depender de nadie. Creí perder el sentido. El único inconveniente eran los plazos. El inventor llevaba cerca de veinte años trabajando en el proyecto y disponía ya de un prototipo —ofrecía un magnífico aspecto; había fotografías y todo—, pero, según decían, en el mejor de los casos pasarían seguramente otros veinte años antes de que el avión pudiera comercializarse, y otros diez más hasta formar parte de nuestra vida cotidiana. Para entonces yo rondaría ya los cincuenta o estaría muerto, que sería lo más probable. Además, el avión, como cualquier idea fantástica, cualquier idea fantástica concebida y elaborada por un único individuo, contaba con legiones de detractores. ¿Para qué, se preguntaban estos, diseñar una máquina perfecta capaz de realizar todo tipo de desplazamientos, pero con cabida para una persona únicamente?

Hand dejó caer la revista sobre sus rodillas.

—Parecías una ardilla voladora —observó, vuelto hacia mí—. Tendrías que haberte visto. Con las manos extendidas y la camiseta que parecía hinchada por el viento, como si te saliera joroba o algo así, como una vela. Y luego vas y no te puedes agarrar al carro. Te diste contra él y saliste rebotado.

Al llegar a Heathrow fuimos derechos al mostrador de información. Una señora de edad mediana, pelo rizado y cobrizo, y semblante hastiado pero risueño de profesora de secundaria a un año de la jubilación, nos preguntó en qué podía servirnos. Deseábamos recabar información sobre vuelos con salida dentro de las dos horas

siguientes con rumbo a algún país de Europa del Este que no exigiera visado de entrada.

Al menos no se rió de nosotros. Vamos a ver, dijo, sacando de debajo del mostrador un pesado mamotreto, una especie de listín de teléfonos con información exhaustiva sobre los requisitos de entrada en todo país del planeta. Le sonreímos, sonreímos entre nosotros. Qué mujer, eso era eficiencia. Pensé en posibles obsequios que enviarle por correo cuando regresara a casa. Era un placer encontrarse en Londres entre gente así, en un aeropuerto tan espacioso y tan vibrante, lleno de exóticos seres futuristas vestidos con ropas tan elegantes, sobrias y comedidas, que caminaban con paso resuelto, a zancadas incluso, seguros del amor que despertaban.

Bielorrusia no exigía visado. Y tampoco Kazajstán. Había un vuelo a Moscú, pero el visado se demoraría un mínimo de dos días, aventuró la señora mordiendo la mejilla por dentro. ¿Por qué Europa del Este?, preguntó. No lo sabíamos. Queríamos pasar frío. Solo por un día o dos, aclaró Hand.

—Un día o dos —repitió ella, bajando los ojos y buscando por encima de sus gafitas entre las dichas páginas ennegrecidas de su listín universal—. ¿Estonia? —preguntó al cabo—. No exigen visado.

Hand dio una palmada en el mostrador. Temí que prorrumpiera en exclamaciones de alegría.

—¡Estonia! —exclamó.

Calma.

—Entonces, ¿hay vuelos a Estonia? —pregunté.

La señora consultó su pantalla. En efecto, un vuelo de FinnAir que salía al cabo de dos horas, rumbo a Tallin, la capital, vía Helsinki. Toda la información del planeta estaba en sus manos.

—¿Nos haría el honor de acompañarnos? —le preguntó Hand.

Ella se echó a reír, nerviosa, y posó la yema de los dedos sobre su mano. Nos despedimos y poco más tarde caímos rendidos de nuevo a los pies de la joven que atendía la oficina de cambio de moneda, que canjeó mis cheques de viajero, previa estampación de firma, ris, ras, otras doce veces —mío, mío, mío, mío, mío, mío, mío, mío, mío, mío—, y quien, no disponiendo de divisas estonias, nos ofreció libras esterlinas y marcos alemanes, monedas ambas aceptadas en Tallin, que la pecosa joven de rostro hinchado como una vela al viento contó y volvió a contar una y otra vez.

Compré una guía sobre Estonia y Letonia, unos caramelos de menta, chicles y unas pilas que pagué a un esbelto cajero paquistaní —o esa fue mi impresión, aunque ya sé que está feo hacer elucubraciones— que sonrió a Hand de manera tan enigmática como desmedida, y luego cenamos en un bar irlandés atendido por personal internacional —jefe de camareros holandés, ayudante sueco, encargado de la barra coreano (a todos les preguntamos su nacionalidad)— y, aunque dos de los empleados nos trataron fatal, no importó, pues en nuestra guía se decía que Estonia

era un país repleto de maravillas de la naturaleza y que Tallin estaba considerada como el brillante en bruto de Europa del Este...

—Aquí dice que es como una zona residencial de Helsinki —explicó Hand.

—Entonces no debe de ser pobre.

—No. Dice que allí todos tienen móvil.

—Hostia —exclamé—. Pues tenemos que salir de la ciudad. Buscaremos fuera.

—Jo —dijo Hand, rascándose las costillas mientras continuaba leyendo—. Yo me lo imaginaba como Sarajevo o algo así, lleno de casas desmoronadas e impactos de misiles.

El pasaje estaba constituido en su totalidad por ejecutivos de raza blanca menores de cuarenta años, como si fuera un club de jóvenes empresarios escandinavos. Hand y yo viajamos en la cola, leyendo la prensa sensacionalista británica, sus páginas llenas de sangre, estupor, mojigatería y sandeces. Hand se prestó a ayudar a la azafata a bajar una miniaspiradora del compartimiento sobre nuestras cabezas, y como premio nos agasajaron con vino gratis durante todo el trayecto.

Brindamos por nosotros mismos repetidas veces y a medianoche, llegados al sepulcral e impoluto aeropuerto de Helsinki, vagabundeamos borrachos ante las tiendas de cromo bruñido, cerradas horas atrás, mientras los empleados del aeropuerto nos adelantaban deslizándose en sus brillantes patinetes —«¡No jodas!» «¡Venga ya!»— metálicos y plegables. Cuarenta minutos de vuelo más tarde, aterrizamos en Tallin, cruzamos la aduana, nos sacudió con violencia el gélido y cortante aire de la ciudad y entramos en un taxi cuyo conductor, con su primoroso corte de pelo y sus carnosos mofletes, nos recordó al encargado de nuestra piscina municipal, el exhibicionista señor Einhorn, que, según decían, solía mostrar sus vergüenzas no ante los chavales sino ante sus abuelas, una de las cuales al fin puso reparos. El taxista se dirigió a nosotros en jovial inglés y nos condujo al único local donde encontraríamos a alguien despierto a esas horas.

Era la una de la noche y estaba oscuro como boca de lobo. Estábamos cerca del círculo polar pero no veíamos nada. ¿O no lo estábamos? Yo creía que sí. Circulábamos por una carretera entre unos edificios muy parecidos a los de Chicago. Quizá habíamos regresado a Estados Unidos. En la oscuridad el parecido era grande. Soplaban un aire semejante, un aire nocturno que cortaba la respiración. El paisaje estaba bañado por una aguada negruzca desde la cual las farolas observaban con opaca intensidad. Por un fugaz instante fantaseé con que aquello era la Luna, y las viviendas, laboratorios para astronautas en viaje de reconocimiento. Estonia bien podía ser la Luna, decidí; figuraba entre los diez o doce países que jamás se me había ocurrido visitar y no conocía a nadie que lo hubiera hecho y, sin embargo, de pronto se nos antojó el lugar perfecto...

—Siempre he pensado que Estonia era el país más interesante del Báltico —anunció Hand.

—¿Cómo? —salté.

Hand se inclinó hacia el taxista y dijo alzando la voz:

—¡Yo siempre pensar que Estonia ser el mejor del Báltico!

—Gracias —repuso el taxista volviéndose para observar a Hand—. ¿Son de Estados Unidos?

—De Marruecos —respondió Hand.

—¡No! —exclamó el taxista volviéndose de nuevo.

—¡Hoy somos de Marruecos! —aclaró Hand—. ¡Mañana de Estonia!

Los dos rieron. ¿De dónde sacaba Hand esos rollos?

La primera impresión que recibimos de Tallin fue la de una ciudad vetusta y sombría, pero por el camino no había gran cosa que ver. Llegamos al hotel Metropol, dejamos el equipaje en la habitación, sencilla pero limpia, y luego nos dejamos caer por el bar, que funcionaba también o ante todo como casino, decorado en burdeos y verde brillante, y con todas sus mesas, unas siete en total más la del fondo, ocupadas. Tomamos una cerveza tostada en la barra, mientras Hand no quitaba ojo a los desvergonzados implantes de la escotada camarera, una rubia de tez blanca y facciones angulosas con semblante de contumaz animadversión, que nos servía las copas.

—Bueno —dijo Hand—, ya estamos en Estonia.

—En un casino de Tallin.

Yo estaba exhausto. «Deberías acostarte y levantarte temprano.» Ese no es el plan. «Da lo mismo una cosa que la otra.» No se le saca tanto jugo. Nos acostamos cuando nos caemos de sueño, cuando ya no podemos dar un paso más. «Eso son chiquilladas.» Pues a nosotros nos va de maravilla. «Creéis que así avanzáis, pero mantenerse despierto no significa avanzar.» Con la ilusión nos basta.

Junto a nosotros, un tipo fondón y postinero, con un pañuelo de seda asomando por el bolsillo del traje, charlaba con una chica vestida de terciopelo azul. Por detrás de ellos, dos hombres con el abrigo puesto vinieron hacia nosotros bordeando la barra.

Uno era alto, corpulento, y sudaba profusamente, agobiado por el peso del abrigo, de los michelines y de un corazón pequeño y demasiado castigado. El más bajo era enjuto y nervudo, de rasgos afilados, como el bajista de una banda militar británica. Preguntaron por nuestra nacionalidad. Estadounidenses, contestamos. El grandote se acercó bamboleante a mí, la saliva espumeando en las comisuras de los labios, los ojos desenfocados, como a punto de decir algo.

No llegó a decir nada. Se le quitaron las ganas y se volvió hacia el individuo del pañuelo de seda que acompañaba a la zanquilarga jovencita y le hizo una pregunta en estonio. El del pañuelo contestó algo inaudible que fue recibido por el grandullón con un golpe de tacón y un sonoro *Heil Hitler!*

Todas las miradas se volvieron enseguida hacia nosotros, hacia la barra en general. ¿Que si había oído la frase con anterioridad? Pues no, a decir verdad, en persona, no. Pero como el grandullón se encontraba justo al lado, y acabábamos de

llegar al bar, parecía que íbamos con él. Que éramos responsables en cierto modo, cómplices.

Retrocedí y sonreí a modo de disculpa ante la clientela, mientras Hand decía «Epa, epa» al grandullón, que le agarró la cerveza, se pimpló un tercio y se la devolvió. Después se dirigió al del pañuelo de seda, repitió el saludo nazi y el *Heil Hitler!* y, acto seguido, desapareció acompañado por el bajista. A todas luces, parte del subtexto me era completamente ajena. ¿Los nazis habían llegado hasta aquellas latitudes? ¿Por qué no me había enterado? Había tantas cosas que la biografía de Gilbert sobre Churchill no mencionaba, tanto que había que resumir. El desembarco en Normandía, fundamental en la visión estadounidense de aquella guerra, lo resume en una o dos páginas. A Hiroshima le dedica un párrafo, a Nagasaki una frase. Éramos unos ignorantes; qué fortuitas y enojosas nuestras lagunas de conocimiento. Más que lagunas eran socavones, susceptibles de reparación, pero que se multiplicaban sin pauta ni comedimiento. Por lo demás, aun sabiendo algo, aun habiendo leído algo sobre la materia y contar con alguna que otra certeza, nunca alcanzaríamos a saber la verdad, ni siquiera de lejos. Porque la verdad solo puede conocerse de primera mano. Lo demás son historias nada más, entretenidas tal vez pero, al fin y al cabo, fabulaciones, no la realidad.

Hand jugó una partida de póquer mientras atábamos cabos. El del pañuelo de seda seguramente era alemán, y quizá los estonios continuaran resentidos por el papel de Alemania en la invasión soviética. Hand estaba convencido de que Alemania había tomado Estonia —Letonia sin duda—, lo que ya era motivo suficiente. Conformes con tal explicación, me dispuse a observar a Hand y vi cómo perdía cien dólares de mi propiedad. Me desconcertó esa pérdida. El destino del dinero cada vez parecía menos claro. ¿De cuánto nos habíamos desprendido ya? Quién sabía. Parecía mucho, pero no debía de pasar de siete mil quinientos dólares. Quedaba mucho camino por delante. Y solo tres días, o incluso menos, sesenta horas. ¿Cómo nos las íbamos a ingeniar? ¿A quién se lo daríamos? ¿Qué pretendíamos, dárselo a los necesitados o deshacernos de él simplemente? Para mí la respuesta era evidente, pero a Hand había que recordárselo. ¿No lo habíamos discutido ya, el otro día en Marrakech? Se aprende tanto como se olvida. Uno casi nunca aprende nada para siempre. En ese instante Hand parecía empeñado en perder en el juego. Si lo perdíamos todo, como fácilmente podía ocurrir, ¿nos sentiríamos más libres? En cierto modo, sí seguro que sí, pero...

—Vámonos —indiqué.

Los crupiers, que igualaban en número a los jugadores, vigilaban con atención el juego y tamborileaban suavemente con los dedos sobre tapetes, cuero y paredes burdeos.

—Bueno —dijo Hand, dispuesto a levantarse de inmediato. Mi vago temor a que fuera un ludópata en potencia se disipó al instante. Entrábamos de nuevo en acción.

Salimos a la calle y el viento nos azotó el rostro al descubierto; pedimos al taxista, el mismo de antes, que seguía en su Mercedes leyendo a Günter Grass — extraño *déjà vu*—, que nos condujera al casco antiguo, al centro histórico, y él encendió el motor al tiempo que nos advertía que no encontraríamos nada abierto.

Ya eran las dos de la madrugada del domingo y estaba todo muerto. Habíamos desperdiciado el día viajando. Sin hacer nada.

El taxista nos paseó por al casco antiguo y recorrimos sus calles empedradas con las ventanillas abiertas, mientras él nos iba señalando distintos puntos de interés: iglesias, lugares de culto, a buen seguro con más antigüedad todos ellos que las playas de nuestro país. Yo bostezaba, los ojos me lloraban azotados por el gélido aire, cuando por fin estacionó ante un pequeño letrero con la silueta de un sinuoso desnudo femenino.

Hand lo señaló.

—Tenemos que entrar ahí. ¿Estará abierto?

El taxista aseguró que era el único local de Tallin que permanecía abierto a las dos de la madrugada de un domingo. ¿Queríamos de verdad entrar en otro club de alterne? «No hay ningún otro local abierto.» Pero ya hemos frecuentado bastantes tugurios en este viaje. «Ya lo sé.» Atraviesas el mapa de punta a punta y en todas partes encuentras los mismos locales con las mismas criaturas haciéndose pasar por gente adulta. «No tenemos otra opción. Necesitamos una comunión de almas y solo aquí las encontraremos despiertas.»

Pagamos al conductor, bajamos por un estrecho callejón, franqueamos un arqueado portón medieval de madera y descendimos. Recorrimos un pasillo de techo bajo y descendimos de nuevo hasta llegar a una puerta doble de vaivén que se abrió a una especie de guarida subterránea, sótano de una antigua mansión que a buen seguro en otros tiempos sería mazmorra o cripta del edificio, destinada una mitad a almacén de grano, la otra, a torturas. Vimos dos mesitas en un rincón, con sendos hombres trajeados sentados a ellas, solos los dos, y frente a nosotros, al otro lado de una columna de plástico transparente, en cuyo líquido burbujeante e iluminado de verde flotaban multitud de falsos peces de colores que saltaban arriba y abajo, una mujer con la piel lustrada, el pecho al descubierto y unas botas al estilo Barbarella giraba desenfrenada alrededor de una refulgente barra dorada.

Tomamos asiento en un reservado, en torno a una mesa metálica.

Pedimos unas copas y contemplamos a la bailarina. Era una chica alta, de pelo cobrizo, tez de porcelana y ojos azules. No bailaba de maravilla, pero sacaba mucho partido a la barra.

—Siempre con las mismas barras —observó Hand.

Las bailarinas disfrutaban mucho girando y retorciéndose en torno a ellas, aunque, la verdad, a veces exageran las contorsiones y en general verlas me deja frío. Ahora

se enroscan boca abajo en la barra, luego se retuercen, se aplastan, trepan por ella. La cosa tiene su gracia, sí, no está mal, pero no entiendo por qué tienen que polarizar toda la atención.

«—Hand, no vamos a aprender nada de esta gente.

»—Quizá, pero están despiertos y nosotros también. Con eso basta.»

Tal vez me habría gustado disponer de barra propia. Esas chicas realizaban verdaderas acrobacias, pero siempre con la barra como sostén y punto de apoyo. Yo no disponía de nada por el estilo. ¿Lograría hacer más y mejores cosas en la vida si contara con una barra así? ¿Dónde estaban mi sostén y apoyo?

Terminado el numerito, mientras Hand iba a por unas copas, la bailarina se acercó a mí. La misma persona que segundos antes se contoneaba sobre la exigua tarima, con sus botas de Barbarella enroscadas a la barra, de pronto estaba encima de mí, en el banco tapizado, su rodilla contra mi muslo, despidiendo calor y olor a ajo, y a champú con fuerte perfume a fresas, su larga melena cosquilleándome la nariz. La chica me acariciaba el mentón y chasqueaba la lengua mientras pasaba revista a los múltiples daños y desperfectos de mi rostro, y yo sonreía por educación, presa del estupor.

Se llamaba Olga. Era rusa, pero quería emigrar a Suecia, donde se ganaría mejor la vida.

—Esta noche es la última que paso aquí —anunció. Después se iría allí a trabajar como camarera. Le pregunté si conocía el oficio. Dijo que no.

«—Es mentira que te vas a Suecia mañana.

»—Ya.

»—Lo que pretendes es que te demos más propina de la cuenta para ayudarte a pagar el viaje.

»—Sí.

»—Pero no tienes ninguna intención de irte.

»—Nunca se sabe.

»—No me explico cómo has acabado en un sitio como este.

»—Tú y yo no somos tan distintos como piensas.»

Tenía una sonrisa dentada y cordial. Me recordaba a una vecina del barrio, Angela Tomaso. Por un segundo pensé que podía ser ella. No era tan descabellado. ¿Quién me decía a mí que Angela Tomaso no había terminado en Estonia? Hacía dieciséis años que no la veía, desde el verano en que su hermano...

No; no era Angela Tomaso. La bailarina me miró risueña a la cara y volvió la vista. Hand estaba de vuelta... ¿Y las copas? Se le habían olvidado, y la chica ya estaba encima de él, y sin tantos miramientos como en mi caso. Parecía que de verdad le gustaba Hand. Lo prefería a mí. Aun tratándose de una transacción de esa índole, era libre de elegir a quien quisiera. Hand sonreía ufano. En toda obra de caridad hay implícita una elección. Mi mente continuaba conversando con Olga.

«—Creo que Hand te gusta de verdad.

»—Es imposible estar siempre fingiendo.»

Se había sentado a horcajadas sobre él, una mano entre sus muslos, la otra acariciándole el pelo.

«—Estoy de acuerdo, Olga. Hay cosas que no se pueden fingir.

»—Sí, es imposible. Tengo un corazón fuera de lo común, exuberante, por eso me tienes aquí. Mi corazón sufre una serie de erupciones por noche, sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Sé que es un modo extraño de expresarlo, pero siento verdadero afecto por tu amigo, y también por ti. En tu caso es algo más general, como si te viera desde arriba, con buenos ojos, eso desde luego, pero como si formaras parte de un paisaje que amo, un paisaje humano. Hacia tu amigo, en cambio, siento algo más particular. Es su olor, el grosor de su cuello...

»—Vale. Déjalo ahí.»

Hand llevó la mano al calcetín y sacó... ¿qué? Ah, ya, dinero.

«—¿Ves como somos iguales? Tú y yo somos iguales, Will. Reaccionamos incluso ante desconocidos. No podemos pasar de largo ante la gente sin al menos amagar un saludo. Las groserías y la falta de concordia nos hacen polvo. Somos incapaces de aceptar las limitaciones de las relaciones humanas, con sus ocasionales distanciamientos, sus tapujos y circunspecciones. ¡Nuestro corazón tira de la correa, Will!»

Olga regresó a la pista de baile tan de súbito como había venido y continuó girando enroscada a la refulgente barra dorada. Tal vez aquella práctica tuviera sus adeptos; tal vez fuera yo quien se perdía algo. Eché un vistazo al respetable, convencido de que mis ojos toparían con algún incondicional sonriendo de oreja a oreja, aplaudiendo a rabiar, entusiasmado con la barra. Pero no lo encontré.

Cuando Olga terminó su número, se acercó de nuevo a nosotros, pidió permiso para tomar asiento, insinuó a Hand que la invitara a una copa, insinuación que él obedeció, y al poco la teníamos sentada junto a él, sus largos dedos moviéndose despacio, como patas de araña, por el breñal que se extendía desde la nuca hasta la coronilla de Hand.

Otra chica ocupó su lugar en la pista. Una rubia platino, con más carnes y más curvas. Me erguí en el asiento. La observé un rato preguntándome qué pintábamos en aquel tugurio y si sería oportuno dejar solos a mis compañeros de mesa. Olga hundía la nariz en el cuello de Hand. Se apartó con un respingo y lo miró de frente.

—Hueles a... —dijo agitando las manos como si fueran aspas.

—¿A qué? —quiso saber Hand.

—A calle —respondió Olga, y se lanzó a mordisquearle la oreja.

La nueva bailarina no estaba cómoda en la pista. Miró hacia nuestro reservado y me dirigió la mejor de sus espeluznantes sonrisas; me dio la impresión de que le faltaban los dientes de abajo, si eso era posible. Hand y Olga hablaban de la televisión de Estonia.

—Ayer noche —decía ella— veo en televisión donde osos y perros luchar.

Hand ladeó la cabeza.

—¿Te refieres a un documental? ¿En la naturaleza?

—No, en escenario. Como circo. Un show. El oso con cadenas, como policía. —
Unió las muñecas imitando unas esposas—. Los perros atacan oso.

—¿Qué? ¿En serio? ¿A un oso? —Hand quería más detalles.

—¡Sí, sí! ¡Encima oso!

—¿Y el oso no les mordió o clavó las garras? Un oso es capaz de matar a un perro sin mayor problema.

—No, no. Al oso arrancan colmillos. Y garras.

—¿Cómo? —Hand estaba horrorizado.

Recordé haber visto algo parecido en algún grabado.

—Era costumbre en la Inglaterra medieval —expliqué, sin saber si me atendían—. Lo he visto en alguna parte. En un grabado. Azuzaban a los perros contra los osos.

Hand me miró impasible. Luego se volvió hacia Olga.

—¿Les arrancan los colmillos? ¿De veras?

Olga lo miraba con lágrimas en los ojos. Se había emocionado hablando del pobre oso. Pidió otra copa.

—Qué espanto —exclamó Hand—. ¿Qué pasa?, ¿es un deporte nacional o qué?

Olga asintió con aire circunspecto. Ambos continuaron charlando hasta la saciedad; cualquiera se habría aburrido, menos Hand, capaz de entrar de tapadillo en un congreso de epidemiología, como había hecho en Indianápolis no hacía mucho. En la pista ya nadie bailaba. Una gran pantalla de televisión cobró vida y en ella se proyectó una película con el rapero negro LL Cool J y unos aberrantes tiburones con cerebro hiperdesarrollado que devoraban a los científicos encargados de alterarlos genéticamente.

Al cabo de un rato, vino hacia nosotros otra mujer, vestida con traje de ejecutiva, y nos preguntó si alguno deseaba que Olga le diera un masaje o bailara con él en privado. Olga asintió por Hand y él se levantó enseguida...

—Será un segundo. ¿Vale?

—Por mí, tranquilo —repuse.

... y desapareció con ella. Otra chica, que un minuto antes servía las copas en la barra, entró en la pista y comenzó a frotarse el trasero contra la dorada barra vertical. Me fijé en el teléfono público junto al bar y decidí hacer una llamada a mi madre.

—¿Dónde dices que estás? —preguntó—. No oigo nada.

Me tapé con un dedo la oreja libre.

—En un bar de Estonia. ¿Qué hora es ahí?

—Las tres. Estoy tiñendo una banqueta.

—¿Que estás qué?

—Una banqueta.

—¿Riñendo a una banqueta?

—Tiñendo. Tiñendo he dicho.

—¿En el garaje?

—Fuera...

—Procura ventilar... Vaya.

La voz nos llegaba con demora y eso nos confundía. Esperábamos turno para hablar y acabábamos hablando los dos a la vez.

La bailarina tenía dos dedos metidos en la boca. Se aferraba a la barra con los tobillos, boca abajo. La posible connotación erótica de aquellas contorsiones cada vez resultaba más tenue y difusa. Volví la cara hacia el aparato para concentrarme.

—¿Dónde dices que estás? —preguntó mi madre, a voces casi.

—Estonia. Tallin.

Había que situárselo. Nadie sabe dónde está Tallin.

—Oye, hijo —continuó, sin el más mínimo interés por Tallin—, si hubieras roto algo me lo dirías, ¿verdad?

—¿Roto algo? ¿Como qué?

—Un plato, un vaso, cualquier cosa.

—No te entiendo.

—Ya sabes que a veces me da por andar descalza.

—Sí, claro. ¿Qué pasa? ¿Has pisado cristales? ¿De qué estás hablando?

—Me lo hubieras dicho, ¿verdad?

—Pues claro. Pero hace meses que no voy por tu casa, mamá.

«—¡Joder, mamá! ¿Qué pasa?»

—Solo quería asegurarme de que me lo habrías dicho. Esta mañana, cuando me levanté, me entró miedo de pasar y... encontrármelo todo lleno de cristales. Ya sabes que cuesta verlos en el suelo, Will.

—Sí, ya lo sé.

—No puedo vivir con cristales por todas partes, hijo. No soporto que haya cristales en el suelo.

«—No, por lo que más quieras, todavía no, mamá. Espera unos años. Te lo suplico. Espera otros cinco años.»

—Te entiendo.

—¿Y por qué Estonia?

—Yo qué sé. No exigían visado.

—Yo una vez estuve a punto de ir a Dinamarca.

—¿Cuándo?

—Con tu padre, claro está. Pensamos pasar la luna de miel allí. Con todos los tulipanes.

—Ah. —Me dolía cuando mencionaba a mi padre sin malicia.

—¡Fuera! —gritó de pronto.

—¿Qué?

—Es el perro de los vecinos. Se estaba frotando contra mi banqueta.

«—Mamá, contrólate.»

—Hijo.

—¿Qué?

—Tendrás prisa.

—No, ninguna.

—Yo sí.

—Tendrás que ver este sitio, mamá. Hay unas peceras altísimas llenas de peces de pega que suben disparados entre burbujas. Como las pavesas de una fogata. O como cuando quemas un periódico y sube flotando como si no pesara nada.

—Will.

—Bueno, las pavesas también flotan. ¿Te acuerdas de cuando fuimos al río Wolf para mi cumpleaños? ¿Lo recuerdas? En el camino encontramos una tumba abierta de mentirijillas, con la mortaja sobre el cuerpo y todo. Con aquella mancha de sangre en medio...

—Tengo que irme. Que disfrutes con el striptease.

Fue ella quien se empeñó en que fuéramos a Great America. Apenas habían transcurrido tres años de aquello; corría un junio que nos tenía a todos maravillados —el cielo muy azul y despejado, el inusitado verdor y las tonalidades abisales de la vegetación tras las intensas lluvias de mayo— y muchos habíamos regresado a casa para asistir a una boda, la de Teddy, un amigo del instituto, que se casaba con una mujer siete años mayor que él y diez kilos más gorda, que daría mucho que hablar antes y durante la boda, sobre todo después de que se la viera fumar como un carretero durante el banquete y los consabidos discursos posteriores. Mi madre se empeñó en que fuéramos a Great America los cuatro: Jack, Hand, ella y yo. Con veinticuatro o veinticinco años como teníamos, pasamos el día en un parque de atracciones con mi madre —ah, joder, olvidaba que Pilar también estaba, no sé por qué— y dejamos que ella nos lo pagara todo y decidiera en qué atracciones montábamos. Ese fue el día en que los tres se subieron al diablo —yo me negaba a que me dieran la vuelta, el olor de la barra de acero contra el pecho me traía a la memoria pasados accidentes de bicicleta, así que me quedé en tierra mirando—, y luego los vi venir hacia mí cogidos del brazo, y casi de las piernas, muy juntos los tres. Me pareció ridículo a la vez que vergonzoso, y simpático a la vez que ridículo. Ese fue también el día en que Hand, mientras daba cuenta de unas patatas fritas con mayonesa, puso en nuestro conocimiento que para él una buena cagada era mejor que un mal polvo, afirmación que enseguida corroboró mi madre, lo que hizo que Jack se desternillara de risa. Y ese fue también el día en que Jack aseguró que no le importaría seguir en el mismo empleo, y en el mismo puesto que entonces ocupaba, otros «veinte o treinta años más». No aspiraba a más. Cuando terminó de contarnos lo mucho que disfrutaba con su trabajo, todos enmudecimos. Abandonamos el parque de

atracciones a las seis de la tarde, dando por terminado el día, pero este volvió a empezar en cuanto descubrimos que mi madre había dejado las luces del coche encendidas. Había puesto los faros por la mañana porque estaba nublado y se había quedado sin batería, así que fue como el comienzo de un nuevo día.

Echamos una partida de backgammon sobre el capó mientras esperábamos al servicio de asistencia en carretera y, una vez listo el coche, el día concluyó, para volver a empezar cuando paramos a cenar y al salir del restaurante no conseguimos arrancar el coche. Llamamos de nuevo al servicio de asistencia en carretera, pero esa vez esperamos dentro del local, en la barra —era la primera vez que me tomaba una copa en presencia de mi madre—, y Jack y Hand se comportaron como si fuera lo más natural, mira qué bien; si tenía que ocurrir algún día, mejor en aquel bar que en el sótano de Hand, donde nos poníamos ciegos de latas de cervezas antes de salir a birlar el Cabriolet de Melinda Aghani. No obstante, compartir copas con mi madre y mis amigos era para mí como un choque interplanetario, me sentía completamente fuera de lugar. Jack nos explicó la historia de cuando su hermana Molly tenía trece años y juró que no se acostaría con un hombre en su vida, ni loca. ¿Por qué? «Porque ya sabes lo que hace que el pene se ponga así de erecto. ¡La sangre! ¡Imagínate, un pene lleno de sangre!» Jack imitó la voz de su hermana a la perfección, sus estridentes agudos, su indignación de matrona ofendida. Mi madre disfrutó de lo lindo, y no solo porque Molly no era santo de su devoción —no lo era de ninguno—, sino porque tanto Jack como Hand, a sabiendas de que le gustaba que la trataran sin deferencias, hablaron sin pelos en la lengua. Mi madre entonces llevaba el pelo muy corto. Como muchas de sus amigas, se lo había cortado conforme a su edad, al estilo Liza Minelli, pegadito y con los caracolillos lamiéndole las sienes. Para mi gusto le daba un aspecto un tanto vehemente, le agrandaba los ojos y endurecía sus pómulos. Cuánto disfrutó aquel día y qué pocas ganas tenía de que llegaran los de asistencia en carretera y hubiera que salir del bar. Escuchó embelesada la anécdota de Hand, cuando tenía siete años y al morírsele el gato lo escondió en su habitación para que no lo enterraran. La idea de sepultarlo le horrorizaba, de modo que guardó al animalito en una caja vieja de Lego y luego, al ver que era devorado por las hormigas, rajó la barriga a un oso de peluche que tenía, metió dentro el cuerpo rígido del gato, ya medio putrefacto, y lo dejó sobre la cómoda de su dormitorio hasta que el olor —era agosto— se hizo tan pestilente que acabó por descubrirse el pastel. Mi madre escuchaba la historia con ojos tan abiertos y fulgurantes que, con aquel corte de pelo, parecía haber perdido la chaveta. No regresamos a casa hasta las doce y ella se pasó la noche en vela hablando por teléfono con Cathy Wambat, en Hawai, explicándole la jornada con todo lujo de detalle, y me desveló con sus esporádicas risotadas, aunque eso nunca llegaría a decírselo.

Hand estaba de vuelta, con aspecto alicaído. Y Olga tras él, cariacontecida.

—Mejor que nos vayamos —dijo Hand.

—Bueno.

—Bien —dijo tímidamente dirigiéndose a Olga—. Tengo una cita importante de buena mañana. En los juzgados. Un juicio importante. Convendría que echara una cabezada al menos. Deséame suerte.

¿Cabezada? ¿Juzgados? ¿Juicios?

—Buena suerte —dijo Olga.

Le di cien dólares y pagué las consumiciones, unos seis dólares cada una.

Una vez en la calle, mientras caminábamos por el callejón adoquinado, azotados por el violento y gélido frío, Hand se disculpó por la demora. Le dije que no se preocupara. No obstante, era evidente que le interesaba más la cuestión del oso y los perros que Olga.

—¿No te parece increíble? ¿Puedes creerte que le arranquen los colmillos al oso? Íbamos hacia el hotel a paso ligero.

—¿Qué tal el masaje? ¿Ha estado bien? —pregunté.

—Ha bailado para mí.

—¿A horcajadas sobre ti?

—Algo por el estilo —respondió—. Aquí te meten en una habitación de esas como los sótanos de los años setenta. Con sus luces azules, sus muebles a módulos y sus CD. Te dejan que escojas tú la música.

—¿Y?

—Se ha puesto a bailar. Qué mal baila, la pobre, y qué tímida se ha vuelto a solas.

—¿Te ha tocado?

Oh, Charlotte, hubo momentos, amiga mía, cuando estábamos juntos en la cama, en los que me parecía comprenderlo todo, te veía a ti, toda tu persona, tu carne voluptuosa, la generosidad de tus curvas, tan disparatadas, y me descubría mirándote con los ojos de cuando tenía dieciséis años. El muchacho que yo era entonces asomaba por aquel cuerpo diez años mayor y decía «¡Qué pasada, tío! ¡Qué pasada!». Y tú, allí tendida, tan serena y tan risueña. Era esa serenidad lo que más me gustaba de ti, Charlotte, la razón por la que me gustaba tanto estar contigo, pasar una tarde juntos viendo tranquilamente algún concurso en la tele —no se te escapaba nada, a todo le sacabas punta—. ¡Cómo nos reíamos en la cama! Cuando uno se ríe en la cama, lo demás debería ir sobre ruedas...

—No mucho. Me ha quitado la camiseta y me ha acariciado el pecho un rato. Yo me he quedado allí sentado. Ella se reía, y yo con ella. No entiendo que la gente se tome este rollo en serio. Es que no me imagino diciendo: «¡De puta madre, chati, sigue! ¡Baila para mí!». Me parece una situación de lo más ridícula. Como eso de que te canten un telegrama.

Caminábamos en dirección al hotel, dispuestos a coger un taxi, si a esas horas circulaba alguno.

—Tengo que informarme sobre los osos, eso sí. Es que me tiene alucinado —añadió Hand. Yo ya sabía que no se le iba a quitar de la cabeza así como así.

—Sí, qué se le va a hacer. Hay gente a la que le van esas cosas.

—Supongo. Sí. Satisface un deseo humano primario, ¿no? Ver un oso, tan grande y tan impresionante, sometido a un animalucho más pequeño, ¿no? A la gente le vuelven loca esas cosas. Pensarán: «Ahora se va a enterar ese oso».

—Claro.

—Pero para vencer al oso tienen que hacer trampa, ¿no? Lo linchan entre todos. Lo debilitan atacándole uno tras otro. Le arrancan los colmillos y las garras, lo atan con cadenas y luego se arrojan sobre él. Es una vergüenza. ¿Quién iba a enfrentarse a solas a un oso? Nadie.

—Un elefante —repuse.

—No.

—Los elefantes también tienen instintos asesinos. Lo he leído.

—Ya lo sé, pero no se dedican a matar osos. Si lo piensas bien, tiene gracia, porque, a la mayoría de los animales grandes, los chuchos, las ratas y esos bichos les importan una mierda. El oso está tan campante entretenido en sus cosas y, un buen día, vienen unos tíos a arrancarle los colmillos y a azuzar a unos perros contra él solo por divertirse. En España por lo visto drogan a los toros antes de matarlos.

—¿Qué? —Ya estaba cambiando de tema.

—¡Qué lástima! Los toros entran ya medio muertos en la plaza. A mí que no me digan que hay lidia justa contra esos animales. Además, ¿qué clase de psicópata, de desquiciado, de retrasado mental puede querer matar a tan majestuosas criaturas? Es que...

—No te estoy llevando la contraria. —Sentía los dedos entumecidos—. Hace muchísimo frío, Hand. ¿Por qué no seguimos andando?

Hand se había detenido en plena calle y gesticulaba aparatosamente. A mí me costaba concentrarme en la conversación. Sentía como si, en lugar de sangre, por mis venas corrieran cristales que me arañaban por dentro.

Echamos a correr en dirección al hotel y Hand continuó perorando, entre visibles exhalaciones de aire. Sentí una fuerte presión en el pecho, por dentro y por fuera, una presión intensa y acelerada. Como si me golpearan...

—Míralo de este modo —proseguía Hand—. ¿Cuánta gente hay que a lo largo de su vida haya presenciado un auténtico acto de violencia, en persona? Si eliminamos las peleas en el recreo, los típicos golpes con los palos y demás, creo que un porcentaje bastante reducido, ¿no? Pero fíjate que justo ahora, cuando el mundo empezaba a convertirse en un lugar cada vez más civilizado, van y nos atiborran a todos de violencia con la televisión y el cine. Joder, qué frío hace...

—No siento los tobillos.

—¿Los tobillos? ¿De veras?

—A veces me pasa. ¿Y si nos sentamos?

—¿Con este frío? Mejor que continuemos andando.

Algo golpeaba con contundencia en el interior de mi pecho, contra las costillas. Nunca me había sucedido antes.

—Tienes razón —convine. Seguimos camino. Yo estaba atento por si avistaba algún taxi en las inmediaciones del parque.

—¿Estás bien? —me preguntó Hand.

—¿Por qué?

—Porque te estás apretando la barriga. ¿Te ha sentado mal la cena?

—No, no. Estoy bien.

—¿Un retortijón?

—No.

Hand me miró con desconfianza.

—Si seguimos en esta dirección, enseguida llegamos. Ya divisó la iglesia que está junto al hotel.

—Me alegro —repuse—. Necesito tumbarme.

Dirigimos nuestros pasos hacia la aguja del campanario. Sentí una opresión extraña en la parte baja del pecho, como si me atenazaran, algo no experimentado hasta entonces. Empezaba a tomar verdadera conciencia del dolor cuando...

Me desplomé. Fui a caer junto a las patas de un banco en el extremo del parque, asaltado por un repentino sofoco. Sentía un gran acaloramiento, como si las múltiples ramas de una enredadera treparan a toda velocidad por mi torso y extremidades llenándome de calor, de un líquido que ardía en mis entrañas... soñé que escarbaba con la cara. Horadaba una tierra esponjosa y negra con la cabeza, y me abría paso retorciéndome y arañando, pero sin dedos. La tierra desprendía un agradable calor. Abrí los ojos y me encontré tumbado de espaldas.

¡Estaba nevando! Era una imagen bellísima. Nunca había visto copos tan grandes. Eran descomunales, grandes como pájaros, y caían en barrena sobre mí, pero a demasiada velocidad. Demasiada... como cargados de plomo, no de la forma caprichosa que solían. Bajaban rectos, como gotas de lluvia. Yo apenas podía respirar. Sentía los pulmones minúsculos, comprimidos, haciendo esfuerzos por coger aire. No debían de tener ni el tamaño de un pulgar. Se me cerraron los párpados y perdí de nuevo la conciencia. Me vi sentado a lomos de un dragón que arrasaba los bosques y los campos con sus llamaradas... o quizá el dragón fuera yo mismo. ¡Era el dragón! Volaba muy rápido, arrojaba fuego por la boca mientras me abatía sobre carreteras, sobre todos los asquerosos camiones... ¡Yo era el maldito dragón!

¿Qué demonios hicimos aquella noche? Jack había muerto diez minutos antes del mediodía.

Tras comer unas patatas fritas y unos kebabs en silencio, entretenidos observando a un crío que echaba una partida en una vieja Galaga, fuimos al cine y vimos *Hormigaz*, la única película que nos venía bien por horario. Tanto allí como durante el trayecto desde el bar al cine fingimos interesarnos por el mundo. A mí me dio por tocar los cristales. Tocaba el cristal de los escaparates de las tiendas; las lunas de los coches; las ventanas de la escuela de primaria del barrio. Hand se quedaría a dormir en mi casa esa noche y las dos siguientes; regresaría a Saint Louis después del funeral.

Tras la película, demasiado sombría para nuestro estado de ánimo, compramos un par de polos en un 7-Eleven y nos los tomamos en el aparcamiento, haciendo tiempo. Al poco ya los habíamos terminado y mordisqueábamos los palitos. No teníamos dónde ir. Imposible aceptar que el día había tocado a su fin.

Un señor hablaba por teléfono desde una cabina pública, abierta y bañada por la caprichosa luz azul de la marquesina. Tenía una mano apoyada en la pared de ladrillo del edificio que había al lado y con la otra agarraba el auricular como si fuera una barra para hacer pesas. El tipo colgaba, marcaba otra vez, volvía a colgar profiriendo juramentos y marcaba de nuevo. Nosotros observábamos, mascando, callados.

Un coche patrulla enorme dio un repentino volantazo, entró a toda velocidad en el reducido aparcamiento y quedó allí estacionado, como una ballena varada en una playa. Un agente vestido de uniforme color caqui, con botas negras hasta la pantorrilla, el pantalón por dentro, se acercó sigiloso al señor de la cabina, le arrebató el auricular y colgó. Vimos que hablaban. Enseguida apareció un segundo coche patrulla, un todoterreno esta vez. Ya eran tres policías en total, y los tres acribillaban a preguntas al tipo, que supusimos estaría haciendo llamadas obscenas o acosando a alguna ex novia. Minutos más tarde ya eran cinco policías: dos parlamentando, uno comunicándose por radio —¿pedía refuerzos?— y otros dos observando.

Hand y yo nos divertimos imaginando la conversación de los policías. De vez en cuando echaban una ojeada hacia donde estábamos y nos veían a los dos plantados allí, observándoles, mofándonos, y pensé, primero con preocupación y después con verdaderas ganas, que igual les daba por venir a interrogarnos también —al menos la noche tomaría otros derroteros, porque no teníamos ni idea de qué hacer con las horas restantes, ni con esas ni con ningunas—; sin embargo, se limitaron a lanzarnos fulgurantes miradas de desprecio y finalmente esposaron al tipo, lo metieron en un coche y se lo llevaron de allí.

La sangre fluía por fin a mi cabeza. Me hallaba boca abajo y algo me oprimía el estómago. Abrí los ojos y me encontré suspendido en el aire, observando la calzada y la hierba cubierta de escarcha a casi dos metros del suelo. ¿Qué coño hacía...?

No.

—Bájame —exclamé. Hand cargaba conmigo a sus espaldas.

—¿Estás despierto?

—Me estás matando, joder.

—Quieres ponerte de pie o...

—Tú bájame.

Me plantó en el suelo como un fardo.

—¿Adónde ibas? —pregunté.

—No lo tenía decidido.

—Serás capullo.

—Huy, mira —dijo señalando mi nariz. Me llevé la mano a ella y palpé la sangre. Se me había abierto la herida.

De pronto Hand echó a correr.

—¡Eeh! —gritó.

Un taxi avanzaba despacio por las inmediaciones del parque, seguido de Hand, que corría tras él agitando los brazos.

El taxista, un hombre moreno con perilla, compartía el asiento delantero con su esposa y un recién nacido. Hand y yo subimos a la parte trasera y discutimos sobre la conveniencia de acudir a un hospital. Los dos igualmente empecinados. Hand estaba preocupado, y yo también un poco, pero decidimos esperar a ver qué tal me sentía por la mañana. La crisis fue pasajera y me recuperé. La sangre volvió a cosquillar por mis venas llenándome de nuevo; el frío era el culpable, decidí. Pensé en telefonar a la doctora Hilliard, pero no me apetecía ponerme a calcular la diferencia horaria y, además, no deseaba molestarla. Era el frío. La presión del aire gélido, el bombeo de la sangre congelada, demasiados esfuerzos en general. ¿Qué se nos había perdido a nosotros en Estonia? Tantos esfuerzos. El aire, las elevadas presiones. Necesitaba calor. Estaba deseando llegar a El Cairo. El sol de El Cairo me recibiría con los brazos abiertos.

En el hotel, el recepcionista nos miró con cara de pocos amigos; el casino había cerrado. Subimos a la habitación, Hand parloteando sin cesar sobre la mortalidad infantil en Sudáfrica, el papel de Mandela en...

Debí de quedarme traspuesto mientras él seguía hablando. Me dormí y tuve un sueño, prácticamente auditivo solo, que pareció prolongarse durante horas; soñé con alguien, una figura enorme pero distante, que reía de un modo escandaloso y perturbado, como ahogándose, en una habitación que en esta ocasión era idéntica a la de mi madre, con el cuadro del velero sobre los caballetes, bajo una tierra agostada

por la sequía. Luego Olga y mi madre eran la misma persona y ambas me ordenaban que comprara una pistola y liquidara a tiros a unos perros enajenados que arrojaban espumarajos por la boca.

LUNES

Al levantarme me sentí recuperado y con fuerzas, así que hicimos el equipaje y nos fuimos.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que sí. Estoy bien.

Alquilamos un coche a dos jóvenes rubias con americana roja —qué consuelo nos procuraban aquellas americanas— y les informamos de que devolveríamos el vehículo en Riga, Letonia, al día siguiente. No nos sentíamos del todo satisfechos con el día anterior.

—El primer viaje —dijo la de la izquierda— deberían destinarlo a comprarse unos abrigos. —Era juguetona pero correcta.

El día era gris y gélido, una caprichosa ventisca soplaba por toda la ciudad, cambiando de dirección en pleno vuelo; los copos de nieve se arremolinaban, súbitamente perdidos, para enseguida encontrar nuevas sendas.

Habíamos previsto viajar hacia el sur en un trayecto de unas tres o cuatro horas, buscando a gente necesitada por el camino. Haríamos noche en Riga y a la mañana siguiente visitaríamos la región de Livonia. Nuestra guía hablaba de los livonios, una tribu pescadora ugrofinesa con más de cinco mil años de antigüedad, cuyos descendientes habitaban en la costa oeste del golfo de Riga. Al parecer solo quedaba un puñado de ancianos que hablaban el idioma, por lo que decidimos visitar la zona e intentar dar con ellos para entregarles todo lo que nos quedaba, alrededor de once mil dólares. Después daríamos media vuelta, dejaríamos el coche en Riga, cogeríamos un vuelo a El Cairo, sobornaríamos a algún guarda de las pirámides para que nos dejara trepar a la cúspide de la de Keops y desde allí contemplaríamos la salida del sol sobre el Sahara. Un plan perfecto.

En el café de al lado, mientras esperábamos el coche, compartimos un periódico local —en primera plana, un cazador se erguía sobre tres animales muertos, lince o leopardos de las nieves— y observamos a tres jóvenes que celebraban una reunión de negocios en inglés, los tres con parecido acento de Europa del Este. Tomamos tostadas con mermelada. En un banco cercano, idéntico a cualquier oficina bancaria norteamericana, todo cristal, acero y lujosa rotulación, canjeé una nueva serie de cheques de viaje. Estaba harto de mi nombre, asqueado. Firmé un cheque tras otro, la rúbrica cada vez más desquiciada. La cajera contó los billetes tres veces, veloz como

un crupier, y me los fue entregando despacio, suponiendo que para mí debían de significar más que para ella, algo de lo que ya no estaba seguro.

Dejamos atrás la ciudad y subimos la calefacción del vehículo. Aún no habíamos comprado los abrigos. Hand de nuevo tenía ganas de desahogarse.

—¿Ves? Ahí está el problema —afirmó—. Es evidente que todos eran de Europa del Este...

—¿Quiénes? —Comprendí que había decidido verbalizar un conflicto interno, aunque empezaba con él ya mediado.

—Los que estaban desayunando en el bar. Los dos chicos y la chica en reunión de negocios o algo por el estilo.

—Ah.

—¿Te has fijado en que ella estaba embarazada?

—No.

—¡Pero si tenía un barrigón!

—Bueno. ¿Y...?

—El caso es que entre ellos hablaban en inglés —explicó Hand—. Y no es un idioma que les pille cerca que digamos. Seguro que viven a menos de doscientos kilómetros unos de otros y no se entienden entre sí. ¿Por qué se empeñarán los letones en hablar un idioma distinto de los estonios? ¿No te parece que son ganas de fastidiar?

Guardé silencio. Hand prosiguió. Bajé el cristal de la ventanilla confiando en que el aire frío lo serenara un poco.

—Tienes el estonio, el finlandés, el letón, el lituano, así que no hay forma de entenderse. Porque la verdad es que no se entienden. Además está el ruso, ya me dirás tú; la región entera debió de ser un caos en tiempos soviéticos.

—Supongo que entonces estaría todo un poco mejor organizado, ¿no?

—Claro. A eso me refería, a que ahora es un caos.

El paisaje se parecía al de Kansas. Extensas llanuras arboladas, con abedules y pinos en ordenadas hileras.

—Y los daneses también tienen su propia lengua, y los suecos. ¿Tú sabías que los suecos y los noruegos no hablan el mismo idioma?

—Sí, eso lo sabía. Creo que aquí todos tienen su propia lengua porque...

—Son ganas de complicarse la vida, ¿no te parece? ¿Por qué no se buscarán un equivalente al euro o al sistema métrico decimal pero en palabras? Un idioma sencillito que sirva por igual a toda Europa del Este y Escandinavia, con lo mejor de cada una de sus lenguas, sus diéresis y sus «oes» barradas.

Me reservé la opinión, confiando en que se cansara de despotricar, como era habitual.

—Es que no entiendo por qué la gente se aferra a cosas que no suponen más que problemas. Los países que quieren ser algo hablan inglés, luego...

Entre los árboles a orillas de la carretera empezó a aparecer gente. Cada diez o veinte kilómetros divisábamos un hombre sentado sobre un tocón. No parecían ocupados en nada en particular. Desde luego, pescando en el hielo no estaban (no había agua bajo sus pies, solo el suelo del bosque), aunque su postura eso hacía suponer. Vimos a unos tres o cuatro de esa guisa y luego a otro de unos setenta años, más arrimado a la carretera que los demás, sentado sobre un cajón ante una fogata pequeña pero con llama intensa. El sendero de tierra junto a él partía de la carretera y desaparecía entre los altos y erguidos árboles. Yo iba al volante. Pasamos de largo y Hand siguió observándolo intrigado.

—Al lado del viejo hay una niña —observó.

—¿Dónde?

—Mira.

—No puedo. Hay hielo en la carretera —le informé.

—Son perfectos. Da la vuelta.

—¿Estás seguro?

—Deberíamos. Ya verás.

Di la vuelta y estacioné el coche en el arcén.

Hand se apeó y abordó al anciano, con el pretexto de averiguar cómo se llegaba a Pärnu, una localidad camino de Riga. La niña, de unos seis años de edad, llevaba un anorak rosa y se acercó a Hand y al anciano tirando de su trineo de plástico, rosa también. Hand tendió al viejo un fajo de billetes. El anciano bajó la vista hacia el dinero y condujo a Hand junto a unos palos apilados a orillas de la calzada. Hand los observó un instante y pareció captar lo que el viejo pretendía. Era leña en venta, se la estaba ofreciendo. Hand, sonriendo, rechazó el ofrecimiento con un gesto, le puso el dinero en la palma de la mano y volvió hacia mí. El anciano se quedó plantado viéndolo subir al coche. Le dirigí un saludo con la mano, y él me lo devolvió.

—Mmm... —masculló Hand abrochándose el cinturón.

—¿Qué?

—Ojalá sea su nieta.

—Ah...

—De lo contrario, acabamos de costearle una mazmorra nueva a un pedófilo.

—¿Cuánto le has dado? —pregunté.

—No lo sé. Lo que tú me diste.

—Unas tres mil coronas.

—Pues suficiente para la mazmorra y una piscina además.

—Seguro que la niña está bien —dije, queriendo creerlo—. Parecía contenta. Tan risueña con su anorak rosa. Además tenía un trineo. No creo que haya de qué preocuparse.

—Ojalá. Pero el viejo estaba hecho polvo.

«—Hay infinidad de historias peores que la nuestra, Hand.

»—Sí, mucho peores.»

Ambos estábamos cansados de hablar y guardamos silencio durante un largo trecho. La carretera era un erial. Un monótono erial. Parecía Nebraska. Un manto blanco cubría la tierra y los árboles no estaban muy crecidos. Estonia podía parecer Nebraska, y Nebraska, Kansas. Kansas, Marruecos, y Marruecos, Arles. Y así sucesivamente. De niño pensaba que todos los países eran distintos, por necesidad: Congo, pura selva, húmedo y verde; Alemania, bosques negros de punta a cabo; Rusia, blanca, toda ella Siberia. Ahora, en cambio, observaba que cada país parecía albergar en sí algo de los demás, y todo paisaje, comprendí por fin, tenía su réplica en algún punto de Estados Unidos.

Eso restaba cierto encanto al proyecto. Parecía absurdo salir del propio país con el único propósito de encontrar paisajes y miseria, tan absurdo como engañar a la persona con quien estás engañando a otra. ¿Qué demonios se nos había perdido en aquellas tierras? Parecíamos llevar meses fuera de casa, semanas en Estonia. Aun así, resultaba tan exótico. Viajar es egoísta; el dinero que podrías emplear en saciar el hambre del necesitado lo destinas a satisfacer tus ávidos ojos, cuando las necesidades del primero deberían prevalecer sobre las del segundo, ¿no? ¿Acaso existen necesidades particulares? ¿Hasta qué punto se hace la vista gorda, en masa, para consentir el turismo?

Hand se abalanzó sobre el dial y subió el volumen.

—¿Has oído? —dijo. Sonaba «Up where we belong», de Joe Cocker—. Este era el tema favorito del Champagne Snowcome. ¿Te acuerdas?

—Snowball. Champagne Snowball.

—¿Yo qué he dicho?

—Snowcone.

—Jo, tío, me acuerdo de aquellos saraos como si fuera ayer. ¿Cuántos años teníamos entonces? Trece, ¿no? Qué de puta madre aquellos bailes, fue la mejor época de mi vida. Nunca he vuelto a disfrutar tanto.

Cuando estábamos en el instituto celebrábamos unos bailes cuyo punto culminante se denominaba Champagne Snowball. El número se puso en práctica por primera vez en las fiestas patrocinadas por el centro cívico municipal, a las que todo el mundo asistía; todavía éramos inocentes y capaces de disfrutar con esas cosas aun estando sobrios. Todos acudíamos a esas fiestas en el gimnasio del centro cívico, nadie se las perdía. Te llevaban en coche tus padres o (con suerte) un hermano mayor, y de ocho a diez de la noche la anarquía se apoderaba de la enorme pista cuadrangular. No recuerdo la presencia de ningún adulto o representante del centro, ni de nadie con atribuciones para vigilarnos o controlar lo que sucedía. Éramos trescientos niños y un pinchadiscos, nada más...

—¿Cómo se llamaba el pincha? —preguntó Hand.

—B. J. McGriff.

—Ah. ¡Es verdad! Joder.

... nadie llegó nunca a saber si ese era su nombre auténtico o un apodo adoptado por razones profesionales, bien que optimistas, equivocadas. B. J. iba al instituto, pero no al nuestro. Y no vestía como los demás. Él se movía en el mundillo New Wave ya antes de que la televisión por cable entrara en nuestra localidad. Llevaba el pelo corto, teñido de naranja, gruesos aretes dorados en las orejas y los pantalones remetidos en unas elegantes y curvilíneas botas de dandi.

Teníamos trece años y eran las ocho y cuarto cuando Hand, Jack y yo entramos en el coche de los padres de Jack, un Grand Caravan rojo con paneles de madera, conducido por su hermana Molly. Ocho minutos más tarde, accedíamos al recinto del centro cívico, y al arrojarlos los tres hacia las portezuelas del asiento trasero Molly se volvió hacia nosotros.

—Estos bailes son para pringaos —saltó.

—¿Qué es un pringao? —pregunté. Aunque solo tenía trece años, algo me decía que Molly conocía la palabra solo de oídas e ignoraba su significado.

—¿Y tú lo preguntas? —replicó, y soltó una sonora y forzada carcajada. Qué bruja era la tía.

Abrimos las puertas y se me ocurrió una idea.

—Hasta luego, pringá —salté, y los tres echamos a correr partiéndonos de risa. Durante dos años ese sería el mayor corte que pegara a nadie.

Aunque Molly no era un personaje en el instituto, nuestra llegada en aquel trasto no causó mala impresión. Molly nos despidió con cajas destempladas y salió zumbando, mientras los demás niños aún seguían asomados a la ventanilla del asiento del copiloto, aguantando resignados las instrucciones de sus padres respecto a la hora y punto de recogida, indicaciones sobre el dinero y advertencias de cuidado y moderación.

—Hay que ver, Molly... qué carácter tenía —recordé en voz alta.

—Es verdad —asintió Hand, mientras terminaba la canción y empezaba a sonar Starship. Era una emisora de la década de los ochenta en Estonia—. Joder, cómo era Molly.

Dejábamos atrás el coche y avanzábamos hacia la luz. En el interior del gimnasio la barahúnda era tremenda. Los novatos que cometían la torpeza de entrar por la puerta principal eran recibidos con una avalancha de rugosas pelotas rojas. Las luces estaban apagadas, a excepción de los pequeños focos que alumbraban a B. J. y, por lo visto, él mismo se traía de casa. Aparte de eso, no había más iluminación que la que se filtraba por las puertas abiertas en los cuatro rincones del gimnasio. Al baile acudían todos los niños del instituto, de todos los estratos sociales, y otros que deseaban entrar en él. Allí estaba Meredith Shannon, con sus ceñidos pantalones azules y las palabras MUY FRÁGIL pintadas en el trasero. La misma indumentaria de todos los martes. Y el soberbio de Terri Glenn, que acababa de aprender el significado y uso del adjetivo «omnipresente» y cada cuatro o cinco frases lo soltaba. Y los dos orondos grandullones, Larry y Dan, que no eran gemelos ni hermanos, por

lo que resultaban aún más siniestros, a los que todo el mundo quería y que siempre acudían al baile con el casco en la cabeza. Nos abríamos paso en aquel oscuro mare mágnam, echando el ojo a las chicas con quienes ansiábamos darnos el filete, y ahí está lo increíble, lo más prodigioso de aquellos saraos, pues no solo estaba permitido morrearse entre compañeros, sino que era preceptivo.

—Es increíble que nos dejaran a nuestras anchas —comentó Hand bajando el cristal de la ventanilla para arrojar el corazón de una manzana.

—Al final acabaron enterándose —repuse.

—Ya, pero mientras...

El protocolo del Champagne Snowball era el siguiente: primero, canción lenta. «Open arms», «Up where we belong» o cualquier tema de Spandau Ballet. Inspeccionas el terreno, seleccionas y, una vez localizado el objetivo, formulas la contraseña: «¿Bailas?». Entonces la conduces hacia una zona lo bastante concurrida para esconderse entre el gentío. Colocas en torno a su cintura tus famélicos bracitos, jurándote algún día muscularlos, y ella instala los suyos en torno a tu sudada nuca. Cuando acaban las sueltas, todo el mundo está empapado de sudor, sobre todo tras la singular coreografía de «5-4-3-2-1 Major Tom» iniciada por Dean y Hand y seguida por la pista en pleno, de modo que es normal que tu pareja tenga la espalda mojada. Ella huele a Sea Breeze. Sus sienes gotean sobre tus hombros. Sientes el ardor de su pecho contra el tuyo. Su resuello. Nunca oirás resuello igual, ya puedes disfrutarlo. Pon ese resuello a buen recaudo en el paracaídas de tu alma y ciérralo bien. Si tenéis la misma estatura como suele suceder, te acercas y apoyas la cara contra su ardiente mejilla. Si el calor se hace insoportable, cambias de mejilla. Ojalá no pregunte si llevas un bolígrafo en el bolsillo sabiendo que no lo llevas. Ojalá no se te escape el pis. «¿Por qué se te iba a escapar?» Yo qué sé. Ella saca el labio inferior, sopla y el flequillo se alza en su frente como una bandera ondeando en un balcón. Sientes su ardiente barbilla sobre tu hombro ardiente, y su pecho respirar contra tu pecho. ¿Le apetecerá enrollarse contigo? Dudas si frotar la pistola contra su entrepierna: sí (¡salido!)/no (¡maricón!). ¿Dónde se habrán metido tus amigos? ¿Qué hora será? ¿Cuánto queda...? ¿Necesitas más tiempo! Observas boquiabierto a Jack, que baila con Annmarie. Jack se hace el ofendido y finge que llora. Se te escapa la risa, y cuando tu pareja te pregunta de qué te ríes contestas: «Nada, la comedia de la vida». El sudor se enfría en la espalda de ella. Dejas resbalar las manos un poco. ¿Sabrá besar? Y, por fin, cuando la canción lleva sonando un minuto o poco más, llega la orden de B. J.:

—*Champaaaagne!*

B. J. exclama la consigna con voz seductora, alargando las vocales, procura en la medida que le permiten sus diecisiete años simular voz de barítono envolviendo con los labios los fríos y negros hoyuelos de su micrófono. Al sonido de aquella voz, queda decretada la orden de besarse.

—¿Puedes bajar la música? —preguntó Hand.

Bajé el volumen. Hand me daba la espalda, hecho un ovillo.

—Después de aquellos bailes no había quien durmiera —recordó. Pulsó el botón que activaba la luna térmica en el cuadro de mandos.

Acabada la fiesta, tumbado en mi dormitorio de cara a la pared, intentaba sin éxito conciliar el sueño; todos éramos conscientes de que aquello era un regalo del cielo, un estallido de luz solar para nuestros hinchidos corazones...

—Ahora estoy agotado —dijo Hand—. De pronto me ha invadido el cansancio.

—¿Vas a dormirte ahora?

—Tengo que cerrar los ojos aunque solo sea un momento.

—Como quieras.

A los diez segundos aproximadamente de oír la palabra «Champaaagne», cuando ya empezábamos a conocer los entresijos de la boca de nuestra compañera, sonaba la siguiente consigna, «Snoooowball!», que ordenaba cambiar de pareja, mediada la canción, y nos permitía conocer a una nueva persona y disfrutar de ella. En realidad solo cambiabas si te apetecía, si el atractivo de la persona con quien estabas bailando había remitido o habías echado el ojo a otra pareja mejor, más desinhibida. ¿B. J. imponía ese cambio? No, en absoluto. Como casi la mitad de la noche lo que sonaba eran canciones lentas, si lo deseabas, y yo lo deseaba y, como yo, muchos, de hecho la mayoría, todos lo deseábamos, en una noche podías llegar a bailar hasta con doce personas distintas, y besarte con cada una de ellas durante dos minutos, dos minutos y medio, más incluso si ponían «Stairway to heaven», aunque, en ese caso, vaya rollo, tocaba hacer un remedo de baile rápido al final. Nadie sabía muy bien cómo bailar «Stairway to heaven». Algunos continuaban renqueando a cámara lenta, haciendo caso omiso del cambio de ritmo de la canción, la precipitación repentina, los gritos, mientras otros, la mayoría, daban unos botes, como quien no quiere la cosa, sin moverse del sitio, y fingían rasgar la guitarra eléctrica o hacían lo que buenamente podían. No es una canción muyailable, la verdad; esa es la moraleja.

El caso es que en cuanto oíamos la palabra «Champagne», alzábamos la cabeza, y la boca de ella venía hacia mí como una oscura caverna. Nuestras dentaduras tomaban contacto, clac, y ella me insuflaba su aliento. ¡Qué lubricidad! Me descubría entonces volando a toda velocidad por su boca, explorando sus paredes como un murciélago. Al igual que los restos de comida que quedan entre las muelas transforman las lenguas en rastreadores y nuestro apéndice se convierte en un topógrafo para el que cada afta es una cresta de escarpadas montañas, así mi lengua se metamorfoseaba en conquistadora y cartógrafa de la húmeda y oscura boca de Mary Kate. Conocía todos sus recovecos, sus estalactitas y estalagmitas, las suaves pistas en la planicie de sus muelas posteriores. Ambos luchábamos por el dominio de aquel espacio, su lengua hacía incursiones en mi boca sin por ello bajar la guardia. Treinta segundos más tarde, habiendo explorado ya los rincones que su cavidad me ofrecía, continuaba adentrándome hasta que, al poco, palpaba las lindes de su cerebro y acariciaba la suave textura de su base. Correteaba por el fondo de su cráneo, corría

disparado por su interior, dando bandazos entre cartílago y capilar como la bola de una máquina de millón, y subía de nuevo, devorándola y escudriñándola por dentro, sus ojos como canicas en mi boca. De pronto paraba en mientes: abría los párpados para ver si los suyos estaban abiertos y viéndolos, si no cerrados, al menos entornados, los labios posados con suavidad sobre los míos, los cerraba de nuevo y continuaba penetrando en ella, hasta el centro de su ser, y una vez allí, por fin, descubría su paisaje. Estaba oscuro y apenas distinguía nada, dudaba de lo que veía, pero alcanzaba a divisar su sinuoso río, un delgado cauce de aguas claras, templado por el sol de la jornada, y luego los pequeños montes arracimados, una docena quizá, y en el valle, su morada: un edificio alto de paredes blancas, limpio y hermoso bajo la luz de la luna en su cuarto creciente, iluminado su interior por cientos de esbeltos cirios.

Abrí los ojos y vi que Jack me observaba. Estaba abrazado a Jenny Erdmann, mirándome, con aquella sonrisa suya de anciano sabio y venerable. Fue en esa ocasión cuando advertí, con más claridad que nunca, que tenía las orejas salientes. El cabrón tenía auténticas orejas de soplillo. Le hice un gesto obsceno con el dedo.

—Hand.

Hand se había dormido.

—Hand.

«—Hand, detecto agitación en el subsuelo. Se están volviendo locos ahí abajo. Están todos trajinando en la biblioteca. Algunos no sé de dónde proceden. Crecen como hongos.»

Cuando terminó el baile aguardamos a Molly, aunque solo un momento. Sabíamos que no se dignaría venir a recogernos después de haberla llamado «pringá». Echamos a andar hacia casa con las camisetas empapadas, refrescándonos en la brisa nocturna. Hasta nuestro barrio había tres kilómetros y medio; lo sabíamos con exactitud porque Hand se lo había hecho medir a su padre con el cuentakilómetros del coche.

Atravesamos la arboleda que se extendía por detrás del centro cívico y cruzamos dos *fairways* del campo de golf. Un parapeto recién construido separaba la carretera de la nueva urbanización, de modo que trepamos a él y avanzamos por su redondeado caballete, apenas cubierto por la vegetación todavía, dejando a un lado el estanque que la constructora había transformado en lago.

Hand quería seguir la noche y yo también. Avanzábamos por el parapeto, sobre el tráfico rodado, empezaba a refrescar y arreciaban las ráfagas de viento. Jack quería volver a casa.

—¿Por qué? —preguntamos. Los cables eléctricos aullaban.

Nos miró perplejo. Porque en algún momento había que volver, respondió. Al fin y al cabo vivíamos con nuestros padres y existía un toque de queda.

Discutimos un rato, aunque Jack no acababa de verle sentido al debate. No comprendía qué pretendíamos sacar quedándonos en la calle. ¿Qué vamos a hacer?,

preguntó. Mañana no nos tendremos en pie, añadió.

No se nos ocurrió ninguna actividad, pero se estaba bien allí arriba, divisando el nuevo lago a nuestros pies.

«—Hand, no debimos llevar a Jack con nosotros.

»—No le pasó nada.»

—Hand, fue un error.

Hand seguía dormido.

«—Él no quería. No quería venir con nosotros, esa es la verdad. Le gustaba nuestra compañía, pero no compartía nuestros gustos.

»—Claro que quería.

»—Han pasado ya diez o doce años y no consigo borrar de mi mente la imagen de aquella vaca. Veo el ojo, la veo arder y veo el ojo aún vivo; no se acababa de morir nunca aquel ojo, tan negro y acuoso.

»—Calla.

»—Hand, tenemos que aceptar lo que hicimos.

»—No es por la vaca, Will.

»—La quemamos viva, Hand.

»—Estaba muriéndose.

»—La rociamos con gasolina y le prendimos fuego.

»—Éramos unos críos. Deja en paz a la vaca.

»—Sabíamos que era un ultraje.

»—Esa vaca habría acabado en el matadero de todos modos. Teníamos trece años y necesitábamos reaccionar con violencia ante la vida. Conocíamos sus leyes y los demonios que andan sueltos entre nosotros. Matar a aquella vaca fue un modo de expresar nuestra rabia.

»—Jack no quería hacerlo, pero tampoco quería dejarnos allí.

»—Si se quedó fue porque quiso.

»—Después del baile cruzamos el campo de golf y nos metimos en aquella granja con sus seis vacas. Entramos en el cobertizo que había junto al establo, vimos la gasolina y prendimos fuego a la vaca. Sabíamos perfectamente lo que hacíamos, no dudamos. Pasaron muchos años antes de que aquello nos planteara algún problema de conciencia, ¿verdad? En su momento, en cambio, nos pareció muy bonito eso de rociar de gasolina a una vaca y prenderle fuego.

»—Madurar es humano.

»—Sí, pero no reaccionar como lo hicimos. Solo un puñado de depravados cometen actos así. Actuamos a conciencia, sobrios por completo. Detestábamos a aquella vaca. La veíamos cada fin de semana al pasar con las bicis, fue un plan premeditado. A mí se me ocurrió fantasear con la idea de una vaca en llamas y decidimos llevar la idea a la práctica. Una crueldad.

»—Ya no importa.

»—La pobre se quedó quieta mientras la rociábamos. Luego sintió que el líquido le traspasaba la piel y se echó en el suelo. Entonces le arrojamos la cerilla encendida. Fue inhumano.

»—Lo pasado, pasado está.

»—Fue inhumano. Ese mismo año fue cuando empezamos a querer besar a todas las chicas. Éramos unos retorcidos. Me extraña que no termináramos en la cárcel, convertidos en drogadictos o muertos en una cuneta. Recuerdo que vi arder a la vaca con un desapego total. Y la pobre apenas se rebulló. El silencio lo invadía todo, y la noche era tan bonita, tan clara, las estrellas arracimadas fulgurando en el cielo, y nosotros apostados tras la cerca, apoyados sobre ella contemplando la escena, viendo las llamas rojiazules y cómo el cuerpo del pobre animal pasaba del gris al negro.

»—Haz el favor de callarte, joder. Qué ganas de hurgar en el pasado. No sirve de nada.

»—¡Es mi cabeza, capullo! Es lo que hay. Solo recuerda los malos rollos.

»—Pues a mí déjame en paz.

»—Corrompimos a Jack, Hand. Las gamberradas siempre las tramábamos nosotros. Era injusto. Siempre fuimos unos privilegiados en comparación con otros. Teníamos un 7-Eleven a la vuelta de la esquina, ¡imagínate! No me extraña que a Jack le pasara lo que le pasó. Y que a mí me desfiguraran la cara. Esto no es más que un merecido castigo.

»—¿Castigo de quién?

»—No lo sé.

»—¿De Dios?

»—De quien sea que ajuste cuentas. Alguien se encarga de ello, de hacer justicia.

»—Esa justicia no existe, Will.

»—La justicia es la base del mundo.

»—Si hubiera justicia, Will, no estaríamos aquí. Porque si hubiera justicia, habría lógica, y de haber lógica tú no te habrías convertido en la imagen de marca de una bombilla y ahora mismo no estaríamos aquí.

»—Alguna justicia hay.

»—No te hagas ilusiones creyéndote que todo es por tu causa. Tu problema es que crees ser el único al que le suceden esas cosas, crees que todo, la humanidad entera, gira en torno a ti.

»—Como quieras, pero tendremos nuestro merecido. Yo ya he padecido el mío. Todos expiamos nuestros pecados. Primero en la mente y después en el mundo físico.

»—No. No existe justicia, ni castigos divinos, ni leyes. Eso son sandeces, quimeras de alguien que teme a la muerte.

»—Es mucho más que eso. Yo lo he vivido en carne propia, ya lo comprobarás el día que los recuerdos te muelan a palos. Echo un vistazo a nuestros recuerdos del pasado y me golpean hasta dejarme casi muerto. Es un castigo divino, por nuestra soberbia, por nuestra brutalidad.

»—A mí no me metas. Yo no soy víctima de nada.

»—Si no hubiera límites podríamos hacer realidad nuestras fantasías. Pero no podemos.

»—Sí podemos. Acuérdate del Champagne Snowball.

»—Por Dios.

»—Sí, señor. Ahí tienes una de las pocas y maravillosas ocasiones en las que se obedecían todos los impulsos, se cumplían todos los deseos. Acudíamos al baile con una gran comezón en la entrepierna, pero seguros de nuestro deseo. Todos aquellos pantalones de pana ceñidos, con lo atractivos que resultan unos muslos prietos en la pana ceñida, y nosotros deseando abrazarnos a aquellos cuerpos, mecemos con ellos y ofrecerles después nuestros labios. Deseábamos sus jadeos y los conseguíamos. Deseábamos sus bocas en las nuestras, ver las luces que iluminaban su interior, y cumplíamos nuestro deseo.

»—Muy bien, pero de eso hace catorce años. Éramos unos críos, imbécil. Después todo ha sido un caos.

»—Ahora te estás contradiciendo. Si hay justicia, no puede haber caos. Cuando lo que impera es el azar, no existe posibilidad de castigo. Tú anhelas ese castigo con la esperanza de ver a tu Dios. Sin castigo, no hay Dios. Si hay justicia, hay un Dios como el que buscas, hay otra vida.

»—He llegado a pensar en dejarte.

»—¿Cuándo? ¿Por qué?

»—En momentos de debilidad he deseado abandonarte, como tú hiciste conmigo en Oconomowoc. Cuando estábamos en Marrakech y nos perseguían por aquel laberinto de calles, una de las primeras cosas que me vino a la cabeza fue: “Jo, pues no sería mala idea dejarlo aquí plantado”. Pensé en *Vaya par de idiotas...*

»—¿Te pusiste a pensar en *Vaya par de idiotas* con la muerte rozándonos los talones?

»—No puedes hacerte idea de lo rápida que va mi cabeza.

»—Ya.

»—Me acordé de cuando Bill Murray engaña a Woody Harrelson para que salga del coche y los tíos de la bolera los quieren matar, y Murray sale disparado dejando a Woody solo y...

»—¿Adónde pretendes llegar?

»—En las últimas semanas ha habido momentos en los que he deseado que hubieras sido tú.

»—¿Cómo? ¿Que fuera yo qué? ¿Que la paliza me la hubieran dado a mí? ¡Y yo también, imbécil! ¡Te lo he dicho mil veces! Me habría dejado apalizar esa y otras diez veces más en tu lugar, so capullo.

»—Deseaba que hubieras sido Jack.

»—Jack nunca te habría acompañado en este viaje. Era demasiado prudente. Jack...

»—No, no. Me refiero a antes.

»—No será al camión.

»—Me pasaban ideas horribles por la cabeza, Hand. Sobre todo en los momentos que siguieron a lo de Oconomowoc. Caía dormido y, al despertar, hervía por dentro. No quería estar despierto. Los bibliotecarios trajinaban sin cesar catalogando y haciendo copias. Todo lo archivaban con enorme celo y lo almacenaban en los lugares más recónditos, pero siempre reservando copias que tener a mano. Yo no sabía si dejar los ojos abiertos o cerrados. Si los cerraba, quedaba a su merced; no tenían con quien competir por mi atención. Pero si los dejaba abiertos me veía la cara, el cuerpo. Los dejaba abiertos y me entretenía viendo la televisión. No cogía el teléfono. Necesitaba otras veinticuatro horas para aceptar lo ocurrido. ¿Hasta qué punto no serían imaginaciones mías? Tomé conciencia aguda del dolor y me despreocupé de lo demás. Ya haría indagaciones más adelante. Estaba desbordado. Como si me hubiera tragado una docena de granadas. Tenía la espalda molida. Alcanzaba a levantarme, pero solo conseguía andar encorvado. No me había fracturado la mandíbula ni el dolor llegó a ser tan intenso, pero tenía todo el pómulo derecho amoratado y cada vez más oscuro, con un pequeño hematoma color verde que poco a poco iba creciendo.

»—Conozco la historia.

»—La vista se me nublaba por momentos, en el ojo izquierdo a buen seguro me iba a salir un morado. Un arañazo del grosor de un lápiz me cruzaba el caballete de la nariz, pero ni recordaba cómo me lo había hecho. En la sien izquierda tenía un corte de bordes irregulares. Me metí en la bañera y el agua enseguida se tornó gris y después rosa. No podía moverme y me vi obligado a salir de allí reptando, arrastrarme hasta el inodoro y darme impulso apoyándome en él. Agoté todas las reservas de cerveza almacenadas en el frigorífico, los siete botellines. Luego me tumbé en el sofá y me sumí en un duermevela. Necesitaba el bálsamo de las voces y risas de la televisión.

»—Will.

»—Me quedé absorto viendo un programa de humor que pasaban en la televisión por cable. Me dieron las diez de la mañana, y las cuatro de la tarde, y cinco cervezas después (que saqué calientes de la despensa) ya eran las once. Estuve un rato observando a la gente que sacaba a pasear al perro, deseando que se acercaran a presentarme a sus animales de compañía. Y deseé tener allí a las gemelas quejándose por todo y jugando a lanzarse mi colección de vinilos. Siete cervezas más tarde (latas de las reservas del sótano de mi vecino), ya casi eran las seis de la madrugada. Tenía la mano derecha fracturada por algún lado; no conseguía apretar el puño y eso era lo que más me indignaba.

»—Haz el favor de callarte de una puta vez.

»—Fue entonces cuando empecé a preguntarme qué habría sucedido de haber sido tú el que conducía el coche. Si el camión te hubiera arrollado a ti en lugar de a

él. Por un segundo lo deseé. Deseé que hubieras sido tú, haber ido con Jack al guardamuebles en lugar de contigo, porque él no me habría abandonado. No me habría dejado allí tirado. Se habría quedado conmigo. Pero nunca te confesaré nada de esto. Además, ni lo deseo ni lo creo ni fantaseo con ello.

»—Te lo agradezco.

»—No hay de qué.

»—Mira, Will, vidas como la tuya ha habido cientos. Miles. A decir verdad, no hay nada de extraordinario en ella. No te lo tomes todo tan a pecho. No hay que ser tan delicado.

»—Soy demasiado frágil, soy un blandengue de mierda. Odio ser así. Creo que me rompí la mano. Fui a dar un golpe y choqué con la pared de acero del guardamuebles y ahora apenas si puedo cerrar el puño, cada vez que le estrecho la mano a alguien veo las estrellas. Me he convertido en una piltrafa humana. Todo me hace estremecer. Cuando pillo un partido de boxeo por la tele, tengo que apagarla. Salto a la que oigo una voz más alta que otra. En un documental vi cómo tres policías pegaban una paliza a un tipo y tuve que servirme una copa para calmar los nervios. Hand, nadie me habló de este peso. ¿Por qué no nos advirtieron nuestros padres?

»—¿Qué peso?

»—El puto peso con el que cargamos, Hand. ¿Cómo puede vivir la tal Ingres aquella? La anciana de Marrakech. Si nos consideramos meros receptáculos, que es lo que somos, tanto tú como yo estamos desbordados, lo que significa que ella debe de estar ya en el fondo de un profundo y gélido lago. ¿Cómo puede vivir con toda esa agua silbando en sus oídos?

»—No somos receptáculos; somos proyectiles.

»—Somos estáticos y no tenemos nada. Rebosamos cargados de plomo.

»—Somos herméticos, somos proyectiles y lo podemos todo.»

—Hand.

Hand seguía durmiendo. Subí el volumen de la radio.

—Hand.

«—Oconomowoc fue la gota que colmó el vaso. Allí fue cuando me desbordé. No pude contener el escape. Ni puedo.

»—No lo achaques a Oconomowoc. Lo de Oconomowoc no tiene nada que ver. Se debe a Jack. Lo de Jack te destrozó pero tienes que...

»—Nada, no tengo que nada. Mi vaso está colmado.

»—Vacíate y empieza desde cero.

»—La vida se ofrece pródiga ante nuestros ojos, repleta de manjares, suntuosa y exquisita, y yo deseo hincar el diente en ese cuerno de la abundancia, pero no puedo porque estoy empachado, ahíto de arena y fuego. A los veintisiete años, ahíto ya de arena y fuego sin comerlo ni beberlo.

»—Vacíate. Púrgate. Despréndete de esa carga.

»—No hay nada de lo que uno pueda desprenderse para siempre.

»—Arroja tu mente al mundo. Sé valiente, compórtate con grandeza.

»—Estoy harto de mis pensamientos. Deseo ver mi mente convertida en una simple partícula. En una minúscula parte de un organismo pensante. ¿Cómo se llamaba la planta que descubrieron en Minnesota? El mayor ser orgánico capaz de vivir por tiempo indefinido, una especie de planta acuática que se extendía por todas partes. Eso es lo que yo quiero. Formar parte de ese ser, ver mi cerebro convertido en una simple pieza de ese mecanismo. No aguanto mis pensamientos por más tiempo. Donaría mi mente a la ciencia.

»—Muy bien. Pues hazlo, arrójasela.

»—Dios, Hand, solo tenemos veintisiete años. ¿No te parece que alguien se empeña en jodernos? ¡Yo ya no puedo con ese peso! No aguanto más... Y cada vez irá a peor. Tendré un hijo y se me morirá. Y cuando eso ocurra, ¿qué? Estoy en carne viva. Ya me han herido en demasiadas ocasiones. Mis extremidades cuelgan hechas jirones. Si supieras lo que es vivir dentro de este cuerpo... todos mis órganos quejándose a voz en grito, y las manos, ni siquiera alcanzo a cerrar los puños...

»—¿Es que no te das cuenta? Tienes que hacer borrón y cuenta nueva.

»—Estoy dispuesto, Hand. Lo deseo vivamente. Pero ya venía tocado de antes. Y no sabía bien hasta qué punto. Luego planeamos este viaje y pensé que me sentiría capaz de hacer más cosas, de hacer cosas mejores. Ahora estoy deseando que termine. Saber el momento en que te aliviarás de ese peso hace la espera más soportable. Me entiendes, ¿verdad?

»—Tienes que darlo todo.

»—Eso estoy haciendo.

»—Estamos creando algo. Sacando algo de la nada.

»—Cada vez que entregamos dinero, siento como si accediera a un mundo nuevo. Como un soplo de vida. Todo contacto lleva implícito el amor. Al menos debería. De ahí que su carencia nos trastorne. Rompe nuestro equilibrio y nos aboca a una torpe búsqueda de razones. Es cruel e injusto pasar de largo junto a otro ser humano sin demostrarle afecto, eso es algo que todos sabemos. Vivimos en una negación y una injusticia permanentes.

»—Hombre, yo no diría tanto...

»—Todo el mundo debería abrimos los brazos.

»—Y nos los han abierto.

»—Hand, ¿te diste cuenta de que aquel muchacho senegalés se parecía a Jack? El que sacó la piedra de debajo del coche. La primera vez que pinchamos. Era el vivo retrato de Jack.

»—Pero si era negro, Will.

»—Sí, pero...

»—Jack era pelirrojo y con pecas.

»—Pero había algo en su mirada. En esa especie de reverencia que hizo al retroceder con la piedra en la mano. No sé... Algo en su forma de mirar. Joder, veo la

cara de Jack por todas partes. Veo su nuca, su perfil... su perfil junto a mí en el jardín, encorvado sobre la cartulina con el rotulador en la mano, empuñándolo con torpeza como solía, las rodillas manchadas de barro, y lo veo cuando corría los cuatrocientos metros lisos, el mentón adelantado durante toda la carrera, no solo al acercarse a la meta...»

—Hand.

«—Hicimos cuanto pudimos, joder.»

Estacioné el coche en el arcén. Necesitaba a Hand despierto.

—Hand.

«—Hicimos cuanto pudimos, joder.»

Hand seguía durmiendo. Subí el volumen de la radio.

—Hand.

—¿Qué...? ¿Por qué has parado?

Había parado porque no veía nada.

—Will, caramba.

Rompí a llorar a lágrima viva.

—Me ha venido de pronto —dije entre sollozos—. Lo siento.

—Suénate —indicó Hand. Me tendió un calcetín.

—Qué putada, joder —exclamé. Intenté secarme las malditas lágrimas. Estaba empapado—. Qué putada.

—Ya, ya, ya —musitó Hand.

—Qué gran putada, joder.

Hand bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—Una putada putada putada putada putada.

Una nube gris envolvía el coche, los cristales estaban empañados, y yo, listo para continuar viaje. Llevábamos diez minutos detenidos, ya era suficiente.

—Venga —dije—. Sigamos adelante.

Nos detuvimos unos kilómetros más allá, en el bar de una estación de servicio, tan pulcro y antipático como todos. Compramos unos caramelos y, de vuelta al coche, decidimos que había que enterrar un tesoro. Camino de Riga, cogeríamos un fajo de billetes, lo enterraríamos en algún punto del trayecto y levantaríamos mapa de su ubicación para que alguien, un niño, lo encontrara.

Paramos en un barrio residencial de las afueras de una ciudad, y en su pulquísima oficina bancaria, mientras Hand compraba enfrente unos calcetines —el hedor que desprendían los puestos se nos hizo de pronto insoportable—, cambié otros mil dólares. Estampé las consabidas firmas de mal talante. Ya iba siendo hora de que inventaran un método más sencillo. Cuando terminara todo aquello, iba a tener que cambiar de firma.

Nos encontramos de nuevo en el coche, nos pusimos los calcetines nuevos — calientes, limpios y secos— y dejamos atrás la zona edificada en busca de algún desvío que permitiera adentrarse en el bosque sin levantar sospechas, enterrar el tesoro y después encontrar a niños en las inmediaciones. Salimos de la carretera principal y avanzamos por un largo y sinuoso camino vecinal en busca de gente. Necesitábamos una población cercana al bosque. Pero los árboles empezaron a ralearse y al poco nos encontramos en zona de granjas, todas ellas abandonadas y siniestras, sin señales de vida alrededor. Dimos de pronto en una especie de maderera, donde cargaban enormes camiones con troncos de idénticas proporciones. Niños, sin embargo, no avistamos ni uno. De pronto caí en la cuenta.

—No es más que la una. No han salido del colegio todavía.

Hand suspiró comprendiendo vagamente.

—Claro —afirmó.

A orillas de la carretera un chico de unos veinte años, con vaqueros y una desgastada cazadora de cuero negro, hacía autostop.

—Deberíamos parar —advertí.

—¿Por qué?

—Porque hace un frío que pela.

Nos detuvimos. El chico entró encorvado en la parte de atrás, tomó asiento y sonrió. Seguimos viaje.

—¿De dónde sois? —preguntó.

De Anchorage, respondimos nosotros. Anchorage molaba, según él.

Su cazadora de cuero, una chupa negra enorme, ostentaba un abultado parche de Nirvana en el pecho. Y otro de Pantera por debajo. En la muñeca llevaba uno de esos brazaletes anchos de cuero, con tachuelas metálicas, como los collares de los bulldogs. El rostro lo recompuse atisbando en el retrovisor: greñas, tez alabastrina, los enrojecidos párpados y las comisuras de los labios, como de pasarse la lengua por una piel ya descarnada por el azote de un fuerte vendaval.

—Frío fuera, ¿eh? —observó Hand.

—Algo —repuso el autostopista.

No llegaría a cinco grados.

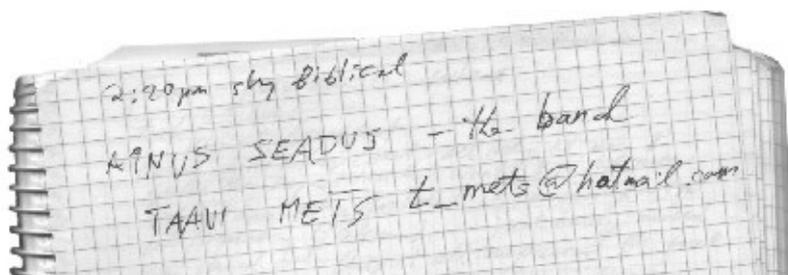
—¿Llevabas mucho rato esperando? —pregunté.

Puso los ojos como platos cuando yo hablé y comprendí que había reparado en mi cara. Aun así no apartó la mirada.

—Dos o tres horas, más o menos —respondió.

Preguntamos cómo se llamaba. Taavi Mets, respondió. Tocaba en un grupo de rock; batería. Hand y él comenzaron a hablar de marcas y años. Hand había sido guitarrista de un grupo llamado Tomorrow's Past. Taavi le pidió que repitiera el nombre. Tomorrow's Past, «El mañana ha pasado», aclaró Hand, pero Taavi no lo pilló, y mejor para él que no lo hiciera.

¿Habían sacado alguna cinta al mercado?, preguntamos. Sí. ¿Algún CD? Demasiado caro.



Preguntamos cómo se llamaban. Taavi agarró un pedazo de papel y anotó su nombre y el de su grupo:

Para complacer a Taavi pusimos los Foo Fighters, lo mejorcito que llevábamos en el coche. Taavi estudiaba en Tallin; volvía a casa. Su compañía resultaba agradable. Tres era buen número. El número justo. Taavi estudiaba ingeniería técnica industrial y vivía en Pärnu.

—Oye —dijo Hand volviéndose hacia él. Supuse que iba a interesarse por la actual situación económica de Estonia, su paso al libremercado o la privatización de su industria, pero tenía algo más acuciante en mente—. Explícame eso de las peleas con osos y perros.

Proferí una estentórea carcajada.

—¿Cómo? —dijo Taavi.

—¿Por qué azuzan a los perros contra los osos?

Hand hablaba absolutamente en serio. Taavi no entendía.

—Ya sabes —aclaró Hand—, eso de que cogen al oso, le arrancan los dientes, lo encadenan a un poste y luego azuzan a los perros para que lo ataquen.

—¿Quién hace eso?

—¡Los estonios!

Taavi negó con la cabeza.

—¿Dónde lo has visto?

—En televisión.

—¿Cuándo?

—La verdad es que yo no lo he visto, pero una amiga sí, en la televisión, y no es un montaje.

—¿Un oso atacado por perros? —repitió Taavi—. La primera vez que lo oigo.

—¿No es costumbre aquí?

—No —respondió Taavi con cierta sorna.

—¿No cogen a un oso y le arrancan las garras?

—¿A un oso? La primera vez que lo oigo.

—¿No es típico de Estonia?

—No, nunca lo he oído.

Me tranquilizó saberlo. Sin embargo, era evidente que Hand recelaba, o quizá en

su fuero interno deseara que la bailarina rusa tuviera razón y el equivocado fuera el batería estonio. Quería creer que en Estonia azuzaban a perros contra osos. Le costaba aceptar el desmentido, la noticia habría podido pasar a engrosar su ya fascinante colección, convertida en unpreciado y bruñido trofeo dentro de la estupenda sección de informes sobre la crueldad contra el mundo animal, ya en exceso nutrida.

Preguntamos a Taavi en qué ocupaba el tiempo libre y se explayó relatándonos la borrachera a base de vodka ilegal —no era más fuerte, insistió, pero sí más barato— que había pillado con unos amiguetes la semana anterior en el bosque...

—Nosotros al alcohol ilegal lo llamamos *moonshine*, «luz de luna» —expliqué.

—¿Luz de cuna? —dijo Taavi.

—No, de lllluna.

... reunidos en torno a una fogata. Qué divertido; en Wisconsin también hacíamos cosas por el estilo, dijimos. Pillar una borrachera al raso en pleno invierno en algo que solo hacen unos pocos en el mundo, estadounidenses del Medio Oeste y estonios.

—Creo que me gustaría Wisconsin —afirmó Taavi con una sonrisa.

—¿Echáis de menos a los soviéticos? —preguntó Hand.

Taavi se rió.

—No. No mucho.

Contó que, de pequeños, sus amigos y él apedreaban las caravanas militares. Pues nosotros tirábamos bellotas a los polis, explicamos. Taavi se quedó pensativo un momento. Sacó los labios y los frunció en un exagerado mohín reflexivo. La compañía de aquel chico era un placer, pero también un horror. No solo el paisaje circundante, con los árboles empolvados de nieve, nos resultaba demasiado familiar. También Taavi.

—¿Estáis mucho mejor ahora? ¿Desde mil novecientos ochenta y nueve? —preguntó Hand.

—Sí, sí —respondió con una sonrisa.

«—Quizá sea la forma de tu boca, Taavi.»

—En Estonia, ¿la economía muy bien, no? —continuó Hand.

Taavi se echó a reír.

—Empieza a ir bien.

«—Es esa risa tuya.

»—¿Qué le pasa a mi risa?»

—Ha mejorado mucho en poco tiempo, ¿no? —dijo Hand.

—Sí. Creo que sí.

—Tallin rico, ¿no? Todo el mundo tener móvil, dicen.

—¿Quién lo dice?

—El libro. —Hand le mostró la guía.

Taavi ojeó la página, posando la yema de los dedos sobre el papel como si fuera una bola de cristal.

—No, no —dijo entre risotadas—. Yo al menos, no, desde luego.

Todo era falso. Nada de lo que decía nuestra guía era fiel a la realidad, a excepción de los mapas. ¿Son los mapas fieles a la realidad? Todo lo demás era pura falacia. Imposible hablar de «datos para el viajero», cuando tales datos son susceptibles de cambio camino de la imprenta.

Taavi señaló hacia una pequeña fábrica en lo alto, a un kilómetro de distancia.

—Yo solía trabajar ahí, durante el verano. —Taavi se expresaba mejor que Hand.

—¿Ahí arriba?

—Sí. Era... construíamos puentes.

—¿Ahí arriba? —insistí—. ¿Ahí arriba hacen puentes?

—Sí.

La instalación no parecía albergar espacio suficiente.

—¿Qué era? ¿Una fábrica? ¿Eras soldador?

—De vez en cuando.

—Conque hay una gran fábrica ahí arriba.

—Muy grande no es. Se hacían puentes pequeños.

Si eso era cierto, que existían fábricas donde se construían puentes pequeños y otras para los grandes, mi vida ganaría una amplitud de miras y una riqueza desconocidas. Hand archivó también el dato.

—¿Queréis verla? —preguntó Taavi, la mano colocada como si fuera una pala indicando que podíamos tomar el siguiente desvío.

¿De verdad se podía visitar? «¿Y si vamos a verla?» «Deberíamos ir.» Nos entretendríamos demasiado. «¿Adónde pensáis ir?» A Riga. Vamos a Riga. «¿Y qué hay en Riga?» Pues la ciudad, qué va a haber, además habíamos decidido ir allí.

—Mejor sigamos camino —contesté.

—Bueno, cuéntanos —dijo Hand dirigiéndose a Taavi con impostada voz de magnánimo presentador televisivo—, ¿qué prefieres, ser ingeniero o batería?

La respuesta fue rápida.

—¡Batería, batería!

Los tres reímos. Hand y Taavi hablaron del coste de alquilar un estudio de grabación en Estonia, del local encargado de grabar sus maquetas, del concierto de Metallica en Tallin, que había congregado a más de treinta mil personas, el mayor concierto en la historia del país. Sintonizábamos con Taavi, y él con nosotros. Se me acumulaban las preguntas; quería que nos hablara de los tiempos en que los tanques soviéticos circulaban por las calles de Tallin, que nos describiera aquella época. ¿Nunca hubo pequeñas revueltas o mínimos levantamientos, indicios de una resistencia clandestina organizada? ¿Tuvo alguna vez amigos entre las tropas soviéticas, fue eso motivo de conflicto entonces, alguno de ellos había sido castigado o asesinado tras la liberación de Estonia, sufrieron represalias?

Pero acabamos hablando de música y alcohol sobre todo. Hand conocía Nueva York, ciudad en la que Taavi deseaba vivir algún día. Hand había sido testigo del

retorno de los Who y de los Sex Pistols cuando ambos recalaron en Milwaukee en sus respectivas giras, lo que causó una fuerte impresión a Taavi. Que Taavi Mets se pareciera tanto a nuestro amigo de la infancia era algo natural, pero al mismo tiempo una limitación y una fatalidad... O tal vez fuera positivo. ¿Qué andamos buscando? Tan pronto deseamos un mundo pequeño como grande, y que siga siendo el de siempre pero sin dejar de avanzar. No sabemos lo que queremos. ¿Querría Taavi acompañarnos a El Cairo? Pensé en proponérselo, pero al final me contuve. Su persona me resultaba demasiado familiar, quizá fuera su forma de escuchar, o esa risa suya tan nasal y retozona; no, seguro que era su forma de escuchar. La presencia de Taavi en el coche empezaba a incomodarme. Me caía bien, pero verlo allí atrás sentado, en el hueco entre ambos asientos... no parecía correcto, la verdad. Temía que lo pillaran allí. Se enteraría...

El paisaje resultaba muy familiar también. Pinos, abedules, las carreteras cubiertas de escarcha, los cuervos...

¡Hicimos todo lo que pudimos, joder! Quizá tendríamos que haber llegado antes. Todavía estaba vivo. Cuando entramos en aquel desolado hospital de Fond du Lac, todavía estaba vivo. Nada más recibir la noticia de que había sufrido un accidente y un camión había arrollado el coche en el que viajaba, supuse que había muerto, pero luego Pilar dijo que estaba vivo, que estaba en cuidados intensivos, que su vida pendía de un hilo, pero que vivía aún, y exhalé un suspiro. A las ocho de la tarde Hand y yo emprendíamos viaje y a las diez estábamos ya en el hospital.

Allí encontramos a la madre de Jack, el padre había salido al coche a por una manta. ¿Para qué quería una manta?, preguntó Hand. «Coge frío por menos de nada», respondió ella. No nos permitían entrar a ver a Jack. No éramos miembros de la familia y la situación no estaba del todo bajo control. La habitación estaba repleta de médicos. Jack tenía aplastadas la mayor parte de las vértebras y la columna prácticamente cercenada. Apenas había posibilidades de curación. Pero ¿las había o no las había, joder? Aguardamos de pie en el pasillo. Nos sentamos en el suelo. Apoyé la cabeza en el suelo. ¿Había o no había posibilidades? El suelo estaba frío, pero era algo sólido y limpio. El hospital estaba impoluto. Ladeé la cabeza y escudriñé la sala imaginando que planeaba como un pájaro en vuelo rasante. El suelo despedía un brillo opaco y mortecino. «¿Había o no había posibilidades?»

La madre de Jack pidió a Hand que saliera a buscar a su marido; hacía ya veinte minutos que había salido a la calle. Hand regresó con él al rato y me contó en voz baja que lo había encontrado arrodillado junto al maletero, las manos sobre la cabeza, y que pasaron un par de minutos antes de que advirtiera su presencia. Mientras Hand me lo explicaba, yo escuchaba con la vista fija en un cuadro que había a sus espaldas, uno de tantos como colgaban en aquel pasillo, acuarelas de aficionados procedentes de la escuela municipal de artes y oficios. El que concentraba mi atención en ese momento mostraba una naranja sanguina atravesada por un cuchillo.

Había ingresado consciente. Era medianoche y estábamos solos los tres en la cafetería cuando la madre de Jack nos lo dijo a Hand y a mí. Lo contó sin dejar de masticar el plátano que estaba comiendo. Qué ojos tan pequeños tenía, sin párpados, como dos hendiduras en el rostro. Y la gruesa piel de la frente cubierta de arrugas, como cortes de cuchillo en una pieza de arcilla. Sentíamos afecto por ella, pero nos había defraudado. No solo nos comunicaba un dato tan crucial a destiempo sino que, además, no ponía nada de su parte. Envidié a los enfermeros que lo habían recibido al ingresar. Les habría asestado un puñetazo el estómago y me habría alzado sobre ellos para oír las palabras de Jack. ¿Qué les había dicho? Su madre no supo decírnoslo. Palabras inconexas, al parecer. ¿En qué quedábamos?, ¿no decían que había ingresado consciente? Qué mujer más estúpida. Estaba medio ida. Menuda inútil. Todos habían tirado la toalla. Hostia, estábamos rodeados de incompetentes. La madre de Jack subió de nuevo a la habitación.

—Es una pobre desgraciada —rezongó Hand.

Tenía razón. El padre aguardaba en la sala de espera acurrucado en su manta mientras la madre se comía un plátano.

Jack había ingresado consciente. Qué coño, tíos, nadie entra consciente en un hospital y luego... ¿Cómo podían los muy hijos de puta tirar la toalla cuando había entrado consciente? ¿Qué grado de competencia podía esperarse del cuadro médico del Fond du Lac? ¿Sabían acaso lo que estaban haciendo? Qué iban a saber. Los padres de Jack aguardaban el dictamen de los médicos. No había tiempo que perder. ¿Qué coño estaban haciendo?

—Habría que localizar a esa gente —propuso Hand.

A la salida de la cafetería buscamos en las páginas amarillas y llamamos desde un teléfono público a una serie de servicios privados de ambulancias. Nadie supo decirnos nada, panda de gilipollas, no sabían si habían sido ellos quienes acudieron a ese siniestro. Por fin decidimos que no urgía saber qué había dicho. Ya lo descubriríamos más adelante, de momento no importaba. Hand y yo nos encontrábamos en secreto en el aparcamiento, y allí pegábamos patadas a las piedras y tirábamos de las ramas de los árboles. Una vez dentro del hospital, Hand corrió tras una doctora y la acorraló en el ascensor. Quería averiguar cuál era el pronóstico y qué tratamiento pensaban aplicar. Nadie nos quiso decir nada.

—La han cagado —volvió diciendo Hand—. La han cagado y ahora no quieren que se sepa.

—Pero ¿qué te ha dicho la doctora?

—Nada. Ahí tienes la prueba.

Los médicos ocultaban algo, y Hand estaba convencido de que no se estaban tomando todo el interés que debían. La habían pifiado y querían ocultárnoslo. Si Jack había ingresado consciente era porque estaba bien, dijo Hand. Así lo entendía yo también. ¡Al fin y al cabo estaba consciente! Los médicos habían metido la pata.

Hand se dirigió al Walgreen's más próximo, abierto las veinticuatro horas. Al cabo de un rato corría hacia mí por el pasillo, meneando la cabeza, los ojos entrecerrados, dispuesto para el ataque.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté.

—¿A ti qué te parece? —respondió extrayendo de la bolsa una pequeña grabadora.

Enseguida adiviné su propósito.

—Como sospechen que los estás grabando, no abrirán la boca —advertí.

—Ya lo sé —repuso, y me enseñó el resto del contenido de la bolsa: un bloc, varios paquetes de cacahuetes, un rollo de esparadrapo y unas vendas—. No sospecharán nada —añadió.

Entramos en los servicios, y mientras él se sujetaba la grabadora a la barriga se la pegué con el esparadrapo y luego le envolví la venda al torso para que no se moviera. Los culpables pagarían su error con la cárcel. Tanto médicos como enfermeros. Sería una denuncia millonaria. Una ruina para el hospital. Hand mantendría el aparato pegado al cuerpo durante las próximas seis horas. Para ponerlo en marcha debería pulsar el botón de la esquina superior derecha. Fingiría estornudar, se daría la vuelta y lo pulsaría. El plan era perfecto.

Sin embargo, yo no las tenía todas conmigo. La puerta que daba a la habitación de Jack estaba cerrada y no estaba claro cuál debía ser nuestro siguiente paso. Pudimos entrar en acción de inmediato, pero pasaban los minutos y seguíamos allí quietos, esperando. Esperando igual que los demás. Plantados como pasmarotes, pestañeando, sin saber en qué entretener las manos. Todo el mundo esperando. Solo a ráfagas intermitentes nos mantenía la vida ocupados con sus benditas y súbitas exigencias, que habíamos de cumplir como galvanizados, de la manera más expeditiva. Pero en ese momento teníamos que ser nosotros quienes, motu proprio, entráramos en acción, porque si no nadie lo haría. Y no sabíamos qué coño hacer. Te acercas a una tienda que acaba de echar el cierre. Ves que aún hay luz en su interior, y gente, están recogiendo, y te das media vuelta, solo porque hay un letrero que indica que está cerrada. Qué pronto nos damos por vencidos. Somos todos unos apocados, unos cobardes. Porque lo que yo deseo es aporrear ese escaparate, romper la luna, meter la mano, girar el pomo de la puerta y entrar...

Hand grabó conversaciones con enfermeras y camilleros, cada vez más próximo al personal médico. Cuando hubo llenado una cara de la cinta, entramos de nuevo en los servicios, deshicimos el vendaje y volvimos a colocar la cinta por la otra cara.

—¿Has grabado algo interesante?

—Aún no, pero estoy a punto. Tienen miedo. Están muertos de miedo.

«—Dios Padre, ¿no os parece que podría utilizar todo esto contra vos? ¿Acaso no sabéis que lo que vos podéis también yo lo puedo? ¿Que soy capaz de levantar tempestades y provocar corrimientos de tierras al igual que lo hacéis vos? Este mundo no os pertenece; es nuestro. ¿Acaso no os habéis enterado, joder? ¿Por qué

jugáis con nosotros sabiendo que os he de pagar con la misma moneda o peor? Recogeré vuestros vientos, cambiaré su dirección y los volveré contra vos. Haré que soplen sobre vuestros mares y océanos, y una vez juntos tiraré de ellos y los lanzaré hacia vos allá en los cielos, y veré cómo os ahogáis en los rugientes borbotones que arrastran la sangre y los huesos de vuestros hijos predilectos. ¿Os habéis visto? ¡Miraos! Lampiño, pálido, los ojos ardiendo como tizones... ¿Qué os hace pensar que no he de pagaros con la misma moneda? ¿Qué os hace estar tan seguro? Puedo tomar vuestros cielos, desgarrarlos y tragarme sus jirones para luego arrojarlos contra vos convertidos en llamas. ¿Qué os hace pensar que no os perseguiré hasta el último rincón de la tierra para daros vuestro merecido? ¿Por qué estáis tan seguro de que no vais a pagarlo con creces? ¡Haré que ríos de sangre os expulsen de este mundo! Os juzgaré desde lo alto de mi propio monte. ¡Seréis vos quien honre mi casa! ¡El mal caerá sobre vos, y la desgracia, y una desolación como no habéis conocido igual! ¿Qué diréis entonces, cuando ese azote, esa desolación sea lanzada contra vos en las alturas? ¿A quién acudiréis en busca de ayuda? ¿Qué se hará entonces de vuestra gloria?

»—”Oh, Señor, deliro, empapado de sudor... os perdonaré todo lo ocurrido si tenéis piedad de nosotros y atendéis a nuestras súplicas. Si nos concedéis este favor, si nos otorgáis fuerza y allanáis nuestro camino, honraré y santificaré vuestro nombre por dondequiera que vaya. Mas si os los lleváis con vos sabréis de mi venganza...»

—Tengo una idea —dijo Hand—. Levántate del suelo.

Hand había hablado por teléfono con varios conocidos suyos del sector médico que vivían en Saint Louis y averiguado que en cierto hospital de México se practicaban novedosos experimentos quirúrgicos en la columna vertebral.

—¿Dónde está ese hospital?

—En Chiapas.

—No.

—Te lo juro.

La operación consistía en reemplazar las vértebras dañadas con réplicas de porcelana hechas con moldes de las originales, tras congelar previamente la espina dorsal —Hand habló de «tratamiento de choque hipotérmico»—, con el fin de evitar el rechazo en los nervios periféricos injertados...

—Una intervención así no la costea una mutua —observé, de pie nuevamente frente a la pintura de la naranja sanguina. El autor del cuadro estaba loco de atar.

—¿Y qué más da? Tú tienes dinero —repuso Hand.

Tenía razón. ¡Mucha razón! Sentí una inmensa alegría al verle por fin la utilidad. «¡Le voy a sacar provecho a ese maldito dinero!» Iba a darle uso, ese dinero tenía una finalidad. Nunca como en ese instante percibí la intervención de la mano de Dios. Comprendí por qué aquel dinero había llegado a mí caído del cielo. Todo tenía

sentido. «¡Cómo no iba a tenerlo! ¡Dios es justo!» Primero la bombilla, luego aquella fortuna caída del cielo y, de pronto, Jack.

«—Oh, Señor, esta es tu última oportunidad.»

Estaba convencido de que el importe de la intervención en Chiapas ascendería exactamente a ochenta mil dólares. Todo saldría a pedir de boca. No sería coser y cantar, pero al menos había una esperanza. A veces se te presenta un camino y no tienes más que avanzar por él y encontrar la salida. Yo mismo correría con los gastos del traslado de Jack hasta el hospital mexicano, en avión o como quiera que se hiciera. ¿En helicóptero quizá?

—En avión militar —propuso Hand. Aprovecharíamos el vuelo de algún caza militar que llevara ese rumbo. O la bodega de un avión comercial cualquiera.

Nunca había visto una camilla en el interior de un avión.

—Costará más de ochenta mil dólares —observó Hand—. Todo junto, tratamiento incluido, calculo que terminará saliendo por más de medio millón.

—Qué va, hombre —repuse totalmente convencido—. Verás como no pasa de ochenta mil.

Todo tenía su explicación en la vida. Lo veía con toda claridad. Hand no replicó.

En Hawai eran solo las cinco, así que telefoneé a Cathy Wambat para cerciorarme de que podría disponer de la suma íntegra en el acto. Que contara con un par de días de plazo para los fondos de inversión inmobiliaria, me dijo, previa retención de los impuestos de rigor. Ningún problema. ¿De cuánto dinero en efectivo disponía? De unos veinte mil dólares, respondió, en una cuenta corriente. No habíamos llegado a invertirlos todavía. Me alegro, dije. Con esos veinte mil seguro que bastaría para poner en marcha las cosas una vez en México. Ese dinero bastaría para demostrar que disponíamos de fondos suficientes para la intervención, que éramos gente seria. ¿Y en efectivo? ¿Cómo podía sacar ese dinero en efectivo del banco? Di por sentado que lo preferirían en metálico, que necesitarían una prueba material de su existencia. Cathy me aconsejó solicitar un giro postal. La gestión tardaría menos de una hora. Asentí aunque no del todo convencido. ¿Dispondríamos de esa hora? Ya se vería una vez en México.

Sonó el teléfono de la cabina. Era mi madre. Cathy acababa de llamarla y comunicarle mi paradero. Eran las dos de la noche. No me apetecía hablar con ella en ese momento. Cathy la había telefoneado aun sin saber en qué pretendía yo emplear el dinero. Ahora mismo cojo el coche y voy para allá, anunció mi madre. Intenté disuadirla diciéndole que íbamos a trasladar a Jack a México y que para cuando ella llegara al hospital ya nos habríamos ido. Le pedí que no me atosigara con más preguntas, pues el plan estaba aún en ciernes. Quizá se complicaran las cosas, pero al menos era una esperanza. Podía venir en avión, insistió. Le dije que aguardara al día siguiente; quizá fuera mejor que viajara directamente a México. ¿Cómo iba a llegar a México desde Memphis?, preguntó. No lo sé, le dije. Mamá, nos estás haciendo

perder tiempo. Le hice prometerme que no contaría nada a los padres de Jack. Ellos no lo entenderían.

Y nosotros, ¿cómo íbamos a llegar a México? Resolvimos que la distancia era excesiva para un traslado en helicóptero. Pero ¿y cómo conseguíamos acceder a un avión militar? A Hand le vino a la mente no sé qué pariente en la base aérea de Whiteman, en las afueras de Kansas City. ¿Y si cogíamos un helicóptero a Kansas? No, demasiado lejos también. Hand recordó a cierto conocido de la base de Peoria, alguien de servicio en el ejército del aire. Peoria estaba mucho más cerca. ¿En helicóptero hasta Peoria entonces, y desde allí a Kansas? ¿O quizá mejor tomar un avión desde la base naval de los Grandes Lagos? No, imposible, allí no teníamos contacto ninguno. Parte del trayecto habría que cubrirlo en automóvil.

De Fond du Lac a Peoria.

De Peoria a Whiteman.

De Whiteman al D. F.

¿Y para qué detenernos en Whiteman? Quizá pudiéramos saltárnoslo. Pero ¿dispondrían de reactores en Peoria o serían todo avionetas con motores de hélice? Hand meditó la cuestión e hizo otra serie de llamadas. Al poco nos convencimos de que los médicos ocultaban algo. Los vimos discutir en un corrillo, con cara de preocupación, y uno de ellos alzó la voz, enojado con el resto, pero enseguida lo mandaron callar. Nos rehuían. ¡No se atrevían ni a mirarnos! Había desavenencias entre ellos. Alguien había metido la pata hasta el cuello. Pero ya era demasiado tarde para arreglarlo. Teníamos que tomar cartas en el asunto cuanto antes.

Entretanto, sin embargo, helicópteros y aviones quedaban en agua de borrajas. Los contactos de Hand no daban el fruto esperado. Un civil no podía ser transportado en avión militar así como así, y no contábamos con familiares en ninguna línea comercial. ¿Y si sobornábamos a un empleado de la compañía aérea? Demasiado arriesgado. Comprendimos que al final tendríamos que trasladarlo a México nosotros mismos. Era lo más probable. Alquilaríamos una furgoneta. Calculamos unas treinta horas de viaje. Quizá más. ¿Cuarenta? Avisaríamos a sus padres una vez en carretera. Comprenderían que era lo mejor. Que nosotros, al contrario que ellos, no habíamos tirado la toalla, porque merecía la pena intentarlo. Disponíamos de dinero, aseguraríamos. Ochenta mil dólares bastarían para cubrir todos los gastos. Habría que responder con evasivas a fin de evitar que nos localizaran e impidieran la operación. Para entonces ya habrían perdido los nervios por completo y no se podría confiar en ellos. Aunque al final nos lo agradecerían. Le habríamos salvado la vida a su hijo y no tendrían más remedio que darnos las gracias. ¿Y si nos detenían en la frontera? Podía suceder. Tendríamos que esconder a Jack. Hacer como si estuviera dormido. Bajaríamos las patas de la camilla para que pareciera una cama. Nos llevaríamos un montón de almohadas.

Preguntamos de nuevo y nos respondieron que hasta al cabo de al menos doce horas no se nos permitiría pasar a verlo.

—A él le haría ilusión —repuse, y la doctora asintió con la cabeza, conforme, pero dijo que hasta al cabo de doce horas, nada. La encerraríamos en un armario. Nuestro amigo se hallaba en plena intervención: le estaban operando las vértebras inferiores, después tendrían que descargar la presión sobre el bulbo raquídeo y luego...

Tres de la noche. Bajamos al aparcamiento de nuevo, a corretear un poco. Necesitábamos desfogar los nervios. Corrimos de un lado a otro, entre los vehículos aparcados, bajo farolas que proyectaban seis veloces sombras para cada uno de nosotros. La meta era un seto bajo y oscuro; quien lo saltaba primero, ganaba. Había asuntos por resolver, pero aún era pronto; ya llegaría el momento. Cuando en México despuntara el día, avisaríamos por teléfono de nuestra llegada; trasladaríamos a Jack en cuanto se estabilizara. Mientras tanto había que llenar el tiempo sin dormirse y nos lanzamos a dar vueltas por el aparcamiento, Hand imitando a Jack cuando corría, con el pecho erguido y el mentón alzado, como hacía cuando estaba a punto de cruzar la meta.

A las cinco de la madrugada nos encontrábamos dentro de nuevo y la madre de Jack salía de la UCI. Al parecer la actividad cerebral de su hijo era prácticamente nula y disminuía por momentos. ¿Y eso qué significa?, pregunté. Significaba, dijo, que no mostraba indicios de actividad craneal alguna —¿fue craneal lo que dijo? Ni siquiera es la palabra correcta—, que se estaba apagando. No dijo clínicamente muerto. Dijo que su actividad mental disminuía o algo semejante. Hand quiso que precisara, pero la mujer fue incapaz. Ni su marido ni ella sabían informarse como era debido. Teníamos que tomar las riendas nosotros. ¿Le han hecho una resonancia magnética?, preguntó Hand. Por supuesto. No responde a los estímulos, explicó la madre. Eso no significa nada, repliqué. Es imposible medir la actividad del cerebro. ¡Imposible!, exclamé. Tienes razón, convino Hand. Cuando la madre de Jack se alejó, Hand me aseguró que yo tenía razón, que había leído algo sobre el tema en cierta publicación. Nadie sabía nada sobre el cerebro. Su actividad era imposible de medir. La ciencia estaba en mantillas. No prestamos demasiada atención a las palabras de aquella mujer.

Hand salió de nuevo a comprar y regresó con un mapa sobre el que trazamos la ruta más directa hacia México. Preguntamos a una robusta enfermera negra, que debía de ser de nuestra edad, cuánto duraba un gotero. Necesitaríamos seis como mínimo, calculamos. Mejor que lleváramos diez. Le preguntamos si existían respiradores portátiles que funcionaran con una especie de generador y pudieran meterse en un automóvil. Hand estaba convencido de que de todas las máquinas del hospital había versiones portátiles que podían funcionar en caso de apagón eléctrico. La enfermera nos explicó que se podían conseguir pero se necesitaba una instalación adecuada. Al fin y al cabo, en las ambulancias disponían de ellos. Por la mañana nos acercaríamos a una ferretería para comprar los cables necesarios. ¿A qué hora abrían las tiendas? Las ferreterías por lo general abrían a las seis. Hasta las cinco de la

madrugada, las horas nos habían pasado volando, pero a partir de ese momento el tiempo se detuvo. Entre las cinco y las seis tuvimos que darnos de bofetadas para mantenernos despiertos. Seguíamos sin noticias.

Seis de la madrugada. Hand fue a la ferretería y regresó habiendo gastado cientos de dólares en alargadores, cables eléctricos, cableado de cobre —no hice indagaciones—, además de un pequeño generador. A las siete y media abandoné el hospital dispuesto a alquilar la furgoneta. Llevó más tiempo del que imaginaba. Aguardé en el aparcamiento de la empresa por espacio de media hora, sin dejar de maldecir y planteándome destrozarles la furgoneta que alquilara. Un muchacho alegre y jovial, vestido con una camiseta de cuello de cisne alzado, me condujo al despacho y veinte minutos más tarde estaba de vuelta en el aparcamiento del hospital, con una furgoneta color zumo de uva a la que le quitábamos los asientos. Era preciso extraer los dos traseros, pero ¿qué hacíamos con ellos? Los depositamos en la acera, con la idea de esconderlos más tarde entre la arboleda de enfrente. Había otras muchas cosas en las que pensar. Mi automóvil, por ejemplo, en el que nos habíamos trasladado hasta Fond du Lac: la policía lo creería abandonado, se lo llevaría la grúa y lo guardarían como prenda cuando se enteraran de que nos habíamos llevado a Jack. ¿Me importaba? No estaba muy seguro. La verdad es que no; no me importaba demasiado. De todos modos, lo aparqué en un extremo del aparcamiento, detrás del edificio principal, junto a los contenedores, dándolo ya por perdido. Arramblé con lo que pude del asiento trasero y lo llevé a la furgoneta. Era un modelo potente, cogeríamos velocidad. No pasaría nada porque nos multaran en cada uno de los estados del trayecto. Formaría parte del viaje. Si ambos nos turnábamos al volante, no sería preciso parar a dormir ni hacer alto en ningún sitio. La temperatura iría en aumento a medida que nos acercáramos a donde Jack había de encontrar su salvación, y cuando despertara diría: «Tíos, ¿qué coño hago aquí?», y al principio se quedaría estupefacto al escuchar la historia, aunque no le cogería del todo por sorpresa. Cuando se recuperara un poco, todo el mundo vendría a México a verle y, al final, qué diablos, por qué no, nos plantearíamos quedarnos a vivir allí, los tres. Seguro que el terreno era mucho más barato que en Phelps incluso, ¿no? ¡Cómo no iba a serlo! Quizá Jack pasara una temporada un tanto débil como consecuencia de la intervención. Sería como Kennedy, en el sentido de que jugaría al touch football como él, sin mayor problema, pero siempre con cierta fragilidad, sin llegar a recuperar su antigua energía. ¡Kennedy! ¡Claro, joder, era a Kennedy a quien se parecía! ¿O sería solo el pelo, la raya tan bien hecha con la que se peinaban? ¿O el nombre que ambos compartían? Ponderé la cuestión protegiéndome los ojos del sol, rabioso en el horizonte, mientras observaba a Hand, que venía corriendo hacia mí desde la arboleda, donde había escondido los asientos. Empezaba a hacer calor, pese a la temprana hora, cuando la madre de Jack salió del hospital y vino hacia nosotros con las manos entrelazadas sobre la cabeza...

—Ya estamos otra vez —dijo Hand.

—Que no, gilipollas, que no.

—Conestetío en el cocheni se te ocurra.

—Te he dicho que no.

Taavi guardó silencio.

La carretera desembocó en Pärnu, una pequeña ciudad, de edificios más anchos que altos con fachadas de ladrillo rojo, en cuyo centro se alzaban las agujas de la achatada casa consistorial color burdeos. Taavi avisó de que había llegado a su destino.

—Aquí mismo, gracias —dijo.

Paramos en una gasolinera. Hand le dio su dirección, Taavi se comprometió a mandarle una de sus cintas y allí nos despedimos. Se apeó del coche, cruzó en dos zancadas el aparcamiento, en dirección a la parada de autobús al otro lado de la calle. Eché mano de todos los marcos alemanes que guardaba por dentro del calcetín y se los tendí a Hand.

—Buena idea —dijo él—. Estaba esperando que lo hicieras.

Dicho lo cual, salió corriendo detrás de Taavi.

Le dio alcance en la misma carretera y le tendió los billetes, unos ochocientos cincuenta dólares.

—Para el grupo —explicó—, ¡no para vodka!

Taavi rió, le dio las gracias y terminó de cruzar la calle corriendo. Hand volvió al coche, cerró la puerta y subió la calefacción.

—Qué bien me he quedado —observó.

Al salir del aparcamiento pasamos junto a Taavi, que esperaba en la parada, pero no quise que nos viera otra vez, así que no saludamos.

—¿Todavía estás dispuesto? —preguntó Hand.

En efecto, lo estaba.

A esa hora los niños seguro que ya habían salido del colegio. Eran casi las cuatro de la tarde y en la luz declinante —apenas una gota de amarillo en un charco de blanco— empezaban a aparecer por todas partes. Con Hand al volante, salimos de la carretera principal y pasamos por la zona residencial, entre las vías del ferrocarril y el mar. Sabíamos por dónde pululaban los niños; ya solo quedaba enterrar el tesoro.

Contábamos con una hora de luz a lo sumo. Dejamos atrás el casco urbano y al cabo de unos kilómetros tomamos un desvío y nos adentramos en una especie de zona forestal protegida. Circulamos por una sinuosa carretera, cruzamos las vías del tren y al poco nos encontramos en una encrucijada de la que partían tres ramales. Hand paró el motor.

—Aquí está bien.

Asentí y salimos a explorar los alrededores. A unos quince metros de la trifurcación descubrí un árbol de tronco nudoso. En su parte posterior había un hueco, guarida tal vez de alguna ardilla o culebra. Eso serviría. Agarré el rulo de billetes enrollados que guardaba en el calcetín izquierdo. Hand calculó con los pies la distancia desde el cruce hasta el árbol, paso a paso, tacón punta, punta tacón, como quien mide una habitación. Tan concentrado lo vi que se me ocurrió una idea divertida. Una gracia.

—Cuatro seis doce diez uno dos seis...

Qué risa.

—Calla, capullo.

—Nueve ocho doce cuatro.

Para partirse de risa.

—Qué, ¿va bien?

—Serás imbécil...

—¡Ole!

—¿Qué?

—¡Ole lo bien que funciona mi técnica de control mental!

Hand empezó la cuenta desde el principio y le salieron veintitrés pasos. Se quedó plantado ante la madriguera. En el bosque reinaba un silencio absoluto.

—¿Dónde piensas guardar el tesoro? —preguntó sin levantar la vista.

—No lo sé. ¿Tenemos cofre del tesoro?

—No, pero algo habrá que usar. ¿Guardas todavía el chisme aquel que compraste en Marruecos?

—¿El joyero-brazaletes?

—Sí.

—De eso nada, es para mi madre. No se puede tocar —repliqué, a sabiendas de que ya era inevitable.

No se oía un ruido.

Hurgué en la mochila y di con él. Embutimos los billetes en la rudimentaria cajita plateada tachonada de cristales de colores, pero no cabían. Retiré la mitad del fajo, doblé el resto en dos y conseguí apretujarlos en el interior y cerrar la tapa a duras penas. Debía de haber dos mil coronas, pero habríamos deseado que fuera más. Cada vez resultaba más difícil desprenderse del dichoso dinero.

Hand escarbó tras el árbol.

—Lo enterramos unos treinta centímetros y encima clavamos una navaja.

—¿Qué navaja?

—La que compraste en Marrakech.

—Ni soñando. Esa era para las gemelas.

—La necesitamos. Sin la navaja el efecto no es el mismo.

Tuve que admitir que la empuñadura de la navaja asomando aportaría más autenticidad. Rebusqué en la mochila y Hand la clavó en tierra, hoja hacia abajo,

justo sobre el tesoro. Daba el pego la navaja, barata pero con su filigrana y todo, perdida en aquel gélido bosque de Estonia, tan silencioso.

—¿Qué ponemos en el mapa? —inquirió Hand.

—¿Cómo?

—Habrá que discurrir algo. Una historia que explique por qué el tesoro está enterrado en este bosque. Por ejemplo, que unos marineros marroquíes que venían huyendo de los corsarios decidieron que Pärnu era el lugar más seguro donde esconder su tesoro. —Nada más concluir la frase, Hand decidió que no sonaba del todo mal—. Eso mismo, por ejemplo —afirmó.

A mí también me pareció convincente. A los nueve años me habría entusiasmado. Un hallazgo así habría dado un vuelco a mi infancia. «Auténtico tesoro escondido.» Aun si el niño no se tragaba la parte marroquí del cuento, la historia le daría mucho juego, abriría las puertas de su fantasía, un simple acontecimiento como ese podría apartar a un niño —y a sus amigos y amigas, y a los amigos y amigas de estos— de los murrios y opresivos cielos de la adolescencia; cuando esos jóvenes creyeran haberlo visto todo o, a la inversa, cuando dejaran de creer en la posibilidad del prodigio —curioso que ambas sensaciones, diametralmente opuestas, se den al mismo tiempo en las mentes hastiadas—, recordarían aquel tesoro y a los marineros marroquíes perseguidos, y el hecho de que el hallazgo del dinero hubiera sucedido allí mismo, en ese bosque abandonado cercano a las vías del tren y a las lindes de su pequeño pueblo...

Cuánto había anhelado de pequeño un acontecimiento semejante. Qué horizontes me habría abierto.

Cubrí la navaja con una rama ligera y larga llena de pinchos. Dispusimos luego en torno al árbol otras tres ramas de las mismas características, formando una especie de triángulo, de modo que atrajeran la atención del futuro poseedor del mapa pero no del primer transeúnte que pasara por allí. En ese preciso momento una pareja vestida con chándal pasó a la carrera junto a nosotros y nos miró de refilón. Hand fingió interesarse por la flora circundante. Yo saludé con la mano.

Una vez en el coche, con la calefacción puesta, dibujamos el plano del tesoro. Me interesaba que tuviera un aspecto deteriorado por el paso del tiempo y que pareciera auténticamente marroquí, aunque temí que el uso de bolígrafo revelara su corta vida. Quería que tuviera misterio, un halo enigmático y añejo, sin reminiscencias de ocultismos.

—Entonces, ¿para qué pintas esa daga? —preguntó Hand.

—¿Da mal rollo?

—¿A ti qué te parece?

—Pues ya es tarde.

—Haz que tenga brillo al menos. Las dagas con brillo no dan tanto miedo.

Le pinté unos reflejos. Hand se encargó de la grafía marroquí, aun siendo sus dotes para la ortografía bien escasas, y se inventó las reglas.

—Sube la calefacción —indicó. El frío arreciaba—. ¿Crees que la cuadrícula le quita misterio?

—No tenemos más papel que este —contesté.

—¿Y si le quemamos las puntas?

—Anda ya, hombre. Qué cursilada.

—Darás más el pego —insistió Hand—. Hay que hacer que cuele.

—Me niego.

—¿Cuándo has visto tú un mapa del tesoro en papel cuadriculado con los agujeros de la espiral y todo? Parecerá que lo ha hecho un tonto.

—¿Tienes cerillas?

—En mi botiquín de primeros auxilios —respondió arrojándose al asiento trasero para echar mano de la mochila. Localizó enseguida la caja.

Los bordes quería quemarlos yo.

—Dame eso —ordené. Salí del coche, encendí una cerilla y la apliqué a los bordes del papel. En cuanto las puntas prendieron bajo la llama, apagué el fósforo de un soplo. Tenía las manos entumecidas por el frío. Quemé los bordes de la hoja por otro canto y soplé de nuevo. Cada vez parecía más auténtico, la verdad. Encendí la última cerilla que quedaba y acerqué la llama al borde derecho del papel, por tres puntos distintos. Soplé en uno tras otro y, al ir a apagar la cerilla, no podía. Me faltaba el aire. Abría la boca pero no salía nada de dentro. Se me iba la cabeza. Dejé caer al suelo la cerilla, con la vista ya nublada. Abrí la portezuela del coche y tomé asiento.

—¡Cierra esa puerta! —exclamó Hand—. Hace un frío que pela.

Pero era incapaz de cerrarla. No sentía las manos. Un cosquilleo me recorrió de arriba abajo, como si se me hubiera dormido todo el cuerpo, como cuando se te duerme un pie. Sentí las costillas vibrar y un hormigueo en el torso. Las vibraciones parecían desplazar mis órganos, cambiarlos de posición, arrancarlos y dejar en su lugar frías oquedades cuyo espacio después volvía a llenarse.

¡Qué levedad de aire! ¡Y de aliento!

—¡Cierra de una vez! —gritó Hand.

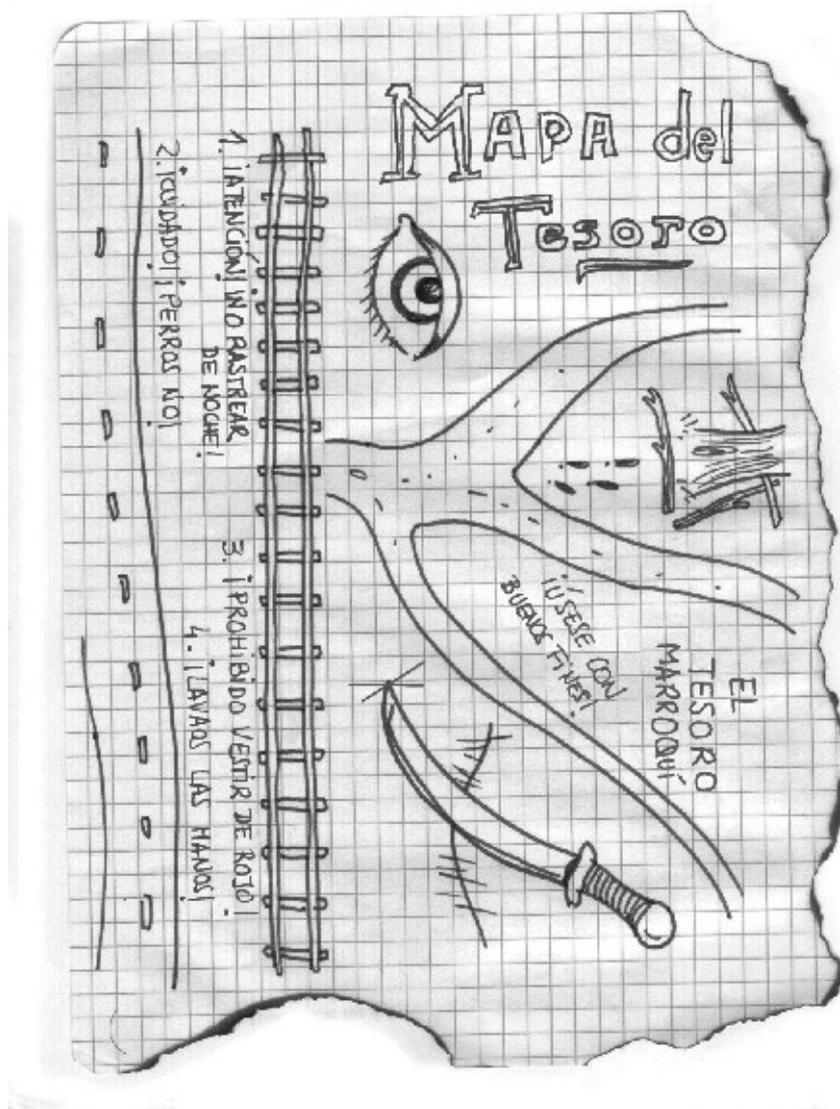
Recuperé la sensación en las manos y di un portazo.

—Qué chulo —observó Hand sosteniendo el mapa entre las manos—. Así queda mucho mejor.

Recobré la visión y parpadeé despacio. ¡Joder!

—Eres un tarado —dijo Hand.

Aquí está el mapa:



¿Veis cómo brilla la daga? Creo que quedó muy auténtica.

Hand dio la vuelta al coche y regresamos al pueblo. La siguiente tarea consistía en dar con un niño, o niña, que regresara a casa solo y colocar el mapa, dentro de una botella, en su camino. En teoría parecía fácil, pero no tardamos en darnos cuenta de lo imposible de la operación. Las calles se hallaban demasiado transitadas; además, una vez escogido el crío, al colocar la botella en su camino nos pillaría y el misterio del tesoro se iría al traste.

—Dejémosla entre unos arbustos —propuso Hand—. En algún lugar de mucho paso.

—¿Y si la encuentra un padre?

—Ya. Olvídalo.

Decidimos que se la entregaríamos a algún niño en mano. Bajaríamos del coche y se la daríamos directamente. No, mejor a una pandilla, así no asustaríamos a nadie; un niño solo nunca aceptaría una botella con mapa de manos de un par de desconocidos, la verdad sea dicha. Aunque si esos niños iban luego a sus padres con el cuento de que unos norteamericanos se les habían acercado para darles un mapa,

sus progenitores, temiendo que se tratara de la trampa de un pedófilo, sin duda les impedirían salir en busca del tesoro...

—Lo mejor es ser directos. —Hand dejó escapar un suspiro—. Al primer niño que encontremos con su papá, se lo damos y listo.

—No. De ningún modo. Eso no tiene ninguna gracia. ¿Qué niño querría que su padre lo acompañara a buscar un tesoro? Ni pensarlo.

—Está bien. Ya lo tengo. Cuando veamos una bicicleta frente a una casa, pegamos el mapa a la bici. Así seguro que el primero que lo ve es un niño y se va directo a...

—Buena idea. —La idea era buena, sí. Al menos entrañaba cierto misterio. ¡Bicicletas estonias! Quizá fueran distintas de las de otros países. Con los radios más finos... o combados.

Recorrimos con el coche el vecindario, donde se mezclaban sólidas viviendas propias de zonas residenciales —no muy distintas de las de nuestras respectivas localidades, en realidad— con chabolas, barracones y descampados. Veinte minutos más tarde, comenzaba a anochecer y no habíamos encontrado un sola bicicleta.

—¿Es que aquí los niños no montan en bici? —refunfuñó Hand—. Qué gente más rara.

—Es invierno. Hace demasiado frío.

—Pues yo bien que montaba en bici en invierno.

—Seguro.

—Claro que sí. ¡Cuando repartía periódicos!

El mar asomó de pronto en el horizonte. Justo detrás de la última hilera de casas empezaban a verse las dunas. Nos desviamos en esa dirección.

Dejamos atrás las últimas viviendas hasta llegar a una estrecha carretera que serpenteaba entre altos juncos que se alzaban sobre la escarcha y la nieve, como pelos largos en un frío y blanco cuero cabelludo. Cruzamos un pequeño puente, ya casi estábamos en la playa y ¡ah! ¡Qué luz! Allí había mucha más claridad. El sol se estaba poniendo, o acababa de ponerse, no sabría decirlo, pues el cielo había adquirido una tonalidad entre gris y rosa, y las nubes oscurecían el sol, en caso de que siguiera allí detrás. Nos cubría una bóveda nacarada, en charcos concéntricos de rosa, azul y plata.

Salté fuera y caminé sobre la nieve crujiente. El gélido viento me mordía. Desde el principio de la playa hasta la orilla, puntiagudas esquirlas de hielo, cientos de platos blancos hechos añicos, cubrían la arena, y la entrada al mar estaba helada. A la derecha, junto a la orilla, se alzaba un columpio, dos neumáticos entrelazados que colgaban de unos postes. Su silueta aislada resaltaba contra los rosas y blancos enmarañados con burdo hilo y delicados lazos. Empezó a nevar.

Regresé corriendo al coche dando voces:

—¡Ya lo tenemos! ¡Ya lo tenemos! ¡Trae un pañuelo de cuello! ¡Y el esparadrapo!

Hand metió la cabeza en el coche, salió, cerró la puerta y, dando traspiés por los resquebrajados témpanos blancos, igual que placas de yeso, vino hacia mí.

—¿Al columpio te refieres?

—Sí.

—De acuerdo.

Esconderíamos el mapa en la cara interna del neumático que hacía las veces de columpio. Allí estaría a salvo, lo encontrarían con la llegada de la primavera. Corrimos hacia él haciendo crujir las placas de hielo bajo nuestros pies. Cuando llegamos al columpio, los soportes eran gruesas líneas de rotulador negro. Había nieve fuera y dentro de los neumáticos.

—Lo meteremos dentro de este, por arriba —propuse—. Ahí no le dará la nieve.

—¿Cómo vas a sujetarlo?

—Envolveré el mapa con el pañuelo y luego lo pegamos todo con esparadrapo... ¡Joder, qué frío hace! Ya no siento los dedos.

—¡Date prisa!

Puse un fajo de billetes marroquíes enrollados en el pañuelo azul y doblé el...

—No lo dobles —avisó Hand—. Enróllalo.

—Enróllalo tú. Yo no siento las manos.

... mapa del tesoro y Hand lo colocó sobre el pañuelo.

—¿Y el dinero para qué es? —preguntó.

—Para que sepan que hay un tesoro auténtico en juego. Que les aguardan unos billetes tan reales como estos cuando den con él...

—Buena idea.

Hand ató las puntas del pañuelo, con el dinero y el mapa enrollado, y yo introduje el paquete en la cara interna del neumático, mientras él lo sujetaba con esparadrapo dando vueltas a la cinta una y otra vez. Yo ya no sentía las manos. Solo el pulgar izquierdo, como si pendiera precariamente de la mano. En cuanto a los demás dedos, nada.

—¿Ha quedado bien sujeto? —pregunté.

—Creo que sí.

—Pues vámonos.

Regresamos al coche, cerramos las puertas, pum, pum, y subimos al máximo la calefacción. La nieve cubría el parabrisas con una fina y vaporosa membrana. Nos frotamos los brazos cruzados tiritando de frío. Acercamos las palmas a las rejillas del aire caliente. Los dedos, un momento antes quebradizos por el frío, entraron en calor enseguida, licuándose, encogiéndose, la sangre fluyendo de nuevo por las venas. Agradecí a mis antepasados el milagro de la calefacción y puse en marcha el coche.

Condujimos en la oscuridad hasta Letonia, pasando por Hädemeeste, Jaagupi y Treimani, los copos de nieve cayendo sobre el coche como fantasmas, un ejército de

pequeños espectros sin cabecilla. Sopesamos las posibilidades de que alguien encontrara el mapa. De que lo encontrara antes de primavera. Y lo tomara en serio y siguiera sus instrucciones y no lo tirara a la basura.

—Habiendo dinero de por medio, no lo tirarán —afirmé.

—Claro. Fue una idea estupenda dejarlo allí como reclamo —convino Hand—. Pero ¿por qué pusimos billetes marroquíes en el pañuelo, y en el tesoro, estonios?

—¡Mierda!

—Si quieres volvemos.

—No, no. Seguimos adelante. Ya casi estamos en la frontera.

En la ciudad fronteriza de Ainazi, topamos con un control. Parte de mí ansiaba que nos dieran el alto unos soviéticos con sus Kalashnikov. Detuvimos el coche y Hand bajó el cristal de su ventanilla. Un hombre embutido en un grueso y abultado mono de plumón, con un sujetapapeles en la mano, nos preguntó de dónde veníamos. De Tallin, respondimos. Y adónde nos dirigíamos. A Riga, contestamos. Exigió ver el maletero y acatamos la orden. Obligados a salir del coche, ateridos —con un frío que rascaba como una tarjeta de crédito contra una cara sin afeitar—, nos dirigió a continuación hacia la ventanilla de un edificio tras cuyo cristal una chica, vestida a su vez con plumón enterizo, nos pidió los pasaportes dirigiéndose a nosotros en inglés. Entregamos la documentación y reparamos en la caja de bombones sobre su escritorio. La ventisca comenzaba a ceder.

—Una pregunta, por favor —dijo Hand.

—Dígame —repuso ella devolviéndole el pasaporte. Qué extraño, pensé, debe de ser eso de trabajar tras una ventanilla embutida en un mono de plumón.

—¿Piensa ofrecernos unos bombones? —le espetó Hand.

—¿De estos? —preguntó ella señalando la caja.

Hand alzó los ojos al cielo.

—Pues claro —contestó—. ¿Se los va a comer todos sola?

La funcionaria le dirigió una mirada que, aun pretendiendo mostrar indignación, ocultaba una gran ternura y anunciaba a gritos que si volvía al día siguiente podrían estar juntos y quizá después contraer matrimonio. Nuestra andrajosa indumentaria y tiznados rostros no parecían importarle. Habíamos prometido comprarnos ropa nueva, cuando menos pantalones, en cuanto llegáramos a Riga. Empezábamos a desprender cierto tufillo.

Con una sonrisa cómplice la chica nos tendió la caja por debajo de la ventanilla. Yo cogí un bombón redondo; Hand arrambló con tres.

Dimos las gracias y regresamos a nuestro vehículo.

—¡Qué gente tan encantadora la de este país! —exclamó Hand cruzando ya la verja.

—¡Desde luego! —convine—. ¡Son geniales los letones!

Veinte minutos más tarde.

—¡Esta gente está enferma!

—No están bien de la cabeza.

—No lo entiendo —rezongó Hand—, ¿a qué venía ponerse así?

—¿Qué cojones le hemos hecho al tío ese? —añadí.

Habíamos regresado al coche, echando chispas, tras detenernos a repostar y comprar un paquete de patatas Pringles en una estación de servicio a unos treinta kilómetros de la frontera. Al acercarnos en la penumbra a la zona de cafetería, los doce parroquianos que en ese momento se hallaban en el interior clavaron los ojos en nosotros como si hubiéramos hecho entrada a bordo de un aerodeslizador con el capó cubierto de cadáveres chorreando sangre.

Una vez dentro, el cajero, un tipo de mentón prominente y cuadrado de espaldas, nos miró entornando los párpados y, al devolverle nosotros la mirada, enseguida bajó la vista. No nos quitaban ojo de encima. Nos miraban con animosidad, con manifiesto recelo, con declarada inquina, amenazadores incluso. Al acercarnos a la caja Hand dirigió un leve gesto al grandullón a modo de saludo. El tipo hizo caso omiso. Pagamos el importe debido y el otro descargó la vuelta sobre el mostrador de malos modos, como si deseara que desapareciéramos de allí cuanto antes, pues no éramos bien recibidos. En el coche de nuevo, circulábamos rodeados de hielo por una carretera de doble sentido que discurría a través de un denso bosque de enhiestos y recios árboles.

—Contigo deberían ser amables —observé reparando en que al menos Hand, con sus rasgos arios, cabellos rubios y ojos oscuros, podía pasar por oriundo.

—Pero el polaco eres tú.

—De polaco tengo solo un cuarto —contesté. Era el apellido de mi padre, lo cual menguaba mi apego por el nombre y mi interés por sus orígenes, por los antepasados cuyos genes habían producido al señor aquel.

—Ya sé que te sonará extraña la comparación —dijo Hand—, pero me siento como un negro sureño en los tiempos de la segregación racial. Parece que tuvieran que aceptar nuestro dinero por obligación, a regañadientes. Como si todo el mundo estuviera deseando que nos largáramos. ¿Nos han visto cara de desgraciados o qué? ¿Tenemos mala pinta?

—Tú tienes pinta de surfista, yo de boy scout, y con la cara hecha un mapa.

«—¿Por qué son así en este país?

»—No es usted quién para juzgarnos.

»—Lo digo por experiencia.

»—Hemos sufrido una invasión tras otra durante siglos: suecos, alemanes, rusos. Luego alemanes de nuevo, y otra vez rusos. En el último milenio hemos disfrutado de veinte años de paz únicamente. No es quién para juzgarnos. Qué sabrá usted.

»—¡Pues claro que sé!

»—La vida del prójimo, su dolor, no es susceptible de conjeturas. El dolor es siempre real, algo personal e intransferible. Es lo más íntimo que poseemos. Y a cada uno le corroe de modo distinto. No sabe usted...

»—¡Sí lo sé! ¡Pues claro que lo sé!»

El viaje, a oscuras y sin interrupciones, se estaba haciendo muy monótono. Se nos ocurrió conducir con la lengua. Por la carretera apenas circulaba tráfico, no llovía, y al volante iba yo, que fui el primero en probarlo. Apreté la lengua con fuerza contra el volante y logré a duras penas sujetarlo. Mantenía la dirección, pero no probé a girar. Después Hand, a mi lado, se inclinó sobre el volante con el propósito de moverlo a lametazos. Desde el asiento del copiloto no resultaba tan fácil. Íbamos dando bandazos de un lado a otro. Sequé las babas con una camiseta de Hand.

—Ha sido muy divertido —afirmó.

A mí no me lo había parecido tanto. Con ánimo precisamente de divertirnos, hicimos un alto un momento para probar a rodar sobre el capó como verdaderos especialistas de cine, por si algún día nos atropellaban por la espalda mientras paseábamos por la carretera o nos veíamos en la obligación de perseguir a alguien pistola en mano. Paramos y Hand bajó primero. Circulé despacio, Hand tomó carrerilla desde el otro lado de la carretera, dio un salto, rodó sobre el capó y se plantó de pies en el suelo. Salió redondo. Luego me tocó a mí. Por un instante, cuando estaba deslizándome sobre el capó, comprendí que podía haber sido un gran policía. Aunque como policía te ves obligado a estar siempre a la defensiva, día tras día tu destino lo determinan los reveses del mundo...

No llevábamos abrigo y al rato estábamos ateridos, insensibles las extremidades. Entramos en el coche y subimos la calefacción al máximo.

—Increíble que no se nos ocurriera probarlo antes.

—Sí —dijo Hand—. Es una habilidad superútil.

Estacionados en la carretera, los faros de nuestro coche parecían ser la única iluminación en cientos de kilómetros, aun cuando su débil luz, apuntando hacia abajo, apenas alumbraba cinco metros.

—Vamos a echar una carrera —propuso Hand.

—¿Dónde? ¿Por la carretera?

—A través del bosque.

—Venga.

Bajamos corriendo por el terraplén y nos adentramos en el bosque. La oscuridad era total. Seguro que uno de los dos acababa estampándose contra un árbol. Yo corría con los brazos extendidos hacia delante, como un atleta ciego. Hand ululaba. Íbamos al galope, sorteando árboles y haciendo crujir con gran estruendo la densa hojarasca que cubría el suelo. El gélido viento me desgarraba los ojos. Mis lágrimas los

abandonaban rápidas y resbalaban hacia las orejas. Hand corría con los brazos por delante también. Me volví para ver cuánto había avanzado. El coche se divisaba aún, pero pequeño en la distancia. Cuando éramos unos críos, antes de conocer a Jack, Hand y yo nos entreteníamos haciéndonos perseguir por los niños mayores. En los partidos de fútbol del colegio, mortalmente aburridos, nos dedicábamos a lanzarles bellotas a la cabeza y luego huíamos a la carrera. Nunca nos pillaban; conocíamos todos los escondrijos, todos los barrancos, todas las pasarelas por donde cruzar el riachuelo que discurría al otro lado del campo de deportes. Por Dios bendito — acababa de saltar sobre un círculo de piedras, con los restos de una fogata en el centro —, ¿qué se nos habría perdido a nosotros en Letonia?

Empezaba a nevar de nuevo. Estaba oscuro pero los árboles se destacaban levemente en la noche, y la nieve horadaba minúsculos orificios en las tinieblas. Cada vez sentía la respiración más agitada, retumbaba en mi cabeza, y la espesura me golpeaba los pies con más fuerza...

Me desplomé. El suelo estaba blando y caerse fue un alivio. Allí, tumbado boca abajo, no hacía tanto frío. Hand seguía corriendo por delante. Me di la vuelta y alcé la vista hacia el firmamento atisbando entre la maraña de ramas con sus bordes de plata. Qué respiración tan ruidosa.

En casa de mis padres había estrellitas adhesivas en el techo de mi dormitorio. Tommy las colocó allí cuando todavía era su habitación, pero cuando yo llegué estaban ya medio despegadas. Y no brillaban.

A veces me levantaba en mitad de la noche. Recorría descalzo el frío tramo de pasillo hasta el dormitorio de mi madre, y en cuanto la puerta se abría una rendija, ya estaba ella con los ojos abiertos de par en par. Yo diría que no dormía como una persona normal. Descansaba, pero lo que se dice dormir, no dormía. «Ven acá, cielo», decía alzando las mantas. Olía a sudor y limón, y su aliento era cálido. Hacía un calor tan sofocante allí debajo que no sabía si volver a mi cama, tan ancha, con su manta y su almohada fresquitas. Mi madre me rascaba un instante la espalda con ternura, susurrando

Ay, Will

Ay, William

Ay, William cielo

Ay, William mi niño

Will, Will, hijito mío

y de pronto callaba, porque se había dormido o lo que fuera. Yo me quedaba allí tumbado, observando el cuadro de la pared, blanco y negro en la penumbra nebulosa de la habitación. La pintura mostraba un velero sobre unos caballetes, ladeado, y en el fondo, un lago verde. O tal vez fuera un río. Estaban reparando el barco; el cuadro se titulaba *Zarpamos antes de primavera* y era obra de mi abuelo, según me había explicado mi madre en una ocasión, con las manos sobre mis hombros mientras ambos lo admirábamos. Desde la cama de mi madre solía contemplar ensimismado

aquella pintura, sus grises amarillentos y azules grisáceos, sus blancos apagados, la inclinación de los árboles desnudos y la tierra en la que se enraizaban, retorcida y nudosa.

Cuando no lograba conciliar el sueño, abandonaba con mucho sigilo el lecho — del caliente rostro de mamá salía un adormilado: «Bueno, cielo, ahora vuelve a tu cama, ¿eh?»—, abría la puerta despacio, oyéndola arrastrar suavemente sobre la moqueta, la cerraba también despacio, de nuevo su susurrante roce, y luego me sentaba en el suelo, frente al armario de la ropa blanca del pasillo, y hacía rodar sus puertas correderas, poco a poco, primero una y luego la otra. Cuántas veces me quedaría dormido dentro de aquel armario, en el suelo, con las toallas encima. Dormía en cualquier parte, y me encantaba oírla buscarme por toda la casa a la mañana siguiente. A veces me quedaba dormido en el cuarto de baño, la cabeza junto a la taza del inodoro. O en la sala de estar, bajo el cristal de la mesita de centro, y despertaba viendo el cerco blanco del vaso de leche que había tomado la noche anterior; y el coche muchas veces, en el asiento del conductor, como en numerosas ocasiones, le había visto hacer a ella cuando emprendíamos un viaje largo y hacía un alto en el área de descanso de la calinosa carretera.

«—Hand, contigo nunca se sabía. Cuando había algo, no era a ti a quien acudíamos. Yo recurría a Jack y él a mí. Jack me inspiraba confianza. Tú también me la inspiras, pero sabía, sabíamos ambos, que no se podía contar contigo... no siempre. Por lo general sí, pero hay que estar presente en todo momento. Ser hombre implica en gran parte que se pueda contar contigo, Hand.

»—Ya estás hablando de tu padre.

»—¡No es verdad!

»—Sí lo es.

»—De acuerdo, lo es. Con él nunca se podía contar para nada, ¡por eso necesito poder contar contigo! Es lo que para mí distingue a un hombre de un gusano. Por eso no tengo paciencia con los hombres que son gusanos, con los que no se puede contar.

»—Este viaje precisamente viene a demostrar que contigo tampoco se puede contar, Will. No estás en ninguna parte. ¿Dónde estás? ¿Quién puede depender de ti? Estás en la otra punta del mundo, circulando a doscientos por hora por tierras de las que apenas sabes nada.

»—Una vez nos planteamos viajar al espacio.

»—Sí. Fue idea mía.

»—Hablamos de si podríamos dejar todo lo que teníamos en la Tierra por viajar al espacio. Y cómo reaccionaríamos si surgía la oportunidad de participar en una misión espacial sin retorno. Sin posibilidad de volver a ver a los amigos ni a la familia. La disyuntiva era nuestro planeta o el mundo de lo desconocido.

»—Yo opté por el espacio.

»—Por eso nos preocupabas, Hand.

»—Pero ya no.

»—Ahora no irías.

»—No.»

Nos encontrábamos los dos tumbados en el bosque y había que pensar en algo que hacer. Tuve una visión que no tendríamos más remedio que llevar a la práctica. Le comuniqué a Hand que pensaba trepar por un árbol y, cuando estuviera a siete metros de suelo, saltar a otro y colgarme de sus ramas.

—Imposible —aseguró Hand.

—De eso nada.

—Para ti sí. Recuerda lo que te pasó en Marruecos.

—No es lo mismo. Aquel era un objetivo en movimiento.

—Te vas a matar.

—Voy a hacerlo —insistí.

—¿Ahora?

—Dame un segundo.

Antes necesitaba un descanso. Seguía nevando. Quería estar seguro de lo que iba a hacer.

«—Jack.

»—

»—Ya sé que detestas nuestro comportamiento, Jack. Sé que todo esto te parece una locura. Nunca has participado de nuestras ideas.

»—

»—Jack, me he esforzado por verte en sueños. Aparecías bajo una capa de hielo, con los ojos abiertos.

»—

»—Dios de mi vida, Jack, ayer viajamos bajo un sol abrasador y nos adentramos en bosques parecidos a los de nuestra tierra. Te busqué entre esos árboles, Jack, sé que te parecerá ridículo pero, en Saly, mientras mirábamos embobados a una mujer que más tarde descubrimos se llamaba Annette, Hand me habló de algo llamado “multiverso”, yo no me creía una palabra de lo que decía, no me parecía creíble su teoría ni le veía fundamento, y aun así, entre cucharada y cucharada, empecé a plantearme sus posibles implicaciones, y hoy voy y me descubro pensando que iba a encontrarme contigo. No solo lo creía posible sino incluso probable. Quizá aquí, en estos parajes tan parecidos a los de nuestra tierra... La teoría del “multiverso” explicaría los sueños, ¿no? Joder, Jack, de verdad creía que íbamos a verte. Aunque ni siquiera sé si es posible que tú, ese otro tú, vivieras en este país, habiendo muerto en Wisconsin. ¿Se trata de múltiples yoos que viven y mueren al mismo tiempo, o cada uno de nuestros yoos sigue su propia senda? Debería haberlo preguntado. ¿Por qué no lo hice?

»—

»—Jack, he pasado todo el día en Letonia pensando que iba a toparme contigo. La gente de aquí es como nosotros, parecen compatriotas nuestros, y los bosques

recuerdan a los de nuestro país; hoy, buscando la región de Livonia, tomamos una carretera de curvas y pinares tan parecida a la que cogemos para ir a Phelps que, por un segundo, pensé que claro que era posible lo que plantea esa teoría y que acabaría encontrándome contigo. Por un instante creí que en cuanto dobláramos la siguiente curva todo se inundaría de luz y claridad, y allí estarías tú y sería como una especie de fiesta sorpresa, ¿comprendes?

»—

»—Por un momento lo creí posible, creí que nada más doblar la curva encontraríamos la explicación, fin de la historia, y Hand y yo exclamaríamos algo así como “¡Anda, pero si estaba aquí!” o “¡Claro, claro, ahora se entiende, todo conducía hasta aquí!”. Algo por el estilo, ¿comprendes?

»—

»—Jack, hemos subido a las alturas de Marrakech, a la cima del Atlas, debía de ser medianoche, y sin saber cómo de pronto dimos esquinazo a todos los coches que nos venían siguiendo y emprendimos el ascenso, y durante todo el trayecto yo no dejaba de pensar que alguna razón tendría aquella subida. En los últimos tiempos me ha dado por pensar que solo con desplazarnos a otro lugar encontraremos una respuesta y todo cobrará sentido. Que si divisamos la cordillera del Atlas en la penumbra y sentimos el impulso de subir hasta su cima en plena noche, cuando lleguemos allí, pasados soldados y puentes, ese sentido nos será revelado. De lo contrario, ¿para qué habríamos llegado hasta allí? Es como si los seres humanos dispusiéramos de un GPS incorporado... aunque, la verdad, no sé si el mecanismo funcionará como es debido en estos momentos, porque cada dos por tres acabamos perdiéndonos por las callejuelas, donde hay hombres que asaltan a otros hombres a punta de cuchillo azuzados y vitoreados por sus compañeros, y he llegado a pensar que quizá ahí precisamente estuviera nuestro destino, con ellos, que el coche de delante reduciría la marcha y el de atrás se empotraría contra nosotros y nos acorralarían en aquellos sombríos pasajes. Sin embargo, de buenas a primeras terminó la persecución, vete a saber si de verdad venían detrás de nosotros siquiera, y continuamos siguiendo al coche de delante otro tramo más hasta que su conductor nos señaló la carretera de la montaña. De pronto, allí estábamos, con el cielo abierto y libres de ir a donde quisiéramos.

»—

»—Seguimos carretera arriba, respirando un aire primero fresco y después frío, alumbrando las copas de los árboles con los faros del coche, convencidos a lo largo de todo el trayecto de que al llegar a la cima descubriríamos el porqué, pero llegados a la cumbre, o lo que dimos por tal, paramos y salimos a la carretera, seguros de hallarnos en la cúspide de algo, y el silencio era total. No se oía nada, ni animales, ni agua, ni pájaros, ni insectos, ni personas, ni siquiera el viento abriéndose paso entre los árboles. Después de subir a la montaña, de coronar su cima, resulta que allí no había nada. Nos ha sucedido muchas veces esta semana, Jack, eso de encontrarnos

Hand y yo en algún lugar que suponíamos revelador y, una vez allí, darnos cuenta de que nadie tenía nada que revelarnos. Mientras aguardábamos en el hospital, estaba convencido de que nos estaban diciendo algo, nos concedían una última oportunidad, aquel maldito dinero iba a tener una finalidad, y Hand y yo con él, pero luego salió tu madre al aparcamiento con las manos en la cabeza.

»—

»—Desde que estamos aquí, y en la sabana también, varias veces ha salido gente a nuestro encuentro haciéndonos señas, que nosotros hemos devuelto, pero no sé si en algún momento llegamos a entendernos. En alguna ocasión, sí. No lo sé. Escogimos el dinero como medio de comunicación, y quizá no haya sido lo más acertado. ¿Jack?

»—

»—Si quieres que te diga la verdad, Jack, lo peor de todo fue encontrarme en la cima de esa montaña y pensar en regresar abajo, a la persecución por las callejuelas. No sé si contártelo porque no tengo derecho a desear esas cosas, y teniendo en cuenta dónde estás y por qué motivo, seguro que te ofenderá, pero mientras aguardaba allá arriba sin escuchar nada, sin esperar ni oír nada, aterido de frío, anhelaba volver a aquellos callejones. Quería perseguir y que me persiguieran, Jack, prefería jugar con la muerte a verme rodeado de silencio en aquellas cumbres. No puedes hacerte una idea del silencio que nos rodeaba, Jack. ¡Qué oscuridad! Abajo, en las callejuelas, había mucha más luz, incluso el cuchillo en la garganta de aquel hombre acorralado contra la pared me parecía reconfortante, veía tanta pasión en el filo de su hoja, como la suave caricia de un dedo en mi cuello, y mientras aguardaba con Hand allá arriba, a orillas de la carretera, anhelé encontrarme de regreso abajo, perdido en aquel laberinto de calles. Allí había reglas, había cosas que hacer y poco donde elegir, ¡y qué gran consuelo supone tener poco donde elegir, Jack!

»—

»—Nunca te lo he dicho, pero hace mucho tiempo que vengo deseando algo así, algún tipo de límite, y sé que esto te parecerá monstruoso, pero ya antes de tu muerte, e incluso después, fantaseaba con accidentes de automóvil. Muchas veces deseo dar una vuelta de campana con el coche, patinar y volcar y salir despedido por la ventanilla, que me ocurriera algo. Estrellarme de cabeza contra el pavimento y dejarme parte de los sesos, quedarme inválido de una o ambas piernas, algo que coartara mi libertad, que en mi mapa solo existiera un camino posible, una ruta recta marcada en rojo. Deseaba límites, fronteras, algo que descargara el peso sobre mis espaldas, porque cuando estábamos allá arriba, en la oscuridad de la noche, ¡lo desesperante era el silencio, Jack! Mi único deseo ha sido siempre saber qué hacer con mi vida. Hacía meses que me encontraba perdido por completo, paralizado por el silencio, hasta que oí una voz, y vinimos aquí, fuimos a África primero y, sí, a ratos hemos encontrado respuestas, hemos oído el coro cantar indicándonos el camino, y nos observaban y aprobaban nuestros actos, pero otros tantos ratos no hemos hallado

más que silencio, pasmados bajo el sol o bajo la oscuridad del cielo, sin saber qué camino tomar.

»—

»—Joder, Jack, alguna razón debe de haber para que aquella hermosa mujer, la azafata del mostrador de información de Londres, nos condujera hasta aquí, ¿no crees? En su momento nos pareció cosa del destino y pensamos ja, ja, todo bajo control, ja, ja, tenemos una semana, aquí estamos, por qué no; sin embargo, después, en el avión, y al aterrizar en Tallin, sentí eso que sientes cuando llegas a un lugar del que no sabes nada: te preguntas por qué te has dejado llevar hasta allí. Te volverías por donde has venido. Quisieras no haber salido nunca de casa. Te has equivocado. Todo el mundo se ha equivocado. Qué pesadilla. Desearías no haberte movido, haberte quedado en la cama y emplear el dinero en comprar discos. No obstante, confías en que alguien se acerque pronto a ti para comunicarte o recordarte el propósito de tu visita. En un aeropuerto, por ejemplo, podría ser que tu familia, tu madre, tus primos, tus tíos, tus sobrinos esperaran tu llegada, que de pronto los vieras allí a todos, y que tus rollizas primitas corrieran a enseñarte sus deberes o cualquier cosa, y entonces comprenderías el porqué. Pero eso a mí nunca me ha ocurrido, ya lo sabes, y al aterrizar en Estonia, en cualquiera de los demás países, no había nada, como es lógico, nadie nos esperaba, nadie deseaba nuestra presencia allí, nadie nos necesitaba. No había un solo hilo que nos uniera a los demás y teníamos que empezar a enhebrar esos hilos, supongo, de lo contrario nos hubiésemos encontrado solos, errantes, sin rumbo, y si eso sucedía, si pasábamos a ser fútiles espectros sin ataduras, no seres humanos, sino ojos que miran nada más, quería decir que algo iba mal. El corazón nos diría que algo iba mal. Yo no quiero ser un simple par de ojos, ¿verdad, Jack?

»—

»—¡Treinta y dos mil dólares, Jack! ¿De dónde coño salía ese dinero? ¿Cómo tenía que interpretarlo? Ha habido momentos en la vida en que he deseado ser sencillamente eso, unos ojos que miran, pero no siempre. Yo deseo sentir el roce del cuchillo en mi cuello, Jack, o quedarme vigilando los bolsos de las chicas de Marruecos para que todos puedan bailar. Y ese dinero... ya sé que te habría parecido un gilipollas redomado, que me habrías mirado estupefacto, repasándote los dientes con la lengua de modo que viera reflejada mi propia sandez en tu cara, pero de verdad creo que ha surtido efecto, que empiezo a ver el fruto. Al menos a ratos.

»—

»—Allí arriba, en la montaña, no oíamos nada, y no había orden. Ni siquiera una franja divisoria en medio de la carretera. No había casas, ni siquiera animales. En cambio abajo, durante aquella persecución, mientras nos perseguían y perseguíamos por el laberinto de calles, ¡qué orden! ¡Un orden maravilloso! No había ocasión para la duda, sabías de antemano cómo proceder, todo era acción. ¡Había una razón! ¡Un propósito! ¡Se interesaban por nosotros por el mero hecho de estar allí! ¡Aunque su

intención fuera robar, mutilar o asesinar, al menos les importábamos lo suficiente para perseguirnos! Tenían razón de ser los carniceros que pasaban empujando sus ensangrentados carros bajo las ventanas de las viviendas desde cuyo interior los jóvenes oían los cuchillos, aún afilados después de cuartear tantas reses, sabiendo que les deparaba el porvenir. ¡Tenían razón de ser! Habría deseado ser uno de esos chicos. Protegido entre las cuatro paredes de esa habitación, a salvo, imaginando a una chica que pasea con su velo por las calles de los alrededores de Marrakech, del brazo de su madre, sonriendo a unos turistas extranjeros. ¡Una chica sonriendo tras el velo a unos turistas que ve pasar en su coche!, Dios santo, ¿tú te imaginas, Jack? ¡Ahí está, Jack, joder! Quiero verme en esa habitación, Jack, fantasear que un día conoceré a una tal Charlotte... ¡Joder, Jack! Cuando éramos pequeños, ¿se te pasó alguna vez por la imaginación que conocerías a una Charlotte, una Charlotte con la melena hasta aquí, metida en carnes, capaz de fulminarnos con una sola de sus risas, roncadas e insinuantes? En esa habitación sobre los callejones donde brillan los cuchillos habría vida porque siempre tendrías cerca el roce de su hoja o el cálido aliento de tu madre, su hálito en tu espalda, adormilada tras de ti mientras contemplas el cuadro del velero sobre su caballete y sueñas con una casa en Saturno... Entiéndeme, Jack, ¡en aquel laberinto de callejuelas había un orden! ¡Una misión que cumplir! ¡Gente a la que tocar y con quien pelear! ¡Gente que tocar y con quien pelear! Joder, si aun pelear es mejor que el silencio en aquellos montes (solo deseo acelerar más si cabe por las estrechas callejas, sentir la opresión de los muros que me flanquean, perseguir y ser perseguido), arriba, en la cima de aquella montaña, en cambio, no existía nada de eso, ni siquiera veíamos dónde estábamos, a qué altura, ni qué distancia nos separaba del suelo si caíamos.

»»Por eso bajamos. No tardamos en volver al calor de aquel laberinto, buscando lo que fuera, tal vez un guardia que nos diera el alto y nos preguntara sobre Chicago, algún ser que entregara a Hand una nota expresando su más profundo agradecimiento por haber aprendido de él a bailar “el carrito”... No sé a qué coño venía todo eso, Jack, a qué todos esos bailes... no sé qué se nos permite hacer cuando buscamos obligaciones que cumplir. ¿Qué se nos permite hacer, Jack?

»—

»—Jack, lo siento. Nunca más volveremos a subir a esa montaña, ni a esa ni quizá a ninguna otra.»

—Ayúdame a subir.

Hand entrelazó los dedos formando un estribo y yo apoyé el pie y me di impulso. Me aferré a la rama más baja de un robusto abeto y me alcé sobre ella. Tenía el grosor de mi pierna y se extendía perpendicular al tronco, a unos tres metros de altura.

—Salta desde ahí y ya está —dijo Hand alzando la vista—. Yo te cojo desde aquí. Verás qué divertido.

—Hablo en serio. Voy a seguir subiendo.

—Ni se te ocurra.

—Tú siempre has querido hacerlo.

—¿Y eso qué? Yo soy yo y tú eres tú. Además, tú estás hecho papilla.

Me encaramé a las siguientes ramas sin dificultad. No las separaba excesiva distancia y, al minuto, me hallaba ya a seis metros del suelo. A esa altura se gozaba de mayor claridad, y mayor proximidad a la luna, pero la visibilidad continuaba siendo escasa. No acababa de decidir hacia dónde dar el salto. Tuve entonces otra visión, en la que Hand saltaba al mismo tiempo, pero en dirección al árbol donde yo estaba encaramado. Puse la idea en su conocimiento.

—No —dijo.

—Sí —insistí.

Minutos más tarde Hand se encontraba a mi nivel, a cuatro metros de distancia. Desde mi posición acertaba a distinguir su silueta, pero no los rasgos de su cara. Ambos sopesábamos sobre qué ramas del árbol de enfrente —él del mío y yo del suyo— convendría arrojarse. La idea consistía en saltar y, cual atleta que trata de asirse a una precaria barra de gimnasia, aferrarse a una rama por debajo de nuestro nivel y, una vez bien sujetos, dejarnos caer poco a poco los cuatro metros que nos separaran del suelo.

—¿Has escogido ya la rama? —pregunté.

—Creo que sí. Justo la que tienes debajo.

Confié en que fuera resistente.

—Un momento —avisé, e intenté calibrar su solidez. Tendría unos treinta centímetros de grosor. Parecía maciza—. Aguantará —afirmé—. Y la mía, ¿qué opinas?

Hand ojeó la rama.

—Parece fuerte —observó.

—Bien —dije—. Me estoy helando. ¿Estás listo?

—No. Un segundo —respondió, y se sopló las manos—. Vale.

—Vale.

—Joder —dijo Hand.

—Sí.

—Si nos caemos nos vamos a hacer bastante pupa —advirtió.

—No se ve nada puntiagudo desde aquí. Lo único que nos puede pasar es que nos rompamos algo.

—No caer de cabeza, esa es la clave.

—Ya.

—¿Me socorrerás si me rompo algo? —preguntó Hand.

—Venga, hombre.

—Lo digo en serio.

—Pues claro.

—Bueno. Vamos, pues. Joder...

—Venga ya.

—Jo, tío, esto es como lo del helio —observó Hand.

—¿El qué?

—El helio. ¿No te lo he contado?

—No. Venga. No des más largas.

—¿No te he contado lo de Raymond y el helio?

—No. —Cuando empezaba así se ponía insoportable.

—Fue cuando estábamos en Senegal. Empecé a contártelo en una ocasión. Al día siguiente.

—¿No puede esperar? Hay que saltar antes de que se nos congelen las manos, o no podremos agarrarnos.

—De eso trata la historia.

—Ya.

—No. Me refiero a que... bueno, vale, olvídale.

—A la de diez —anuncié—, damos el salto.

—A los ocho años ya planeábamos hacer esto. ¿Te acuerdas?

—Sí, pero desde el tejado de mi casa al árbol, no de un árbol a otro —corregí—.

Y ahora cállate. Diez.

«—Hand, tienes que saltar.»

—Nueve.

«—Cabrón de mierda, has de hacerlo por mí.»

—Ocho —proseguí, la cabeza zumbando. ¿Seríamos capaces de saltar con el suficiente impulso? No nos habíamos planteado seriamente la caída, la posibilidad de caer.

—Siete —dije.

«—Es tu última oportunidad, Hand.»

—Seis —continuó Hand.

Quizá no había tanta distancia. Nos sentíamos libres de todo peligro.

—Cinco —seguí.

«—Hand, si saltas, sabré que me puedo ir.»

—Cuatro —añadió.

Era un salto fácil. O tal vez no. Nos encontrábamos a seis metros de altura, y a cuatro de distancia el uno del otro. Si no lográbamos agarrarnos a una rama o frenar la caída en una de ellas, era evidente que cuando menos nos romperíamos una pierna.

«Todo menos caer de cabeza.» Lo sé, lo sé.

—Tres —dije.

—Dos —continuó Hand.

—Uno —seguí—. Adelante.

—¿Ya?

—¡Venga, Hand!

Hand se arrojó hacia mí y yo hacia él. Nos cruzamos en el aire. Estaba oscuro y solo vi sus ojos, sus manos como enormes garras blancas, y después la rama a la que me dirigía dividió en dos mi visión mientras venía hacia mí en rápidos fotogramas. Me golpeé con ella en los brazos y caí pero conseguí aferrarme —¡lo conseguí!— y detener la caída. Mis piernas oscilaron adelante y atrás y sentí un fuerte tirón en los hombros, pero ¡de puta madre!, lo había conseguido. Lancé un grito de júbilo. Hand gritó a su vez. Me volví y lo vi de espaldas, colgado también él de los brazos, con la cabeza vuelta hacia mí, mirándome.

—Acojonante —dijo.

—Sin duda.

Pasados unos segundos, nos soltamos los dos a la vez, nos dejamos caer los últimos cuatro metros y nos estrellamos como fardos sobre la ruidosa hojarasca del bosque.

—Qué demasiado, tío —dijo Hand.

—Sin duda.

—Podría agarrarme a lo que fuera.

—Sí.

—A un edificio incluso. Me apetecería saltar de casa en casa. Esa es otra cosa que también he deseado hacer siempre. ¡Mira que tener veintisiete años y no haberlo probado todavía! ¡Imagínate saltar de una casa a otra! Es el sueño de todo el mundo.

Tumbados en el suelo, no se notaba tanto frío. Se me habían quedado las piernas dobladas bajo el cuerpo, de lado, como si se hubieran roto, pero estaban ilesas, y nosotros, muy contentos.

De regreso en el coche, entramos en calor y nos quitamos las hojas secas del pelo y la ropa, mientras repasábamos el salto por enésima vez, los momentos más excitantes, la genuina sensación de volar cada uno hacia su árbol, el impresionante tirón en los hombros al agarrarnos a la rama, como si un tiburón nos arrancara las piernas...

—¿Cuánto queda? Para Riga —pregunté.

—Una hora más o menos.

—¿Y eso del helio?

—¿Seguro que nunca te lo he contado?

—No. Venga, en marcha.

Hand metió la directa y dejamos atrás el bosque.

—¿No te he contado lo del helio chileno, la historia aquella de Raymond?

—No —contesté—. ¿Qué historia?

—Estaba convencido de que te la había contado. Fue cuando me desvelé aquella noche y bajé a su habitación a tomar un whisky. Bebimos una copa y me habló de sus

antepasados. Estuvimos horas y horas charlando. ¿De verdad no te lo he contado?

—Mierda.

—¿Qué?

—Mira.

Hacia nosotros venía, en dirección contraria, un furibundo coche patrulla. Momentos después se detenía y el conductor sacaba el brazo por la ventanilla para darnos el alto. Paramos. El policía que ocupaba el asiento del copiloto, vestido con mono de esquiador, bajó raudo del vehículo y apareció junto a nuestra ventanilla. Se dirigió a nosotros en letón. Levanté las manos y lo miré con cara de payaso perplejo. El agente metió la cabeza por la ventanilla y alzó la voz, y Hand, adivinando el sentido de sus palabras, me tendió los papeles del coche, que yo entregué junto a mi carnet de conducir. El policía abrió la portezuela y me indicó por señas que le siguiera. Hand se apeó también y nos plantamos los tres en la carretera. El rubicundo agente, con el pelo rubio cortado a cepillo, indicó a Hand que regresara al coche. Hand obedeció y yo seguí al caballero hacia el coche patrulla, donde otro policía, más corpulento aún y vestido con similar mono de esquiador, montaba guardia.

—Demasiado rápido —dijo el primero.

Me disculpé. Según él, íbamos a ciento veintitrés kilómetros por hora en un tramo donde el límite de velocidad era de noventa. Tuve que reprimir la risa.

—Oh —exclamé. Unos minutos antes íbamos a ciento treinta y cinco.

—¡Demasiado rápido! —insistió. De pronto parecía enojado.

No habíamos calculado la equivalencia entre kilómetros y millas. Comprendí que habíamos excedido el límite de velocidad.

El policía se puso hecho una furia.

—Pagar multa —ordenó.

—Bien.

No mencionó la cantidad.

—¿Cuánto? —pregunté.

Extrajo una calculadora, igual que había hecho el guardia urbano de Marruecos dos días antes, y marcó 4-0-0.

—¿Aceptan moneda estonia? —pregunté.

El agente dejó escapar un sonoro suspiro. No; no aceptaban moneda estonia. Se volvió hacia su compañero. Al principio parecían un poco amoscados, después cabreados. Se enzarzaron en una discusión.

—Es todo lo que tengo —advertí. Le mostré la cartera, llena de billetes estonios y algún que otro marco y libra esterlina. El policía regresó a su calculadora e hizo sus cálculos. Su compinche y él parlamentaron atropelladamente. (¡Pide más! ¿Cuánto? ¿No has visto el fajo que lleva ahí dentro? ¡Sabléalo!)

Me mostró la calculadora: doscientos. Le entregué las doscientas coronas y, con un gesto de la mano, me despidió.

Cuando regresé al coche, Hand había puesto la radio.

—Una pregunta —dijo.

—¿Qué?

—¿Hay algún país donde no nos hayan detenido?

—No.

—Ni uno.

—Sí, espera: Estonia.

—Nos han dado el alto cuatro veces en cinco días.

Tenía toda la razón.

Imagina un lugar en el mar que, aun siendo profundo, no lo es tanto como para ser negro. Su color es el azul de los arándanos, violeta en el centro, pero ese azul permite que la luz se filtre a través de sus millones de microscópicos poros. El tono es uniforme, pero eléctrico, como si los rayos de una lámpara de arco voltaico penetraran en un gel azul verdoso. Invadiendo ese azul, imagina nubes de un púrpura intenso, que se hinchan y encrespan como pequeñas olas, irrumpen desde abajo y parten el mar entre la luminosidad de la superficie y la creciente oscuridad de las profundidades.

Si diéramos la vuelta a ese mar tendríamos el cielo de Riga.

¿Cómo imaginábamos Riga? Pues esperábamos una ciudad más sosa, sin tanto carácter. Sin embargo, en cuanto atravesamos la periferia y nos adentramos en el centro de la urbe, ¡Dios bendito!, ¡qué vida, qué ambiente! Eran las siete de la tarde y las calles estaban llenas de escaparates iluminados, hoteles, casinos, restaurantes, transeúntes que regresaban a su hogar con recios abrigos y gorros altos de piel, los enormes trolebuses o como se llamen esos cacharros que circulan sobre vías conectados por arriba, atestados de pasajeros recién salidos del trabajo dando vueltas en la cabeza a errores banales pero punzantes e interpellando a Dios y clamando por esos regalos suyos prometidos tiempo atrás.

Nos detuvimos frente a una tienda de ropa, parecida a Gap y atendida por el mismo tipo de displicente jovencita. Habían cerrado. Dimos unos golpecitos en el cristal observando cómo en el interior las dependientas que recogían la ropa y las perchas de los probadores. Insistimos.

—Perdona —dije dirigiéndome en inglés a una chica de pelo corto y rostro de británico imberbe que entreabrió la puerta—. Necesitamos urgentemente unos pantalones. ¿Nos dejarías entrar un segundo a comprarlos? Será un momento.

Supusimos que hablaban nuestro idioma y acertamos. La chica sonrió, nos franqueó la entrada y cerró a nuestras espaldas. Fui directo al estante de los pantalones, busqué unos de mi talla color verde caqui y me dirigí a la caja. Allí aguardaba otra jovencita, morena y menuda. Todas tenían la misma pálida tez de porcelana.

Hand las invitó a cenar, pero declinaron la oferta. Nos propusieron comer juntos al día siguiente.

—Es que mañana nos vamos —repuse.

—Pero si has dicho que acabáis de llegar —observó la menudita.

—Y es cierto —confirmé—. Hace diez minutos.

Estaba deseando que aceptaran. Me apetecía, al menos por una vez en todo el viaje, conversar con chicas que no estuvieran en venta.

—Invitamos nosotros —insistí.

—Deberíais venir mañana —dijo la más esbelta—. ¿Por qué no venís mañana y comemos juntos? Esta noche tenemos plan.

Quedamos que regresaríamos al día siguiente, a sabiendas de que nos sería imposible, y nada más salir de la tienda nos registramos en un hotel, un edificio antiguo de color terroso situado junto a un McDonald's que ocupaba la totalidad de la manzana. Soltamos el equipaje y nos quedamos unos minutos viendo por televisión el informativo de una cadena británica. La noticia era el rally París-Dakar...

—Joder, qué coñazo.

—Increíble.

... aunque parecían haber pasado semanas desde la última vez, en realidad había transcurrido un solo día, y solo dos días antes habíamos visto a los participantes avanzar a toda velocidad hacia nosotros por las carreteras de Dakar, en directo.

La carrera había concluido; con un ganador y una víctima. El fallecimiento de un famoso piloto se consideraba un suceso de primera magnitud, no así la muerte fortuita de siete transeúntes arrollados por el paso del convoy.

Tomamos una ducha, nos cambiamos de ropa y pedimos al conserje que nos recomendara un restaurante. Hacía más frío que al llegar. Un frío desmesurado. Los viandantes corrían a refugiarse bajo la luz ambarina de los portales, avanzaban a paso ligero por las estrechas callejuelas empedradas, flanqueados por barrocas y pulcras fachadas de vetustos ladrillos, con sus escaparates llenos de viandas, música, souvenirs y lencería.

Nos perdimos; teníamos hambre. Hand preguntó a una chica con las manos enfundadas en el abrigo y envarada por el frío si hablaba inglés. Sin detenerse, mintió diciendo: «No».

Apretamos el paso. Con la ayuda de una pareja de mediana edad, con aspecto de letones pero acento australiano, dimos por fin con el restaurante recomendado y al entrar en él todas las miradas convergieron en nosotros. La taberna, con grandes mesas de roble y largos bancos repletos de bullangueros parroquianos, presumía de ambiente medieval. Comimos bajo la atenta mirada de la clientela. Y nos levantamos de la mesa bajo la misma atenta mirada. ¿Sería mi cara? En todas partes pasaba lo mismo. A todo el mundo le repugnaba ver una cara en tales condiciones. Hand y yo deseábamos congraciarnos con los lugareños, entonar alegres canciones en amor y compañía, pero lo único que conseguíamos era ser blanco de bromas y miradas.

Salimos de allí ansiosos por tomar una copa. Nuestras pisadas resonaban en el empedrado.

—Mira eso. —Hand se había detenido y señalaba un pequeño rótulo sobre nuestras cabezas—. El Museo Judío.

—¿Y?

—No creía que quedara ninguno por aquí. Los alemanes no dejaron un judío vivo en todo el Báltico. Al menos eso tenía entendido.

Nos detuvimos un instante. Me eché el aliento en las manos.

—Debe de ser el lugar más triste de la ciudad —apuntó Hand.

—Sí.

Hand se estremeció.

—Yo no sería capaz de entrar. ¿Te imaginas volver ahí? ¿Ser judío y meterte ahí? ¡Y una mierda! Yo ni loco.

Continuamos andando, y cuando ya no pudimos soportar el frío entramos en un pequeño bar, bajamos por una escalera de caracol y nos detuvimos ante un laberinto de Laser Tag.

—¿Es un Laser Tag? —preguntó Hand.

El muchacho del mostrador se irguió...

—¡Sí, señor!

... y nos condujo al interior de la sala, pintada en tonos fosforescentes al estilo de mediados de los ochenta, como una disco retro para despedidas de solteros. El establecimiento era mitad pub, mitad franquicia de Laser Tag, combinación perfecta para nosotros. Nos dirigimos al piso superior y pedimos dos cervezas. Desde la cristalera observamos el ir y venir de los transeúntes bajo el frío, mascullando, gesticulando y haciendo planes.

—Hace más frío que en Chicago —observé.

—Debemos de estar en la misma latitud. El aire es idéntico.

—Todos caminan muy deprisa.

—Y todos visten de negro.

—Y con pieles.

—¡Tienes razón! —exclamó Hand—. ¡Cuántas pieles!

—Casi todas las mujeres las llevan.

—Sobre todo las que pasan de los cuarenta.

—¿Y por qué visten de negro?

—Manifiestan su oscuridad interior. Su pesadumbre. —Hand adoptó el tono de sociólogo—. Los letones, según muchos entendidos en la materia, se cubren el cuerpo con pieles y abrigos voluminosos con el deseo de anularse. Es un pueblo que se avergüenza de su cuerpo. Y lo mismo puede decirse respecto de sus sombreros. Fíjate en su tamaño, la mayoría son de piel también. En este caso es la cabeza lo que les avergüenza...

Dos mujeres sentadas cerca de nosotros, en la barra, nos saludaron con un movimiento de la cabeza. Devolvimos el saludo. Para ser exactos, solo una de ellas se dirigió a nosotros. Rondaría los cincuenta, morena, de pelo corto, mentón viril y ojos separados, aspecto como el de una madre cualquiera. Incluyó su copa en nuestra dirección e hizo las preguntas de rigor: procedencia, imagen del país, lugar de hospedaje. Respondimos y la señora dejó la barra para venir a sentarse a nuestra mesa. Se llamaba Katya. Su amiga, vestida con un abrigo de pieles de un azul desvaído que le cosquilleaba la cara como una boa, continuó encaramada en lo alto de su taburete, con las piernas cruzadas.

—¿Cuánto tiempo quedar en Riga? —preguntó Katya.

—Nos vamos mañana —contesté.

—¡Mañana! ¡Visita solo para una copa!

—Sí —confirmó Hand muy serio—. Nos dijeron que la cerveza letona es muy buena.

—¿Y dónde vivís en Estados Unidos?

Hand respondió que en Chicago.

—¿Chicago? ¿Es muy peligroso?

—¡Muchísimo! —exclamó él.

El comentario cambió en cierto modo el tenor de la conversación y provocó la aparición de la del abrigo de pieles. El abrigo era verde. Se deslizó con parsimonia de su taburete y descendió hasta nuestra mesa.

—No habla inglés —advirtió Katya.

La amiga sonrió y colocó el pulgar y el índice a un par de centímetros de distancia el uno del otro.

—Poquito.

Sonrió de nuevo. Me examinó de arriba abajo y luego detuvo la mirada en Hand con más atención. Entornaba los párpados y de pronto los abría de par en par, de un modo que habría que calificar de felino. Repitió el gesto varias veces. Algún capullo le habría dicho que esa forma de mirar era muy sexy. Se llamaba Oksana.

—Lamento que no hablemos letón —se disculpó Hand.

—Nosotras no hablar letón también —repuso Katya.

—¿En qué hablabas con tu amiga?

—En ruso. No somos letonas. Somos rusas.

—Ah. ¿Turistas también?

—No. Nacimos aquí.

—¿Y cómo es que sois rusas?

Katya comentó algo a la del abrigo verde de piel y rompieron a reír, con carcajadas breves y sarcásticas, como puñetazos.

—Media Letonia es rusa —explicó.

—Ah —dijimos. Habría que creerla hasta consultarlo en la guía.

—Pero ellos tratan a nosotros como... —Lengua fuera y desdeñoso vaivén de la mano, como quien aparta a un gato de una mesa.

—¿No os tratan bien? ¿Por qué? —Pregunta de Hand. Sentí deseos de atizarle un puñetazo.

—¿Por qué? ¡Yo qué saber! Gente corrupta.

—¿Quiénes?

—El gobierno. Lo controla mafia. El pueblo, no problema. Pero el gobierno no quiere a nosotros aquí, y muchos problemas. Son criminales, mafia.

—¿La mafia está en el gobierno? —Había despertado verdadero interés en Hand. El camarero, un chico de nuestra edad con perilla, no nos quitaba ojo de encima.

—Claro. En Rusia también mafia, pero no organizada. Están divididos y te... — Gestos de puñaladas al corazón y cuellos segados—. La de aquí está organizada.

Adiviné lo que Hand iba a decir —lo veía venir desde hacía rato, como una lenta locomotora de vapor silbando y traqueteando—, pero me fue imposible detenerlo.

—O sea, que podríamos hablar de... ¿crimen organizado?

—Exacto —respondió ella asintiendo con un movimiento de la cabeza lento, y después le apuntó con el dedo mientras daba un sorbito de su copa entornando los párpados. No había pillado el chiste; Hand era consciente de que no lo iba a pillar. Qué capullo.

Un barbudo corpulento y mal parecido, con el rostro ganchudo de un gallo, que hasta ese momento se hallaba junto a la barra, se plantó tras ambas mujeres para dirigirse a nosotros.

—¿De dónde sois? —preguntó.

Respondimos que de Montreal y le lanzamos una mirada de canadienses francófonos resentidos, como si se propusiera oprimirnos.

—¿Os gustan las señoras? —Señaló con un gesto la cabeza de las mujeres como una azafata de concurso mostraría una lavadora-secadora.

Ambos asentimos. Nos parecían estupendas.

El barbudo hizo una mueca burlona.

—No sois los únicos. ¡Son mujeres de bandera! —Una señora bajita se deslizó hasta su vera, depositó la mano en su hombro y ambos hicieron ademán de ir hacia la puerta.

—Que os divirtáis —se despidió volviendo la cabeza.

Katya y Oksana lo miraron furibundas. Eché un vistazo a Hand y ambos caímos en la cuenta. De ser más astutos habríamos reparado antes. ¿Por qué la mayoría de las mujeres con quienes topamos es de ese sector? «¿Quién si no iba a querer charlar con vosotros?» No me gustaría pensar así. «Además, ¿no sois del mismo sector, no intercambiáis vosotros dinero por amor también?» Hombre, por favor. «Yo no veo tanta diferencia, ¿no?» Pues yo quisiera creer que sí la hay.

—Un imbécil —dijo Katya—. ¿Veis cómo nos tratan?

Nos hablaron del alquiler que pagaban, de la escasez de trabajo y del hijo de siete años de Katya. Le pregunté si llevaba una foto de él encima, pero no la llevaba. Hand preguntó a qué se dedicaban. Katya guardó silencio unos segundos y dirigió un vistazo a Oksana. Estaban en paro, contestó. Oksana miró de nuevo a Hand con su gesto felino.

—Bueno —dijo Katya dirigiéndose a Hand—, ¿os gusta bailar?

Hand respondió que por supuesto. Katya mencionó una discoteca, se llamaba The Pepsi...

—¿Igual que el refresco?

—No lo sé.

—En mi país hay un refresco que se llama...

—Ya lo sé.

... y allí seguro que había ambiente, aun esa noche, siendo tan tarde y día laborable. Hand propuso que nos reuniéramos con ellas allí. Todos entendimos que se trataba de un embuste.

—No iréis —replicó la felina con un mohín.

—Lo intentaremos —repuso Hand sosteniendo las menudas manos de ella entre las suyas, manchadas aún con el rotulador usado en Senegal para anotar la cita de los Scorpions.

Me puse en pie dispuesto a marcharme. Hand se levantó a su vez.

—Nos vemos allí. Tenéis que ir —insistió Katya.

—Claro —aseguró Hand.

«—Casi preferiría que nos pidierais dinero directamente.»

—¿Cuándo? ¿A qué hora? —preguntó Katya.

«—Estás jugando a dos bandas. Ofreces sexo a Hand, ofreces a tu amiga, pero, por si no da resultado, intentas camelarnos con lo de tu hijo. Ni siquiera sabemos si es cierto que tienes un hijo.

»—No tienes derecho a juzgarnos.

»—Pero sí me está permitido plantearme dudas. Y hacer elucubraciones.

»—Ni una cosa ni la otra. Si estuvieras en mi pellejo un solo día, acabarías destrozado.»

—En cuanto nos cambiemos de ropa, iremos a bailar —respondió Hand pasándose la mano por la ropa como si fuera un detector de metales—. No quiero ir así vestido a la discoteca.

—Bien, ¿media hora, entonces?

—Sí. Luego nos vemos.

—¿Prometéis que vendréis?

—Sí.

—¿Prometido?

—Prometido.

Yo salía ya por la puerta, seguido de Hand.

La calle estaba desierta.

—No piensas ir, ¿verdad? —pregunté.

—No.

—La del abrigo de piel era mona.

—No sé ni qué decir —se disculpó Hand—. Me dan mucha lástima. Con Olga era distinto, no se dedicaba profesionalmente, era algo transitorio. Pero estas dos... ¿Por qué no les damos el dinero?

—Les hemos dado algo, ¿no?

—No, nada. Hemos pagado las copas.

—Ah.

—Ya has oído a Katya hablar de su hijo, ¿no? Deberíamos dárselo a ella; hasta el último billete. Porque lo necesitan, ¿no? Los estonios se pasan la vida haciéndoles la puñeta. Necesitan ese dinero.

—¿Quién? —pregunté—. ¿Quién dices que les hace la puñeta?

—Ah. Los letones quería decir, perdón.

—No me apetece dárselo a ellas.

—¿Por qué? Porque no te caen bien.

—Tú lo has dicho.

—¿Y eso qué más da? Es absurdo. ¿Qué pasa?, ¿qué es lo que intentas premiar? ¿Los buenos modales o algo por el estilo? Lo que tú quieres es control, tener la sartén por el mango.

—Cuando no tienes ni puñetera idea de lo que estás hablando, siempre dices lo mismo. Eso del «control» se ha convertido en una muletilla para todos los que quieren dárselas de psicólogos como tú.

Nos encaminábamos hacia el hotel, o eso creíamos, pero al poco ya nos habíamos desorientado.

—Si quieres les damos lo que llevo en el zapato.

—¿Cuánto es?

—Unos doscientos dólares.

—Creo que deberíamos.

—De acuerdo.

Volvimos sobre nuestros pasos. Echamos a correr. Yo corría alzando las rodillas, cualquier cosa para entrar en calor.

—No llegaste a contarme lo del helio —recordé intercalando las palabras con jadeos—. La policía nos dio el alto.

—¡Huy! —Hand paró en seco. Era así de teatral—. ¡Qué historia tengo que contarte!

—Creo que estamos perdidos otra vez.

—Ya.

Preguntamos a un señor mayor, de párpados caídos y rasgos angulosos. Nos dio una idea de lo perdidos que andábamos. Le dimos las gracias y pensé en pagarle el

favor con dinero, pero el abrigo que vestía, de pelo de camello, delataba su buena posición económica. Hand y yo seguíamos sin chaquetón de ningún tipo.

—Cuéntamela —dije a Hand mientras pasábamos de nuevo frente al pub de los juegos Laser Tag.

—De acuerdo —accedió—, pero tengo que remontarme bastante en el tiempo. Según creo recordar los antepasados de Raymond eran más o menos oriundos de Chile, de la parte más al sudoeste del país, en el Pacífico. Del archipiélago de no sé qué. Cronos, creo. Algo así. El archipiélago de Cronos. Allí tenían la teoría, o quizá sería mejor decir creencia, de que las personas llevan consigo a todos sus antepasados. En la sangre, en la mente.

—Eso no tiene nada...

Caminábamos por una callejuela empedrada. Riga era una ciudad en extremo pulcra, todo reflejaba los más exquisitos rasgos europeos, pero yo tenía un frío de la leche.

—Ya, era el modo en que lo contaban —continuó Hand— lo que lo hacía diferente, supongo. Según ellos no solo heredamos la sangre de nuestro linaje, sino que cargamos también con todos sus recuerdos. Con sus almas. Cargamos con sus sueños, su dolor, su cólera, todo. Raymond hizo mucho hincapié en esa carga negativa que uno arrastra. Como cuando existen antepasados que han muerto de forma violenta.

—Jo, da pavor.

Nos detuvimos ante una tienda que vendía quesos y aparatos electrónicos. No había más paseantes que nosotros en todo Riga. Las pocas personas con las que nos cruzábamos caminaban solas y a buen paso, embozadas en sus pieles.

—No, ellos lo veían como algo bueno. Era una cuestión de densidad. Al parecer deseaban esa densidad en sus almas. Lo percibían como algo positivo. Su cultura imaginaba el alma al contrario que nosotros, que la tenemos por algo de lo más etéreo, como un sutil espectro. Ellos la equiparan a una montaña. Una montaña que todos llevamos encima; cuanta mayor solidez y densidad posea, mejor, pues eso implica que tus antepasados gozaron de grandes experiencias en la vida. El quid de la cuestión supongo que estará en encontrar el modo de desplazarse.

—Con la montaña a cuestas.

—Así es. En ese punto me perdí un poco. Pero me encanta la parte de la sangre y las voces de todos los antepasados en la mente.

Se me estaban congelando los pies. Los sentía como garras.

—Eso de las voces no me lo has contado —observé.

—Ah, perdona. Pues bien, por lo visto esa gente, los muertos y todos esos que comparten tu sangre, padres primero y luego tíos, primos y así sucesivamente, se comunican contigo; de alguna manera, todo se acaba compartiendo, pero en distintos grados. Hay miles de voces, millones tal vez. Un coro infinito. ¡Y se lleva todo en la

sangre! Me encanta la idea. Me recordó los cables de fibra óptica, que tanta información son capaces de almacenar...

—Venga, anda.

—Vamos por aquí.

—Bueno.

—En fin, el caso es que ante esa ascendencia has de responder. Llevas a tus antepasados encima, literalmente, en todo momento. Tú eres tú, pero también ellos, y de un modo más tangible que, pongamos, en la tradición judeo-cristiana. Y no hay reencarnación, nunca volverás a ser tú de verdad, no te moverás dentro de otro cuerpo. Al fallecer te conviertes en parte del coro, en una voz más. Cuando Raymond me lo explicó, sonaba maravilloso. Así pues, cuando tú y yo hablamos, de algún modo estamos hablando con las voces de miles de personas. Parte de la cuestión radica en tener presente ese punto, o supongo que lo que pretenden con todos sus ritos y enseñanzas es sintonizar mejor con dicho coro, buscar las voces, reconocerlas, comunicarse con ellas.

—¿Cómo canalizar la energía?

—No, no. Se trata más bien de escuchar. De considerar esas voces. ¿Qué fue lo que Raymond dijo? No era un término inglés, sino español, creo, no sabía cómo expresarlo en inglés ni en francés. Significaba hablar con los sueños de miles de personas, con la voz de un linaje. Según lo que entendí era algo así como actuar teniendo en cuenta al coro.

—Entiendo.

—Creo que era eso.

—Pero... Oye, ¿es ese el hotel? ¿Esa aguja de ahí?

—No. El nuestro da a la plaza, ¿te acuerdas?

—Es verdad.

—O sea...

—Me parece un poco restrictivo. Es como tener a toda la familia cuestionando a posteriori cada paso que das.

No habíamos dado ni con el bar ni con la discoteca, pero sí avistamos el McDonald's, lo que significaba que no andábamos lejos del hotel.

—Entremos para preguntar al conserje —propuso Hand.

Atravesamos las puertas giratorias y nos adentramos en el calor del vestíbulo de mármol blanco y elevados techos.

—¿Os habíais colocado? —pregunté a Hand.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Venga, hombre.

El conserje había desaparecido. Hand tomó un pequeño plano de la ciudad del mostrador de recepción. Por detrás anunciaban restaurantes y discotecas, entre los que localizó The Pepsi. Saldríamos de nuevo al encuentro de las rusas. Permanecimos un momento en el vestíbulo para entrar en calor.

—No estábamos colocados —aseguró Hand.

—Bueno. Sigue. Estabas en lo de las voces en la mente.

—Quizá no lo esté explicando bien. Tal como lo contaba Raymond sonaba, no sé, maravilloso, parecía tan generoso que siguieran con vida. No sabes la elegancia con que acarreaban esa sangre y esas voces.

No; no lo sabía.

—No; no lo sé.

—Nosotros vivimos una quimera, la quimera del olvido. Creemos que necesitamos olvidar para poder seguir viviendo, porque todo nos abrumba, la carga que soportamos es tal que necesitamos autolobotomizarnos, al menos en parte, por medio de sustancias químicas o de lo que sea, ¿entiendes?

—Entiendo.

—En cambio esa gente desea cargar con todo y con todos. Cada vez que dan un paso lo dan con otros muchos seres, cada vez que hablan se convierten en la voz de tantos como les precedieron. Porque nunca olvidan nada, ¿sabes?, asumen el peso de esas montañas, discurren por la vida con ese peso encima, o al menos lo intentan. Una cultura alucinante, tío.

—Te creo. ¿Y es una religión basada en un Dios? ¿Había una deidad, una montaña principal que guiara al rebaño de pequeñas montañas?

—No, no. No encajaría. ¿Para qué quieres un Dios vigilante y todopoderoso cuando dispones en tu interior de la sabiduría de miles de seres? La acumulación de experiencias vitales hace a todos los seres sabios como dioses. Al menos en potencia.

—Entonces, se veneran a sí mismos.

—No. No hay adoración de ningún tipo. Solo gente que carga con el peso de sus montañas, que conoce el peso de su alma.

—¿Ahí viene entonces lo del helio?

—Salgamos a buscar a esas señoras.

Nos armamos de valor, empujamos la puerta de nuevo y el frío volvió a azotarnos.

—Resulta que, por lo visto —continuó Hand—, hace mucho tiempo, miles de años quizá, esa gente adoraba a las aves.

—Anda ya.

—Les fascinaba sobremanera que pudieran volar, más que a otras tribus de la antigüedad, y, como es lógico, envidiaban ese don...

—Pero había un problema: eran montañas.

—Claro, claro. Montañas, y muy pesadas. Eran conscientes de ello. Ese terminaría siendo el principal escollo de su cultura. ¿Cómo volar? ¿Cómo volar con ese peso sobre las espaldas? Con el propósito de aprender el arte del vuelo, les daba por arrojar desde pequeños arrecifes y caían al vacío. Cientos hallaban la muerte en el intento, pero achacaban el fracaso al excesivo peso del alma.

—¡Joder!

—Sí, se lanzaban al vacío. Era espantoso. Alrededor de un tercio de cada generación murió en el intento. Perdieron tanto la vida que decidieron estudiar a conciencia el comportamiento y la alimentación de las aves, y quisieron emularlas aplicando ambos a su propia vida.

—Se hicieron alas con plumas.

—No. Estaba prohibido maltratar a los pájaros, su fe se lo impedía, y era imposible hacerse con las plumas suficientes. La conclusión fundamental a la que llegaron, creo yo, es el concepto de... —Hand se interrumpió—. ¿No hemos pasado por esa tienda de quesos antes?

—No lo recuerdo.

Hand consultó el plano y decidió el camino que tomar.

—Volviendo a las aves, resulta que después de estudiar a esas criaturas durante cientos de años llegaron a una conclusión. Algo que tenía que ver con el aire. Con la inhalación de aire.

—Me sorprende que recuerdes tantas cosas.

—Pues sí, me acuerdo de todo. Pero no entiendo cómo se me ha olvidado el nombre de ese pueblo. Era un nombre indígena y existía un mote inglés... ¡Ah!

—¿Qué?

—Me he acordado de lo del aire. Resulta que después de mucho observar y estudiar a esas criaturas llegaron a la conclusión de que se sostenían gracias al aire que inhalaban. Las veían volar con el pico abierto, supongo que como las ballenas cuando tragan plancton o algo así, y como vivían en una aldea que estaba en lo alto de la cordillera, las especies que merodeaban por allí solían ser rapaces, halcones supongo, que planeaban aprovechando las corrientes de aire ascendente. Por eso determinaron que las alas no eran esenciales.

—¿Que no eran esenciales?

—Para ellos lo crucial era el aire inhalado. Fue lo que dedujeron... bueno, si lo piensas, imagina qué conocimientos científicos tan básicos poseerían, pero al menos era una teoría ambiciosa. Mostraba un verdadero interés por comprender el mundo que les rodeaba. El caso es que desarrollaron la teoría de que las aves absorbían algo del aire que ellos desconocían, o que lo asimilaban de modo diferente o algo así. Las veían como receptáculos de gases, algo así como globos, y las alas servían simplemente para mantener el rumbo. Y llegaron a la conclusión de que también ellos podían almacenar esos gases, que podían ser más ligeros que el aire. Y así empezaron los saltos.

—Qué locos.

—Bueno, ellos veían a las aves planear por el valle, bajando y subiendo una y otra vez, y les dio por pensar que debía de tratarse de algo relacionado con el ángulo de inhalación. No hacían más que experimentar; además, ya llevaban años matándose por los precipicios, así que optaron por arrojarlos desde lugares menos elevados procurando hinchar los pulmones de ese aire especial. Saltaban como locos. Venga a

saltar y a correr, hasta que esos saltos y esas carreras de un lado para otro se convirtieron en parte de su vida cotidiana.

—Pero ¿qué pretendían? ¿Almacenar helio en el cuerpo?

—Algo así. Luego elaboraron mitos en torno a eso, convencidos de que algún día su pueblo lograría volar. Dedujeron que con la práctica, y la cantidad adecuada de ese aire especial en el cuerpo, al cabo de tres generaciones habrían conseguido almacenar el suficiente helio en sus montañas para poder remontar el vuelo.

—Qué locura.

—Sí, pero, como es lógico, no funcionó, y en el fondo terminaron por aceptar, un poco como los cristianos con el Segundo Advenimiento, que tal vez nunca sucedería. Lo cual no resta valor a sus enseñanzas. De aquel objetivo se derivaron interesantes consecuencias. Llegaron a tomar tal gusto a eso de saltar a todas horas que pasó a formar parte de su cultura. Veían un monte, y bajaban por él dando saltos. Veían los verdes prados de un valle, y los atravesaban corriendo como locos. Y sexualmente disfrutaban con idéntica pasión, aunque digo yo que eso sería contribución de algún astuto sacerdote. En cualquier caso, supongo que cuando los españoles llegaron se quedarían atónitos viendo a toda esa gente correr y dar brincos con la boca abierta de par en par, como en un estado de permanente asombro o estupor, y los tomaron ya para siempre por chiflados.

—Entonces son...

—¡Los saltimbanquis!

—¿Qué?

—Acabo de acordarme. Cuando llegaron los conquistadores y descubrieron a aquellos indígenas que daban saltos a todas horas y no paraban de escalar montañas y precipicios, fue así como los llamaron: los saltimbanquis.

—Los saltimbanquis.

—Sí, eso es. Porque les encantaba saltar. El gran salto desde la cima se había convertido en un rito iniciático para ellos e incorporaron esa práctica a su idea de las montañas. Mantuvieron la creencia en el helio, o quizá fuera hidrógeno, pero en lugar de aplicarlo al vuelo lo vieron como un modo de aligerar la carga, de aliviar el peso de su montaña. Y empezaron a dar saltos, correr, nadar y esas cosas, a veces dando vueltas en redondo nada más, todo con el fin de aligerar sus montañas. Se convirtió en algo imprescindible para ellos. No solo necesitaban nutrirse de alimentos, sino de helio.

—¿Y viven allí todavía?

—¿En Chile? No. Creo que los españoles los expulsaron. Se diseminaron por todas partes. En gran medida era un pueblo nómada, de modo que no tuvo un efecto catastrófico para ellos. En cualquier caso, creo que la mayoría terminó integrándose. Raymond dice descender de ellos, pero no creo que pueda probarlo.

—Ah.

—Espera, que ahora viene lo mejor. O casi. Los conquistadores preparan el asedio a su asentamiento principal, una aldea en lo alto de una escarpada cordillera. Una situación como la de Masada, poco más o menos. En un bando, unos tres mil saltimbanquis; en el otro, mil quinientos españoles, pero la artillería está en manos de estos últimos, de modo que los saltimbanquis saben que tienen la batalla perdida.

—Y se suicidan.

—¡No! Qué va. Ni mucho menos. Eso nunca.

—Ah.

—¡Jamás!

—¿Entonces?

—¡Echan a correr!

—Echan a correr.

—¡Se creen el pueblo más veloz del mundo! Creen que son capaces de ganar corriendo a cualquiera, y descalzos. Así que esperarán a que los españoles se cansen y, cuando se hayan alejado, aprovecharán para poner pies en polvorosa. Para echar a volar, en suma. Montaña auestas y a volar.

—¿Y se fueron sin más?

—Para ellos no había allí nada por lo que mereciera la pena luchar. Esa gente estaba tan campante en su pueblo, y de pronto se presentan todos aquellos hombres dispuestos a matarlos o lo que fuera. No les cabía en la cabeza.

—Y se fueron corriendo.

—Otra de sus creencias, y esta se hallaba arraigada en su historia y su filosofía, era la idea de transitoriedad. Nunca permanecían mucho tiempo en el mismo lugar. No eran nómadas en sentido estricto, de esos que a las dos semanas ya están haciendo otra vez las maletas, como los cazadores de búfalos indios o pueblos por el estilo, pero sentían curiosidad por otros espacios, sabían que existían otros mundos, así que cuando vieron a la gente aquella tan interesada por sus tierras no es que les hiciera mucha gracia, pero como tampoco tenían sentimiento de propiedad...

—Se fueron.

—Siguieron adelante. Continuaron viaje. Quedaba mucho por ver.

—Y los conquistadores se apoderaron de sus tierras, sus riquezas y demás.

—Pues sí. Pero antes de marcharse los saltimbanquis dejaron un mensaje de bienvenida para los invasores, tallado en el precipicio que se alzaba sobre su aldea. El mensaje terminó convirtiéndose en lema de aquel pueblo, aunque, a decir verdad, no le veo mucho sentido. Bueno, se lo veo y no se lo veo. Raymond reconoció que la frase se había traducido de la lengua indígena original al español, retraducido, y vuelta después a traducir al inglés, o sea que quién sabe si será muy exacta. Parece ser que cierto erudito estadounidense, no sé qué profesor de la Universidad de Chicago, la pulió más tarde, así que al menos suena verosímil como lema que tallar en un peñasco de una ciudad sitiada como bienvenida al invasor.

—Suelta de una vez el dichoso mensaje, joder.

Hand respiró hondo y abrió las manos, como si recibiera la bendición de la lluvia.

—¡AHORA SABRÉIS LO QUE ES CORRER! —exclamó ante la ciudad vencida por el frío.

Diez minutos más tarde lo encontramos: teníamos The Pepsi enfrente, a unos cien metros de distancia.

—Por fin —dijo Hand—. Tengo todo el cuerpo entumecido.

Nadie vigilaba la puerta, bajamos por una amplia escalera que desembocaba en un local de techo bajo, con luces rojas y taburetes de cobre envejecido. Parecía un sótano particular, decorado para fiestas caseras. En primera fila, Oksana y Katya. A esta, que estaba de cara a la puerta, se le iluminó el rostro al vernos bajar por las escaleras y acercarnos decididos a ellas.

—¡Qué sorpresa! —exclamó mientras tomábamos asiento en el reservado, Hand a la vera de Oksana y yo a la de Katya—. ¡Nunca hombres venir!

—No se nos ocurriría —repuso Hand con tono teatral— perdernos una oportunidad así. —Dicho lo cual, le besó la mano.

Tomamos unas copas del sucedáneo de whisky que ellas consumían y Hand salió a bailar con Oksana. A mí no me apetecía sacar a Katya. Sería, pensé, como bailar con la madre de la novia en una boda.

—No te gusto —dijo Katya mirándome la frente.

—Sí me gustas —aseguré.

—Ven conmigo a casa. Estás cansado.

Yo no quería ir con ella a su casa. Y tampoco esperar a Hand, que en ese momento se entretenía enseñando a Oksana a bailar el charlestón.

—Debería esperar a Hand.

—No preocuparte de él.

—Está bien.

Katya no me inspiraba deseo alguno, ni le veía encanto. Era una mujer de maneras rudas, que no se esforzaba lo más mínimo por resultar agradable. No entendí por qué me iba con ella. Supongo que pretendía acompañarla a casa y ver qué se proponía hacer conmigo una vez allí. Me despedí con un gesto de Hand, que en ese momento bailaba una lenta de Cyndi Lauper con Oksana y su abrigo; la rusa no se había desprendido de su prenda y a primera vista me pareció que bailaba solo con el abrigo. Hand me miró con preocupación y luego encogió los hombros.

Paramos un taxi en la calle y, sentados en el asiento trasero, recibí el impacto del fuerte perfume de Katya, un intenso y penetrante olor como de albaricoques macerados en alcohol.

—¿Trabajas? —me preguntó.

—Sí, para un contratista.

—¿Qué es eso?

—Un constructor. De casas, oficinas. Somos albañiles.

—Ya. Eres hombre duro.

—Sí, claro —dije—. Hombre duro.

—Por eso herida en la cara —dijo acercando la mano a mi oreja y retirándose después un pelo de los ojos—. Haciendo casas.

—Sí.

—Se quitará —afirmó refiriéndose a las magulladuras de mi cara con un gesto idéntico al que había empleado antes para desdeñar a los rusos y sus crímenes.

Katya vivía en una caja de ladrillos a unos diez minutos de The Pepsi, en un primer piso al que me condujo de la mano por una escalera oscura como boca de lobo, después de saltar sobre un animal, un perro seguramente aunque con peor olor. La mesita del centro estaba cubierta de platos, vasos y se diría que libros de texto. En la pared, una foto de un hombre uniformado que debía de datar de 1970, montada en un tablero y envuelta en plástico. Sobre el sofá, una manta enorme con el motivo de la bandera británica. Bajo ella había alguien tendido. ¿Su hijo quizá?

—Mi sobrina —explicó Katya. Me incliné y atisé la cabeza de una chica. Quién sabe dónde estaría su hijo, si acaso lo tenía—. Ven por aquí —indicó.

Me condujo por un pasillo color terroso en penumbra y entramos en su dormitorio. La cama de matrimonio, sin hacer. Sobre la cama, una vista hawaiana, cascadas de agua que brotaban de un verde exultante. Dejó la luz apagada.

—Siéntate —dijo.

Me senté en la cama.

—Quítate la ropa —añadió.

—Hace frío.

—Quítate —ordenó señalando mi camiseta.

Me dispuse a quitarme la prenda. Cuando volví a asomar la cabeza, Katya había desaparecido. Oí agua correr en el pasillo, lo que aumentó mi sensación de frío, y pensé en vestirme de nuevo. Lo que hice, sin embargo, fue desprenderme del pantalón y los calzoncillos. Me senté en la cama desnudo, preguntándome por la higiene de las sábanas sobre las que mis testículos reposaban.

Katya entró de nuevo y se plantó frente a mí.

—¿Qué quieres aquí? —preguntó.

—¿Cómo dices? —Mi voz iba dirigida a su estómago.

—¿Qué te hago ahora?

Yo qué sabía. Media hora antes se me había pasado fugazmente por la cabeza que quizá en el trayecto hasta su casa le encontraría de pronto el atractivo o descubriría que me apetecía consumir el acto con aquella hastiada mujer. Sin embargo, una vez allí, sentado en su dormitorio, me sentía como si aguardara en la sala de espera de un pediatra. Encogí los hombros.

—Túmbate —ordenó.

Me dejé caer sobre la cama. Era un colchón blando y poco consistente, de espuma. Sentía los pies fríos y la delgada pero intensa corriente de aire que soplaba sobre mis canillas, proveniente de la ventana a mi derecha.

—Date la vuelta —añadió.

Obedecí. Se estaba más caliente tendido boca abajo sobre las sábanas de franela. Entorné los ojos y enseguida sentí que me adormecía. Pasaron treinta segundos durante los cuales oí el rumor de ropa a mis espaldas. Y el golpe de unas botas contra el suelo.

Noté de pronto la tirantez de las sábanas y el calor de su cuerpo sobre mí. La rodilla de Katya me rozó la parte trasera del muslo izquierdo y su mano derecha se hundió en el colchón junto a mi hombro derecho. Dejó caer la pelvis primero, sobre la parte superior de mi trasero, luego apoyó la barriga contra mis lumbares, y sus costillas y su pecho entraron en contacto con mi espalda. Colocó los brazos sobre los míos en idéntica posición y entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Más calor ya? —susurró en mi cuello.

—Sí —contesté. Estaba ardiendo.

—Tú tumbado —ordenó.

—Vale.

Y así nos quedamos. Creí que percibiría su aliento en mi espalda, el jadeo de su pecho, pero solo sentí su pelvis, que empujaba contra la parte baja de mi espalda cada vez que ella inspiraba. Su diafragma se contraía con cada respiración y el hueso de su pelvis empujaba contra mí mientras su resuello, audible junto a mi oído, seguía el ritmo de mi corazón. Su cuerpo pesaba lo justo, me daba calor y deseé que ella no pasara frío.

Desperté unas horas más tarde, solo en la cama. Encontré a Katya en la sala de estar, sentada en el suelo viendo la televisión, la espalda apoyada contra el sofá y el bulto de su sobrina. Transmitían una competición de esquí acuático desde Michigan y los esquiadores efectuaban complejas acrobacias en el agua a velocidad de vértigo.

—¿Nada más? —me preguntó.

—Debo irme —respondí.

—¿Adónde?

Ardía en deseos de decírselo: a El Cairo. ¡El Cairo!

—De vuelta al hotel. Mañana regresamos a Tallin.

—¿Es bonito?

—¿El qué? ¿Tallin?

Katya nunca había estado; parecía inconcebible viviendo tan cerca.

Asintió con la cabeza.

—Precioso —respondí—. Aunque no hemos visto mucho.

—¿Una ayuda? —pidió entonces tendiendo la mano.

Detuve la mirada en ella un instante. Sus ojos no pestañeaban.

—Desde luego —respondí, y empecé a rebuscar en los bolsillos. Encontré un fajo de cheques de viaje. Se me ocurrió ponerlos a su nombre, pero supuse que no se los aceptarían. En el bolsillo lateral del pantalón guardaba un billete de cinco mil coronas. Se lo entregué y seguí palpándome los bolsillos. ¿Qué precio tendría tumbarse sobre una persona? Imposible de calcular. Igual podía decirse que no costaba nada —que debería ser gratis— como que costaba millones. Nada tiene un precio estipulado, o quizá lo tuviera en algún momento, pero ya no.

Localicé un billete de cincuenta dólares en otro bolsillo y se lo entregué. Katya dejó a un lado las coronas, sin desdoblar el billete, y observó con atención el que acababa de recibir. No me quedaba nada más. Tan solo unas monedas letonas en el bolsillo delantero izquierdo equivalentes a unos doce dólares.

Katya advirtió mi ligero malestar al desprenderme de todo lo que llevaba encima.

—Ya ganarás más —observó.

—Lo sé.

—Siempre hay más para gente como vosotros —añadió, y señaló a la pantalla, donde dos esquiadores saltaban un obstáculo en el agua y se elevaban sobre un grupo de personas, doce cabezas agachadas en un bote neumático del color de la sangre nueva bajo el sol de mediodía.

Tomé un taxi que me condujera por la oscura ciudad hasta el Esplanade Park, atravesé corriendo el parque y entré en el hotel a toda prisa. Dentro del ascensor me aposté a que no daba la vuelta completa al cubículo sin despegar la cabeza de sus paredes. Y gané la apuesta. Intenté formar el ángulo más oblicuo posible con el cuerpo. La pared, el suelo y yo formamos un triángulo isósceles.

Encontré a Hand despierto, haciendo llamadas para recabar información sobre vuelos a El Cairo. Como al cabo de cuarenta y dos horas debíamos estar ya de vuelta, él en Saint Louis y yo en la boda de Cuernavaca, hicimos los cálculos empezando por el final.

Tres horas de Nueva York a Saint Louis.

Más dos horas de cambio horario = cinco horas perdidas.

Once horas de Nueva York a El Cairo.

Ocho horas por cambio de huso horario.

Veinticuatro horas de estancia allí.

Ocho para el trayecto de Riga a El Cairo.

Como mínimo habría que contar con treinta y dos horas de viaje.

Se me cayó el alma a los pies. Hand estaba entusiasmado.

—¡Eso significa diez horas enteras en El Cairo! ¡Fantástico!

—Eso si saliéramos en este mismo instante. Es medianoche, Hand. Vamos a perder otras ocho horas más durmiendo en este hotel.

Me miró sin comprender, como aguardando a ver si retiraba lo dicho.

—Oh, Dios —exclamó por fin. Se arrojó sobre la cama y maldijo aquel país. ¿A quién se le había ocurrido la idea? No me acordaba. Habíamos escogido Estonia entre los otros muchos países que figuraban en aquel mamotreto gris, y luego viajado a Letonia. ¿Cómo podíamos haber sustituido El Cairo por Riga? Hand deambulaba nervioso de un lado a otro de la habitación. Encendió la calefacción y volvió a apagarla. Intentó abrir la ventana, pero descubrió que no se abría. Se cepilló los dientes y luego sacó una cerveza del minibar.

Llamamos por teléfono al aeropuerto por si acaso. Descubrimos que podríamos estar en El Cairo al día siguiente, aunque vía Praga. Diez horas de vuelo. Aterrizaríamos en Egipto a las dos de la noche. Hand se animó.

—Perfecto. Cogemos un taxi a Gizeh directamente desde el aeropuerto y a las cinco estamos ya subiendo a Keops, preparados para contemplar el amanecer. Una vez visto, bajamos a nuestro ritmo, con tiempo más que suficiente de coger el vuelo de regreso.

Sonaba bien, la verdad. Llamamos de nuevo a la compañía aérea y llegamos a la conclusión de que si Hand deseaba estar a su hora en Saint Louis era preciso salir de Egipto a las seis de la madrugada. No había alternativa. Hand empezó a caer en la cuenta de lo que suponía.

—O sea que dispondríamos de unas dos horas para ver las pirámides.

—Exacto.

—En plena noche.

Asentí con la cabeza.

—¡Me cago en la puta!

No podía creérselo. Encendió el televisor, en un canal porno. Dos norteamericanas detenían su vehículo junto a una casa en la playa y pedían indicaciones a dos melenudos. Hand daba vueltas por la habitación haciendo cálculos, gesticulando con el índice en alto, sopesando diversas posibilidades y repitiéndose las mismas preguntas: «¿Por qué no habrá servicio aéreo nocturno? ¿Seguro que no amanece hasta las seis...?».

—Deberíamos irnos ahora mismo —afirmó.

—¿Adónde?

Las dos parejas de la pantalla ya estaban revolcándose, en paralelo y a la par primero, después alternándose en un compás perfecto, como pistones. Era impresionante.

—¿Qué pasó con Katya? —preguntó Hand.

—Poca cosa.

—¿Te llegaste a desnudar?

Asentí con la cabeza.

—¿Te pusiste algo?

—No hicimos nada.

—Qué más da. Si te tocó...

—No pasó nada de eso —le interrumpí.

—En fin, hay que salir de aquí —afirmó—. Odio este sitio. Riga es una mierda. —Observaba la plaza de abajo, confiando en que cobrara vida. Convine con él en que no tenía sentido permanecer allí por más tiempo.

—Sabes que lo de El Cairo no va a poder ser.

—Precisamente a donde más me apetecía ir.

—Oye...

—¡Donde más me apetecía, joder!

Las dos actrices se entretenían maquillando a sus respectivas parejas, y después se sentaron sobre sus rodillas, desnudos todos y girando al ritmo de la banda sonora.

—¡Me cago en la puta! —exclamó.

—¡Cállate ya, coño!

—¿Cómo nos vamos a quedar sin ver El Cairo? ¡Maldita sea! —Pegó una patada al televisor y se desprendió el panel de madera de imitación que ocultaba los mandos de ajuste.

—No saques las cosas de quicio, hombre —repliqué.

Hand estaba sentado sobre el radiador, asomado a la ciudad cubierta por la escarcha, y al momento se levantó y hundió la cabeza en la almohada despotricando por lo injusta que era la vida, mira que tener una semana entera y nosotros en Riga, y sin poder llegar a El Cairo para el amanecer. Cuando todo había salido a pedir de boca, incluso el puntazo del mapa del tesoro, ¿por qué tenía que ocurrir algo así?

Me quedé dormido y Hand continuó de vigilia durante horas, telefoneando de vez en cuando a diversas compañías aéreas y susurrando con urgencia por el auricular, con tono tan pronto suplicante como hostil. Hasta cierto punto llegué a temer que encontrara por fin una combinación posible y me zarandeara para que saliéramos de inmediato.

Por la mañana, sin embargo, continuábamos en Letonia y no embarcábamos hasta las dos de la tarde, rumbo a Copenhague, escala obligatoria camino de Nueva York, y desde allí, Hand directo a Sant Louis y yo al D. F. Decidimos aprovechar el día y dar una vuelta por la costa en busca de la región de Livonia. Los livonios eran un pueblo en vías de desaparición que vivía en condiciones miserables, y del que tan solo quedaban cinco personas que hablaran el idioma. Una vez localizados, nos desprenderíamos del dinero restante, abandonaríamos Letonia y el continente, y vuelta a casa.

Asunto concluido. Nos quedábamos sin ver El Cairo. Y sin amanecer en Keops. Y ya nunca más se nos brindarían tantas posibilidades donde elegir, al menos no del mismo modo. Qué barbaridad. Deberíamos haber ahorrado ese dinero, al menos una parte, haberlo invertido y así disponer de un remanente a perpetuidad. Con un poco más de previsión podría haber repetido el viaje cada año. Era incapaz de planear nada

en condiciones. Me horrorizaba imaginarme de regreso en Chicago, o en Memphis, donde fuera: la inmovilidad, la lenta asfixia de la acumulación.

Necesitábamos más dinero, y otra semana de viaje, y más senegaleses que residieran en urbanizaciones a medio construir, más niños que corrieran hacia nosotros gritando *Bonjour!*, más discotecas marroquíes y tiernos besos de despedida, otra chica que nos ofreciera bombones embutida en su plumón tras la ventanilla de un control fronterizo.

MARTES

Por la mañana, en el restaurante del hotel, trajes por doquier, desayunos continentales y tintineo de plata. Me sentía aturdido. Cómo pesaba un servicio de mesa de plata.

—Hoy te toca conducir a ti —advertí.

—Me parece muy bien. Conduzco yo. Me apetece.

En un periódico de lengua inglesa leímos que se conmemoraba el aniversario de la liberación de Riga. Un ciudadano tras otro, su rostro emborronado por el aliento en las pequeñas fotos publicadas, relataba dónde se encontraba en aquel momento y qué sintió y todos manifestaban su admiración por los defensores de la torre de comunicaciones. Volvimos a tomar cariño a los letones. Era gente con agallas, sabía aprovechar la vida. Le sacaba el máximo jugo.

Nos dirigimos hacia el norte de la ciudad, Hand al volante, en dirección a la costa oeste del golfo de Riga, en busca de la región livonia. Eran las diez de la mañana y a las dos teníamos que estar de regreso en Riga para coger el avión. No habíamos calculado bien. Era imposible ir y volver a tiempo (se hallaba a ciento cincuenta kilómetros de distancia), pero eso aún no lo sabíamos. Circulábamos por un paisaje monótono, Wisconsin puro, el cielo lechoso y aplastante.

Decidí que había que mandar una postal de Letonia a las gemelas. Desde lo del mapa del tesoro me remordía la conciencia por no haber tenido nunca un detalle así con ellas. Saqué el papel cuadriculado y puse manos a la obra, pero sentí el pulso inestable, como si estuviera mareado o borracho. Mi intención era dirigirla a mi primo Jerry y hacerle prometer que no se la dejaría leer a Melora.

¡Mo! ¡Thor!

(¿Sabíais que en Escandinavia siempre usan signos de exclamación en los saludos? Creo no estar diciendo ninguna paparrucha, aunque ha sido Hand quien me lo ha contado. ¿Os acordáis de Hand? El que os llevó al acuario y acabó discutiendo con el guía.) En fin, tengo unos consejos para vosotras, pequeñas. No hace falta que los pongáis en práctica. Es solo para vuestra información, para que dispongáis de ellos a posteriori, cuando ya no sirvan para nada. No me hagáis caso. Los consejos raras veces llegan al receptor deseado. Como la espada clavada en la roca: déjala donde está y puede que algún día alguien le encuentre utilidad. Perdonad, guapas, pero estamos cruzando Letonia y os escribo desde el coche, así que no sé lo que digo. 1. Los

pensamientos están hechos de agua y el agua siempre encuentra su cauce. 2. Cuando no puedas sortear el agua, corre.

—¿Qué escribes?

—Una nota para las gemelas.

—¿Cómo te pones a escribir ahora? Te lo estás perdiendo todo.

—Pero si esto es igual que Michigan. No me estoy perdiendo nada.

—No vas a volver nunca más. Lo lógico sería empaparse de todo. Piénsalo: ¡nunca más volverás a ver estos paisajes, nunca!

—Ya casi he terminado. Déjame acabar.

—Eres como esa gente que va dormida en el avión. Están sobrevolando las montañas Rocosas o lo que sea, y los tíos, dormidos, con la cabeza apoyada contra la ventanilla.

—También tú te dormiste en pleno vuelo, Hand. Camino de Dakar.

—Porque era de noche.

Tenía razón.

—Mira, calla de una puta vez y déjame que termine.

3. En la vida hay osos y perritos. ¡Sed fuertes como osos! Si os arrancan los dientes, sentaos sobre los perritos. Los osos suelen olvidar la fuerza de su peso. ¡Sentaos sobre los perros! 4. Si los fantasmas han invadido vuestra casa, invitad a los amigos y echad abajo las paredes entre todos. ¿Quién va a invadir una casa en ruinas? ¡Jajá!

Circulábamos a la vera del agua, el mar a la derecha, por una carretera que discurría entre agrestes pinares y esporádicas urbanizaciones en las que se daba esa curiosa mezcla de casas de verano y destartalados chamizos. Llamábamos la atención de transeúntes y conductores, que no dejaban de observarnos y clavaban en nosotros su mirada escrutadora sin que comprendiéramos por qué. Nos detuvimos en una gasolinera donde nos miraron incluso con odio. Desistí de escribir la postal. Doblé esa también y la arrojé al asiento trasero. Me había quedado sin postales y no había conseguido decir lo que quería. El sol empezaba a deshacer el hielo del parabrisas.

—Ahí hay alguien.

A orillas de la carretera divisamos a un hombre apoyado en un retorcido cayado. Con ropas de labriego y los pies envueltos en trapos. El rostro consumido, un hatillo, un carro de madera.

—Le preguntaremos cómo se va a Riga.

Hand detuvo el coche.

Paramos junto a él y Hand se apeó. Vi que preguntaba haciendo grandes aspavientos. Con su grueso y ganchudo dedo, el hombre señaló en dirección a la capital. Hand lo confirmó extendiendo el brazo, como en un código de señales. El hombre asintió con la cabeza, perplejo. Ambos alternaron idéntico movimiento por espacio de veinte segundos, señalando la misma carretera y el mismo sentido de la marcha. Todos sabíamos el camino. Era una pantomima. El camino siempre está claro

cuando lo tienes delante: una única carretera, recta, sin posibilidad de desvíos. Hand extrajo un fajo de billetes y se los tendió. El campesino los rechazó con un gesto de la mano. Hand se los acercó, insistente. Por fin los tomó, como si aceptara un objeto personal: un mechón de pelo o una tarjeta de felicitación hecha a mano. Se dio después la vuelta y se colocó en la dirección de donde veníamos, observando la carretera.

Una hora más tarde apenas habíamos cubierto una distancia de medio centímetro en el mapa y comprendimos que no llegaríamos a Livonia. Dimos la vuelta.

A modo de compensación me desvié de la carretera principal y tomé un sendero que conducía a la playa. El mar no parecía tan helado como en la costa de Estonia, pero había fragmentos de hielo y charcos esparcidos por toda la arena. Se me ocurrió que podíamos acercarnos al agua e incluso quizá bañarnos. Sería un acto espontáneo, un chapuzón que nunca olvidaríamos, si seguíamos con vida para contarlo.

Hand permaneció junto al coche y yo me dirigí al mar. En la arena se alzaba un antiguo cañón, repleto de envoltorios de helados. Seguí acercándome a la orilla, haciendo crujir el suelo. Pisaba sobre una capa de hielo, cuyo grosor era imposible de determinar a simple vista.

Me acerqué al mar, sus aguas grises y salpicadas de bolas de hielo del tamaño de pelotas de tenis. Un gran tobogán de hielo descendía hacia el mar. Apoyé la barriga sobre la pendiente y me incliné para tocar el agua. Ya lo había hecho en el lago de Phelps. El agua en invierno resultaba más familiar, más apacible.

El sol se había puesto y me había perdido sus últimos segundos de vida. El tiempo se había convertido en algo elástico. Me olvidé de Hand.

Rocé el agua con la palma de la mano. El mar, con sus ligeras ondulaciones que no llegaban a ser olas, se alzó para besármela.

El mar no era Dios. No había nada de espiritual en esas ligeras ondulaciones que no llegaban a ser olas. Eran gélidas cabrillas, de un tacto maravilloso cuando sumergías la mano en ellas y te la besaban una y otra vez, sin fallar nunca... ¿y por qué no había de bastarme con eso?

Entonces caí. La placa sobre la que apoyaba las piernas cedió y me desplomé en un metro de hielo, hundido hasta las rodillas en las gélidas y grises aguas. Ya me había sucedido en un buen puñado de ocasiones, pero nunca en una playa, rodeado por una extensión infinita de agua. Ahogué un grito. Por un instante sentí una gran lucidez. Algo me sostenía, algo sólido y firme. Quizá fuera así como sucedía. Algún motivo debía de tener mi caída, pensé. Sucedería así. Cuando tuviera que suceder, sería algo así. Me pregunté si...

Volví enseguida la cabeza buscando a Hand, suponiendo que lo vería correr hacia mí, presa del pánico. Pero Hand no se había movido. Seguía junto al coche. Y riéndose.

Se reía con todas sus ganas. Yo creía correr grave peligro, convencido de que no tardaría en hundirme hasta el fondo, mientras que él, a treinta metros de distancia, tenía visibilidad completa, veía la profundidad, y se reía divertido.

—Gilipollas —exclamé.

—Mira que eres gracioso —comentó.

Se acercó con torpes zancadas y me ayudó a salir.

Volvimos al coche y abrimos al máximo las rejillas inferiores de la calefacción para que los pies me entraran en calor. Sentía los dedos helados, como pedruscos pegados unos a otros. Me quité los zapatos y los pies se derritieron como plástico.

Dejamos atrás la playa. Hand no paraba de reír pero, al contarle que las olas me besaban las manos una y otra vez, comprendió al instante.

Circulábamos a ciento veinte kilómetros por hora entre pinares y abetos, rumbo al aeropuerto. En una hora debíamos cubrir un trayecto que habría precisado el doble. Avanzábamos en dirección al punto donde se había puesto el sol, sobre la balsa de mercurio de la carretera.

—Podemos cruzar por el polo norte —propuso Hand. Conducía él y acababa de descargar un puñetazo sobre el volante: la idea le entusiasmaba—. Estamos al lado, ¿no?

—No, yo...

—Pues claro, hombre. No habrá más de dos horas de avión. Regresamos a casa vía el polo norte. Eso supera incluso a El Cairo. Con eso me conformo.

—¿Tú crees que habrá vuelos que pasen por ahí y salgan de Riga hoy mismo?

—Sí —respondió—. Creo que sí.

Guardé silencio.

—Si te digo la verdad, me hace ilusión volver a casa —afirmó Hand—. Aunque mañana seguro que me quedo dormido en el trabajo. Me va a costar una semana adaptarme de nuevo.

—¿Cuándo volverás de la boda?

El aire parecía arder.

«—No pienso volver, Hand.»

—Will.

—No lo sé, la verdad —contesté—. Creo que me quedaré allí un tiempo.

«—Voy a seguir camino, Hand.»

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—No lo sé.

Me miró extrañado.

—Atento —advertí—. No quites ojo a la carretera.

«—Sé que me comprendes, Hand.

»—Ahora sí.»

Cerca ya de Riga, nos detuvimos junto a una parada de autobús para preguntar el camino al aeropuerto, momento que Hand aprovechó para dejar caer un fajo de marcos alemanes en la bolsa de la compra de una anciana. Salimos de la carretera principal y avanzamos por una vía de servicio que discurría frente a una sucesión interminable de fábricas clausuradas y desechos de maquinaria industrial. No vimos letreros que anunciaran aeropuerto alguno, ni siquiera el principal, por mucho que según nuestro mapa nos halláramos justo al lado. A la izquierda se extendía un extenso prado, cubierto de espesa maleza.

—No puede ser eso —observé.

—Maldita sea.

Circulamos serpenteando por zonas de ralo bosque y entre los patios posteriores de algunas casas, sorteando los socavones de una carretera que se desplegaba en amplias ramificaciones. Por fin desembocamos en una extensa zona de estacionamiento frente a un magnífico edificio en estado ruinoso, del estilo de esas grandes estaciones ferroviarias de ladrillo cocido que suelen verse en el Medio Oeste estadounidense.

Un vehículo abandonaba el aparcamiento justo en el momento de entrar nosotros. Le hicimos señal de que se detuviera.

—¡Disculpe! —exclamó Hand.

El conductor de la destartalada furgoneta, tocado con una gorra de pintor, meneó la cabeza.

—¿Aeropuerto? —preguntó Hand.

El de la gorra meneó otra vez la cabeza y siguió su camino.

Habíamos ido a parar a un aeródromo soviético en desuso.

—Maldita sea —exclamé—. Vamos a perder el avión.

Dimos media vuelta. Mientras salíamos de allí a toda prisa, vimos de pronto declararse un incendio en el recinto. Llamas de casi dos metros, un frente de más de quince. Confiamos en que se tratara de una quema controlada. Pensé en dar aviso, pero entonces divisamos una camioneta con dos hombres en medio del campo; estaba bajo control. Continuamos camino en busca del otro aeropuerto que figuraba en el mapa. Lo habíamos pasado yendo hacia allí.

Hicimos un alto en la misma parada de autobús de antes, para confirmar que habíamos tomado la dirección correcta, y nos encontramos al mismo grupo de gente esperando, anciana incluida. La mujer se acercó al coche enseguida y empezó a farfullar.

—Vámonos de aquí —ordené a Hand—. No hay tiempo.

Nos encontrábamos en la carretera principal de nuevo, a unos veinte minutos del aeropuerto. Circulamos a través de diversos barrios residenciales de la periferia y zonas industriales abandonadas, y atravesamos cerca de dos kilómetros de diminutas

chabolas, pegadas casi unas a otras y construidas a ras de suelo con maderas de desecho y chatarra.

—Hay que deshacerse de todo —afirmé.

Nos desprenderíamos del resto del dinero en aquellas chabolas, pero no teníamos tiempo de detenernos y repartir el dinero persona por persona. Alcancé la mochila del asiento trasero y cogí gran parte del dinero estonio que quedaba. Aparté solo unos billetes, como recuerdo para las gemelas.

—¿Cuánto?

—Todo lo que haya —respondí—. No nos queda mucho tiempo de estar aquí.

Estrujé los billetes, unos tres mil dólares en total, hasta formar pequeñas pelotas.

—Adelante —dijo Hand.

Arrojé las pelotas por la ventanilla en dirección a las chabolas circulando a ochenta por hora. Cayeron entre los matorrales que separaban la carretera de las viviendas.

Después cogí todas las libras esterlinas que guardaba dentro del calcetín. Las cuatro ventanillas del coche iban abiertas. Hice otra serie de pelotas con los billetes y los arrojé. El viento los introdujo de nuevo en el vehículo, revolotearon por todas partes y se nos estamparon en la cara. Lo intenté de nuevo.

—¡Aquí se...! —Hand dijo algo que no entendí.

—¿Qué? —pregunté a voz en grito. Con la cabeza fuera de la ventanilla, contemplaba las acrobacias que los billetes describían en el aire. Lancé otra pelota. El fajo esta vez se deshizo en pleno vuelo, estallando como una piñata, y dejamos una estela de papeles revoloteando a nuestras espaldas. El camión que venía detrás la sorteó con un brusco viraje.

Encontré un montón de billetes marroquíes y los arrojé también. Y varias divisas estonias; todo lo que quedaba. El dinero se evaporó en un minuto, como si nada. Ya en el verdadero aeropuerto de Riga, pasamos derrapando junto a los tipos de seguridad, con su característico traje de esquiador naranja, y dormimos durante todo el trayecto a Dinamarca.

Disponíamos de una hora en el aeropuerto de Copenhague. Hand no había logrado encontrar vuelos que atravesaran el polo norte y se lo había tomado muy mal.

—¿Es la primera vez que vienen a Dinamarca? —nos preguntaron en la aduana.

—Sí.

—¡Bienvenidos pues!

Encontré una cabina y telefoneé a mi madre. Mientras marcaba, vi pasar a un japonés con una tirita de la gata Hello Kitty en la ceja.

—¿Qué?, ¿quién ha sido el afortunado hoy? —preguntó mi madre.

—Un anciano del campo.

—Me parece muy bien. Los campesinos son buena gente.

—Hemos tirado unos billetes por la ventanilla también.

—¿A campesinos?

—No lo sé, no vimos a nadie. Pasábamos por una zona de chabolas cerca del aeropuerto. Parecía interminable; era casi irreal.

«—Te llevaré para que lo veas, mamá. Nos reuniremos aquí e iremos juntos. Luego continuaremos viaje al sur. Aún me queda algún dinero y nos desharemos de él.»

—O sea que tirasteis el dinero por la ventana.

—Sí. Libras esterlinas, sobre todo. Hacía frío.

—Ahora que lo dices, yo sé de alguien que se dejó las ventanas abiertas.

—¿Cómo?

—Cuando volví del mercado, toda la casa volaba del viento que hacía. ¡Todo patas arriba! Era la casa de Dorothy, Will. Y me dije: «¿Quién puede haber estado aquí y haberse dejado todo abierto de par en par?». Y fíjate que me vino una persona a la mente, un tal Will H...

—Mamá.

«—Nos reuniremos aquí y nos iremos de viaje juntos.»

—En fin, supongo que habrá que correr un tupido velo, ¿no?

«—Mamá, qué duro me resulta escucharte. No tienes idea de lo que pasó. ¿No me oyes jadear? Si no me has visto desde entonces siquiera. Mamá, no te imaginas lo que me hicieron.

»—

»—Nunca te he regalado nada de valor, mamaíta; pero tengo una idea, te llevaré a ese mundo, al cuarto mundo, lo que demonios sea eso. No sabes qué cerca me he visto esta semana, y no una vez tan solo. El corazón me palpitaba como loco, qué saltos daba, una cosa rarísima, mamá. Pero ya estoy bien. He cogido muchas fuerzas. Verás qué bien lo pasamos. Voy a ir a buscarte y haremos un viaje de vértigo.»

Hand asomó la cara por la cabina, nervioso.

—Tengo que irme, mamá.

«—Vamos a sobrevolar el mar, mamá. ¡El océano!»

Colgué el auricular. El aeropuerto estaba abarrotado de pulcros viajeros con olor a limpio. Aquel debía de ser el aeropuerto más bonito y lujoso del mundo. Hicimos cola en el control de seguridad.

Ante nosotros una familia, o quizá un grupo de amigos, despedía a un joven de unos treinta años, ellos llenos de pena y devoción, él, de una belleza deslumbrante. Se le acercó primero un señor de cierta edad e incipiente calvicie, que le abrazó susurrando algo. El tío tal vez. Después una chica, de unos dieciséis años, se puso de puntillas —el apuesto joven era muy alto—, lo abrazó y le dio un beso. Y detrás de ella, un chico de unos trece años le dio otro abrazo y otro beso. Las cuatro mujeres que integraban el grupo, poco más o menos de la edad del despedido, se acercaron a él una tras otra y, tras estrecharlo con fuerza entre sus brazos, retrocedieron para dejar

paso a la siguiente. Terminado el proceso, la operación se repitió, pero con mayor profusión de besos. Por último se dirigió hacia él la que parecía su madre, de cuya presencia no me había percatado y que vi en ese momento arrojarse a sus brazos y besarle el cuello susurrándole al oído. La escena, de principio a fin, me resultó casi obscena —¡qué efusividad!—, aunque no tenía por qué serlo.

Hand y yo teníamos que embarcar en aviones distintos.

—Me alegro de haber venido —dijo Hand.

—Ha sido una semana estupenda —afirmé.

Nos despedimos con un apretón de manos.

El asiento que separaba el mío, 13 C, del que ocupaba el abuelo sentado en ventanilla, estaba vacío, lo que nos permitió a ambos estirar las piernas. Mientras nos entregábamos al sueño, sentimos que nuestros pies se rozaban, pero ninguno de los dos se molestó en apartarlos. Dejé olvidada la biografía de Churchill en el avión y no recuerdo el paso por el aeropuerto de Heathrow, pero allí estuve, ora deambulando de un lado a otro ora sentado durante la espera de tres horas. Tomé por fin mi enlace, dormí tieso como una vara en el asiento del pasillo y a la mañana siguiente aterricé en Ciudad de México con el brillante sol del amanecer.

MIÉRCOLES

Necesitaba dinero en efectivo y busqué en la mochila y los bolsillos por si quedaba algún cheque de viaje. No. Miré de nuevo. Nada. Me había pasado de generoso. Menudo imbécil. Estaba sin blanca. Y sabía que hasta al cabo de tres días no habría fondos disponibles en mi cuenta. Joder.

En un bolsillo encontré dos mil dirhams. Me fui directo con el billete al despacho de cambio de moneda.

—No aceptamos divisas de segunda —informó el empleado. Pude contraatacar con algún comentario sobre el peso, pero preferí no decir nada.

Recordé entonces que había guardado algo en los zapatos. Tomé asiento en un banco y me descalcé. Bajo la plantilla de uno, encontré un billete de cien dólares. Bajo la otra, un sobre doblado en dos, con mil dólares en cheques de viaje: la salvación.

Pero el sobre estaba empapado. Mis cheques de viaje habían aterrizado en México empapados aún de agua del mar Báltico, de cuando me caí en el hielo de Letonia. Los puse a secar en la mesita de al lado, los diez extendidos.

Mientras aguardaba, mozos y viajeros me miraban de soslayo. Debían de pensar que estaba haciendo un solitario con los billetes o entretenido con algún juego de memoria de esos. Yo les lanzaba sonrisas forzadas.

Un grupo se detuvo a observarme. Parecían ser familia. La niña, de unos doce años, con un cuerpo que aún conservaba cierta redondez infantil, se acercó a mí con paso resuelto. Los demás la siguieron.

—*Hello* —dijo—. *How are you?*

Respondí que bien.

—Oiga —continuó diciendo en inglés—, ¿puedo... puedo hacerle preguntas? —Sujetaba un cuaderno contra el pecho. A sus espaldas se dibujaban cinco simpáticas sonrisas. El padre, la madre, el hermano pequeño (también regordete) y dos tíos tal vez. Todos pendientes, en segundo plano.

Pregunté si eran deberes del colegio.

—*¿Para escuela?* —dije^[2].

La niña sonrió y asintió con la cabeza. Su hermano, ya justo a sus espaldas, asintió también. Me recordaba a un amigo mío de la infancia, un niño regordete de tez morena llamado Carter.

—¿Es la primera vez que viene a México? —me preguntó.

—Sí.

Anotó una cruz en su cuestionario.

—¿Cómo... se llama?

—¿Mi nombre completo?

La niña hizo sus anotaciones y prosiguió:

—¿Ha probado alguna vez la comida mexicana?

—Sí. Muchas veces.

Comprendí que la pequeña había entendido que me llamaba Mi Nombre Completo. Casi suelto una risotada. Su ombligo respingón asomaba por la exigua camiseta, con hipopótamos danzando a lo largo de su barriga.

—¿Ha comprado algún... «sovenir» mexicano? —preguntó.

—¿Souvenirs? No; todavía no.

Marcó la casilla correspondiente.

—¿Le gusta México?

—Sí —contesté—. Mucho. Me encanta. —Quise decirle otras muchas cosas. Quise decirle, ante todo y sobre todo, que era un ser adorable. Y su hermano también, y no solo porque me recordara a mi primer amigo de la infancia. Y que su familia era encantadora; ¿qué clase de asombrosa y modélica familia se desplazaría en pleno al aeropuerto para ayudar a su hija con el trabajo de sociales? A esa niña nunca le faltaría amor en la vida. Deseé que me adoptaran,irme con ellos a su casa. Trabajaría como el que más.

Yo la miraba sonriendo y ellos a mí.

—Muchas gracias —dijo—. ¿Podemos sacar foto?

Dije que por supuesto. Antes de levantarme del asiento el padre ya se había abalanzado con la cámara y tenía al hermanito instalado junto a mí. Le cogí por la cintura, tan regordeta, y la niña se colocó a mi derecha.

—*¿Cómo te llamas?* —pregunté a su hermano.

—Gabriel —respondió.

—*¿Y tú?* —le pregunté a ella.

—Tiffany —contestó.

Me guardé de hacer comentarios.

—Tiffany María Cervantes —añadió.

Reí. Tiffany me devolvió una sonrisa.

Esos dos siempre se querrían. El papá tomó la foto y me dio las gracias. Quise abrazar a Tiffany, pero pensé que resultaría raro. Si le pedía un abrazo, seguro que me lo daba, pero entonces todos me mirarían con compasión y se preguntarían qué tragedia me había ocurrido para que necesitara del afecto de una niña de doce años.

Caí en la cuenta entonces de que la profesora de inglés de Tiffany advertiría enseguida que la niña había metido la pata con mi nombre. Tenía que corregírselo sobre el papel.

—*Por favor* —dije—, *mi nombre es... no es...*

Tiffany me miró visiblemente turbada. Pensé que lo más fácil era arrebatarse el bolígrafo y corregirlo directamente sobre el cuestionario, pero la familia observaba con cara de preocupación.

—*Por favor* —insistí, y tomé uno de los cheques, empapado aún por los bordes, y se lo mostré señalando con el dedo el nombre escrito en su centro—. *Mi...*

Podían haberse extraído múltiples conclusiones. Mi nombre era mi nombre — comprensible, completo— solo bajo la mirada vigilante del centurión espartano en el papel, solo mientras ocupara la línea central, en la mitad superior del cheque, y yo detestaba aquel nombre, odiaba verlo allí escrito. Sin embargo, Tiffany María me entendió a la primera. Enseguida procedió a copiarlo en su cuaderno con toda aplicación, mordiéndose el labio inferior. Cuando terminó me mostró el resultado, y yo sonreí complacido.

Le di unas palmaditas en la espalda. Ella me dijo adiós con la mano y los demás, a sus espaldas, se despidieron también con un gesto y se alejaron juntos, bañados por la luz que irrumpía en el pasillo y se derramaba en gruesas franjas blancas sobre el suelo.

Me abalancé sobre los cheques a toda prisa. Primero firmé en la línea inferior de cada uno, procurando de nuevo ser fiel a mi letra. Firmé los nueve cheques, consciente según iban pasando por mis manos de que pronto no tendría que volver a ver aquel maldito nombre. Ris, ras, ris, ras. Cada punto sobre la «i», una puñalada que asestaba a aquel desgraciado. Después empecé desde el principio y escribí el nombre de la niña en el centro de cada cheque, cada vez más claro y rotundo:

Tiffany María Cervantes

Tiffany María Cervantes
Tiffany María Cervantes
Tiffany María Cervantes
Tiffany María Cervantes
Tiffany María Cervantes
Tiffany María Cervantes
Tiffany María Cervantes
Tiffany María Cervantes

Introduje los cheques en el sobre empapado, dispuesto a salir corriendo tras ella —aún alcanzaba a verlos, la familia al completo, cinco puertas blancas más allá—, pero ¿y si no les permitían canjearlos? ¿Novecientos dólares a nombre de una niña de doce años?

Redacté una nota a modo de explicación. Extraje de nuevo los cheques —aún divisaba al grupo a lo lejos; se habían detenido para entrevistar a otro viajero— y anoté el número de mi carnet de conducir al dorso. Volví a meter los cheques en el sobre. Eso bastaría para refrendarlos. Libre por fin, salí tras ellos a toda prisa, corriendo como un imbécil, pecho erguido y mentón por delante.

Cuando subí al autocar con destino a Cuernavaca, todavía me perseguían, riendo pero azorados. Fue maravilloso, la verdad. Sin equipaje que arrojar al compartimiento del maletero, subí de un salto al vehículo, que arrancaba en ese momento, seguido por los seis integrantes de la familia, el papá delante, y me despedí de ellos agitando la mano desde el otro lado del cristal ahumado mientras nos alejábamos.

El autocar iba abarrotado y olía a fiambra con comida. Sobre nuestras cabezas se alzaban unas pantallas que, tras un inicial parpadeo, se dispusieron a proyectar una comedia romántica justo cuando los bebés que viajaban en el autocar decidieron romper a berrear y poco antes de que yo me sumiera en la violácea espiral de un sueño profundo y maravilloso. Dormí durante tres horas, la baba encharcándose sobre mi hombro, la coronilla apoyada contra el frío cristal ahumado de la ventanilla.

Me habían reservado habitación en una antigua y formidable mansión de fachada amarilla, donde habría de celebrarse la mayor parte de la boda, un edificio encaramado a la cima de un cerro desde el que se dominaba el bello mosaico color pastel de la laberíntica ciudad en todo su esplendor. La mansión disponía de establos adyacentes y había azucenas por doquier. Llegué tarde, pasadas las dos de la noche, y todos estaban ya acostados. Mientras ellos dormían, atravesé a la carrera los fríos pasillos vacíos. Bajé en dos zancadas las escaleras y desemboqué en el patio. En la oscuridad de los jardines, empapados de rocío, pululaban los pavos reales, azules todos ellos, salvo tres soberbios ejemplares blancos, de un blanco deslumbrante, con la cola desplegada prolongándose a un metro del cuerpo, levitando como la ayudante de un mago, feliz en su sopor. Dormí en la cama más grande que nunca había visto,

elevada del suelo y tan mullida como si descansara sobre mil lechos, rodeado por una pequeña y compacta selección de libros sobre la vida y milagros de los santos que se cernían sobre mí en un estante caoba.

Al día siguiente hubo una comida en la que todos, prácticamente todos los invitados a la boda, quizá cien de ellos, dedicaron un brindis, en español unos, otros en inglés, todos muy ocurrentes, secándose las lágrimas con los dedos y las manos, todo maravilloso, el sol iluminando los parasoles como farolillos chinos, los jardines llenos de gente emocionada. Los novios expresaron su deseo de tener entre seis y doce hijos, y dondequiera que instalaran el domicilio familiar —no tenían idea por el momento—, esos bebés nacerían en México, pues así crecerían fuertes, no delicados como los que venían al mundo en Estados Unidos.

Entre los invitados me encontré a una antigua amiga del instituto, Frances, embarazada y casada con un fornido rubio de Ciudad de México que trabajaba en el río Sacramento tomando instantáneas sorpresa a los turistas según doblaban los meandros de los rápidos montados en canoas, y casi se me saltan las lágrimas —¡creí que nunca volvería a verla!—, qué gorda estaba, las mejillas muy coloradas, su marido muy orgulloso —qué preciosidad de bebé iban a tener—, y luego vino la ceremonia propiamente dicha, en una antigua capilla a kilómetro y medio de la finca, amenizada desde lo alto por la melancólica música de una banda de mariachis patizambos con sus trajes color ciruela, y cuando los recién casados salieron de la iglesia arrojamos puñados de pétalos, de color rosa, amarillo y blanco, aún cubiertos de rocío, mientras los chiquillos del barrio se agachaban peleándose por cogerlos y lanzarlos de nuevo.

Esa misma noche se celebró el banquete, al aire libre, bajo una luna rotunda y entre manteles de immaculado blanco y sillas blancas y azucenas. Cenamos a escondidas y compramos puros a los camareros y luego todos los invitados pasaron a la pista de baile y yo no me sentía capaz de bailar pero mi amiga embarazada me sacó a la fuerza y, sobrio como estaba, me vi dando saltos con ella, que reía y reía sin parar. No volví a acordarme del dolor de espalda ¡y el runrún en mi cabeza se había esfumado! Y cuando mi amiga dejó la fiesta con su marido seguí en la pista y bailé con la novia, y luego con el novio y con las chiquitinas que hacían de pajes en la ceremonia y con la dama de honor de melena salvaje, aferrada con firmeza a mi cintura...

Pronto solo quedábamos veinte —los papás y los niños se habían ido a la cama— y seguimos bailando hasta las dos y luego hasta las tres al son de Slade y Quiet Riot y Cyndi Lauper, que nos desgarró el alma con el quejumbroso y melancólico lamento de su voz —el pinchadiscos, un chico de Cuernavaca, conocía a la perfección su oficio y sabía cómo crear ambiente, cómo mantenerlo e incluso elevarlo— y cuando a las cinco estábamos ya todos empapados de sudor y extasiados de pura dicha, cuando el último servicio de autocar se alejó en dirección hacia los hoteles obligando a los que nos quedábamos a regresar a pie o en taxi o a dormir bajo una mesa tumbados en

la mullida hierba del jardín, a algunos les dio por lanzarse a la piscina y al verlos salté tras ellos. Me quité los pantalones y los zapatos, que aún conservaban monedas de cierto país frío y receloso, y salté —¡tardé una eternidad en caer al agua y vi todos los rostros desde lo alto!—, salté con la boca abierta de par en par, absorbiéndolo todo, y hacía frío y el agua estaba helada, pero me zambullí hasta lo hondo, de golpe, y se me paralizó el corazón. Creí que había llegado mi hora, amigos, que ahí se acababa todo. Juro que dejé de existir durante un minuto, pero por fin sonidos e imágenes regresaron y, por espacio de otros dos interminables y gloriosos meses, ¡volví, volvimos a la vida!

NOTAS

[1] WPW son las siglas de la revista de culturismo femenino *Women's Physique World*. (N. de la T.) <<

[2] Las frases en cursiva figuran en español en la edición original. (*N. de la T.*) <<